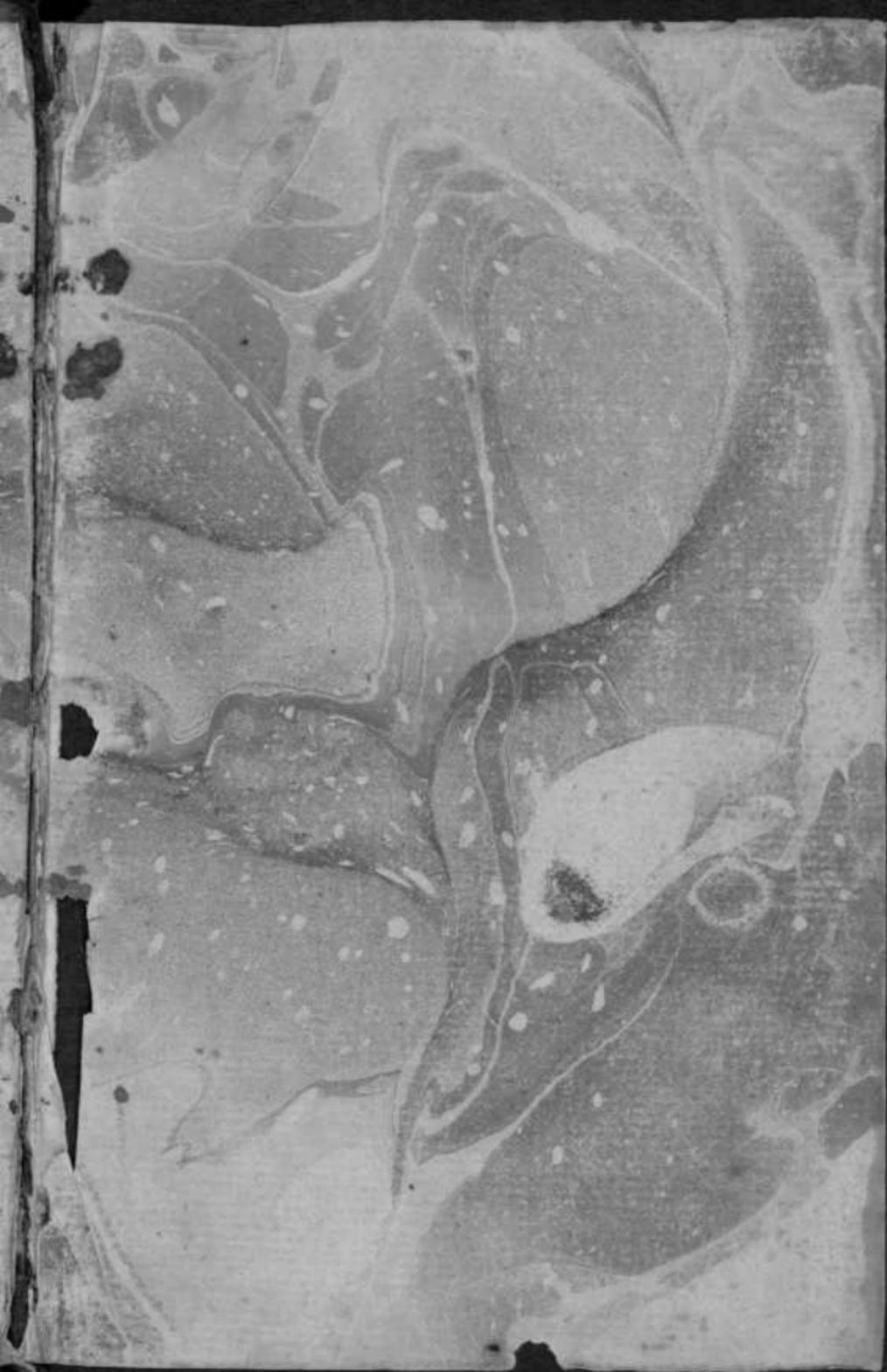


D-3
489





A-5087



AVENTURAS
DE GIL BLAS DE SANTILLANA,

ROBADAS Á ESPAÑA,

Y ADOPTADAS EN FRANCIA
POR MONSIEUR LE SAGE,

RESTITUIDAS Á SU PATRIA

Y Á SU LENGUA NATIVA

POR UN ESPAÑOL ZELOSO,
que no sufre se burien de su nacion.

TOMO PRIMERO.

MADRID

POR D. GERÓNIMO ORTEGA.

1799.

AVENTURAS

DE DON BLAS DE SANTIAGANA

ESCRITAS A NUESTRO

Y ADOPTADAS EN FRANCIA

POR MONSIEUR LE SACRE

RECONOCIDAS EN PATRIA

Y A SU LENGUA NATIVA

POR DON ANTONIO DE SANTIAGANA

QUE SE ENTRA EN POSESION DE ESTE LIBRO

TOMO PRIMERO

MADRID

EN LA LIBRERIA DE DON ANTONIO DE SANTIAGANA

1799

ADVERTENCIA DEL EDITOR.

Los que han leído la traduccion de esta Obra, y cotejádola con su original, no habrán podido menos de extrañar, que siendo de un sugeto de tan singular talento como el padre Isla, literato distinguido, honor de nuestra nacion, felicísimo en su modo de decir, especialmente en lo irónico, zelosísimo de la pureza de la lengua castellana, y justo censor de los que la violan con malas traducciones, haya incurrido en esta en varios defectos, que él mismo reprehende, como son equivocaciones del sentido, impropiedad en las equivalencias castellanas y faltas de régimen. Seria pues injuriar gravemente su general y bien merecida fama el atribuir esto á ignorancia, y solo pueden considerarse estas imperfecciones como unos meros descuidos, nacidos de la aceleracion con que se discurre trabajó la

traduccion, y del olvido que es dable padeceria de muchas expresiones de su idioma nativo, con el uso diario y continuado por años del propio del pais extrangero donde residió y acabó sus dias, como vemos ha sucedido á algunos escritores que vistieron su ropa. Es de discurrir asimismo, que si su ánimo no fué el conservar el manuscrito para él únicamente, y sí el de darlo á la prensa, pensaria en este caso en repasarlo y retocarlo. No habiéndose verificado esto último por alguna circunstancia que se ignora, ha parecido seria seguir su intencion, y hacer un obsequio á su benemérita y recomendable memoria, y del agrado y aprobacion del público, el enmendar en la presente edicion las faltas mas reparables; bien que no con aquel acierto con que lo hubiera desempeñado un padre Isla. Si á alguno no le bastase la fe de la palabra del editor, es dueño de comprobar las anteriores ediciones con la presente.

CONVERSACION PRELIMINAR,
QUE COMUNMENTE
LLAMAN PRÓLOGO,

Y DEDICATORIA AL MISMO TIEMPO,

A LOS QUE ME QUISIEREN LEER.

Señor lector: no extrañe vmd. el tratamiento. Es cierto que en casi todos los prólogos se usa *tutear* á los lectores. Tambien lo es que yo, llevado de la costumbre, en tal qual friolera que he dado á luz, me he dexado arrastrar de esta, al parecer, mala crianza. Estoy por ahora arrepentido; propongo la enmienda, pero sin constituirme fiador de mi perseverancia.

Por malo que sea un libro puede tener lectores de todas clases, á quienes correspondan tratamientos muy diferentes, sean los *tues*, los *ustedes*, los *usias*, los *usencias*, los *paternidades*, los *ilustrísimos*, los *excelencias*, los *altezas*, los *magestades*; y hasta los

mismos *santidades* y *beatitudes* los leen. ¿No sería desacato y una avilantez intolerable introducirse á la conversacion de tan altos personajes, tratándolos con un *tú por tú*, y con la gorra calada? ¿*En que bodegon hemos comido?* me preguntarian, ó (lo que seria peor) mandarian á algun lacayo que me moliese á palos, y en verdad que no les faltaria razon.

¿Qué remedio para évitár una rusticidad tan selvática? No hay otro que el que ya está admitido en todas las naciones cultas. Siempre que hay necesidad de hablar por escrito con personas de diferentes clases, se sacan de un mismo exemplar las copias que se consideran precisas, y quando se llega al tratamiento del sugeto con quien se habla, se escribe una sola *v* que es la letra inicial de todos los tratamientos respetosos, para que cada uno se aplique aquel que le corresponda.

Esto supuesto, todas las veces que hablando yo en el prólogo con el lector le sirva con una *v*, sea de la figura

(VII)

que se fuere , él mismo se aplicará el tratamiento que le toca , y no podrá quejarse de que no se le da aquello que se le debe.

Pero si en todo prólogo seria de desear que se practicase esta buena crianza , en un prólogo-dedicatoria , como lo es el presente , seria especie de locura no ponerla en práctica por mi propia autoridad.

No solicitando yo otros Mecénas que mis lectores para esta casi mecánica fatiga , vamos claros que seria linda gracia introducirse á implorar su proteccion y su benevolencia perdiéndoles el respeto. Por tanto , señor lector , mi verdadero dueño , no tema v. que le trate como pudiera á un gañan ; estimo mucho á v. , venero mucho á v. , y necesito mucho de v. para exponerme á merecer su desprecio , quando imploro y necesito tanto de su favor.

Ni los autores , ni los traductores ó copistas (entre los cuales suele haber bien poca diferencia) debemos te-

(VIII)

mer otros enemigos que nuestros propios lectores. Si logramos que estos nos abriguen, y se contenten de nosotros, se nos debe dar un pito por todos los demas que no nos leen. Defiéndonos de sí mismos los primeros, y ládrennos quanto quieran los segundos. Haremos con ellos lo que hacen los mastinazos con aquellos gozquecillos que les ladran de memoria :

*Alzan la pata, los mean,
y prosiguen su camino.*

Añádese á esto, que los libros solamente se escriben para que se lean; con que por su misma naturaleza parece que estan ya dedicados únicamente á los lectores. Ponerlos baxo la proteccion de uno que quizá no los leerá, como suelen hacer muchos personajes de alto bordo, parece que es sacar las cosas de su quicio; y viene á ser casi lo mismo que regalar á uno que en muestra de agradecer la buena voluntad, paga la maula mas de lo que vale el regalo, y tal vez sin

mirarle, le vuelve á los hocicos de quien se le envia, ó le reparte entre sus criados y familia.

Aun hay otra ventaja, tanto de parte del escritor como de parte del Mecénas, en dedicar las obras á los lectores. Como el autor ó el traductor no sabe quienes serán estos, excusa las mentiras, lisonjas y adulaciones, de que suelen estar atestadas las dedicatorias; pues ignorando las circunstancias de las personas particulares, está dispensado de hacer su pánegírico; y los lectores de juicio sólido y de gusto delicado no padecen el sonrojo de verse alabados cara á cara. *Sabida cosa es* que nada empaleta tanto á un hombre machucho y de buen seso, como verse alabado facha á facha, y, como dicen, en sus mismas barbas.

*Quem, si male palpere, recalcitrat
undique totus.*

Esto supuesto, señor lector y venerado dueño mio, dé v. por con-

cluida la dedicatoria, y demos principio entre los dos á la *conversacion preliminar*, que en vulgar se llama prólogo. Sospecho que tendrá v. varias preguntas que hacerme, y asi comienzo, porque estoy pronto á servirle, y en quanto pueda á satisfacerle.

Preguntará v., como si le oyera, ¿por que razon, ó con qué fundamento se dice en el frontis de esta version que las Aventuras de Gil Blas fuéron adoptadas por mr. Le Sage, quitándole el honor de ser su padre legítimo y natural? Pues qué, ¿no lo fué ciertamente aquel Monsieur?

¿Que llama *ciertamente*, señor lector? En los partos metafóricos del entendimiento hay casi las mismas dudas (si ya no son mayores) que en los físicos, corpóreos y materiales. En estos se sabe, ó se puede saber con certeza, la madre que los parió, pero nunca se puede saber con la misma el padre que los engendró. Para atajar los inconvenientes que estas du-

das podían producir, acudió la ley con la famosa decision. *Pater est, quem nuptie demonstrant*; pero como en las producciones mentales no hay matrimonio que las legitime, tampoco estamos obligados á creer que sea su verdadero padre el que suena serlo en el frontispicio, salvo únicamente en las producciones de los libros sagrados. La corneja que se vistió de plumas ajenas, es una mera fábula. Solamente los ladrones y los plagiarios son las cornejas verdaderas.

Convengo en eso, me replicará acaso v., mas quisiera yo saber ¿que fundamento hay para agregar á esa especie cornejiana á nuestro bonísimo monsieur? El mas sólido y el mas grave que cabe en una prudente conjetura. Sus mismos paysanos y panegiristas modestamente lo confiesan, y aun lo prueban con hechos, al parecer concluyentes. Los imparciales y moderados autores del *Dictionnaire historique portatif*, esto es, *Diccionario histórico portátil* ó manual, los qua-

les formaban una compañía ó asociación de literatos de Paris, hombres todos maduros y retirados del gran mundo , que no pertenecian á cuerpo alguno regular , eclesiástico , político , ni académico , y por consiguientes estaban libres de todo espíritu de cuerpo ó de partido , quando llegan á tratar de monsieur Alano Renato Le Sage en la edicion de Amsterdam de 1771 , tom. 4 , pág. 145 , dicen asi en su nativo idioma.

Sage (Alain René Le) Poète françois , né á Ruys en Bretagne vers l'an 1677 , mourut en 1747 á Boulogne-sur-mer. Son premier ouvrage fut une traduction paraphrasée des Lettres d' Aristenete , Auteur Grec. Il apprit ensuite l' Espagnol , & gouta beaucoup les Auteurs de cette Nation, don il a donné des traductions, ou plutot des imitations , qui ont eu beaucoup de succès. Ses principaux ouvrages en ce genre sont : 1. Guzman d' Alfarache en 2 vol. in 12.º ouvrage, où l' Auteur fait passer le serieux à

travers le frivole qui y' domine 2. *Le Bachelier de Salamanca* en 2 vol. in 12.^o , roman bien écrit , & semé d'une critique utile des moeurs du siècle. 3. *Gil Blas de Santillane* en 4 vol. in 12.^o On y trouve des peintures vraies des moeurs des hommes , des choses ingénieuses , & amusantes ; des réflexions judicieuses , mais quelquefois prolixes. Il y a du choix , & de l'elegance dans les expressions & assez de netteté dans les recits. 4. *Nouvelles aventures de D. Quichote* en 2 vol. 12.^o Ce nouveau D. Quichote ne vaut pas l'ancien ; il y a pourtant quelques plaisanteries agréables. 5. *Le Diable boiteux* , 2 vol. in 12.^o , ouvrage qui renferme des traits propres à egayer l'esprit & à corriger les moeurs. 6. *Mélanges amusans* , des saillies d'esprit , & de traits historiques les plus frappans in 12.^o Ce recueil est , ainsi que tous ceux de ce genre , un mélange de bon & de mauvais : Cet Auteur avoit peu d'invention , mais il avoit de l'esprit , du

goût & l'art d'embellir les idées des autres, & de se les rendre propres.

Este pasage traducido fielmente en nuestra lengua, dice así:

“ Alano Renato Le Sage , poeta
 „ frances , nació en Ruys de Bretaña
 „ hácia el año de 1677 , y murió en
 „ el de 1747 en Bolonia de Francia.
 „ Su primera obra fué una traducción
 „ parafrástica de las *Cartas de Aris-*
 „ *teneto* , autor griego. Aprendió des-
 „ pues la lengua española , y le gustó
 „ tanto , que publicó muchas traduc-
 „ ciones , ó por mejor decir imitacio-
 „ nes de ella. Sus principales obras en
 „ este género fuéron : 1.^a *Guzman de*
 „ *Alfarache* , en dos tomos en 12.^o ;
 „ obra en que el autor introduce lo
 „ serio á vueltas de lo frívolo que en
 „ ella domina : 2.^a el *Bachiller de*
 „ *Salamanca* , en dos tomos en 12.^o ;
 „ novela bien escrita , y sembrada de
 „ una crítica provechosa de las cos-
 „ tumbres del siglo : 3.^a *Gil Blas de*
 „ *Santillana* , donde se encuentran
 „ pinturas muy propias y muy vivas

„ *de las costumbres de los hombres,*
 „ *cosas ingeniosas y divertidas; re-*
 „ *flexiones llenas de juicio, aunque*
 „ *alguna vez prolijas.* El estilo, sin
 „ dexar de ser natural, es elegante,
 „ las voces castizas, y la narracion
 „ fluida, limpia y desembarazada:
 „ 4.^a *nuevas aventuras de don Qui-*
 „ *xote*, en dos tomos en 12.^o Este
 „ nuevo don Quixote no llega al anti-
 „ guo, ni con mucho: 5.^a el *Diablo*
 „ *cojuelo*, dos tomos en 12.^o, obra
 „ donde se encuentran algunos pasos
 „ que sirven á la diversion y á la en-
 „ señanza: 6.^a *Miscelánea de mate-*
 „ *rias divertidas é ingeniosas, y de*
 „ *curiosos históricos sucesos*: colec-
 „ cion en que hay bueno y malo, co-
 „ mo en todo género de colecciones.
 „ Este autor tenia poca invencion, pe-
 „ ro estaba dotado de ingenio y de
 „ buen gusto, como tambien de un
 „ gran talento, para engalanar las ideas
 „ ó conceptos de otros, haciendo su-
 „ yos los pensamientos ajenos.

Hasta aqui dichos autores del *Dic-*

cionario histórico manual en el artículo de mr. Le Sage. Y pues los mismos paysanos y elogiadores, hombres por otra parte de la mayor imparcialidad, y de una delicadísima crítica, cuentan al *Gil Blas de Santillana* entre las traducciones ó imitaciones de la lengua española, en que mr. Alano exercitó el *gran talento* de hacer suyos los pensamientos agenos: ¿que mayor fundamento habia yo menester para desplumar al frances corneja, y restituir al español Gil Blas, en su pelo ó su pluma original?

Pero si v. quiere saber de mí ¿que español fué el verdadero padre de aquel hijo, y cómo, ó por dónde vino á parar la pobre criatura en manos del señor frances, eso es en lo que no le podré servir con la seguridad que yo quisiera y v. mismo deseára. Solo he podido averiguar que el tal mr. Le Sage estuvo muchos años en España, segun unos como secretario, y segun otros como amigo ó comensal de un embaxador de Francia: que su incli-

nacion á nuestra lengua, y lo mucho que le gustaban los graciosos escritos satíricos y morales, que poco antes se habian publicado en ella, algunos anónimos, y otros con el nombre de sus verdaderos autores, le incitó á solicitar el conocimiento y trato con los unos y con los otros. Tuvo estrecha amistad con cierto abogado andaluz que le dió el famoso *Sueño político* que comienza: *pasaba yo el Bocalini por estudio ó por recreo*, el qual era una furiosa sátira contra el ministerio de España: que este mismo abogado le confió á mr. Le Sage el manuscrito de la novela de Gil Blas, que era otra mas graciosa, mas llana, y mas intelígible sátira contra el gobierno de dos grandes señores, que sucesivamente se vieron á la frente del ministerio, para que traducido en frances le hiciese estampar en Paris, y publicar como nacido en aquel reyno, supuesto que durante el actual gobierno de España no se podia imprimir en ella sin que peligrase la vida

del impresor, y de todos los que tuviesen parte en su publicacion. Aun hay otra razon muy poderosa para creer que Le Sage no fué el verdadero autor de esta graciosa novela. Qualquiera que la lea se persuadirá que se escribió en los Reynados de Felipe III y Felipe IV, cuyos ministros y privados son satirizados en ella. Mr. Le Sage, habiendo nacido el año de 1677, en que ya habia muerto Felipe IV, no podria venir á España, ni como secretario, ni como amigo ó comensal del embaxador frances hasta fines de aquel siglo ó principios del siguiente; tiempo en que ya Gil Blas andaria oculto en las manos de algunos curiosos, como escrito anónimo y de autor desconocido. Y asi como dicho Mr. se aficionó tanto á nuestras novelas para imitarlas ó traducirlas en su idioma, es de creer que executase lo mismo con la de Gil Blas, haciéndole que hablase de molde, y en frances lo que antes habia hablado en castellano y manuscrito. Esto es quanto he

podido averiguar en el asunto , pero sin documentos suficientes que lo prueben , ni testimonios respetables que lo califiquen . Lo que á mí me parece del tejido de esta relacion es , *che se non sia vero , al meno é bene trovato* . Y asi señor lector de mi alma , y mi estimadísimo Mecénas , puede v. creer aquello que mejor le pareciere .

Lo que no admite duda es , que en el tercero y quarto tomo de Gil Blas se habla con menos respeto del que fuera justo de aquellos dos grandes señores , nombrándolos con todos sus pelos y señales , á pesar de la veneracion tan debida á sus personas , aunque no fuera mas que por su alto nacimiento . No se me esconde que no los tratan con mayor miramiento algunos historiadores , aun de nuestros nacionales ; pero como semejantes exemplos no deben servir á la imitacion , tampoco á mí me hicieron fuerza , y asi disfracé en la traduccion sus títulos y dictados , sin faltar á la verdad . Los que están instruidos en la

historia, ya lo sabrán aunque yo quiera ocultarlos; á los que no lo están no se lo quiero decir.

lib. Viendo estoy, señor lector, que todavia no acaba v. de persuadirse á que el escritor frances no sea el verdadero padre de Gil Blas, porque dirá; si fuera español el autor de este romance, no es verisimil que siendo tan hábil y tan instruido en la geografía y mapa de España, como se manifiesta en toda la obra, incurriese en el garrafalísimo despropósito que se lee en el tomo 4 lib. 10 cap. 1, donde se dice que habiendo Gil Blas y su fiel criado Scipion partido de Madrid para Asturias, *durmieron la primera noche en Alcalá, y la segunda en Segovia.* Saben hasta los mas zafios arrieros de España que Alcalá respecto de Madrid está á la parte opuesta de Asturias y de Segovia, y por consiguiente que era menester volver á pasar por Madrid, ó por sus aledaños, para dormir la segunda noche en Segovia. Añádese á esto, que desde

Alcalá á dicha ciudad de Segovia hay por lo menos 20 leguas, con un gran puerto que pasar. No era verosímil que se encontrase en España alquilador, ni mucho menos calesero tan poco amante de sus mulas que las quisiera exponer á la fatiga de andar en un día el camino que difícilmente se puede concluir en dos. De donde se infiere que de ningún manuscrito español, y mas también pensado como el manuscrito en cuestión, pudo tomar el escritor francés tan craso y desatinado error, y consiguientemente que fué originalmente suyo el romance de Gil Blas.

Pero dígame v., veneradísimo señor lector, ¿y no pudo mr. Alano Renato escribir muy de propósito este despropósito para ocultar mejor su hurto? ¿piensa v. que solo Caco, numen tutelar de los ladrones, tuvo habilidad para inventar ciertos artificios que deslumbrasen á los curiosos indagadores de sus ingeniosos y delicados robos? no señor; esta habili-

dad , en mayor ó menor grado , la han poseido todos los ladrones de las bolsas , y todos los plagiarios de los libros. Pues ahora , siendo tan celebrado *mr. Le Sage* por su gran talento de hacer suyos los pensamientos agenos , considere v. si le faltaria el de dexarse caer adredemente tal qual error garrafal para ocultar mejor su juego , y tener el hurto mas encubierto.

Pero en conclusion , ¿ para que nos cansamos ? ¿ ni á que fin es aporrear la sibila , quando está tan claro el oráculo ? ¿ que necesidad hay de probar que el *Gil Blas de Santillana* fué originalmente español , quando sus mismos paysanos y panegiristas lo confiesan ? ¿ no cuentan ellos esta obra *entre las traducciones ó imitaciones* de la lengua española , en que se exercitó *mr. Le Sage* ? ¿ no dicen que sus principales obras *en este género* fueron el *Guzman de Alfarache* , el *Bachiller de Salamanca* , el *Gil Blas de Santillana* , el *Diablo Cojuelo* &c.?

¿no añaden inmediatamente, *que este escritor tenia poca invencion, pero que estaba dotado de ingenio y de buen gusto, como tambien de un gran talento, para vestir de gala las ideas, y hacer suyos los pensamientos agenos?* ¿pues que mas habia de menester yo para tenerle por un español afrancesado, desnudarle de su traje purísimo, vestirle de maragato, presentarle en calzas y jubon, haciéndole hablar en su language propio, castizo, primitivo y natural?

Viendo estoy que todavia no está v. muy sosegado, y tiene algo que replicarme ó proponerme. Si el que ha hecho esta restitution es un viejo colmilludo, ó *carrasqueño* (como él mismo se llama) *y que no sufre cosquillas, quando se trata de minchonnar*, ó burlarse de su nacion, ¿como un hombre de su edad ha empleado tan mal el tiempo en una obra semi-bufonesca, tomándose una fatiga, que sobre tener tanto de mecánica, parece muy agena de sus años, y quizá tam-

bien de otras sus circunstancias personales , de las cuales se podian esperar trabajos mas serios , mas útiles y no menos divertidos? vamos poco á poco , que la réplica , ó la preguntilla pica en historia , tiene varios cabos que atar , y es menester cogerlos todos.

En primer lugar , por lo mismo que soy viejo colmilludo , carrasqueño , y muy amante de mi nacion , no podia ni debia sufrir que un frances, fuese el que fuese , se nos viniese con sus manos lavadas , ó por lavar , á querernos persuadir que un asturiano nacido , como él asegura , del puerto de Pajares allá , habia sido engendrado , concebido y parido del otro lado de los Pirineos , suponiendo que mr. Alano Renato Le Sage le habia dado á luz , ni mas ni menos como nos quieren decir que Júpiter parió á Minerva.

En segundo lugar la obra nada tiene de *semi-bufonesca* , aunque está escrita con bastante sal , y con tal qual granito de pimienta. El *ridentem di-*

cere verum quid vetat? está recibido por todos los de buen gusto, y no se llama *bufonería*, sino sazón y gracejo. *Castigat ridendo mores*, ha muchos siglos que se dixo por una obra de las mas instructivas y mas sazónadas que nos dexó la antigüedad. Aunque la vejez esté sujeta á malos humores, no siempre está reñida con el buen humor. *Quien tuvo, retuvo, y dexó para la vejez*, dice nuestro adagio vulgar, que en suma viene á ser lo mismo que aquello de:

*Quo semel est imbuta recens
servabit odorem testa diu.*

¿Por que se ha de llamar *semi-bufonesca* una obra que está llena de pinturas muy vivas y muy propias de las costumbres de los hombres, y de reflexiones no menos llenas de juicio, escrita en un estilo, que sin dexar de ser natural es elegante, las voces castizas, y la narracion fluida, limpia y desembarazada, como tambien de quando en quando graciosa, pero

nunca chocarrera ? una obra de este carácter nada tiene de bufona , y no debiera parecer mal en las manos de qualquier matusalen , aunque fuese el último año de su larga vida.

Pase , me volverá á replicar v. ; pero dedicarse á una fatiga tan mecánica , como es una traduccion , un hombre de cuya edad y circunstancias se podian esperar trabajos en asuntos mas serios , mas útiles , y no menos divertidos , verdaderamente que es lástima , *e fá molta pietá*. Mil gracias por lo que v. me favorece , esperando tanto de mí ; pero aun quando fuera lo que v. quiere figurarse , hallándome como me hallo sin salud , sin cabeza , sin memoria , sin libros , lleno de axes , y oprimido de cuidados , no puedo hacer otra cosa que ocuparme en este mecanismo , para divertir la ociosidad , distraerme un poco de mis males , y servir á mi nación en lo poco que ya puedo.

La novela de Gil Blas es un romance muy juicioso , muy instructi-

vo, y al mismo tiempo de grande diversion por los innumerables sucesos que se van enlazando con la mayor conexi6n, consecuencia y naturalidad; pintándose en ellos con toda viveza y propiedad las costumbres de los hombres, y haciéndose sobre ellas las reflexi6nes mas sólidas, y mas conformes á la natural honestidad, y á la moral evangélica. Si tal vez se introducen algunas aventuras galantes, se tratan con toda la decencia, y con todo el decoro que se puede desear en una pluma anciana y circunspecta, debiéndose observar que las aventuras de esta especie se describen de manera, que su relacion incita á la fuga de ellas por medio del escarmiento.

Pero ¡o señor! ¡ que toda esa moralidad está fundada en hechos fabulosos, puesto que es fabuloso hasta el mismo Heroe del romance! ¿ y que importará que los hechos sean imaginarios y fabulosos con tal que sean parecidos á los verdaderos, si la mora-

lidad es sólida , castiza , y en todo conforme á lo que dictan la religion y la razon? Las fábulas de Fedro y de Esopo , ¿por ventura son mas que fábulas? Con todo eso , ¿quien ha negado hasta ahora que aquellos hechos y dichos de las plantas y de los brutos no han enseñado mucho á los hombres? El eruditísimo Pedro Daniel Huet, obispo de Avranches, uno de los hombres mas sabios que ha tenido la Francia , escribió un libro sobre *el origen de los romances ó novelas*. No hay mas que leerle (dice un crítico moderno) y *qualquiera quedará convencido , no solo de su antigüedad y de su uso , sino tambien de su utilidad , como escuela de moral , mucho mas eficaz que la de qualquier maestro.*

El mismo crítico (1) pretende (y en verdad que no son débiles las razones en que lo funda) que la lec-

(1) Abogado Constantini , *Lettere critiche* , tom. 2 , pág. 32.

tura de las novelas ó romances bien escritos es mas útil , á lo menos para las personas particulares , que la de la historia.... En esta , á lo sumo , solo se aprende lo que se ha hecho , y aun esto pocas veces , porque son muy raros los historiadores , que por la pasion , por el espíritu de partido ó nacional , no desfiguren los hechos verdaderos , vendiendo por tales los mas alterados , y no pocas veces los mas contrarios ; pero en los romances se enseña lo que se debe hacer , fundándose la instruccion en lo mismo que claramente se confiesa que no se hizo. Entre los historiadores ningunos suelen ser mas falaces , que los mas jactanciosos de su fidelidad : *nulli jactantius fidem suam obligant , quam qui maximè violant* , que dixo uno de ellos (1) , muy acreditado entre los modernos ; pero los novelistas desde luego entran confesando ser fingido todo lo que dicen ,

(1) Fam. de Estrada en el Prólogo á su Historia de *Bello Belgico*.

aunque tan parecido á lo que se ve y á lo que se palpa , que la misma ficcion conduce por la mano al desengaño , é introduce insensiblemente el documento. La lectura de la historia por lo comun solamente se dirige á cargar la memoria de sucesos inciertos y pasados , para hacer ostentacion de una pueril y pedantesca erudicion, ya en las conversaciones privadas, ya en los escritos públicos; pero la lectura de los romances , aunque sirva á la diversion por la variedad y maraña de los fingidos sucesos , se dirige principalmente al conocimiento práctico del mundo , al descubrimiento de sus enredos , y á la manera de gobernarse discreta, christiana y prudentemente en él.

Las novelas, las fábulas y las parábolas todas son muy parecidas en el fin que se proponen. No es otro que enseñar á los hombres á ser hombres: solo se diferencian en que las primeras son largas y divertidas , las segundas todas breves y graciosas , las

terceras á veces largas, y á veces breves ; pero estas , aquellas y las otras todas son morales.

Los que dudaron de la real existencia de Job , la tuvieron por una parábola larga y por un romance corto ; pero lleno de grandes documentos. Los pocos que piensan lo mismo de la historia de Tobías , la suponen un superior y precioso romance ; tejido de lances singularísimos , que todos inspiran las mas altas máximas de la religion , el concepto mas elevado de Dios , y los principios mas conducentes á estampar en el alma las obligaciones de la humana sociedad. Ninguna de aquellas dos opiniones se puede sostener católicamente , pero tampoco nos hacen falta. Las dos parábolas , una de Natan á David , despues de su adulterio con Bethsabé , y otra de la Thecutes al mismo Monarca , despues que habia resuelto quitar la vida á Absalon por el fratricidio cometido por él en su mismo hermano Annon , aquellas dos parábolas , vuel-

vo á decir , son como dos pequeñas novelas , la primera , para que aquel monarca se arrepintiese del adulterio y homicidio de Urias cometido por su causa ; y la segunda , para que volviese á recibir en su gracia , y no diese la muerte al hijo fratricida : parábola forjada por su capitán Joab.

No siendo , pues , otra cosa las parábolas , que unos breves romances reducidos á un solo suceso enteramente supuesto é imaginario , y no siendo el romance mas que una parábola larga , entretexida de varios sucesos fingidos , bien que muy parecidos á los que cada dia se ven , para que se palpe la verdadera monstruosidad de estos en la monstruosa irracionalidad de aquellos , de ninguna pluma pueden desdecir , como se traten con la decencia , discrecion y juicio que se debe.

Y valga la verdad : ¿ que libros son mas provechosos que los que instruyen divirtiendo , y enseñan embelesando con el arte de disfrazar el tedioso pedantismo de la leccion con la

máscara de un cuento hecho á placer y fabricado de planta? Esto hacen los romances bien escritos, y las novelas trabajadas con juicio, con pulso y con eleccion. Ningun buen conocedor ha negado este mérito al romance de Gil Blas, que adoptó mr. Le Sage: antes bien hay críticos de fino olfato que en su línea no le juzgan inferior al célebre *Telémaco* del incomparable señor Fenelon de Saliñac.

Dixe adredemente: *el romance de Gil Blas, que adoptó mr. Le Sage*, porque este solamente dió á luz en frances quatro tomitos en 12.^o poniendo fin á su divertida novela, describiendo el doble casamiento de Gil Blas con doña Dorotea, hija de don Juan de Juntella, y el de don Juan de Juntella con Serafina, hija de Scipion, y ahijada de Gil Blas. Estos quatro tomos son precisamente los que han merecido grandes elogios á los críticos de buenas narices, no faltando algunos que le elevan hasta emparejarle con el príncipe de los Roman-

ces, que compuso el célebre y discretísimo arzobispo de Cambray.

Esto es, señor lector, lo que presento á v. como lector, y lo que como á protector le dedico. Léame v. con benignidad, favorezca la obra con su proteccion, y si quiere saber cómo me llamo, ahora se lo va á decir

Su mas rendido servidor

D. Joaquin Federico Issalps.

DECLARACION

DEL AUTOR.

Como hay personas que no saben leer un libro sin aplicar los caracteres viciosos ó ridículos que en él se censuran, á personas determinadas, declaro á estos maliciosos lectores que harán mal, y se engañarán mucho en hacer la aplicacion á ningun individuo en particular de los retratos que encontrarán en esta obra. Protesto al público que solamente me he propuesto representar la vida del comun de los hombres tal qual es; y no permita Dios que jamas sea mi ánimo señalar á ninguno con el dedo. Si hubiere alguno que crea se ha dicho por él lo que puede convenir á tantos otros, le aconsejo que calle y no se queje, porque de otra manera él mismo se

dará á conocer fuera de tiempo: *stulté nudabit animi conscientiam*, dice Fedro.

No menos en Francia que en España se usan médicos, cuyo método de curar no es otro que sangrar sobradamente á sus enfermos. Los vicios y los originales ridículos son de todas las naciones. Confieso que no siempre describí exáctamente las costumbres españolas. Por exemplo: los que saben como viven en Madrid los comediantes, quizá me notarán de haberlos pintado con colores demasiadamente mitigados; pero creí deber hacerlo así, porque fuesen algo mas parecidos al mayor disimulo, ó sea civil hipocresía de los nuestros.

GIL BLAS
DE SANTILLANA,

UNA PALABRITA AL LECTOR.

*ANTES DE LEER LA HISTORIA
de mi vida , escucha lector amigo,
un cuento que te voy á contar.*

Caminaban juntos y á pie dos estudiantes desde Peñafiel á Salamanca. Sintiéndose cansados y sedientos se sentaron junto á una fuente que estaba en el camino. Despues que descansaron y mitigaron la sed , observaron por casualidad una como lápida sepulcral , que á flor de la tierra se descubria cerca de ellos , y sobre la lápida unas letras medio bor-

radas por el tiempo, y por las pisadas del ganado que venia á beber á la fuente. Picóles la curiosidad, y lavando la piedra con agua, pudieron leer estas palabras castellanas: *aquí está enterrada el alma del licenciado Pedro Garcia.*

El mas mozo de los estudiantes, que era vivaracho y un si es no es atolondrado, apenas leyó la inscripcion quando exclamó riéndose á carcajada tendida: ¡Gracioso disparate! ¡*Aquí está enterrada el alma!* Pues que ¿una alma puede enterrarse? ¡*Quien me diera á conocer el ignorantísimo autor de tan ridículo epitafio!* Y diciendo esto se levantó para irse. Su compañero, que era algo mas juicioso y reflexivo, dixo para consigo: *aquí hay misterio, y no me he de apartar de este sitio hasta averiguarlo.* Dexó partir al otro, y

sin perder tiempo, sacó un cuchillo y comenzó á socabar la tierra al rededor de la lápida hasta que logró levantarla. Encontró debaxo de ella un bolsillo; abrióle, y halló en él cien ducados con estas palabras en latin. *Declárote por heredero mio, á tí, qualquiera que seas, que has tenido ingenio para entender el verdadero sentido de la inscripcion; pero te encargo que uses de este dinero mejor que yo usé de él.* Alegre el estudiante con este descubrimiento volvió á poner la lápida como antes estaba, y prosiguió su camino á Salamanca, llevándose el alma del licenciado.

Tú, amigo lector, seas quien fueres, necesariamente te has de parecer á uno de estos dos estudiantes. Si lees mis aventuras sin hacer reflexión á las instrucciones morales que

se encierran en ellas , ningun fru-
to sacarás de esta lectura ; pero si
las leyeres con atencion , encontra-
rás lo *útil mezclado con lo diverti-*
do , que tantas veces se ha repetido
en los libros desde que Horacio lo
decantó.

1

AVENTURAS
DE
GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO PRIMERO.

NACIMIENTO DE GIL BLAS, Y SU EDU-
CACION.

Blas de Santillana, mi padre, despues de haber servido muchos años en los exércitos de la Monarquía española, se retiró al lugar donde habia nacido. Casóse con una aldeana, y yo nací al mundo diez meses despues que se habian casado. Pasáronse á vivir á Oviedo, donde mi madre se acomodó por moza de cámara, y mi padre por escudero. Como no tenian mas bienes que su salario, corria gran peligro mi educacion de no haber sido la mejor, si Dios no me hubiera deparado un tio, que era canónigo de aquella iglesia. Llamábase Gil Perez: era hermano mayor de mi madre, y habia sido mi padrino. Figúra-

te allá en tu imaginacion (lector mio) un hombre pequeño, de tres pies y medio de estatura, extraordinariamente gordo, con la cabeza zabullida entre los hombros, y he aqui la *vera efigies* de mi tio. Por lo demas era un eclesiástico que solo pensaba en darse buena vida, quiero decir, en comer y en tratarse bien, para lo qual le suministraba suficientemente la renta de su prebenda.

Llevóme á su casa quando yo era niño, y se encargó de mi educacion. Parecióle desde luego tan despejado, que resolvió cultivar mi talento. Compróme una cartilla, y quiso él mismo ser mi maestro de leer. Tambien hubiera querido enseñarme por sí mismo la lengua latina, porque ese dinero ahorraria; pero el pobre Gil Perez se vió precisado á ponerme baxo la férula de un preceptor, y me envió al doctor Godinez, que pasaba por el mas hábil pedante que habia en Oviedo. Aproveché tanto en esta escuela, que al cabo de cinco ó seis años entendia un poco los autores griegos, y suficientemente los poetas latinos. Apliquéme despues á la Lógica, que me enseñó á discurrir y

argumentar sin término. Gustábanme mucho las disputas, y detenía á los que encontraba, conocidos ó no conocidos, para proponerles cuestiones y argumentos. Encontrábame algunas veces con ciertas figuras escocesas, no menos escolastizadas que yo, y entónces era indispensable disputar. ¡Que voces! ¡que patadas! ¡que gestos! ¡que contorsiones! ¡que espumarajos en las bocas! Mas parecíamos energúmenos que filósofos.

De esta manera logré gran fama de sabio en toda la ciudad. A mi tío se le caía la baba, y se alegró infinito con la esperanza de que en virtud de mi reputacion presto dexaria de tenerme sobre sus costillas. Díxome un dia: ola, Gil Blas, ya no eres niño; tienes diez y siete años, y Dios te ha dado habilidad. Hemos menester pensar en ayudarte. Estoy resuelto á enviarte á la universidad de Salamanca, donde con tu ingenio y con tu talento no dexarás de colocarte en algun buen puesto. Para tu viage te daré algun dinero y la mula, que vale de diez á doce doblones, la que podrás vender en Salamanca, y mantenerte despues con el dinero, hasta que lo-

gres algun empleo que te dé de comer honradamente.

No podia mi tio proponerme cosa mas de mi gusto, porque reventaba por ver mundo: sin embargo supe vencerme, y disimular mi alegría. Quando llegó la hora de marchar, solo me mostré afligido del sentimiento de separarme de un tio á quien debia tantas obligaciones: enterneciése el buen señor, de manera que me dió mas dinero del que me daria si hubiera leido ó penetrado lo que pasaba en lo íntimo de mi corazon. Antes de montar quise ir á dar un abrazo á mi padre y á mi madre, los quales no anduvieron escasos en materia de consejos. Exhortáronme á que todos los dias encomendase á Dios á mi tio, á vivir christianamente, á no mezclarme nunca en negocios peligrosos, y sobre todo á no desear, y mucho menos á tomar lo ageno contra la voluntad de su dueño. Despues de haberme arengado largamente, me regalaron con su bendicion, la única cosa que podia esperar de ellos. Inmediatamente monté en mi mula, y salí de la ciudad.

CAPITULO II.

DE LOS SUSTOS QUE TUVO GIL BLAS EN EL CAMINO DE PEÑAFLORES, LO QUE HIZO QUANDO LLEGÓ ALLI, Y LO QUE LE SUCEDIÓ CON UN HOMBRE QUE CENÓ CON EL.

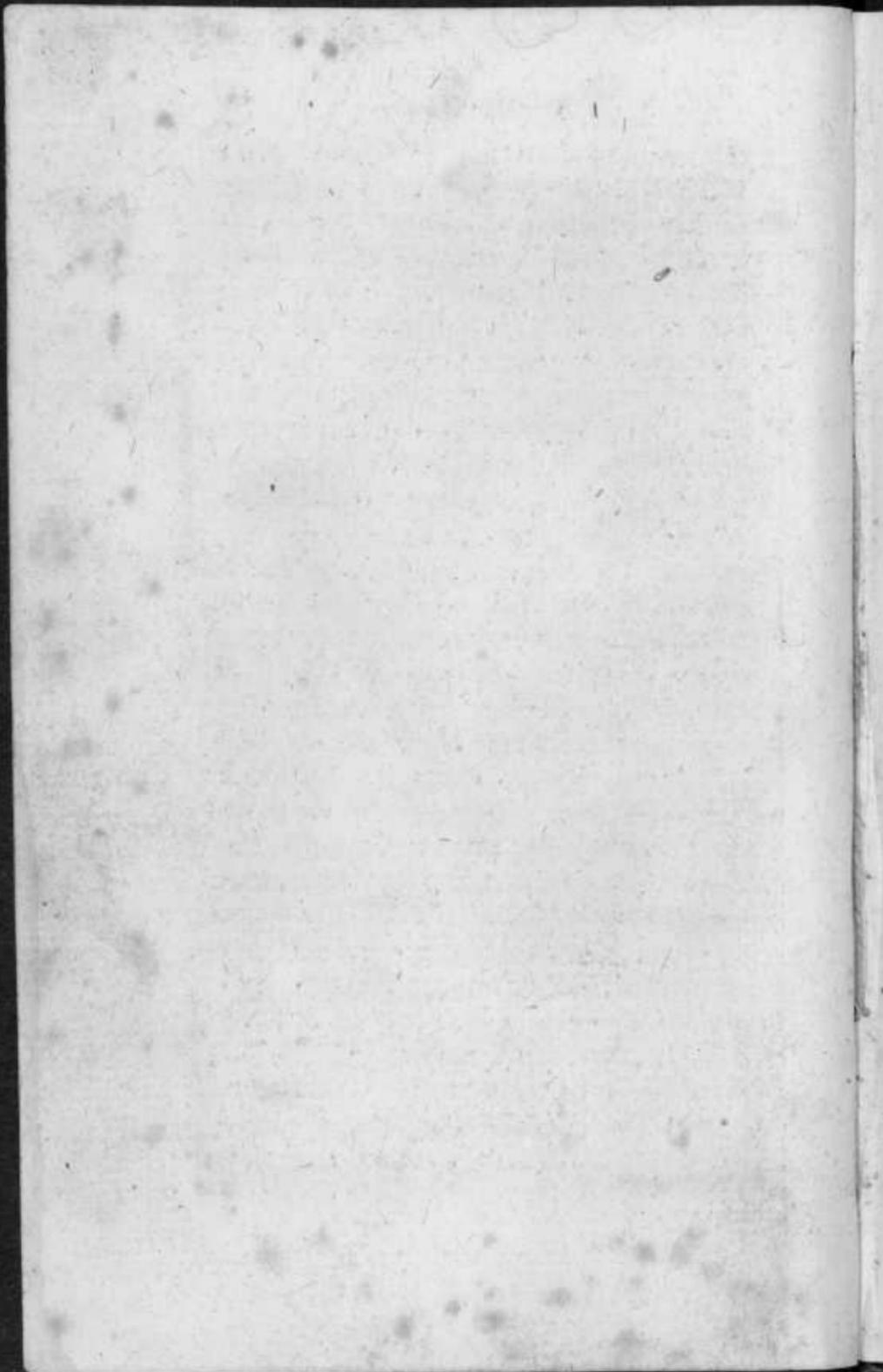
Éteme aqui ya fuera de Oviedo, camino de Peñaflores, en medio de los campos, dueño de mi persona, de una mala mula, y de quarenta buenos ducados, sin contar algunos reales mas que habia hurtado á mi bonísimo tio. La primera cosa que hice fué dexar la mula á discrecion, esto es, que andaviese al paso que quisiese. Echéla el freno sobre el pescuezo, y sacando de la faltriquera mis ducados, los comencé á contar y recontar dentro del sombrero. No podia contener mi alegría: jamas me habia visto con tanto dinero junto: no me hartaba de verle, tocarle y retocarle. Estábale recontando quizá por la vigésima vez, quando la mula alzó de repente la cabeza en ayre de espantadiza, aguzó las orejas, y se paró en medio del camino. Juzgué desde luego que la habia espantado alguna cosa, y exá-

miné lo que podia ser. Vi en medio del camino un sombrero con un rosario de cuentas gordas en su copa; y al mismo tiempo oí una voz lastimosa, que pronunció estas palabras: *señor pasagero, tenga vmd. piedad de un pobre soldado estropeado, y sírvase de echar algunos reales en ese sombrero, que Dios se lo pagará en el otro mundo.* Volví los ojos hácia donde venia la voz, y vi al pie de un matorral, á veinte ó treinta pasos de mí, una especie de soldado, que sobre dos palos cruzados apoyaba la boca de una escopeta, que me pareció mas larga que una lanza, con la qual me apuntaba á la cabeza. Sobresaltéme extrañamente, miré como perdidos mis ducados, y empecé á temblar como un azogado. Recogí lo mejor que pude mi dinero; metíle disimulada y bonitamente en la faltriquera, y quedándome en las manos con algunos tarines, los fuí echando poco á poco, y uno á uno, en el sombrero destinado para recibir la limosna de los christianos cobardes y atemorizados, á fin de que conociese el soldado que yo me portaba noble y generosamente. Quedó satisfecho



Encuentro que tuvo Gil Blas con
un ladrón, pidiéndole limosna.

T. L. Engraver's mark



de mi generosidad , y dióme tantas gracias como yo espolazos á la mula , para que quanto antes me alejase de él ; pero la maldita bestia , burlándose de mi impaciencia , no por eso caminaba mas apriesa. La vieja costumbre de caminar paso á paso bajo el gobierno de mi tío , la habia hecho olvidarse de lo que era el galope.

No me pareció esta aventura el mejor agüero para el resto del viage. Veía que aun no estaba en Salamanca , y qué me podian suceder otras peores. Parecióme que mi tío habia andado poco prudente en no haberme entregado á algun arriero. Esto era sin duda lo que debiera haber hecho ; pero le pareceria que dándome su mula gastaria menos en el viage ; lo qual le hizo mas fuerza que la consideracion de los peligros á que me exponia. Para reparar esta falta determiné vender mi mula en Peñafior , si tenia la dicha de llegar á aquel lugar , y ajustarme con un arriero hasta Astorga , haciendo lo mismo con otro desde Astorga á Salamanca. Aunque nunca habia salido de Oviedo , sabia los nombres de todos los lugares por donde habia de pasar , habiéndome informado de

ellos antes de ponerme en camino. Llegué felizmente á Peñafior , y me paré á la puerta de un meson , que tenía bella apariencia. Apenas eché pie á tierra , quando el mesonero me salió á recibir con mucha cortesía. El mismo desató mi maleta y mis alforjas , cargó con ellas , y me conduxo á un quarto miéntras sus criados llevaban la mula á la caballeriza. Era el tal mesonero el mayor hablador de todo Asturias , tan facil en contar sin necesidad todas sus cosas , como curioso en informarse de las ajenas. Díxome que se llamaba Andres Corzuelo , y que habia servido al Rey muchos años de sargento , y se habia retirado quinze meses habia , por casarse con una moza de Castropol , que era buen bocado , aunque algo morena. Despues me dixo una infinidad de otras cosas , que tanto importaba saberlas como ignorarlas. Hecha esta confianza , juzgándose ya acreedor á que yo le correspondiese con la misma , me preguntó quién era , de dónde venía , y á dónde caminaba. A todo lo qual me consideré obligado á responder artículo por artículo , puesto que cada pregunta la acompañaba con una pro-

fúnda reverencia, suplicándome muy respetuosamente que perdonase su curiosidad. Esto me empenó insensiblemente en una larga conversacion con él, en la qual ocurrió hablar del motivo y fin que tenia en desear deshacerme de mi mula, y proseguir el viaje con algun arriero. Todo me lo aprobó mucho, y no cierto sucintamente, porque me representó todos los accidentes que me podian suceder, y me embocó mil funestas historias de los caminantes. Pensé que nunca acabase; pero al fin acabó diciéndome, que si queria vender la mula, él conocia un muletero, hombre muy de bien, que acaso la compraria. Respondíle me daria gusto en enviarle á llamar; y él mismo en persona partió al punto á noticiarle mi deseo.

Volvió en breve acompañado del chalan, y me le presentó ponderando mucho su honradez. Entramos en el corral, donde habian sacado mi mula. Paseáronla y repaseáronla delante del muletero, que con grande atencion la exâminó de pies á cabeza. Púsole mil tachas, hablando de ella muy mal. Confieso que tampoco podia decir de ella mucho bien; pero lo mis-

mo diria aunque fuera la mula del Papa. Protestaba que tenia quantos defectos podia tener el animal, apelando al juicio del mesonero, que sin duda tenia sus razones para conformarse con el suyo. Ahora bien, me preguntó friamente el chalan, ¿quanto pide vmd. por su mula? Yo, que la daria de valde, despues del elogio que habia hecho de ella, y sobre todo de la atestacion del señor Corzuelo, que me parecia hombre honrado, inteligente y sincero, le respondí remitiéndome en todo á lo que la apreciase su hombria de bien y su conciencia, protestando que me conformaria con ello. Replicóme, picándose de hombre de bien y timorato, que habiendo interesado su conciencia, le tocaba en lo mas vivo, y en lo que mas le dolia, porque al fin este era su lado flaco; y efectivamente no era el mas fuerte, porque en lugar de los diez ó doce doblones en que mitio la habia valuado, no tuvo vergüenza de tasarla en tres ducados que me entregó, y yo recibí tan alegre como si hubiera ganado mucho en aquel trato.

Despues de haberme deshecho tan

ventajosamente de mi mula, el mesonero me conduxo á casa de un arriero que el dia siguiente habia de partir á Astorga. Díxome este que pensaba salir antes de amanecer, y que él tendria cuidado de despertarme. Quedamos de acuerdo en lo que le habia de dar por comida y macho, y yo me volví al meson en compañía de Corzuelo, el qual en el camino me comenzó á contar toda la historia del arriero. Encaxóme quanto se decia de él en la villa, y me iba ya á aserrar con su inestancable habladuría, quando por fortuna le interrumpió un hombre de buena traza, que se acercó á él, y le saludó con mucha urbanidad. Dexélos á los dos, y proseguí mi camino sin pasarme por el pensamiento que pudiese yo tener parte alguna en su conversacion.

Luego que llegué al meson pedí de cenar. Era dia de viernes, y me contenté con huevos. Mientras los disponian trabé conversacion con la mesonera, que hasta entónces no se habia dexado ver. Parecióme bastantemente linda, de modales muy desembarazados y vivos. Quando me avisaron que ya estaba hecha la tortilla, me senté

á la mesa solo. No bien había comido el primer bocado, he aquí que entra el mesonero en compañía de aquel hombre con quien se había parado á hablar en el camino. El tal caballero, que podía tener treinta años, traía al lado un largo chafarote. Acercándose á mí con cierto ayre alegre y apresurado: señor Licenciado, me dixo, acabo de saber que vmd. es el señor Gil Blas de Santillana, la honra de Oviedo, y la antorcha de la Filosofia. ¿Es posible que sea vmd. aquel jóven sapientísimo, aquel ingenio sublime, cuya reputacion es tan grande en todo este pais? Vosotros no sabeis (volviéndose al mesonero y á la mesonera) qué hombre teneis en casa. Teneis en ella un tesoro. En este mozo estais viendo la octava maravilla del mundo. Volviéndose despues hácia mí, y echándome los brazos al cuello, excuse vmd. (me dixo) mis arrebatos; no soy dueño de mí mismo, ni puedo contener la alegría que me causa su presencia.

No pude responderle de pronto, porque me tenia tan estrechamente abrazado, que apenas me dexaba libre la respiracion; pero luego que desem-

baracé un poco la cabeza, le dije: nunca creí que mi nombre fuese conocido en Peñaflo. ¿Que llama conocido? me repuso en el mismo tono. Nosotros tenemos registro de todos los grandes personajes que nacen á veinte leguas en contorno. Vind. está reputado por un prodigio, y no dudo que algun dia hará España tanta gloria de haberle producido, como la Grecia de ser madre de sus siete Sabios. A estas palabras se siguió un nuevo abrazo, que hube de aguantar aun á peligro de que me sucediese la desgracia de Anthéo. Por poca experiencia del mundo que yo hubiera tenido, no me dexaria ser el domingullo de sus demostraciones, ni de sus hipérboles. Sus inmoderadas adulaciones y excesivas alabanzas me harian conocer desde luego que era uno de aquellos parasítos, pegotes y petardistas que se hallan en todas partes, y se introducen con todo forastero para llenar la barriga á costa suya; pero mis pocos años y mi vanidad me hicieron formar un juicio muy distinto. Mi panegirista y mi admirador me pareció un hombre muy de bien y muy real; y así le convidé á cenar

conmigo. Con mucho gusto, me respondió prontamente; y estoy muy agradecido á mi buena estrella, por haberme dado á conocer al ilustre señor Gil Blas, y no quiero malograr la fortuna de estar en su compañía, y disfrutar sus favores lo mas que me sea posible. A la verdad, prosiguió, no tengo gran apetito, y me sentaré á la mesa solo por hacer compañía á vmd. comiendo algunos bocados meramente por complacerle, y por mostrar cuánto aprecio sus finezas.

Sentóse enfrente de mí el señor mi panegirista. Traxéronle un cubierto, y se arrojó á la tortilla con tanta ansia, y con tanta precipitacion, como si hubiera estado tres dias sin comer. Por el gusto con que la comia, conocí que presto daría cuenta de ella. Mandé se hiciese otra, lo que se executó al instante: pusiéronla en la mesa quando acabábamos, ó por mejor decir, quando mi huesped acababa de engullirse la primera. Sin embargo, comia siempre con igual presteza, y sin perder bocado añadía sin cesar alabanzas sobre alabanzas, las quales me sonaban bien, y me

hacían estar muy contento de mi personilla. Bebia frecuentemente, brindando unas veces á mi salud, y otras á la de mi padre y de mi madre, no hartándose de celebrar su fortuna en ser padres de tal hijo. Al mismo tiempo echaba vino en mi vaso, incitándome á que le correspondiese. Con efecto no correspondia yo mal á sus repetidos brindis; con lo qual, y con sus adulaciones me sentí de tan buen humor, que viendo ya medio comida la segunda tortilla, pregunté al mesonero si tenia algun pescado. El señor Corzuelo, que segun todas las apariencias se entendia con el petardista, respondió: tengo una excelente trucha, pero costará cara á los que la coman, y es bocado demasíadamente delicado para vmd. ¿Que llama vmd. *demasiadamente delicado*? replicó mi adulator. Traiga vmd. la trucha, y descuide de lo demas. Ningun bocado, por regalado que sea, es demasiado bueno para el señor Gil Blas de Santillana, que merece ser tratado como un Príncipe.

Tuve particular gusto de que hubiese retrucado con tanto ayre las últimas palabras del mesonero, en lo

qual no hizo mas que prevenirme. Dí-
me por ofendido , y dixé con enfado
al mesonero : venga la trucha , y otra
vez piense mas en lo que dice. El
mesonero , que no deseaba otra cosa,
hizo cocer luego la trucha , y presen-
tóla en la mesa. A vista del nuevo pla-
to brillaron de alegría los ojos del pa-
rasito , que dió mayores pruebas del
deseo que tenia de complacerme , es
decir , que se avalanzó al pez del mis-
mo modo que se habia arrojado á las
tortillas. No obstante se vió precisa-
do á rendirse , temiendo algun acci-
dente , porque se habia hartado hasta
el gollete. En fin , despues de haber
comido y bebido hasta mas no poder,
quiso poner fin á la comida. O , Señor
Gil Blas , me dixo alzándose de la
mesa , estoy tan contento de lo bien
que vmd. me ha tratado , que no le
puedo dexar sin darle un importante
consejo , del que me parece tiene no
poca necesidad. Desconfie siempre de
todo hombre á quien no conozca ; y
esté siempre muy sobre sí para no de-
xarse engañar de las alabanzas. Podrá
vmd. encontrar con otros , que quie-
ran como yo , divertirse á costa de
su credulidad , y puede suceder que

las cosas pasen mas adelante. No sea vmd. su hazme-reir, y no crea sobre su palabra que le tengan por la octava maravilla del mundo. Diciendo esto, rióse de mí en mis vigotes, y volvióme las espaldas.

Sentí tanto esta burla como cualquiera de las mayores desgracias que me sucedieron despues. No hallaba consuelo viéndome burlado tan groseramente, ó por mejor decir, viendo mi orgullo tan humillado. ¡Es posible, me decia yo, que aquel traidor se hubiese burlado de mí! ¡Pues que! ¡solamente buscó al mesonero para sonsacarle, ó estaban ya de inteligencia los dos? ¡Ah, pobre Gil Blas! muérete de vergüenza, porque diste á estos bribones justo motivo para que te hagan ridículo. Sin duda que compoundrán una buena historia de esta burla, la qual podrá muy bien llegar á Oviedo, y en verdad que te hará grandísimo honor. Tus padres se arrepentirán de haber arengado tanto á un mentecato. En vez de exhortarme á que no engañase á nadie, debieran haberme encomendado, que de ninguno me dexase engañar. Agitado de estos amargos pensamien-

tos, y encendido en cólera, me encerré en mi cuarto, y me metí en la cama; pero no pude dormir, y apenas había cerrado los ojos, quando el arriero vino á despertarme, y á decirme que solo esperaba por mí para ponerse en camino. Levantéme prontamente, y mientras me estaba vistiendo vino Corzuelo con la cuenta del gasto, en la qual no se olvidaba la trucha, y no solamente hubo de pasar por todo lo que él cargaba, sino que mientras le pagaba el dinero, tuve el dolor de conocer se estaba relamiendo en la memoria del pasado chasco de la noche precedente. Despues de haber pagado bien una cena que habia digerido tan mal, partí con mi maleta á casa del arriero, dando á todos los diablos al parasíto, al mesonero y el meson.

CAPITULO III.

DÈ LA TENTACION QUE TUVO EL ARRIERO EN EL CAMINO , EN QUE PARÓ , Y COMO GIL BLAS SE ESTRELLÓ CONTRA CARIBDIS , QUERIENDO EVITAR A SCILA.

No era yo solo el que habia de caminar con el arriero. Habíanse ajustado con el mismo dos hijos de familia de Peñafior ; un muchacho ó niño de coro de Mondoñedo , que iba á correr mundo , un mozuelo ciudadano de Astorga , y una moza del Vierzo , con quien acababa de casarse. En poco tiempo nos hicimos amigos , y cada uno contó adonde iba , y de donde venia. Aunque la novia estaba en lo mejor de su edad , era tan negra , y de tan poca gracia , que no me daba mucho gusto el mirarla : con todo eso , sus pocos años , y su robustez inclinaron hácia ella el arriero , tanto que resolvió hacer una tentativa para lograr sus favores. Pasó la jornada en meditar el modo , y dilató la execucion hasta la última posada. Esta fué en Cacabelos. Hizo-

nos aprear en un meson que está á la entrada del lugar, esto es, un poco fuera de él, cuyo mesonero sabia él muy bien que era un hombre callado, y amigo de complacer. Dispuso que nos conduxese á un quarto muy retirado, donde nos dexó cenar tranquilamente; pero al fin de la cena vimos entrar al arriero furioso como un demonio, votando, jurando y blasfemando; y mirándonos á todos con ojos centellentes: ¡por vida de quien soy! dixo, que me han hurta- do cien doblones que traía en una bolsa de cuero, y por fuerza han de parecer. Ahora, ahora me voy derecho al juez, para que dé tormento á todos, hasta que se descubra el ladron, y me restituya mi dinero. Diciendo esto con un ayre muy natural, nos volvió apresuradamente y con enfado las espaldas, dexándonos atónitos, mirándonos los unos á los otros.

A ninguno le ocurrió que podia ser aquello una ficcion, porque todavia no nos podíamos conocer bien; antes sí sospeché yo que el ladron seria el muchacho de coro, así como él quizá sospecharia lo mismo de mí. Fuera de eso, todos éramos unos

pobres simples, que no sabíamos las formalidades que preceden en semejantes casos á la prueba del tormento, y desde luego creímos que se habia de comenzar por aqui. Poseidos, pues, de esta aprehension, precipitadamente nos salimos del quarto, escapando unos á la calle, y otros al huerto para salvarse cada qual como pudiese; y el novio de Astorga, turbado con la idea del tormento, se salvó como otro Eneas, olvidado enteramente de su muger. Entónces el arriero, segun supe con el tiempo, mas incontinente que sus machos, y muy alegre, porque su estratagemá habia producido el efecto que pretendia, entró en el quarto donde estaba la novia, haciendo alarde de su invencion, y procuró aprovecharse de la ocasion; pero aquella Lucrecia asturiana, á quien daba mayores fuerzas la mala traza del arriero, hizo una vigorosa resistencia dando descompasados gritos. La patrulla, que por casualidad se hallaba cerca de una posada, que sabia ser muy digna de su atencion, entró en ella, y preguntó quién daba, y cuál era el motivo de aquellos gritos. El mesonero estaba can-

tando en la cocina, y fingiendo que nada habia oido: no obstante, se vió precisado á conducir al comandante y á la patrulla al quarto de la persona que gritaba. Conoció luego el alferéz el negocio de que se trataba, y como era hombre grosero y brutal regaló provisionalmente al enamorado arriero con cinco ó seis buenos palos con el mango de la alabarda, y le arengó con unas voces tan ofensivas al pudor, como la accion que daba motivo á la arenga. No se contentó con esto: echó mano del delincuente, y le conduxo á la presencia del juez, juntamente con la agraviada delatora, que absolutamente quiso ir en persona á quejarse de él, no obstante el desórden en que se hallaba. Oyóla el juez, y habiéndola observado atentamente, halló que el acusado no tenia excusa alguna, y que era indigno de perdon. Mandó al punto le despojasen, y que en su presencia le diesen doscientos azotes; y ordenó despues, que si el dia siguiente no parecia el marido de aquella muger, dos soldados la llevasen con toda decencia á Astorga á costa del arriero.

Por lo que toca á mí, atemorizado quizá mas que los otros, gané prontamente la campaña, y atravesando campos, penetrando matorrales, y saltando los fosos que hallaba en el camino, llegué finalmente á un lóbrego y espeso bosque. Iba á entrar en él, y á esconderme en el mas erizado matorral, quando me vi de repente con dos hombres á caballo que se pararon delante de mí. ¿Quién va allá? dixeron; y como el miedo y la sorpresa no me dexaron hablar, acercándose mas, cada uno me puso al pecho una pistola, intimándome pena de la vida, que les dixese quién era, de dónde venia, y qué iba yo á hacer en aquel bosque. A esta manera de preguntar, que me pareció un *quid pro quo* del tormento con que se habia burlado de nosotros el arriero, respondí que era un pobre estudiante de Oviedo, que iba á continuar mis estudios en Salamanca, refiriéndoles lo que nos acababa de suceder, y confesando sencillamente, que el miedo del tormento me habia hecho huir, sin saber donde esconderme. Dieron una grande carcajada quando oyeron un dis-

curso que tanto mostraba mi sencillez, y uno de ellos me dixo: no tengas miedo, querido: vente con nosotros, y no temas, que te pondremos en toda seguridad. Diciendo esto, me hizo montar en la grupa de su caballo, y volviendo las riendas, nos envaynamos todos tres en lo mas intrincado y mas espeso del bosque.

No sabia yo que pensar de tal encuentro; mas no obstante no pronosticaba cosa mala. Si estos hombres fueran ladrones, me decia yo á mí mismo, ya me hubieran robado, y quizá asesinado tambien. Quizá serán algunos buenos hidalgos de esta tierra, que viéndome atemorizado se han compadecido de mí, y por caridad me llevan á su casa. No me duró mucho la duda. Despues de algunas vueltas y revueltas, con grandísimo silencio, llegamos finalmente al pie de una colina, donde nos apeamos. Aqui hemos de dormir, dixo uno de los caballeros. Por mas que yo volvia los ojos á todas partes no veía casa, choza ó cabaña, ni la mas mínima señal de habitacion: quando vi que aquellos dos hombres alzaron una gran trampa de madera, cubierta de tier-

ra y de enramada que ocultaba una larga entrada soterranea muy pendiente, por donde los caballos por sí mismos se dexaron resbalar, como quienes ya estaban acostumbrados. Los caballeros me hicieron entrar con ellos, y dexaron caer la trampa con unas cuerdas, que para este efecto estaban fuertemente atadas á ella. Y he aqui al digno sobrino de mi tio el canónigo Gil Perez metido como raton en una ratonera.

CAPITULO IV.

DESCRIPCION DE LA CUEVA SOTERRA-
NEA, Y DE LO QUE VIÓ EN ELLA
GIL BLAS.

Entonces conocí entre qué especie de gente me hallaba; y fácilmente se puede adivinar que este conocimiento me quitaria el primer temor; pero otro mucho mayor se apoderó luego de mí. Di por supuesto que iba á perder la vida con mis pobres ducados: y mirándome como una víctima que era conducida al sacrificio, caminaba mas muerto que vivo entre mis conductores, quando ad-

virtiendo ellos mismos que de pies á cabeza iba temblando , me exhortaron con la mayor dulzura , pero inútilmente , á que depusiese todo temor. Habríamos caminado como unos doscientos pasos , siempre baxando , y siempre caracoleando , quando entramos en una especie de caballeriza , á que daban luz dos grandes candiles que pendian de la bóveda. Habia en ella una buena provision de paja , y muchos sacos atestados de cebada. Podian caber en ella cómodamente hasta veintē caballos , pero á la sazón solamente habia los dos que acababan de llegar. Vino á atarlos al pesebre un negro ya viejo , pero en la traza fornido y vigoroso. Salimos de la caballeriza , y á la triste luz de otros candiles , que parecian alumbrar solo para que se viese el horror de aquella caverna , llegamos á la cocina , donde una vieja estaba asando las viandas , y disponiendo la cena. No faltaba en la cocina utensilio alguno de los necesarios , é inmediata á ella estaba la despensa bien abastecida de todo género de provisiones. La cocinera (porque es menester que la describa) era una persona de sesenta años,

y encima de ellos algunos mas. Quando moza eran sus cabellos de un rubio extraordinariamente vivo, porque aun en su presente edad no estaban tan blancos, que de trecho en trecho no se conservasen algunas manchas, residuos del primitivo color. El de la cara era aceytunado; su barba puntiaguda, con alguna elevacion; los labios muy hundidos, y una nariz tan larga y encorvada, que casi llegaba á besar la boca con la punta, y sus ojos tan encarnados, que parecian dos tomates maduros.

Señora Leonarda, dixo uno de los caballeros, presentándome á aquel bello angel de tinieblas, mire este mocito que la traemos: y volviéndose despues á mí, y viéndome pálido y consumido, me dixo: vuelve, queriendo en tí, y no tengas miedo, pues no te queremos hacer mal. Nos hacia falta un mozo que aliviase en algo á nuestra pobre cocinera: te encontramos, y esta ha sido tu fortuna. Ocuparás la plaza de un mozo que murió quince dias ha, porque era de delicada complexión. La tuya parece mas robusta, y no morirás tan presto. A la verdad no volverás ya á ver

el sol, pero en recompensa comerás bien, y tendrás siempre buena lumbré. Pasarás la vida con Leonarda, que es una criatura muy amable y humana. Tendrás quantas conveniencias quisieres, y ahora conocerás que no has venido á vivir entre algunos pordioseros y despilfarrados. Al mismo tiempo tomó una luz, y me mandó le siguiese. Llevóme á una bodega, donde vi una infinidad de botellas, y grandes vasijas de barro bien tapadas, llenas todas de vinos exquisitos. Hízome pasar despues por muchos quartos: unos atestados de piezas de lienzo, y otros de ricos paños y telas de lana y seda. En otro vi plata y oro, y mucha vaxilla marcada con diferentes escudos de armas. Seguile despues á una gran sala, que alumbraban tres grandes arañas de metal, y conducia á otros quartos que se comunicaban con ella. Aquí me hizo nuevas preguntas, es á saber, cómo me llamaba, y por qué habia salido de Oviedo. Despues que satisface su curiosidad: ahora bien, Gil Blas, me dixo con mucho agrado, puesto que solo saliste de tu patria para lograr algun aco-

modo , parece que naciste de pie, pues se te proporciona vivir entre nosotros. Ya te lo he dicho : aqui vivirás en medio de la abundancia; nadarás en oro y plata , y estarás con toda seguridad. Tal es este soterraneo , que aunque venga cien veces á este bosque la santa Hermandad , nunca dará con él : la entrada solo la conozco yo y mis camaradas. Acaso me preguntarás ; como hemos podido nosotros fabricar este soterraneo sin que lo supiesen los paysanos de los lugares vecinos? pero has de saber , amigo mio , que esta no ha sido obra nuestra , sino de muchos siglos. Despues que los moros se apoderaron de Granada , de Aragon y de casi toda España , los christianos que no se quisieron sujetar al yugo de los infieles , huyeron , y se ocultaron en este pais , en Vizcaya y Asturias , adonde se retiró tambien el valiente don Pelayo. Los fugitivos y dispersos vivian por familias en los bosques y en las mas ásperas montañas: unos escondidos en cavernas , y otros en soterraneos , que ellos mismos fabricaron , y este es uno de tantos. Despues que afortunadamente arroja-

ron de España á sus enemigos , se volvieron á sus ciudades , villas y lugares , y desde entónces los soterraneos sirvieron de asilos á las gentes de nuestra profesion. Es cierto que la santa Hermandad ha descubierto y destruido algunos , pero todavia han quedado muchos , y yo , gracias al cielo , quince años hace que habito impunemente en este. Llámome el capitán Rolando , soy el xefe de la compañía , y el otro que viste conmigo , es uno de mis camaradas.

CAPITULO V.

DE LA LLEGADA DE OTROS LADRONES AL SOTERRANEO , Y DE LA CONVERSACION QUE TUVIERON ENTRE SÍ.

No bien había dicho estas palabras el capitán , quando aparecieron en la sala seis caras nuevas , que eran su teniente , y otros cinco de la gabiella. Venian cargados de presa. Traían dos grandes zurroneos llenos de azúcar , canela , almendras y pasas. El teniente , dirigiéndose al capitán , le dixo que había despojado á un especiero de Benavente de aquellos zurro-

nes, como tambien del macho que los llevaba; y despues de haber dado cuenta de su expedicion en la pieza que servia de despacho, se entregó en la repostería la hacienda del especiero. Hecho esto, se trató de cenar y de alegrarse. Prepararon en la sala una gran mesa, y á mí me enviaron á la cocina para que la tia Leonarda me instruyese en lo que debia hacer. Cedí á la necesidad, ya que mi mala suerte lo queria así, y disimulando mi sentimiento me dispuse á servir á una gente tan honrada.

Di principio por el aparador, cubriéndole de vasos y salvillas de plata, flanqueadas de botellas llenas del excelente vino que el señor Rolando me habia ponderado. Puse en la mesa dos géneros de sopa, á cuya vista todos ocuparon sus asientos. Comenzaron á comer con mucho apetito, manteniéndome yo tras de ellos en pie para servirles el vino. El capitán les contó en pocas palabras mi historia de Cacabelos, con la qual se divirtieron mucho. Aseguróles despues que yo era un mozo de mérito; pero como estaba ya tan escarmentado de las alabanzas, pude oír mis elo-

gios sin peligro. Conviniéron todos en que parecia yo como nacido para ser copero suyo, y que valia cien veces mas que mi predecesor. Como despues de su muerte la señora Leonarda era la que habia servido el nectar á aquellos dioses infernales, la privaron de este glorioso empleo, para revestirme á mí de él. De esta manera me hallé convertido en nuevo Ganimedes, sucesor de aquella maldita Hebe.

Despues de la sopa se presentó un gran plato de asado para acabar de saciar á los señores ladrones, los quales bebian tanto como comian, y en breve tiempo se pusieron todos de buen humor, y comenzaron á meter mucha bulla. Hablaban todos á un mismo tiempo: uno comenzaba una historia, otro le interrumpia con un chiste, ó con una frialdad: este grita, aquel canta; y en fin, ya no se entendian unos á otros. Fatigado Rolando de una escena, en que él ponía mucho de su parte, pero todo inútilmente, levantó la voz en un tono, que impuso silencio á la compañía. Señores, les dixo: atencion á lo que voy á proponeros. En vez de aturdirnos unos

á otros, hablando todos á un tiempo, ¿no seria mejor divertirnos, y hablar como hombres de juicio y de razon? Ahora me ocurre un pensamiento. Desde que vivimos juntos nunca hemos tenido la curiosidad de informarnos recíprocamente de qué familia ó casa somos, ni de la serie de aventuras por donde venimos á abrazar esta profesion. Con todo, me parece esta una cosa muy digna de saberse. Hagámonos, pues, esta confianza, que podrá servir no menos para nuestra diversion, que para nuestro gobierno. El teniente y los demas, como si tuvieran alguna cosa buena que contar, aceptaron con grandes demostraciones de alegría la proposicion del capitan, el qual comenzó á hablar en estos términos.

Ya saben ustedes, señores, que yo soy hijo único de un rico vecino de Madrid. Celebróse mi nacimiento en la familia con grandes regocijos. Mi padre, que ya era viejo, sintió suma alegría al verse con un heredero, y mi madre no quiso que otra mas que ella me diese de mamar. Vivia entónces mi abuelo materno. Era un hombre que solo sabia rezar su rosario, y contar sus proezas

militares, porque habia servido al Rey muchos años, y no se ocupaba ya en mas. Insensiblemente vine yo á ser el ídolo de estas tres personas. Continuamente me tenian en brazos. Por miedo de que el estudio no me fatigase en mis primeros años, me los dexaron pasar en los divertimientos mas pueriles. No conviene, decia mi padre, que los niños se apliquen á cosas serias hasta que el tiempo haya madurado un poco su razon. Esperandó á esta madurez no aprendia á leer ni escribir, mas no por eso perdía el tiempo. Mi padre me enseñaba mil géneros de juegos; conocia yo perfectamente los naypes, jugaba á los dados, y mi abuelo me contaba mil novelas sobre las expediciones militares en que se habia hallado. Cantábame siempre unas mismas coplas acerca de dichas expediciones; quando en espacio de tres meses habia aprendido bien diez ó doce versos, los repetia sin errar un punto delante de mis padres, los quales se admiraban de mi prodigiosa memoria. No celebraban menos mi agudo ingenio, quando valiéndome de la libertad que tenia para decir quanto me viniese á la boca, interrumpia sus conversaciones para decir á tuerto ó dere-

cho todo lo que me ocurría. Entonces mi madre me sufocaba á caricias , y mi buen abuelo lloraba de puro gozo. No les iba en zaga mi padre : siempre que me oía algun despropósito ó alguna bachillería , mirándome con gran ternura , exclamaba : ¡oh que gracioso eres , y que lindo ! Con estas alas no reparaba en hacer impunemente en su presencia las mas indecentes acciones. Todo me lo perdonaban , y todos me adoraban. Había entrado ya en doce años , y aun no tenía ningun maestro. Buscáronme finalmente uno , pero mandándole expresamente que me enseñase , mas sin facultad para darme el menor castigo. A lo sumo le permitieron que alguna vez me amenazase solo para intimidarme. Sirvió de poco este permiso , porque me burlaba de las amenazas de mi preceptor , ó bien con las lágrimas en los ojos iba á quejarme á mi madre ó á mi abuelo , diciéndoles que el ayo me había maltratado. En vano acudía el pobre diablo á desmentirme : teníanle por un hombre brutal , y siempre me creían á mí mas que á él. Un dia me arañé yo mismo , y me fuí á quejar del maestro porque me había desollado ; inmediatamente le despidió de ca-

sa mi madre sin querer darle oídos, por mas que protestaba al cielo y á la tierra, que ni siquiera me habia tocado.

De este mismo modo me fuí desembarazando de mis preceptores hasta que me presentaron uno como le deseaba, y me convenia para acabarme de perder. Era un bachiller de Alcalá; ¡excelente maestro para un hijo de familia! Era inclinado á mugeres, al juego y á la taberna. No me podian haber puesto en mejores manos. Desde luego se dedicó á ganarme por el amor y por la dulzura. Consiguiólo, y por este medio logró que tambien le amasen mis padres, los quales me entregaron enteramente á su gobierno. No tuvieron de qué arrepentirse; porque en breve tiempo, y desde luego me perficionó en la ciencia del mundo. A fuerza de llevarme consigo á todos los parages donde tenia su diversion, me inspiró de tal manera la aficion á ello, que á excepcion del latin, en lo demas era yo un muchacho universal. Quando vió que ya no tenia necesidad de sus preceptos fué á enseñarlos á otra parte.

Si en mi infancia habia vivido tan libremente á vista de mis padres, quando comencé á ser dueño de mis accio-

nes tuve sin duda mayor libertad. En el seno de mi familia fué donde di las primeras pruebas del aprovechamiento de mi educacion. Burlábame de ellos á las claras y á todos momentos. Réianse de mis intrepideces , y tanto mas las celebraban , quanto eran mas vivas y mas intolerables. Mientras tanto cometia todo género de desórdenes con otros muchachos de mi edad y de mi humor. Como nuestros padres no nos daban todo el dinero que habiamos menester para proseguir en una vida tan deliciosa , cada uno robaba en su casa quanto podia , y quando esto no alcanzaba , nos dimos á robar de noche, y siempre con fruto. Por desgracia llegó algun rumor de esto á los oidos del Corregidor. Quiso mandarnos prender; pero fuimos avisados con tiempo de su mala intencion. Recurrimos á la fuga, y dímonos á exercitar el mismo oficio en los caminos públicos. Desde entónces acá he tenido la dicha de haber envejecido en la profesion á pesar de los peligros que son anexos á ella.

Quando el capitán acabó de hablar , el teniente tomó la palabra , y dixo asi: señores , una educacion enteramente contraria á la del señor Ro-

lando produjo en mí el mismo efecto que en él. Mi padre fué carnicero en Toledo, y el hombre mas feroz que habia en toda la ciudad; mi madre no era de condicion mas suave que su marido. Desde mi niñez me comenzaron á azotar á qual mas podia, y como á competencia uno de otro. Cada dia recibia mil azotes. La mas mínima falta que cometiese, era castigada con el mayor rigor. En vano les pedia perdon con las lágrimas en los ojos, prometiendo la enmienda; no habia misericordia para mí, y las mas veces me castigaban sin razon. Quando mi padre me sacudia, siempre mi madre se ponía de su parte, en lugar de interceder por mí. Estos malos tratamientos me inspiraron tanta aversion á la casa paterna, que antes de cumplir los catorce años me escapé de ella. Tomé el camino de Aragon y llegué á Zaragoza pidiendo limosna. Enebréme alli con unos por-dioseros que pasaban una vida bastante feliz y acomodada. Enseñáronme á contrahacer el ciego, el estropeado, y á figurar en las piernas unas llagas postizas. Todas las mañanas, á la manera de los comediantes que se ensayan para representar sus

papeles , nos ensayábamos nosotros para representar los nuestros , y despues cada uno iba á ocupar su puesto. Por la noche nos juntábamos y nos reíamos de los que se habian compadecido de nosotros por el dia. Canséme presto de vivir entre aquellos miserables , y queriendo juntarme con otra gente mas honrada , me asocié con unos *caballeros de la industria*. Enseñáronme á hacer bellos juegos de manos ; pero nos vimos precisados á salir presto de Zaragoza , porque nos descompusimos con cierto ministro de justicia que siempre nos habia protegido. Cada uno tomó su partido. Yo que me sentia dispuesto á emprender grandes hechos , me acomodé en una tropa de hombres valerosos que hacian contribuir á los pasageros y caminantes, agradándome tanto su modo de vivir, que desde entónces acá no he querido buscar otro. Si me hubieran dado otra educacion mas suave , probablemente no seria ahora mas que un pobre carnicero , quando me hallo hoy con el honor y con el grado de vuestro teniente.

Señores , dixo entónces un ladron que estaba sentado entre el teniente y el capitan : las historias que acabamos

de oír , no son tan variadas ni tan curiosas como la mia. Debo mi nacimiento á una paysana ó labradora de las cercanías de Sevilla. Tres semanas despues que me dió á luz , como era todavia moza , bien parecida , aseada y muy robusta , la buscaron para que criase un niño , hijo de padres distinguidos , que acababa de nacer en dicha ciudad. Aceptó con gusto la propuesta , y fué á Sevilla para traerse el niño á casa. Entregáronsele , y apenas se vió con él en su aldea , quando observó que él y yo éramos algo parecidos , y esta observacion la excitó el pensamienso de trocarnos , con la esperanza de que con el tiempo la agradecería yo el buen oficio. Mi padre , que no era mas escrupuloso que su honrada muger , aprobó la superchería. De suerte , que habiéndonos mudado de pañales , el hijo de don Rodrigo de Herrera fué enviado con mi nombre á otra ama para que le criase , y á mí me crió mi madre baxo el nombre del otro.

Digan lo que quisieren sobre el instinto y fuerza de la sangre , los padres del caballerito fácilmente se dexaron engañar. No tuvieron la mas mí-

nima sospecha de la pieza que les habian jugado , y hasta los siete años me tuvieron siempre en sus brazos ; y siendo su intencion hacerme un caballero completo , me buscaron todo género de maestros ; pero los mas hábiles suelen hallar discípulos que les hacen poco honor : yo fuí uno de estos. Tenia poca disposicion para los ejercicios que me enseñaban , y mucho menos inclinacion á las ciencias en que me querian instruir. Gustaba mas de jugar con los criados de casa , yéndolos á buscar á la caballeriza y á la cocina. Pero el juego no fué mucho tiempo mi pasion dominante. Aficionéme al vino , y me emborrachaba todos los dias. Retozaba con las criadas ; pero particularmente me dediqué á cortejar á una moza rolliza de cocina , cuyo desembarazo y buen color me gustaban mucho , pareciéndome que merecia mis primeras atenciones. Enamórabala con tan poca cautela , que hasta el mismo don Rodrigo lo conoció. Reprehendióme agriamente , afeándome la baxeza de mis inclinaciones , y por temor de que la presencia del objeto hiciese inútiles sus reprimendas , despidió de casa á mi Dulcinea.

Irritóme mucho este proceder , y resolví vengarme. Robé sus pedrerías á la muger de don Rodrigo ; corrí en busca de mi bella Helena , que vivia en casa de una lavandera amiga suya ; saquéla de ella á la mitad del dia , para que ninguno lo supiese , y aun pasé mas adelante. Llevéla á su tierra , donde nos casamos solemnemente , así por dar este despique mas á los Herre- ras , como por dexar á los hijos de familia un exemplo tan bueno que imitar. Tres meses despues de mi arreba- tado matrimonio supe que don Ro- drigo habia muerto. No dexé de sen- tir su muerte. Partí prontamente á Se- villa á pedir su herencia , pero hallé las cosas muy mudadas. Mi madre ha- bia ya fallecido , y antes de su muer- te tuvo la indiscrecion de declarar lo que habia hecho en presencia del Cu- ra , y de otros buenos testigos. El hijo de don Rodrigo ocupaba ya mi lugar , ó por mejor decir el suyo , y acababa de ser reconocido por tal con tanto mayor aplauso y alegría , quan- to era menor la satisfaccion que yo les causaba. De manera , que no tenien- do nada que esperar en Sevilla , y fas- tidiado ya de mi muger , me agregué

á ciertos caballeros de fortuna , baxo cuya disciplina di principio á mis carabanas.

Acabó su historia aquel ladron , y comenzó otro la suya diciendo que él era hijo de un mercader de Burgos , y que en su mocedad , llevado de una indiscreta devocion , habia tomado el hábito de cierta religion muy austera , de la qual habia apostatado algunos años despues. En fin , todos los ocho ladrones hablaron por su turno , y quando los hube á todos oido , no me admiré de verlos juntos. Mudaron luego de conversacion , y propusieron varios proyectos para la próxima campaña , sobre los quales tomaron su resolucion , y se fuéron á la cama. Encendieron buxías , y cada uno se retiró á su quarto. Yo seguí al capitán Rolando al suyo , y mientras le ayudaba á desnudar ; ahora bien , Gil Blas (me dixo) ya ves nuestro modo de vivir. Siempre estamos alegres. Entre nosotros no se da lugar al tedio , ni á la envidia. Jamas se oye aqui discordia , ni disension : estamos mas unidos que frayles. Tú comienzas ahora , hijo mio , á gozar una vida muy agradable , pues no te tengo por tan

tonto , que te dé pena el vivir entre ladrones.

CAPITULO VI.

DEL INTENTO DE ESCAPARSE GIL BLAS,
Y SUCESO DE SU TENTATIVA.

Despues que el capitan de vándoleros hizo esta apología de su honrada profesion , se metió en la cama: yo quité la mesa , y puse todas las cosas en su lugar. Fuíme despues á la cocina , donde Domingo (así se llamaba el negro) y la tia Leonarda me esperaban cenando. Aunque no tenia hambre me puse á la mesa. No podia atravesar bocado , y viéndome tan triste , como era regular estarlo , procuraban consolarme aquellas dos análogas figuras ; pero sus consuelos contribuían mas á mi desesperacion que á mi alivio. ¿ De que te afliges , hijo ? me preguntó la vieja : antes bien debieras alegrarte de verte entre nosotros : eres mozo , y pareces docil , con que presto te perderias en el mundo , donde hallarias libertinos que te meterian en todo género de disoluciones , quando aqui está segura tu inocencia. Tiene

razon la señora Leonarda, dixo el viejo negro con una voz muy grave, y se puede añadir á lo que ha dicho, que en el mundo no se encuentran mas que trabajos. Da muchas gracias á Dios, amigo mio, porque de una vez para siempre te ha librado de los peligros, disgustos y aflicciones de la vida.

Sufrí con paciencia estos discursos, porque de nada me serviria el inquietarme. En fin, Domingo, despues de haber comido y bebido bien, se fué á su caballeriza. Leonarda cogió una linterna, y me conduxo á una cobacha, que servia de cementerio á los ladrones que morian de muerte natural, donde vi un lecho, que mas parecia tumba que cama. Este es tu quarto, me dixo la vieja, pasándome la mano por la cara. El mozo, cuya plaza tienes el honor de ocupar, durmió en esa cama el tiempo que vivió con nosotros, y sus huesos reposan debajo de ella: él se dexó morir en la flor de su edad; no seas tú tan simple que imites su exemplo. Diciendo esto, entregóme la linterna, y volvióse á su cocina. Puse la luz en el suelo, arrojéme sobre aquel miserable lecho, no tanto para reposar, quanto para en-

tregarme á mis tristes reflexiones. ¡O, cielos! exclamé: ¿habrá situacion mas infeliz que la mia? ¡Quieren que renuncie para siempre el consuelo de ver la cara del sol; y como si no bastara hallarme enterrado vivo á los diez y ocho años de mi edad, me veo reducido á servir á unos ladrones, y á pasar el dia entre malvados, y la noche con los muertos! Estos pensamientos, que me parecian muy dolorosos, y con efecto lo eran, me hacian llorar amargamente, y sin consuelo. Maldecia mil veces la gana que le habia dado á mi tio de enviarme á Salamanca. Arrepentíame de haber tenido tanto miedo á la justicia de Cacabelos, y quisiera haber padecido el tormento antes que verme donde me hallaba. Pero considerando que me consumia inútilmente en vanos llantos, comencé á discurrir en los medios de librarme. Pues que, me decia yo á mí mismo, ¿será por ventura imposible encontrar modo de escaparme de aqui? Los ladrones duermen profundamente, la cocinera y el negro harán lo mismo dentro de poco tiempo: mientras todos esten dormidos, ¿no podré yo á favor de esta linterna hallar el camino

por donde baxé á este calabozo infernal? A la verdad no sé si tendré bastante fuerza para levantar la trampa que cubre la entrada, pero probaremos; no quiero omitir nada de quanto pueda hacer. La desesperacion me prestará fuerzas, y puede ser que me salga con ello.

Tomada esta gran resolucion, me levanté quando me pareció que Leonarda y Domingo podian ya estar dormidos. Cogí la linterna, salí de mi cobacha, y me encomendé á todos los santos del cielo. No dexó de costarme algun trabajo el acertar con las vueltas y revueltas de aquel laberinto. Llegué en fin á la puerta de la caballeriza, y me hallé en el camino que buscaba. Fuí andando y acercándome á la trampa con cierta alegría mezclada de temor: mas ¡ay! en medio del camino me encontré con una maldita reja de hierro bien cerrada, y cuyas barras estaban tan juntas, que apenas podia pasar la mano por entre ellas. Víme cortado y perdido con aquel nuevo impedimento que al entrar no habia advertido por estar abierta la reja. Con todo, no dexé de probar si podia abrir el candado. Examiné la cer-

radura , haciendo todo lo que pude por forzarla , quando de repente me aplicaron en las espaldas cinco ó seis fuertes latigazos con un buen vergajo de bucy. Di un grito que resonó en toda la caverna ; y mirando atrás vi al maldito negro en camisa , con una linterna sorda en una mano , y con el azote en la otra. ¡Ola, bribonzuelo ! me dixo , ¿ querias escaparte ? no , amigo , no esperes sorprehenderme. Creiste que estaria abierta la reja ; pues sábetete que siempre la encontrarás cerrada. Quando atrapamos á alguno , le guardamos aqui , mal que le pese , y si logra escaparse ha de ser mas ladino que tú.

Mientras tanto , al grito que yo habia dado despertaron tres ladrones , los quales se levantaron y vistieron á toda priesa , creyendo que la santa Hermandad venia á echarse sobre ellos. Llamaron á los demas , que en un instante se pusieron en pie. Toman las espadas y carabinas , y medio desnudos acuden adonde estábamos Domingo y yo. Pero luego que se informaron ó entendieron el origen del rumor que habian oido , su inquietud se convirtió en grandes carcaja-

das. ¿Cómo así, Gil Blas, me dixo el ladron apóstata, no ha más que seis horas que estás con nosotros, y ya querias apostatar? Bien se conoce tu aversion al silencio y al retiro. ¿Que harias si fueras cartujo? Anda, vete á la cama, que por esta vez basta por castigo los vergajazos con que te regaló Domingo; pero si otra vez vuelves á intentar escaparte, por san Bartolomé que te hemos de desollar vivo. Diciendo esto se retiró. Los demas ladrones se volvieron á sus quartos; el viejo negro muy ufano de su hazaña se recogió á su caballeriza, y yo me volví á zambullir en mi cementerio, pasando lo restante de la noche en suspirar y llorar.

CAPITULO VII.

DE LO QUE HIZO GIL BLAS, NO PUDIENDO HACER OTRA COSA.

Los primeros dias pensé morir-me, rindiendo la vida á la melancolía que me consumia; pero al fin mi genio me inspiró que sufriese y disimulase. Esforcéme á mostrarme menos triste. Comencé á cantar y á reir,

aunque sin gana. En una palabra, supe disfrazarme tan bien, que Leonardo y Domingo cayeron en la red, y creyeron buenamente que ya el páxaro se habia acostumbrado á la jaula. Lo mismo juzgaron los ladrones. Manifestábame muy alegre quando les echaba de beber, y de quando en quando los divertia tambien con alguna chocarrería ó bufonada. Esta libertad que me tomaba, les daba mucho gusto en vez de enfadarlos. Gil Blas, me dixo el capitán en cierta ocasion en que yo hacia el gracioso, has hecho bien en desterrar la melancolía. Me gusta mucho tu espíritu y tu buen humor. No se conoce á la gente al principio; yo no te tenia por tan agudo y tan jovial.

Tambien los demas me honraron con mil alabanzas, exhortándome á estar siempre de buen humor. Parecióme que todos estaban muy contentos conmigo; y aprovechándome de tan buena ocasión, señores, les dixé, permítanme ustedes que les descubra mi pecho. Desde que estoy en su compañía no me conozco á mí mismo; pareceme que no soy el que

era. Ustedes han desvanecido las preocupaciones de mi educacion. Insensiblemente se me ha pegado vuestro espíritu, y he tomado el gusto á su honrada profesion. Me muero por merecer el honor de ser uno de sus compañeros, y de tener parte en los peligros de sus gloriosas proezas: todos aplaudieron este discurso, y alabaron mi buena voluntad; pero unánimemente convinieron en que me dexarian servir por algun tiempo, para probar mi vocacion, y que despues correria mis carabanas, y al cabo se me conferiria la honorífica plaza á que aspiraba.

Hube de conformarme por fuerza, y continuar en vencerme, y en ejercer mi oficio de copero. A la verdad quedé muy sentido; porque solo pretendia ser ladron por tener libertad de salir con los demas, esperando que en alguna de sus correrias se me presentaria ocasion de escaparme de ellos. Esta única esperanza era la que me mantenía vivo. Sin embargo, el tiempo de la probacion me parecia largo, y mas de una vez intenté sorprehender la vigilancia de Domingo, pero inútilmente. Siempre estaba muy

alerta , tanto que no bastarian cien Orféos para encantar á aquel Cerbero. Es verdad que por no hacerme sospechoso no emprendia todo lo que podia hacer para engañarle. Veíame precisado á vivir con la mayor cautela , porque el negro era ladino , y observaba mucho todos mis pasos , palabras y movimientos. Asi pues apelé á la paciencia , remitiéndome al tiempo que los ladrones me habian prescrito para recibirme en su congregacion , cuyo dia esperaba con tanta ansia , como si hubiera de entrar en una compañía de honrados comerciantes.

En fin , gracias al cielo , llegó al cabo de seis meses este dichoso dia. El señor Rolando dixo á sus camaradas : caballeros , es preciso cumplir la palabra que dimos al pobre Gil Blas. A mí me parece bien este muchacho , y espero que tendremos en él un hombre de provecho. Soy de sentir que mañana le llevemos con nosotros , para que dé principio á coger laureles en los caminos reales. Nosotros mismos le hemos de poner en el que guia á la gloria. Todos se conformaron con el parecer de

su capitan; y para hacerme ver que ya me miraban como á uno de ellos, desde aquel momento me dispensaron de servirles. Restituyeron á la señora Leonarda en el empleo que antes tenia, y de que la habian exonerado para honrarme á mí con él. Hiciéronme arrimar el vestido que llevaba encima, y consistia en una simple jaquetilla muy usada, y me acomodaron todos los despojos de un caballero que acababan de robar: despues de lo qual me dispuse á hacer mi primera campaña.

CAPITULO VIII.

ACOMPAÑA GIL BLAS A LOS LADRONES;
QUE EMPRESA ACOMETE EN LOS CAMINOS REALES.

Hacia el fin de una noche de setiembre salí del soterraneo con los ladrones. Iba armado como todos con carabina, pistolas, espada y una bayoneta, y montaba un buen caballo que habian quitado al caballero, cuyos vestidos me habian tocado en suerte. Como habia estado tanto tiempo en la obscuridad, quando amaneció

ció no podía sufrir la luz, pero poco á poco se fuéron acostumbrando mis ojos á tolerarla.

Pasamos por cerca de Ponferrada, y nos metimos en un bosquecillo á orilla del camino de Leon. Allí estuvimos esperando á que la fortuna nos ofreciese algun buen lance, quando descubrimos un religioso caballero en una muy mala mula. ¡Bendito sea Dios! exclamó sonriéndose el capitán: he aqui el grande ensayo de Gil Blas. Es preciso que vaya á registrar el bolsillo de aquel frayle: veremos cómo se porta. Todos los camaradas convinieron efectivamente en que aquella comision era la que me correspondia, exhortándome á que saliese de ella con lucimiento. Espero, señores, (dixen) que quedareis contentos. Voy á despojar á aquel padre, á dexarle tan desnudo como la palma de la mano, y traer aqui su mula. Eso no, dixo Rolando, no merece la pena: alíviale solamente del bolsillo y traelo: no te pedimos mas. En esto salí del bosque, y me encaminé al religioso, pidiendo al cielo me perdonase la accion que iba á executar con tanta repugnancia. Bien hubiera querido poder escapar-

me en aquel mismo punto; pero todos mis compañeros estaban mejor montados que yo, y si me vieran huir, correrian tras mí, y presto me atraparían ó me espolearían por las espaldas con una descarga de sus carabinas, con la que me hubiera ido muy mal; y así no me atreví á exponerme á una accion tan poco segura. Llegué pues al padre, y pedíle la bolsa, poniéndole al pecho una pistola. Paróse un poco á mirarme, y sin mostrarse muy sobresaltado: muy mozo eres, hijo mio, y muy temprano te has puesto á tan vil oficio. Padre mio, le respondí, sea vil ó no lo sea, me alegrara haberle empezado mas presto. ¡ Ah querido! (me replicó el buen religioso, que no podia comprehender el sentido de mis palabras) ¿ que es lo que dices? ¡ O, que ceguedad! Escúchame, y te haré presente el infeliz estado en que te hallas. O, padre mio, le interrumpí con precipitacion, no se tome ese trabajo, y déxese de moralizar, que no vengo á los caminos públicos á que me prediquen: quiero dinero, y no sermones. ¡ Dinero! me dixo, muy maravillado. Mal

conoces la caridad de los españoles, si crees que las personas de mi profesion y de mi carácter lo necesitan para viajar: en todas partes nos reciben y hospedan con agrado, nos tratan muy bien, y quando partimos, solo nos piden nuestras oraciones: en fin, nosotros no llevamos dinero para caminar, y nos ponemos enteramente en manos de la providencia. Pero al fin, padre mio, concluyamos, mis compañeros me están esperando en aquel bosque; eche prontamente la bolsa en tierra, ó sino le mato. *VIII*

A estas palabras que pronuncié cólerico, y amenazándole, el buen religioso mostró verse quitar la vida. Espera, me dixo, voy á satisfacerte; ya que absolutamente no puede ser otra cosa, veo que con vosotros es ociosa toda figura retórica. Diciendo esto sacó de debaxo del hábito una gran bolsa de cuero, y la dexó caer en el suelo. Díxele entónces que podia continuar su camino, y él lo hizo sin esperar á que tuviese el trabajo de repetírselo. Dió quatro espalazos á la mula, que desmintió la mala opinion en que yo la tenia, de ser tan buena maula como la de mi

tio ; y la bestia , dándose por entendida del caritativo aviso , comenzó desde luego á andar á buen paso. Apenas el frayle se alejó de mí , quando me apee ; recogí el bolsón , que pesaba mucho , y volví á ganar el bosque , donde los camaradas me esperaban con impaciencia para darme mil parabienes por mi gloriosa victoria , como si me hubiera costado mucho. Apenas me dieron lugar de apearme segun se apresuraban en abrazarme. Animo , Gil Blas , me dixo Rolando , has hecho maravillas. Durante tu expedicion no apartamos los ojos de tí ; observé tu firmeza , tu resolucion , y todos tus movimientos ; y desde luego te pronostico que con el tiempo serás un heroyco ladrón , y el terror de los caminos reales. El teniente y los demas aplaudieron la prediccion , asegurando que no podia dexar de verificarse algun dia. Di á todos las gracias por el buen concepto que habian formado de mí , prometiendo hacer todos los esfuerzos posibles para mantenerlo.

Despues que alabaron , tanto mas quanto menos lo merecia , la villana ac-

cion que habia hecho, les entró la curiosidad de exâminar la presa. Veamos, dixerón, qué contiene la bolsa del religioso. Sin duda, añadió uno de ellos, que estará bien provista, porque estos padres no viajan como peregrinos. Desatóla el capitan, abrióla, y sacó dos ó tres puñados de medallitas de cobrè, mezcladas con *Agnus Dei*, y algunos escapularios. Al ver el hurtó de una moneda tan nueva, todos prorumpieron en tan descompasadas carcajadas, que pensaron reventar de risa. A la verdad, exclamó el teniente, que todos debemos estar muy obligados al señor Gil Blas: el primer ensayo que ha hecho puede ser muy saludable á la compañía. A esta bufonada siguieron otras de los demas. Aquellos malvados, y sobre todos el apóstata, se divirtieron con mil impías truhanerías sobre la materia, profiriendo dichos que mostraban bien la corrupcion de sus costumbres. Solo yo no tenia gana de reir. Verdad es que me la quitaban los bufones que tanto se alegraban á mi costa. Cada uno me flechaba alguna pulla, y hasta el capitan me dixo, aconsejote, amigo Blas, que en

adelante, no te vuelvas á meter con frayles, porque son mas tragudos y chuscos que tú.

CAPITULO IX.

DEL SERIO LANCE QUE SIGUIÓ A LA
AVENTURA DEL FRAYLE.

Estuvimos en el bosque la mayor parte de aquel dia sin haber visto pasagero alguno que enmendase el chasco que nos habia dado el religioso. Salimos en fin para restituarnos á nuestro soterraneo, persuadidos á que las expediciones del dia se habian acabado con el risible suceso, que todavia daba materia á la conversacion y á las chufletas, quando descubrimos á lo lejos un coche tirado de quatro mulas. Acercábase á nosotros á gran paso, y le acompañaban tres hombres á caballo, que parecian venir bien armados. Rolando nos mandó hacer alto para tratar de lo que se habia de hacer; y la resolucion fué que se les atacase. Pusímonos todos en orden, segun la disposicion del capitan, y marchamos en orden de batalla acercándonos al coche. No obstante los aplausos que

había recibido en el bosque, se apoderó de mí un temblor universal, y sentí bañado todo el cuerpo de un sudor frío, que no me presagiaba cosa buena. Por mayor fortuna mía me hallaba á la frente del cuerpo de batalla en medio del capitán y del teniente, que de propósito me pusieron entre los dos para que me hiciese al fuego desde luego. Reparó Rollando lo mucho que la naturaleza estaba padeciendo en mí: me miró con ojos torvos, y con voz bronca me dijo: oye, Gil Blas, trata de hacer tu deber; porque te advierto que si te acobardas, te levanto de un pistoletazo la tapa de los sesos. Estaba muy persuadido á que lo haría mejor que lo decía, para no aprovecharme del dulce y fraternal aviso: y así solo pensé en recomendar mi alma á Dios.

Entre tanto el coche y los caballeros se nos venían acercando. Desde luego conocieron la casta de pájaros que éramos; y adivinando nuestro intento, por la ordenanza y postura en que nos veían, se pararon á tiro de fusil. Todos traían armas; y mientras se preparaban á recibirnos,

salió del coche un hombre de buen parecer, y ricamente vestido. Montó en un caballo de mano, que uno de los montados tenía por la brida, y se puso á la frente de los demas. Aunque eran solo quatro contra nueve, se arrojaron á nosotros con un brio, que aumentó mi temor. No por eso dexé de prevenirme para disparar mi carabina, aunque temblaban todos los miembros de mi cuerpo, como si estuviera azogado; mas, por contar las cosas como pasaron, quando llegó el caso de dispararla, cerré los ojos, y volví la cabeza á otra parte, de manera que aquel tiro nunca puede ser á cargo de mi conciencia.

No me detendré en referir las circunstancias de la accion, pues aunque me hallaba presente nada veía; porque turbada con el terror la imaginacion, me ocultaba el horror de un espectáculo, que verdaderamente me sacó fuera de mí. Lo único que puedo decir es, que despues de un gran ruido de mosquetazos y carabinazos oí gritar á mis camaradas: *victoria, victoria*. Al oír esta aclamacion se dissipó el miedo que se habia apoderado de mis sentidos, y vi tendidos

en el campo los cadáveres de los quatro que venian á caballo. De nuestra parte solo murió el apóstata, que en esta ocasion recibió lo que merecia por su apostasia y sus malas chanzas sobre los escapularios y medallas. El teniente fué herido en un brazo, pero muy levemente, pues el golpe apenas hizo mas que rozarle un poco el pellejo.

Corrió luego el señor Rolando á la portezuela del coche, y vió dentro una dama de veinte y quatro á veinte y cinco años, que le pareció hermosa, aun en el triste estado en que se hallaba. Habíase desmayado durante la refriega, y aun no habia vuelto en sí: mientras él se ocupaba en mirarla, nosotros atendimos á la presa: lo primero que hicimos fué apoderarnos de los caballos que habian servido á los muertos, y que espantados con los tiros se habian descarriado despues de quedar sin guias. Las mulas del coche permanecieron quietas, aunque durante la accion se habia apeado el cochero para ponerse en salvo. Echamos pie á tierra para quitarlas los tirantes, y las cargamos con los cofres que venian en la

zaga y delantera del coche. Hecho esto , se sacó de él á la señora por orden del capitan , la qual aun no habia recobrado los sentidos , y se la puso á caballo con uno de los ladrones mejor montados , dexando en el camino el coche , y á los muertos despojados de sus vestidos , y llevándonos la señora , las mulas , los caballos y preséas.

CAPITULO X.

DE QUE MODO SE PORTARON LOS VANDOLEROS CON LA SEÑORA DESMAYADA.

GRAN PROYECTO DE GIL BLAS, Y SUS RESULTAS.

Llegamos á la cueva una hora despues de anohecido. Lo primero que hicimos fué meter las mulas en la caballeriza , atarlas al pesebre , y cuidar de ellas ; porque el viejo negro hacia tres dias que estaba en cama , rendido á crueles dolores de gota , y á un reumatismo , que apenas le dexaba libre mas que la lengua para emplearla en mostrarnos su impaciencia , prorumpiendo en las mas horribles blasfemias : dexamos á aquel mi-

serable jurar y blasfemar , y fuimos á la cocina á cuidar de la señora que estaba sobrecogida de un paratismo mortal. Nos dimos tan buena maña , que logramos volviere del desmayo : mas quando recobró sus sentidos , y se vió entre unos hombres que no conocia , sintió todo el peso de su desgracia , y comenzó á desesperarse. Todo lo mas horroroso que el sentimiento y el dolor pueden representar á una viva fantasía , todo se veía pintado en sus ojos , que levantaba al cielo , como para quejarse de las indignidades que la amenazaban. Cediendo entónces á imágenes tan espantosas , volvió de repente á desmayarse , cerró sus bellos ojos ; y los ladrones temieron que iban á perder aquella preciosa presa. El capitán , pareciéndole mejor abandonarla á sí misma , que atormentarla con nuevos socorros , mandó la llevasen á la cama de Leonarda , dexándola sola y encomendada á su buena suerte. Pasamos nosotros á la sala ; y uno de los ladrones , que habia sido cirujano , reconoció el brazo del teniente , y le aplicó bálsamo. Hecha esta operacion , se pasó á ver lo que

habia en los cofres. Halláronse algunos llenos de telas y encaxes, otros de vestidos, y el último que se reconoció, contenia algunos talegos de doblones, cuya vista regocijó mucho á los interesados. Concluido este registro, la cocinera puso la mesa, y sirvió la cena. Desde luego se movió la conversacion sobre nuestra gran victoria, y Rolando volviéndose á mí, me dixo: confiesa Gil Blas, que has pasado un gran susto. No lo puedo negar, respondí yo; antes bien lo confieso de buena fe; pero déxenme vms. hacer dos ó tres campañas, y entónces se verá si sé pelear como un paladin. Toda la compañía se puso de mi parte, diciendo: se le debe perdonar, porque la accion fué muy viva, y para un mozo que jamas habia visto tirar un tiro, no lo ha hecho mal.

Hablóse luego de las mulas y caballos que habíamos traído, y resolvióse que el dia siguiente iríamos todos á venderlos á Mansilla, donde verosímilmente no habria llegado todavía la noticia de nuestra hazaña. Resuelto esto, acabamos de cenar, y nos fuimos á la cocina á ver á la pobre señora. Hallámosla en el mismo estado.

Con todo eso, y aunque apenas se percibia en ella un leve aliento de vida, algunos ladrones no dexaban de mirarla con ojos profanos, y hubieran satisfecho sus brutales deseos á no haberles contenido el capitán, representándoles, que á lo menos debian esperar á que se recobrase de aquel abatimiento de tristeza que la tenia casi sin sentido. El respeto con que miraban al capitán, refrenó su incontinencia: sin esto ninguna cosa hubiera salvado á la señora, y aun despues de su muerte no habria seguro su honor.

Dexamos en tan triste situacion á aquella infeliz señora, contentándose Rolando con encargar á Leonarda que la cuidase, y nos retiramos cada qual á nuestro quarto. Por lo que á mí toca, apenas me acosté, quando en vez de entregarme al sueño, solo me ocupé en considerar la infelicidad de aquella pobre señora. No dudaba que fuese una persona de distincion, y por lo mismo me parecia ser mas deplorable su suerte. No podia pensar sin estremecerme en los horrores que la esperaban, y me sentia tan vivamente conmovido, como si la sangre ó el amor me

hubieran unido á ella. En fin, despues de haberme compadecido de su destino, solo pensé en los medios de preservar su honor del peligro que corria, y en librarme yo mismo de la maldita cueva. Acordéme de que el negro no se podia mover á causa de sus dolores, y la cocinera tenia la llave de la reja. Este pensamiento me acaloró la imaginacion, y me inspiró un proyecto, que medité muy bien, y á cuya execucion di principio en la manera siguiente.

Fingí que me habia asaltado un dolor cólico. Prorumpí desde luego en ayes y quejidos: y despues empecé á dar gritos y alaridos lastimosos. Despertaron al ruido los compañeros, acudieron todos á mi quarto, y me preguntaron qué tenia. Respondíles que estaba padeciendo un horrible cólico; y para que lo creyesen mejor, apretaba los dientes, hacia gestos y espantosas contorsiones, revolviéndome á todas partes, y agitándome extrañamente. Hecho esto, de repente me quedé muy tranquilo y sosegado, como si me hubieran dado algunas treguas los dolores. Un momento despues comencé á revolcarme

en la cama, y á morderme las manos. En una palabra, representé con tal primor mi papel, que los ladrones, no obstante de ser tan sutiles y tan astutos, se dexaron engañar, y creyeron que efectivamente padecia violentísimos dolores. Asi pues, todos se dieron la mayor prisa á socorrerme. Uno me traía una botella de aguardiente, y me hacia beber la mitad; otro á pesar mio me administraba una lavativa de aceyte de almen dras dulces; otro iba á calentar paños, y casi abrasando me los ponía en la boca del estómago. En vano pedía misericordia: ellos atribuían mis clamores á la fuerza del cólico, y me hacían padecer dolores verdaderos, queriéndome aliviar de los que no tenía. En fin, no pudiendo ya sufrir mas, me vi obligado á decir, que ya no sentia retortijones, y que no necesitaba de remedios. Cesaron de mortificarme con ellos, y yo me guardé bien de quejarme porque no volviesen á aplicármelos.

Duró esta escena casi tres horas; y juzgando los ladrones que ya no podia tardar de venir el dia, partieron todos á Mansilla. Manifesté gran deseo

de acompañarlos , y me quise levantar para que lo creyesen ; pero no lo permitieron. No, no, Gil Blas, (me dixo Rolando) quédate aqui , hijo mio , porque te podria repetir el cólico : otra vez vendrás con nosotros , que por hoy no estás en estado de hacerlo. Mostréme muy sentido de no ser de la partida , y lo fingí con tanta naturalidad , que ninguno tuvo la menor sospecha de lo que yo meditaba. Luego que partieron , lo que yo deseaba tanto que se me hacian siglos los instantes , entré en cuentas conmigo , y me dixé á mí mismo : ea , Gil Blas , ahora sí que necesitas gran ánimo. Armate de valor para acabar con lo que tan felizmente has comenzado. Domingo no está en parage de oponerse á tu gloriosa empresa. Leonarda no te puede impedir su execucion. Si no te aprovechas de esta oportunidad para escaparte , quizá no encontrarás jamas otra tan favorable. Estas reflexiones me infundieron aliento y confianza. Levantéme al punto de la cama : vestíme , tomé la espada y las pistolas , fuime derecho á la cocina ; pero antes de entrar en ella , habiendo oido hablar á Leonarda , me detuve , y apliqué el

oido para escuchar lo que hablaba. Discurría con la señora desconocida, que habiendo vuelto en sí de su segundo desmayo, y comprehendiendo entónces todo su infortunio, lloraba amargamente, faltándola poco para desesperarse. Lloro, hija mia, (la decia ella) y llora todo quanto quieras: no reprimas los suspiros, y da libertad á los sollozos; con eso te desahogará. Es cierto que parecia peligroso el accidente, pero ya que rompiste en llorar no hay que temer. Asi que se te haya mitigado el pesar (que poco á poco se desvanecerá) te acostumbrarás á vivir con estos señores, que todos son gente honrada, y hombres muy de bien. Te tratarán mejor que á una Princesa. Todos á porfia se esmerarán en complacerte, y cada dia te mostrarán mas amor. ¡O, y quantas mugeres envidiarían tu fortuna si la supieran!

No la di tiempo á que dixese mas. Entréme en la cocina con intrepidez, y púsela una pistola á los pechos, amenazándola de quitarla en aquel momento la vida si no me entregaba prontamente, y sin réplica la llave de la reja. Turbóse á vista de mi accion, y

aunque era ya de edad avanzada, todavia tenia tanto apego á la vida, que no la quiso perder por tan poca cosa como era entregarme ó no entregarme una llave. Alargómela prontísimamente, y luego que la tuve en la mano, volviéndome á la bella dolorida, la dixé: señora, el cielo os ha enviado un libertador; levantaos para seguirme, que yo os conduciré, y pondré con toda seguridad donde me lo mandeis. No se hizo sorda á mi voz: mis palabras hicieron tanta impresion en su espíritu, que recobrando todas las fuerzas que la quedaban, se levantó, arrojóse á mis pies, y solamente me suplicó que conservase su honor. Alcéla del suelo, y la aseguré de mí, y contar con mi honradez. Cogí despues algunos cordeles que habia en la cocina; y ayudándome la misma señora, amarré con ellos á Leonarda á los pies de una gran mesa, amenazándola la quitaria la vida al menor grito que diese. Encendí despues una vela, y acompañado de la señora desconocida pasé al quarto donde estaban las especies de plata y oro. Llené los bolsillos de todos los doblones que pudieron caber en ellos, y pa-

ra obligar á la señora á que hiciese otro tanto, la dixe que en ello no hacia mas que recobrar lo que era suyo. Despues de haber hecho una buena provision, marchamos á la caballeriza, donde entré yo solo con las pistolas amartilladas. Daba por supuesto que el viejo negro no me dexaria ensillar y aparejar tranquilamente mi caballo, y estaba resuelto á curarle de una vez de todos sus males si no queria ser bueno; pero afortunadamente se hallaba á la sazón tan agravado de los dolores que habia pasado, y que le atormentaban aun, que saqué el caballo sin que diese la menor señal de haberlo conocido. La señora me esperaba á la puerta. Cogimos prontamente el camino que guiaba á la salida de la cueva: abrimos la reja, y llegamos á la trampa que cubria la entrada. Costónos gran trabajo el levantarla, ó por mejor decir, para lograrlo hubimos menester nuevas fuerzas que nos prestó el deseo de salvarnos.

Comenzaba á rayar el dia quando nos vimos fuera de aquel abismo: y de lo que mas cuidamos entónces fué de alejarnos quanto antes de él. Yo monté á caballo; puse á la señora á la

gurupa , y siguiendo á galope la primera senda que se nos presentó , tardamos poco en salir del bosque y entrar en una llanura , donde nos encontramos con varios caminos. Seguimos uno á la ventura , teniendo yo grandísimo miedo de que fuese quizá el que guiaba á Mansilla , y nos hallásemos con Rolando y sus camaradas , que seria fatal encuentro. Pero fué vano mi temor , porque entramos felizmente en Astorga á cosa de las dos de la tarde. Observé que muchos nos miraban con particular atencion , como si fuera para ellos un espectáculo nunca visto el de una muger á caballo tras de un hombre. Apeámonos en el primer meson , y ordené luego que guisasen una liebre , y asasen una perdiz. Mientras esto se disponia conduxe á la señora á un quarto , donde comenzamos á discurrir , lo qual no habíamos podido hacer en el camino , por la priesa con que viajamos. Mostróse muy agradecida al gran servicio que la habia hecho , diciéndome , que á vista de una accion tan generosa no se podia persuadir que yo fuese compañero de los infames , de cuyo poder la habia libertado. Contéla entónces mi historia

para confirmarla en el buen concepto en que me tenia. Con esto la empeñé á que me favoreciese con su confianza, y me refriese sus desastres, como lo hizo, de la manera que se dirá en el capítulo siguiente.

CAPITULO XI.

HISTORIA DE DOÑA MENCÍA DE MOSQUERA.

Nací en Valladolid, y mi nombre es doña Mencía de Mosquera. Mi padre, don Martin, coronel de un regimiento, fué muerto en Portugal despues de haber consumido su patrimonio en el servicio del Rey. Dexóme pocos bienes, y consiguientemente, aunque era única, no era un gran partido para ser buscada en casamiento. Mas sin embargo de mi escasa fortuna no me faltaban pretendientes. Muchos caballeros de los mas principales de España solicitaron mi mano; pero el que se llevó mi atencion fué don Alvaro de Mello. A la verdad era el mas galan y ayroso de todos; y ademas otras prendas muy preciosas me determinaron á su favor. Era prudente, entendido y valiente,

acompañando á esto lo muy comedido, atento, pundonoroso, y el hombre mas bien portado del mundo. En las corridas de toros ninguno se mostraba mas arriesgado, mas brioso, ni mas diestro. En las justas era la admiracion de todos su despejo, su fuerza, habilidad y valor. Finalmente, le preferí á sus contrarios, y le di mi mano.

Pocos dias despues de nuestro matrimonio se encontró en un sitio retirado con don Andres de Baeza, que habia sido uno de sus antiguos competidores en pretenderme. Picáronse los dos, sacaron las espadas, y costó la vida á don Andres. Era este sobrino del corregidor de Valladolid, hombre de genio violento, y enemigo mortal de la casa de Mello; y por consiguiente juzgó don Alvaro que le importaba infinito no retardar un punto su fuga. Volvióse inmediatamente á casa, contóme lo sucedido, y me dixo: querida Mencía, es indispensable separarnos. Ya conoces al corregidor; me perseguirá vivamente. No ignoras lo mucho que puede en España, y así no estoy seguro en el reyno. No le permitió decir mas su dolor. Hícele que tomase dinero y algunas jo-

yas. Dióme despues los brazos, estre-
chéme en ellos, y estuvimos asi gran
rato sin poder uno ni otro hablar pa-
labra, mezclándose nuestras lágri-
mas, suspiros y sollozos. Vino un
criado á decir que estaba pronto el
caballo: desasióse de mí, partió y
dexóme en un estado que no sabré
pintar. ¡Dichosa yo si lo agudo del
dolor me hubiera quitado la vida!
¡que de penas y tormentos me hu-
biera ahorrado! Pocas horas despues
de partido don Alvaro, supo su
fuga el Corregidor. Hizo le siguie-
sen, y no perdonó diligencia algu-
na para haberle á las manos. Frus-
tólas todas mi esposo, y púsose en
salvo. Viéndose el juez reducido á
no poder tomar otra venganza que la
satisfaccion de quitar todos sus bienes
á un hombre, cuya sangre quisiera ha-
ber podido beber, confiscó quanto per-
tenecia á don Alvaro.

Halléme con esto en tan misera-
ble situacion, que apenas tenia lo
preciso para vivir. Comencé á reti-
rarme de todos, quedándome con una
sola criada. Pasaba los dias llorando
amargamente, no ya mi necesidad, que
llevaba con paciencia, sino la ausencia

de un adorado esposo , de quien no tenia noticia alguna , sin embargo de haberme prometido en nuestra dolorosa despedida , que de qualquier parte del mundo donde se hallase , procuraria informarme de su suerte. No obstante , se pasaron siete años sin haber oido hablar de él. Causábame una profunda tristeza la incertidumbre de su paradero. Supe al fin , que combatiendo por las armas de Portugal en el reyno de Fez , habia perdido la vida en una batalla. Asi me lo refirió un hombre recién venido de Africa , asegurándome que conocia muy bien á don Alvaro de Mello , con quien habia servido en el ejército portugues , y que él mismo le habia visto perecer en lo mas recio de la pelea. A esto añadió otras circunstancias que me acabaron de persuadir que ya no vivia mi esposo.

Vino en este tiempo á Valladolid don Ambrosio Mesía Carrillo , marques de la Guardia. Era uno de aquellos señores entrados en edad , que por sus atentos y cortesanísimos modales hacen olvidar sus años , y logran aprecio entre las damas. Casualmente le refirieron la historia de don Alva-

ro, y con este motivo oyó hablar de mí en términos que tuvo gran deseo de verme. Para contentar su curiosidad se valió de una parienta mia, en cuya casa me encontró. Vióme, y quedó prendado de mí á pesar de la impresion de dolor que reparó en mi semblante: ¿pero que digo *á pesar*? quizá lo que mas le movió fué el mismo ayre triste, melancólico y marchito en que me veía, hablándole esto en favor de mi fidelidad. Mi melancolía pudo ser causa de su amor. Por eso me dixo mas de una vez, que me miraba como un prodigio de constancia, y que envidiaba la suerte de mi marido por desgraciada que fuese. En una palabra, quedó tan pagado de mí, que no necesitó verme segunda vez para tomar la determinacion de casarse conmigo.

Valióse de la misma parienta mia para pedir mi consentimiento. Vino esta á mi casa, y me representó que habiendo mi esposo terminado sus dias en el reyno de Fez, no era razon que estuviese enterrada por mas tiempo; que *había* llorado ya sobradamente á un hombre, cuya compañía habia gozado por solos pocos mo-

mentos; que debia no malograr la ocasion que se presentaba, y que seria la muger mas feliz y mas contenta del mundo. Aqui ponderó la nobleza del Marques, sus grandes bienes, y su amabilísimo carácter. Pero por mas que empleaba su elocuencia en hacerme palpables las ventajas que hallaria yo en aquel partido, no me pudo persuadir, no ya porque dudase de la muerte de don Alvaro, ni por el miedo de volverle á ver quando menos lo pensase: lo único que mi parentela tenia que vencer, era mi poca inclinacion, ó por mejor decir, mi repugnancia á un segundo matrimonio, despues de las desgracias que habia experimentado en el primero. En virtud de esto no desconfió, ni se acobardó, antes bien, interesada ya por don Ambrosio, aumentó sus instancias. Empeñó á toda mi parentela en la pretension del Marques. Comenzaron mis parientes á estrecharme y apurarme sobre que aceptase un partido tan ventajoso. Veíame sitiada siempre de ellos, importunándome y atormentándome con la continua cantinela de que no perdiese tan favorable proporcion. Por otra parte mi miseria era mayor

cada dia , y no fué esto lo que menos contribuyó á dexar vencer mi resistencia.

No pude pues defenderme mas tiempo ; rendíme en fin á tan repetidas porfias , y caséme con el marques de la Guardia , el qual el dia despues de la boda me conduxo á una bellissima hacienda que tenia cerca de Burgos , entre Grajal y Rodillas. Desde luego concibió por mí un amor violento : observaba yo en todas sus acciones un vivísimo deseo de agradarme : estudiaba en prevenir todo quanto yo podia apetecer. Ningun esposo estimó nunca mas á su muger ; ni jamas amante alguno empleó mayor esmero en complacer á su dama. Sin duda que yo hubiera amado apasionadamente á don Ambrosio , á pesar de la desproporcion de nuestras edades , si hubiera sido capaz de amar á otro que á don Alvaro ; pero los corazones constantes no aciertan á dar entrada á una segunda pasion. La memoria de mi primer esposo inutilizaba todos los esfuerzos del segundo por hacerse querer de mí : no podia corresponder á sus ternuras sino con afectos y expresiones de gratitud y de respeto.

Hallábame en esta disposicion quando un dia asomándome á una ventana que caía hácia el jardin , vi en él un labrador que me miraba con particular atencion. Túvele por criado del jardinero , y por entónces no hice caso de él ; pero al dia siguiente habiéndole visto en el mismo sitio , me pareció que estaba aun mas atento á mirarme : esto me dió golpe. Observéle tambien yo por mi parte con algun cuidado , y se me figuró que descubria en él algunos rasgos , y alguna idea del desgraciado don Alvaro. Esta aparicion excitó en todos mis sentidos una turbacion inexplicable , y di un gran grito sin poderme contener. Por fortuna estaba sola entónces con Inés , la criada de mi mayor confianza : descubríla la sospecha que me agitaba , y ella no hizo mas que reir , creyendo que alguna ligera semejanza me habria alucinado. Serenaos , señora , me dixo , y no creais haber visto á vuestro primer esposo. No es verosimil que se presentase aqui con el disfraz de labrador , pues ni se hace creible que aun viva. Yo misma , añadió , voy ahora al jardin á ver á ese hombre , á informarme de quien es , y volveré en un momento á

desengañaros. Marchó al jardin, y un instante despues la veo entrar en mi quarto muy alterada: señora, me dixo, vuestra sospecha fué demasiadamente bien fundada. El hombre que visteis en el jardin es verdaderamente el mismo don Alvaro: luego se me descubrió, y desea veros á solas.

Podia recibirle entónces, porque el Marques habia partido á Burgos, y asi dixe á Inés que le conduxese á mi quarto por una escalera secreta. Ya se dexa conocer la agitacion en que yo me hallaria. No pude sufrir la vista de un hombre que tenia derecho para decirme quanto le viniese á la boca, y al parecer con razon. Caí desmayada luego que le vi en mi presencia, como si hubiera sido su sombra. Asi él como Inés me socorrieron prontamente, y despues que volví del desmayo: tranquilizaos, señora, me dixo don Alvaro, y no sea mi presencia un suplicio para vos. No es mi ánimo causaros la mas mínima amargura. No vengo como marido furioso á pedir os cuenta de la fé que me jurásteis, ni á calificar de delito el segundo enlace que contraxísteis. Sé muy bien que todo fué movido por vues-

tra parentela ; y no ignoro las persecuciones que habeis padecido. Por otra parte estoy informado de la voz de mi muerte esparcida en todo Valladolid , y tanto mas justamente creida de vos , quanto ninguna carta mia os podia asegurar de lo contrario. Finalmente sé de qué modo habeis vivido desde nuestra fatal separacion , y que la necesidad mas que el amor os obligó á entregaros en los brazos de :: ¡ Ah , don Alvaro ! le interrumpí yo anegada en lágrimas , ¿ por que razon quereis disculpar á vuestra esposa ? No tiene disculpa puesto que vivis. ¡ Desdichada de mí ! ¡ Ojalá me viera ahora en la miserable situacion en que me hallaba antes de desposarme con don Ambrosio ! ¡ Funesto casamiento ! ¡ Ah ! en aquella miseria tendria á lo menos el consuelo de veros sin sonrojarme.

Amada Mencía , replicó don Alvaro en un tono que mostraba bien quanto le habian enternecido mis lágrimas , yo no me quejo de tí , antes bien lejos de censurar la brillantez en que te veo , juro que doy al cielo mil gracias. Desde el triste dia en que partí de Valladolid tuve siem-

pre contraria la fortuna ; mi vida fué un tejido de desdichas , y para coronarlas nunca me fué posible darte noticia de mí. Seguro siempre de tu amor se me representaba continuamente la fatal situacion á que yo te habia reducido. Consideraba á mi adorada Mencía bañada en lágrimas. Esta consideracion era mi mayor tormento. Confieso que algunas veces tenia por delito la fortuna de haberte agradado. Deseaba que te hubieses inclinado á qualquier otro de mis competidores, quando hacia reflexion á lo mucho que te costaba la preferencia con que me habias honrado. Mientras tanto, despues de siete años de esclavitud, encendido mas que nunca en amor, quise absolutamente volver á verte. No pude resistir á tan amoroso como vivísimo deseo , y conseguida mi libertad , volví á Valladolid disfrazado en este trage á riesgo de ser conocido y descubierto. Allí me informé de todo , y vine á este castillo donde hallé modo de introducirme con el jardinero para ayudarle á cultivar estos jardines. Tal es el arbitrio que tomé para lograr el consuelo de hablarte secretamente. No te

imagines que con mi residencia aqui vengo á turbar la felicidad que gozas. Amote á tí mas que á mí mismo. Respeto tu reposo ; y acabada esta conversacion parto lejos de este sitio á acabar mis tristes dias , que sacrifico á tu amor.

No , don Alvaro , no ; exclamé al oír estas palabras. No sufriré que segunda vez me abandones : quiero ir contigo , y solamente la muerte nos podrá separar. Creeme á mí , Mencía , me replicó , vive con don Ambrosio , y no quieras ser compañera de mis desdichas ; dexa que cargue yo solo con todo el peso de ellas. Añadia á esta otras razones semejantes ; pero quanto mas empeñado parecia en querer sacrificarse á mi felicidad , menos dispuesta me hallaba yo en consentirlo. Luego que me vió tan resuelta á seguirle , mudó de repente de tono , y con semblante mas alegre me dixo : Mencía , pues todavia amas tanto á don Alvaro , que quieres preferir su miseria á la abundancia en que te hallas , vámonos á vivir á Betanzos , ciudad del reyno de Galicia , donde hallaremos un seguro retiro. Si mis desgracias me quitaron

todos mis bienes, no me hicieron perder todos mis amigos. Aun me quedan algunos tan verdaderos, que me han facilitado medios de poder sacarte de esta casa, y llevarte á la de tu único y verdadero marido. Con este fin compré en Zamora coche, mulas y caballos; y traigo por compañeros á tres amigos gallegos, resueltos y valerosos. Todos están armados de carabinas y pistolas, y todos esperan mi aviso en el lugar de Rodillas. Aprovechémonos de la ausencia de don Ambrosio. Voy á dar orden de que traigan el carruaje á la puerta de esta casa, y al momento partiremos. A todo accedí: fué volando don Alvaro á Rodillas, y en breve tiempo volvió con sus tres compañeros montados. Sacáronme de en medio de mis mugeres, las cuales atemorizadas se escaparon adonde pudieron. Sola Inés era sabidora de todo; pero no quiso juntar su suerte con la mía, porque estaba enamorada de un page de don Ambrosio; lo que demuestra que la ley de los mas fieles criados no resiste á la prueba del amor. Entré en el coche con don Alvaro, no llevando conmigo sino alguna ropa, y ciertas

joyas que tenia antes del segundo matrimonio ; porque nada quise tomar de lo que me habia regalado el Marques quando su casamiento. Seguimos el camino de Galicia sin saber si tendríamos la fortuna de llegar allá. Temíamos con razon que al volver de Burgos don Ambrosio viniese en seguimiento nuestro , acompañado de mucha gente , y que nos alcanzase ; pero caminamos dos dias sin que ninguno nos siguiese. Esperábamos que sucediera lo mismo en la tercera jornada , y caminábamos tranquilamente. Contábame don Alvaro la triste aventura que habia dado motivo á la voz esparcida de su muerte , y el modo de haber recobrado su libertad despues de cinco años de cautiverio , quando encontramos en el camino á los ladrones , en cuya compañía estabais vos. El que mataron es el mismo que me hace derramar el torrente de lágrimas que ahora cae de mis ojos.

CAPITULO XII.

DEL MODO POCO GUSTOSO CON QUE FUE
INTERRUMPIDA LA CONVERSACION DE
LA SEÑORA , Y DE GIL BLAS.

Con efecto se deshacia en lágrimas doña Mencía al acabar de hacerme su relacion. Dexéla diese entera libertad á los suspiros , y lloraba yo tambien : tan natural es interesarse en el dolor de los infelices , y muy particularmente en el de una muger hermosa y afligida. Iba á preguntarla qué partido queria tomar en la coyuntura en que nos hallábamos , y aun quizá ella misma iba tambien á consultarme lo propio , sino hubiera sido interrumpida nuestra conversacion. Oimos en el meson un gran rumor , que llamó nuestra atencion. Causábale la venida del Corregidor , que acompañado de dos alguaciles y muchos ministriles se entró en el quarto donde estábamos. El primero que se acercó á mí , fué un caballerito que venia en compañía del Corregidor : paróse á mirar muy de espacio y muy de cerca mi vestido ; y despues de alguna suspension exclamó diciendo:

vive el cielo que esta es mi mismísima ropilla ; la conozco tan bien como he conocido mi caballo. Sobre mi palabra , que podeis prender á este hombre honrado. Sin duda es uno de los ladrones que tienen no sé qué oculta madriguera en este pais.

Al oír aquellas palabras me persuadí que sin duda me habia tocado por desgracia mia el despojo de aquel caballero , y por consiguiente me quedé sorprendido é inmutado. El Corregidor , que por su oficio debia juzgar antes mal que bien de la turbacion en que me veía , hizo juicio que la acusacion no era mal fundada ; y sospechando que la señora podia tambien ser cómplice , nos hizo prender á los dos , y poner en quartos separados. No era este juez de aquellos de rostro grave y ceñudo ; antes bien mostraba un aspecto apacible y risueño , acompañado de un modo de hablar dulce y cariñoso ; pero sabe Dios si era mejor que los primeros. Luego que me constituyó en la prision , vino á ella con sus dos precursores , esto es , con sus alguaciles , los quales , segun su buena costumbre , empezaron por registarme bien

las faltriqueras. ¡Que día para aquella honrada gente! Acaso en todos los de su vida no habian tenido otro semejante. A cada puñado de doblones que me sacaban, estaba viendo que rebosaban sus ojos de alegría. Hasta el mismo Corregidor parecia que estaba fuera de sí. Hijo, me decía, en un tono lleno de miel y dulzura, no extrañes ni tengas rezelo de lo que executamos, que en esto no hacemos mas que nuestro oficio. Si estás inocente, nada te perjudicará. Mientras tanto fuéron poco á poco aliviando del peso mis bolsillos, quitándome aun lo que habian respetado los ladrones, quiero decir, los quarenta ducados de mi tio. Escudriñáronme de pies á cabeza sus codiciosas é infatigables manos, haciéndome volver á todos lados, y despojándome de todos los vestidos para ver si tenia guardado algun dinero entre el pellejo y la camisa. Despues que cumplieron tan exáctamente con aquella su importante obligacion, el Corregidor me hizo sus preguntas. Satisficelas presto, refiriéndole ingenuamente todo lo sucedido. Hizo escribir mi declaracion, y partió con su gente y

!tu dinero, dexándome desnudo sobre el duro suelo.

¡O, vida humana! exclamé quando me vi solo en aquel miserable estado. ¡Que llena estás de contratiempos y de caprichosas aventuras! Desde que salí de Oviedo no he experimentado mas que desgracias. Apenas salgo de un peligro quando entro en otro. Al llegar á esta ciudad estaba muy lejos de pensar que en tan poco tiempo habia de hacer conocimiento con su Corregidor. Haciendo estas reflexiones inútiles me vestí la maldita ropilla y lo restante de la ropa que me habia puesto en aquel estado; y despues hablándome, y alentándome á mí mismo: ánimo, Gil Blas, me dixe, valor y constancia. Vamos claros; piensa que despues de este tiempo vendrá quizá otro mas dichoso. ¿Será buena cosa el desesperarte porque te ves en una prision ordinaria, despues de haber hecho tan penoso ensayo de tu paciencia en la tenebrosa cueva? ¡Mas ay! añadí tristemente, yo me alucino y me lisonjeo. ¿Como será posible que salga de esta carcel, quando acaban de quitarme los medios de conseguirlo? Un

pobre encarcelado sin dinero es un páxaro á quien cortan las alas.

En lugar de la liebre y de la perdiz que habia mandado componer, me traxeron un pedazo de pan negro, y un jarro de agua, dexándome tascar el freno en mi calabozo. En él estuve quince dias enteros, sin ver en todos ellos otra persona que el alcayde, que venia todas las mañanas á registrar y renovar las prisiones. Quando le veía, afectaba quererle hablar, y trabar conversacion con él, para desahogarme algun tanto; pero aquel hombre nada respondia á quanto le preguntaba. Jamas me fué posible sacarle ni una sola palabra. Entraba y salia muchas veces sin dignarse siquiera de mirarme. Al decimosexto dia se dexó ver el Corregidor, y me dixo: ya puedes alegrarte, porque te traigo una buena nueva. Hice que fuese conducida á Burgos la señora que venia contigo, exáminéla sobre quien eras, y tu conducta, y sus respuestas te justificaron. Hoy mismo saldrás de la carcel, con tal que el arriero en cuya compañía veniste desde Peñafior á Cabelos, segun has dicho, confirme tu declaracion. Está en Astorga, ya le he

enviado á llamar, y le estoy esperando. Si conviene su declaracion con la tuya, inmediatamente te pongo en libertad.

Consoláronme mucho estas palabras, y desde aquel momento me consideré fuera de todo enredo. Di gracias al juez por la buena y pronta justicia que me queria hacer; y apenas habia acabado mi cumplido quando llegó el arriero entre dos alguaciles. Conocióle inmediatamente; pero el bribon, que sin duda habia vendido mi maleta con todo lo que tenia dentro, temiendo le obligasen á restituir el dinero que habia recibido, si confesaba que me conocia, dixo descaradamente que jamas me habia visto hasta aquel entonces. ¡Ah traidor! exclamé yo, confiesa que has vendido mi ropa, y respeta la verdad. Míramebien. Yo soy uno de aquellos mozos á quienes amenazaste con el tormento en Cacabelos llenando á todos de miedo. El taymado respondió muy friamente que le hablaba una gerigonza que él no entendia; y como ratificó y mantuvo hasta el fin aquel solemnísimo embuste, mi libertad se difirió hasta mejor ocasion. Hijo, me dixo el Corre-

gidor, bien ves que el arriero no acuerda con lo que declaraste, y asi no puedo soltarte por mas que lo deseo. Convínome, pues, armarme nuevamente de paciencia, y resolverme á estar todavia á pan y agua, y sufrir al silencioso carcelero. Quando pensaba en que no podia salir de entre las garras de la justicia, siendo asi que no habia cometido delito alguno, me desesperaba con este triste pensamiento, y echaba menos el lóbrego soterraneo. Bien reflexionado, me decia yo á mí mismo, alli me hallaba menos mal que en este hediondo calabozo. Por lo menos en aquel comia y bebia alegremente con los ladrones. Divertíame con ellos, y me consolaba la dulce esperanza de poderme escapar algun dia; pero seré quizá muy feliz, si solo puedo salir de aqui para ir á galeras, á pesar de mi inocencia.

CAPITULO XIII.

POR QUE CASUALIDAD SALE GIL BLAS
DE LA CARCEL, Y ADONDE SE EN-
CAMINÓ DESPUES.

Mientras yo pasaba los dias y las noches en desvariar entregado á mis tristes reflexiones, se esparcieron por la ciudad mis aventuras, ni mas ni menos que yo las habia dictado en mi declaracion. Muchas personas me quisieron ver por curiosidad. Venian unas en pos de otras, y se asomaban á una ventanilla que daba luz á mi prision, y despues de haberme mirado algun tiempo se retiraban silenciosas. Sorprendióme aquella novedad. Desde mi entrada en la carcel nunca habia visto alma viviente asomarse á la tal tronera, aun mas que ventanilla, la qual caía á un patio, donde habitaban el silencio y el horror. Esto me hizo creer que yo hacia ruido en la ciudad, pero no acertaba á pronosticar si sería para mal ó para bien.

Uno de los que vi en cierta ocasion fué aquel muchacho ó niño de coro de Mondoñedo, que en Cacabelos se escapó, como yo, de miedo del

tormento. Conocíle luego, y él no fingió desconocerme como lo habia fingido el arriero. Saludámonos uno y otro, y entablamos una larga conversacion, en la qual me vi precisado á hacerle una nueva relacion de mis aventuras: él de su parte me contó lo que habia pasado en el meson de Cacabelos entre el arriero y la muger, despues que yo huí agitado del terror pánico. En una palabra: contóme todo lo que dexo ya dicho. Despidióse despues de mí, prometiéndome que sin perder tiempo iba á hacer todo lo posible para que me dieran libertad. Desde entónces todas las personas, que como él habian venido á verme por mera curiosidad, me aseguraron que mis desgracias las movian á compasion, ofreciéndome al mismo tiempo unirse con aquel mozo para solicitar que me librasen de la carcel.

Cumplieron efectivamente su palabra. Hablaron en favor mio al Corregidor, quien no dudando ya de mi inocencia, particularmente desde que el niño de coro le contó todo lo que sabia, tres semanas despues vino á la prision, y me dixo: Gil Blas, aunque, si fuese yo un juez severo, podria de-

tenerme aqui, no quiero dilatar mas tu causa. Vete: ya estas libre, y puedes salir quando quisieres. Pero dime: (prosiguió) ; si te lleváran al bosque donde estaba el soterraneo, no le podrias descubrir? No señor, le respondí; porque como entré en él de noche, y salí antes del dia, no me seria posible dar con él. Con eso se retiró el juez diciendo que iba á dar orden al carcelero que me franquease la puerta. Con efecto, un momento despues vino el alcayde con sus satélites, que traían un paquete de tela, los quales con mucha gravedad, y sin decir una sola palabra, me despojaron de la casaca y de los calzones, que eran de paño fino, y casi nuevo, me metieron por la cabeza una especie de chamarreta muy vieja y muy raida á manera de escapulario, y concluida esta ceremonia, me pusieron á la puerta de la carcel, echándome fuera de ella.

La confusión que padecí al verme en tan mala ropa, moderó mucho la alegría que comunmente tienen los presos quando han recobrado su libertad. Tuve impulsos de salirme inmediatamente de la ciudad por huir de la vista del pueblo, que no podia sufrir

sin vergüenza y sin rubor ; pero pudo mas mi agradecimiento. Fuí á dar las gracias al cantorcillo , á quien tenia tanta obligacion. No pudo dexar de reir luego que me vió. A lo que advierto , dixo , parece que la justicia ha hecho contigo todas sus habilidades. No me quejo de la justicia , le respondí : ella en sí es muy justa. Solamente desearia yo que todos sus oficiales fueran hombres de bien y de conciencia. A lo menos me pudieran haber dexado el vestido ; pues me parece que no le habia pagado mal. Convingo en eso , me replicó ; pero dirán que esas son formalidades que indispensablemente se deben observar. Y si no dime : ¿ crees por ventura que el caballo en que veniste , se ha de restituir á su primer dueño ? No pienses en eso. El tal caballo está actualmente en la caballeriza del escribano , donde se depositó como una prueba del delito , y yo estoy persuadido á que su amo verdadero nunca volverá á ver ni siquiera la gualdrapa. Pero mudemos de conversacion , continuó el cantorcillo : ¿ que ánimo tienes , y qué piensas hacer ahora ? Mi ánimo es (le respondí) irme derecho á Burgos , á buscar á la señora

á quien libérté de los ladrones. Naturalmente me dará algun dinerillo, con el qual compraré unos hábitos largos, y partiré á Salamanca, donde negociaré con mi latin. Mi mayor embarazo es que estoy lejos de aquella ciudad, y es menester vivir en el camino. Ya te entiendo, me replicó, aqui tienes mi bolsa. Está un poco vacía á la verdad, mas ya sabes tú que un pobre cantor no es un obispo. Al mismo tiempo la sacó, y me la puso en las manos con tan buena gracia, que no pude menos de aceptarla. Agradéciselo tanto como si me hubiera hecho dueño de todo el oro del mundo, y le pagué con mil protestas de servirle: cosa que nunca tuvo efecto. Despues de esto nos despedimos, y yo salí de aquel pueblo sin ver á ninguna de las otras personas que habian contribuido á librarne de la prision, contentándome con darlas dentro de mi corazon mil y mil bendiciones.

El cantorcillo tuvo mucha razon en no hacer ostentacion de su bolsa, porque en realidad encontré en ella poco dinero, y todo en calderilla. Por fortuna habia dos meses que estaba acostumbrado á una vida muy frugal, y to-

davía me restaban algunos reales quando llegué al lugar de Puente Mula, poco distante de Burgos. Detúveme en él para saber de doña Mencía. Entré en un meson, cuya huéspeda era una muger pequeña, muy enjuta, vivaracha, y de mala condicion. Luego conocí que no la habia gustado mucho mi chamarreta, lo que facilmente la perdoné. Sentéme á una asquerosa mesa, donde comí un pedazo de pan con un quarteron de queso, y bebí algunos tragos de un detestable vino que me sirvieron. Durante la comida, que era muy correspondiente á mi equipage, quise entablar conversacion con la huéspeda. Preguntéla si conocia al marques de la Guardia, si estaba lejos su casa de campo, y sobre todo en qué habia parado la Marquesa su muger. Muchas cosas me preguntais, respondió muy desdeñosa. Sin embargo me contextó en abreviatura, y de muy mala gracia, diciendo que la casa de campo de don Ambrosio distaba una legua corta de Puente Mula.

Despues que acabé de beber y de cenar, como era ya de noche, mostré que deseaba recogerme, y pedí un quarto. ¡ Un quarto para él, me dixo

la mesonera, mirándome de hito en hito con altivez y con desprecio. ¡Un quarto para él! Los quartos de mi casa los reservo yo para gentes que no cenan pan y queso. Todas mis camas están ocupadas, porque estoy esperando á ciertos caballeros de importancia que vienen á hacer noche aqui: lo mas que te puedo ofrecer es el pajar, porque creo no será la primera vez que hayas dormido sobre paja. En esto decia mas verdad de lo que ella misma pensaba. No la repliqué palabra; abracé prudentemente el partido que me proponia; fuíme al pajar y dormí con tranquilidad, como hombre que ya estaba hecho á trabajos.

CAPITULO XIV.

RECIBIMIENTO QUE LE HIZO EN BURGOS DOÑA MENCIA.

No fuí perezoso en levantarme al dia siguiente. Fuí á ajustar la cuenta con la huéspedea, que ya estaba levantada, y me pareció de mejor humor que el dia antecedente. Atribuilo á la presencia de tres honrados quadrilleros de la santa Hermandad,

que con mucha familiaridad hablaban con ella, y serian sin duda los caballeros de importancia para quienes estaban destinadas todas las camas. Informéme en el lugar del camino que guiaba al castillo ó casa de campo adonde yo queria ir, y se lo pregunté á un paisano que me deparó la suerte, del mismo carácter que mi antiguo mesonero de Peñafior. No contento con responderme á lo que le preguntaba, añadió que don Ambrosio habia muerto tres semanas hacia, y que la Marquesa, su muger, se habia retirado á un convento de la ciudad, que me nombró. Al punto me encaminé en derechura á Burgos, y sin pensar ya en la casa de campo, fuí volando al monasterio donde me dixeron que se hallaba doña Mencía. Supliqué á la tornera se sirviese decir á aquella señora que deseaba ponerse á sus pies un mozo recién salido de la carcel de Astorga. Inmediatamente fué á darla el recado la tornera. Volvió esta, y me hizo entrar en un locutorio, adonde dentro de poco vi llegar muy enlutada á doña Mencía.

Bien venido seas, Gil Blas, me

dixo aquella viuda con modo muy afable, quatro dias ha que escribí á un conocido mio de Astorga, suplicándole te fuese á ver, y que de mi parte te rogase vinieses á visitarme inmediatamente que salieses de la prision. Nunca dudé que presto te darian libertad. Bastaban para esto las cosas que yo dixé al Corregidor en descargo tuyo. Respondiéronme que ya con efecto estabas libre, pero que no se sabia donde te hallabas, ni adonde habias ido á parar. Temí no volverte á ver mas, ni tener el gusto de darte alguna prueba de mi agradecimiento. Consuélate, (añadió conociendo que estaba avergonzado de presentarme á ella en tan miserable traje) no te dé pena alguna el hallarte en el infeliz ropage en que te veo. Despues del gran servicio que me hiciste, seria yo la muger mas ingrata del mundo sino hiciera algo por tí. Dios me ha dado bastantes bienes para poder corresponderte sin perjudicarme.

Los lances (continuó) que me sucedieron hasta el dia en que nos separaron para meternos presos, ya los sabes como yo: ahora voy á contarte

lo que me sucedió desde entónces. Hice al corregidor de Astorga una fiel relacion de toda mi trágica historia, y habiéndola oído, dispuso me conduxesen á Burgos, y me entregasen á don Ambrosio. Causó mi llegada una general y extremada admiración, pero me dixeron que ya llegaba tarde, porque el Marques profundamente afligido por mi fuga, habia caído gravemente enfermo, y tanto, que los médicos desesperaban de su vida. Esta triste noticia fué un motivo mas sobre los muchos que ya tenia, para llorar el rigor de mi fatal destino. Con todo eso quise que le avisasen de mi venida: entré despues en su quarto, y corrí á arrojarme de rodillas á la cabecera de su cama, anegado en lágrimas el semblante, y el corazon traspasado de dolor. ¿Quién te ha traído aquí? (me dixo luego que me vió) ¿Vienes á complacerte en la obra de tus manos? ¿No te bastó haberme quitado la vida? ¿Era menester para mayor satisfaccion tuya, que tus mismos ojos fuesen testigos de mi muerte? Señor, le respondí, ya os habrá informado Inés de que yo huí con mi legítimo

esposo, y á no ser el funesto accidente que me privó de él, nunca mas me hubiérais vuelto á ver. Referíle al mismo tiempo como don Alvaro habia muerto á manos de unos ladrones, y como me habian conducido á mí á un lóbrego soterraneo, con todo lo demas que me habia sucedido hasta entónces. Apenas acabé de hablar quando alargándome cariñosamente la mano, me dixo con ternura: basta, hija, ya no me quejo de tí. ¡Pues que! ¿debo por ventura culpar un proceder tan justo y tan honrado? Hallástete de repente con tu legítimo esposo á quien adorabas, y me abandonaste por írte con él: ¿podré nunca condenar con razon una conducta dictada por la conciencia y la justicia? No por cierto; ninguna razon tendria para quejarme. Por eso no permití que ninguno te siguiese. Respetaba en aquella fuga el sagrado derecho que la hacia lícita y aun necesaria, como tambien el debido amor que profesabas á tu querido y verdadero esposo. En fin, te hago justicia, y protesto que con haberte restituido á mi casa, has recobrado toda mi ternura. Sí, querdia

Mencía, tu presencia me colma de gozo y de consuelo: ¡mas ay! quan poco me durará uno y otro. Conozco que mi última hora se va acercando. Apenas la suerte me volvió á juntar contigo, quando me será necesario arrancarme de tí con el último á Dios. Redoblóse mi llanto al oír palabras tan amorosas, las que excitaron en mí una afliccion desmesurada. Aunque adoré á don Alvaro, no lloré tanto por él. Murió don Ambrosio al dia siguiente, y yo quedé dueña de la rica dote que me habia señalado en las capitulaciones. No es mi ánimo emplearla mal. Aunque soy todavía moza, ninguno me verá pasar á terceras nupcias. Esto, á mi parecer, sólo es propio de mugeres sin pudor y sin delicadeza. Antes bien te digo, que ya no tengo inclinacion al mundo, y que quiero acabar mis dias en este convento, y ser su bienhechora.

Tal fué el discurso de doña Mencía, acabado el qual, sacó de la faltriquera un bolsillo, y me le tiró por la reja del locutorio adonde le pudiese alcanzar, diciendo: toma, Gil Blas, esos cien ducados, únicamente para

que te vistas , y despues vuélveme á ver , porque no quiero se limite á cosa tan corta mi agradecimiento. Díla mil gracias , y la juré que no partiria de Burgos sin volver á despedirme de ella. Hecho este juramento (que estaba bien resuelto á no quebrantar) me fuí á buscar algun meson. Entré en el primero que encontré , pedí un quarto , y para precaver el mal concepto que por la chamarreta se podia formar de mí , dixé al mesonero , que aunque me veía en aquellos pobres trapos , tenia con que pagar el gasto. Al oír estas palabras , el mesonero , que se llamaba Majuelo , y era naturalmente grandísimo bufon , mirándome , y exâminándome atentamente de pies á cabeza , me dixo con cierto ayre malicioso y chufletero , que no necesitaba de mi aseveracion para conocer que sin duda haria yo en su casa mucho gasto , porque entre los remiendos de aquellos malos trapos se divisaba en mi persona un no sé qué de nobleza que le obligaba á creer que yo era un caballero de grandes conveniencias. No dexé de conocer que el bellaco se estaba burlando de mí ; y para cortar de repente sus bufonescas

frialdades , saqué el bolsillo , y á vista suya conté sobre una mesa mis ducados , los que le obligaron á formar un juicio mas favorable de mí. Roguéle que me hiciese buscar algun sastrero , á lo qual me replicó que seria mejor llamar á algun prendero , el qual traeria diferentes vestidos de todas clases para que escogiese el que me pareciera mejor , con lo que me vestiria de una vez. Armóme el consejo , y determiné seguirle : pero como se acercaba ya la noche , dilaté este negocio hasta el dia siguiente , y solo pensé en cenar bien para resarcir lo mal que habia comido desde que salí de la prision.

CAPITULO XV.

DE QUE MODO SE VISTIÓ GIL BLAS;
DEL NUEVO REGALO QUE LE HIZO LA
SEÑORA , Y DEL EQUIPAGE EN QUE
SALIÓ DE BURGOS.

Sirviéronme un copioso plato de manos de carnero fritas , y le comí casi todo : bebí á proporcion , y despues fuíme á la cama. Era esta muy decente , y esperaba que luego

se apoderaría de mis sentidos un profundo sueño. Pero engañéme, porque apenas pude cerrar los ojos, ocupada la imaginacion en qué género de vestido habia de escoger. ¿Que haré, decia, seguiré mi primer intento de comprar unos hábitos largos para ir á ser dómine en Salamanca? ¿Pero á que fin vestirme de estudiante? ¿he de seguir acaso el estado eclesiástico, ni tengo tal vocacion? Nada de eso: mis inclinaciones son muy contrarias á la santidad que pide. Pues alto aqui: quiero ceñir espada, y ver de hacer fortuna en el mundo.

Resolví, pues, vestirme de caballero, bien persuadido á que esto bastaria para alcanzar un empleo de importancia. Con tan lisonjeras esperanzas estuve aguardando el dia con grandísima impaciencia, y apenas rayó en mis ojos su primera luz, quando salté de la cama. Hice tanto ruido en el meson, que despertaron todos. Llamé á los criados que estaban todavia en la cama, y me respondieron echándome mil maldiciones. Al fin se vieron obligados á levantarse, y les di orden de que fuesen á buscar al prendero. No tardó en llegar este con dos mozos

cargados cada uno con un gran bulto. Saludóme con grandes cumplimientos, y me dixo: caballero, ha tenido vmd. fortuna en dirigirse á mí mas bien que á otro: no quiero desacreditar á mis compañeros, ni permita Dios que haga el menor agravio á su reputacion; mas aqui para entre los dos, ninguno de ellos sabe qué cosa es conciencia; todos son mas duros que judios: yo soy el único de mi oficio que la tiene; me limitó á una ganancia justa y razonable, contentándome con un real por cada quarto, equivoquéme, quise decir con un quarto por real.

Despues de este preámbulo, que yo creí tontamente al pie de la letra, mandó á los mozos que desatasen los fardos. Enseñáronme vestidos de todos géneros y colores: muchos de ellos de paños enteramente lisos. Deseché estos con desprecio por demasiado humildes. Presentáronme despues otro que parecia haberse cortado expresamente para mí, el qual me deslumbró sin embargo de que estaba un poco usado. Se componia de una ropilla, unos calzones, y una capa; la ropilla con mangas acuchilladas, y todo él de terciopelo azul bordado de oro.

Escogí éste, y pregunté el precio. El prendero que conoció quanto me agradaba, me dixo: en verdad que es vmd. un señor de gusto muy delicado, y se ve bien que lo entiende. Sepa vmd. que ese vestido se hizo para uno de los primeros sugetos del reyno, que solo se lo puso tres veces. Obsérve bien la calidad del terciopelo, y hallará que es del mejor: ¿pues que diré del bordado? no parece cabe mayor delicadeza ni primor. Y bien, le pregunté, ¿quanto pedis por él? Señor, me respondió, ayer no le quise dar por sesenta ducados, y si esto no es cierto, no sea yo hombre de bien. (A la verdad la imprecacion era convincente). Yo le ofrecí quarenta y cinco, aunque acaso no valia la mitad. Caballero, replicó él friamente, yo no soy hombre que pido mas de lo justo, ni rebaxo un ochavo de lo que digo la primera vez. Tome vmd. este otro vestido, continuó presentándome el primero que yo habia desechado, que se le daré mas barato. Todo esto solo servia para aumentar en mí la gana que tenia del otro; y como me imaginé que no rebaxaría ni un maravedí de lo que habia pedido, le entregué sus sesenta

ducados. Quando vió la facilidad con que se los habia dado , júzgo que , no obstante la delicadeza de su rígida conciencia, se arrepintió mucho de no haberme pedido mas. Pero al fin , contento con haber ganado á real por quarto , se despidió con sus mozos , á los quales tampoco dexé de agasajar , dándoles para beber.

Viéndome ya con un vestido tan señor , comencé á pensar en lo restante para presentarme en la calle con toda autoridad y decencia, lo que me entretuvo toda la mañana. Compré pañuelo, sombrero, medias de seda, zapatos y una espada. Vestíme inmediatamente ; ; pero que gozo fué el mio quando me vi tan bien equipado ! Ningun pavo real se recreó nunca tanto en mirar y remirar el dorado plumage de su cola. Aquel mismo dia pasé á visitar segunda vez á doña Mencía, la qual me recibió con la mayor urbanidad y agasajo. Dióme nuevas gracias por el servicio que la habia hecho , á que siguió una salva de recíprocos cumplidos. Despues, deseándome en todo la mayor prosperidad , se despidió de mí , y se retiró , regalándome solo una sortija de treinta

doblonos , y suplicándome la conser-
vase siempre por memoria.

Quedéme frío quando me vi con la
tal sortija , porque habia contado con
regalo de mucho mas precio. En esta
suposicion , mal contento de la gene-
rosidad de la señora , volví al meson
haciendo mil kalendarios ; però apenas
llegué á la posada quando entró en ella
un hombre que venia tras de mí , el
qual desembozando la capa mostró un
talego bastante largo que traía debaxo
del brazo. Asi que vi el talego , que
parecia lleno de dinero , abrí tanto ojo,
y lo mismo hicieron algunas personas
que estaban presentes ; y me pareció
oir la voz de un serafin quando aquel
hombre me dixo , poniendo el talego so-
bre una mesa : señor Gil Blas : mi se-
ñora la Marquesa suplica á vmd. se sir-
va admitir esta cortedad en prueba de
su agradecimiento. Hice mil profundas
cortesías al portador , le abrumé de
cumplimientos , y luego que salió del
meson me arrojé sobre el talego como
un gavilan sobre su presa , y llevémele
á mi quarto. Desatéle sin perder tiem-
po , vaciéle sobre una mesa , y me en-
contré con mil ducados que contenia.
Acababa de contarlos al tiempo que el

mesonero que habia oido las palabras del portador , entró para saber lo que iba en el talego. Dióle gran golpe la vista de tanta plata , y exclamó admirado. ¡Fuego de Dios , y quanto dinero ! Sin duda sabeis (añadió con malicia) sacar buen partido de las damas. Apenas ha veinte y quatro horas que estais en Burgos , y ya haceis contribuir á las Marquesas!

No me desagradó esta sospecha ; y estuve tentado á dexar á Majuelo en su error por lo que lisonjeaba á mi vanidad. No me admiro de que los mozos se alegren de ser tenidos por afortunados con las mugeres ; pero pudo mas en mí la inocencia de mis costumbres , que la vanagloria. Desengañé al mesonero , y le conté toda la historia de doña Mencía. Oyóla con singular atencion , y despues le confié el estado de mis asuntos , suplicándole , pues se mostraba tan interesado en servirme , me ayudase con sus consejos. Quedóse como pensativo algun tiempo , y tomando luego un ayre serio , me dixo : señor Gil Blas , confieso que desde que vi á vmd. le cobré particular inclinacion ; y ya que le merezco la confianza de que me

hable con tanta franqueza, debo responder á ella diciéndole sin lisonja lo que siento. A mí me parece que vmd. es un hombre nacido para la corte, y así le aconsejo se vaya á ella, y procure introducirse con algun gran señor, viendo de mezclarse en sus negocios, y sobre todo en los de sus pasatiempos y devaneos, sin lo qual perderá vmd. el tiempo, y nada adelantará con él. Conozco bien á los grandes: ningun aprecio hacen del zelo, y de la lealtad de un hombre de bien, y solo estiman á las personas que les son necesarias para sus fines. Además de este tiene vmd. otro recurso: es mozo, bien dispuesto, galan, y esto, aun quando fuera un hombre sin talento, bastaba y aun sobraba para encaprichar á su favor á alguna viuda poderosa, ó alguna hermosa dama mal casada. Si el amor empobrece á muchos ricos, tal vez sabe tambien enriquecer á los que eran pobres. Soy pues de parecer, que vaya vmd. á Madrid: pero conviene se presente con ostentacion, pues allí, como en todas partes, se juzga de las personas, no por lo que son, sino por lo que aparentan ser; y vmd. solamente será aten-

dido á proporcion de la figura que hiciere. Quiero procurarle un criado, mozo fiel, cuerdo y prudente, en fin un hombre de mi mano. Compre vmd. dos mulas, una para sí, y otra para él, y sin perder tiempo póngase en camino lo mas presto que le sea posible.

No podia menos de abrazar un consejo que era tan de mi gusto. Al dia siguiente compré dos mulas, y recibí el criado que Majuelo me propuso. Era un hombre de treinta años, y de un aspecto humilde y devoto. Díxome ser rayano de galicia, y llamarse Ambrosio Lamela. Lo que mas admiré en él fué que siendo los demas criados por lo comun muy interesados, este no se paraba en pedir gran salario. Díxome que en este punto se contentaria con lo que quisiese darle. Compré unos botines, y una maleta para llevar mi ropa y mis ducados, ajusté la cuenta con el mesonero, y al amanecer salí de Burgos camino de Madrid.

CAPITULO XVI.

DONDE SE VE QUE NINGUNO DEBE
FIARSE MUCHO DE LA PROSPERIDAD.

Dormimos en Dueñas la primera jornada , y el dia siguiente entramos en Valladolid á las quatro de la tarde. Apeámonos en un meson , que me pareció seria el mejor de la ciudad. Mi criado se fué á cuidar de las mulas , y yo mandé á un mozo de la posada llevarse la maleta al quarto que me dieron. Llegué tan fatigado , que sin quitarme los botines me eché en la cama , donde insensiblemente me quedé dormido. Era ya casi noche quando desperté. Llamé á Ambrosio ; no estaba en el meson , pero tardó poco en parecer. Preguntéle de dónde venia , y me respondió devoto y compungido , que de una iglesia de dar gracias al Señor por habernos librado de toda desgracia en el camino. Alábéle su devocion , y le mandé que encargase me dispusiesen algo de cenar.

Al mismo tiempo que le hablaba , entró en mi quarto el mesonero con una hacha encendida en la mano , alum-

brando á una señora ricamente vestida, la qual me pareció mas hermosa que jóven. Dábala el brazo un escudero, y un morillo la seguia llevándola la cola del vestido. Halléme no poco sorprendido, quando la señora, despues de hacerme una ayrosa y profunda reverencia, me preguntó si por ventura seria yo el señor Gil Blas de Santillana. Apenas la respondí que sí, quando desasiéndose del escudero, vino apresuradamente á darme un abrazo con tal alborozo y alegría, que añadió muchos grados á mi admiracion. ¡Sea mil veces bendito el cielo, exclamó, por tan dichosísimo encuentro! á vmd., señor caballero, á vmd. venia yo buscando. Al oir esto se me vino á la memoria el parasíto de Peñafior, y ya iba á sospechar que aquella señora era una solemne embustera, ó una descarada petardista; pero lo que añadió me obligó á hacer un juicio mas benigno. Yo soy, me dixo, prima hermana de doña Mencía Mosquera, que debe á vmd. tantas obligaciones. He recibido hoy mismo una carta suya, en que me participa el viage de vmd. á la corte, y me encarga le trate bien, y le obsequie si

transitáre por esta ciudad. Dos horas ha que la ando corriendo toda, yendo de meson en meson á saber qué forasteros se han apeado en ellos; y por las señas que me dió de vmd. el mesonero, conocí que podia ser el libertador de mi prima. Ya que he tenido la dicha de encontrarle, quiero manifestarle lo mucho que me intereso en los beneficios que se hacen á mi familia, y particularmente á mi querida Mencía. Me hará vmd. el favor de venir ahora mismo á hospedarse en mi casa, donde estará menos mal que en un meson. Quise excusarme, haciéndola presente que no podia admitir su fineza sin incomodarla; pero fué preciso rendirse á sus eficaces instancias. Habia á la puerta del meson un coche, que nos estaba esperando. Ella misma tuvo gran cuidado de hacer poner dentro de él la maleta y todo mi equipage, porque en Valladolid, dixo, hay muchísimos bribones, lo qual era demasidamente cierto. En fin, tomamos el coche ella y yo, con su viejo rodrigon; y me dexé sacar del meson de esta manera con gran pesar del mesonero, que ya habia consentido en ganar mucho en esta ocasion.

Después de haber rodado bastante, paró en fin el coche á la puerta de una casa grande, adonde subimos á una sala bien adornada é iluminada con veinte ó treinta bugias. Habia en ella tambien muchos criados, á quienes preguntó la señora si habia venido don Rafael. Respondiéronla que no; y ella me dixo, volviéndose á mí: señor Gil Blas, estoy esperando á mi hermano, que ha de volver esta noche de una quinta que tenemos á dos leguas de aqui. ¡Qual será su gusto y su sorpresa quando se encuentre en su casa con un huesped á quien tanto debe toda nuestra familia! Al mismo punto que acabó de decir estas palabras, oimos ruido, y supimos le causaba la llegada de don Rafael. Dexóse presto ver este caballero, que era un jóven de bello talle, y muy ayroso. Hermano, le dixo la señora, no sabes quanto me alegre de tu vuelta. Tú me ayudarás á obsequiar como merece al señor Gil Blas de Santillana. Nunca podremos pagar lo que ha hecho por nuestra parienta doña Mencía. Toma esta carta, añadió, y lee lo que en ella me escribe. Abrióla don Ra-

fael, y leyó en voz alta lo siguiente.

Querida Camila: el señor Gil Blas de Santillana, que acaba de marchar á la corte, me salvó el honor y la vida. Pasará sin duda por Valladolid. Yo te pido y suplico, menos por el vínculo del parentesco, que por el mas estrecho de la amistad que nos une, le agasajes y obsequies quanto puedas, obligándole á que descanse algunos dias en tu casa. Espero no me negarás este gusto, y que mi libertador recibirá de tí y del primo don Rafael todo género de atenciones. Burgos, &c. tu prima que te ama: Doña Mencía.

¡Como así! exclamó don Rafael luego que leyó la carta, ¡es posible sea este el caballero á quien debe no menos que el honor y la vida mi parienta! Diciendo esto se acercó á mí, y abrazándome estrechamente, dixo: ¡ó, que gusto y que fortuna la mía en tener en mi casa al señor Gil Blas de Santillana! No era menester que mi prima la Marquesa le recomendase: bastaba avisarnos que pasaba por aqui. Sabemos muy bien mi hermana y yo como debemos tratar á un hombre que hizo el mayor ser-

vicio del mundo á la persona á quien mas amamos de toda nuestra parentela. Respondí lo mejor que pude á todas aquellas expresiones , y á otras muchas semejantes , acompañadas de mil caricias. Advirtiéndome despues don Rafael que todavia tenia puestos los botines , mandó á sus criados me los quitasen.

Pasamos despues al quarto donde estaba esperándonos la cena. Sentámonos á la mesa , colocándome á mí en medio de los dos hermanos , quienes mientras cenábamos me dixeron mil expresiones cariñosas : celebraban todas mis palabras como otros tantos rasgos de gracia y de discrecion ; y era de ver el cuidado con que me hacian plato , sirviéndome de quanto habia en la mesa. Don Rafael brindaba frecuentemente á la salud de doña Mencía , y yo correspondia del mismo modo. Doña Camila no se descuidaba en imitarnos , y á veces me parecia que me miraba como á hurtadillas de una manera que podia significar mucho , y aun llegué á creer que para hacerlo buscaba ocasion , como quien temia que su hermano lo advirtiese. Bastó esto para persua-

dirme que ya me habia hecho dueño de la voluntad de aquella señora, y para resolver aprovecharme de este descubrimiento por poco que me detuviese en Valladolid. Con esta esperanza me rendi fácilmente á la cortesana súplica que me hicieron de que me detuviese en su compañía algunos dias. Agradecieron mucho mi condescendencia; y la particular alegría, que mostró doña Camila, me confirmó en la opinion de que habia hallado en mí un hombre muy de su gusto.

Viéndome determinado don Rafael á detenerme algun tiempo, me propuso un viage á su quinta, de la que me hizo una magnífica descripcion, como tambien de las diversiones que queria proporcionarme en ella. Unas veces, decia, nos divertiremos en la caza, otras en la pesca; y si vmd. gusta de pasearse, encontrará bosques sombríos y jardines deliciosos. Además de esto no nos faltará buena compañía; y creo que no echará vmd. menos la ciudad. Acepté la oferta, y quedamos en que al dia siguiente iriamos á la tal divertidísima quinta. Levantámonos de la mesa con esta resolucion; y don Ra-

fael lleno de alegría me dió un estrechísimo abrazo , diciéndome : señor Gil Blas , ahí le dexo á vmd. con mi hermana ; voy á dar las órdenes necesarias para el viage y para que se avise á las personas que han de ser de la partida. Diciendo esto se salió del quarto , y yo quedé á solas con la señora dándole conversacion , en la que no desmintió lo que yo habia juzgado de las dulces ojeadas de la cena. Tomóme la mano , y mirando con atencion la sortija , dixo : parece muy lindo este diamante , pero es pequeñito. ¿ Entiende vmd. de pedrería ? respondíla que no. Lo siento , me replicó ; porque si lo entendiera me diria quanto vale esta piedra , mostrándome un grueso rubí que tenia en el dedo ; y mientras yo le consideraba , añadió : regalómele un tio mio que fué gobernador en Filipinas , y los plateros de Valladolid le estiman en trescientos doblones. Lo creo , repliqué , porque me parece primoroso. Pues ya que á vmd. le gusta , repuso ella , quiero hagamos un trueque. Diciendo y haciendo , me cogió mi sortija , y metióme la suya en mi dedo. Despues de este cambio , que yo tuve por un regalo

hecho con gracia y novedad, me apretó la mano, y me miró con ternura, hecho lo qual se levantó de repente, y se retiró confusa y como avergonzada de haberse explicado con sobrada claridad.

Aunque era yo entónces uno de los cortejantes mas novicios, no dexé por eso de penetrar lo mucho y bueno que significaba aquella precipitada fuga, y desde luego consentí en que no pasaria mal el tiempo en la quinta. Poseido de esta lisonjera idea, y del brillante estado de mis negocios, me encerré en el quarto donde habia de dormir, y previne á mi criado me despertase temprano el dia siguiente. En lugar de pensar en acostarme, me entregué enteramente á los alegres pensamientos que me inspiraban mi bolsillo y mi rubí. Gracias á Dios, decia, que si antes fuí miserable, ya no lo soy. Mil ducados por una parte, y una sortija de trescientos doblones por otra, es un decente caudal para vanderme algun tiempo. Ahora veo que Majuelo no me engañó. Sin duda que en Madrid encenderé en amor á mil mugeres, quando tan fácilmente he agradado á Camila. Veníanseme á la

imaginacion todas las palabras y acciones de aquella señora, y gozaba anticipadamente de todos los pasatiempos que don Rafael me habia ponderado de su quinta. Con todo eso, á pesar de unas ideas tan alhagüeñas, no dexaba el sueño de hacer su oficio; y asi sintiéndome adormecido, me desnudé y me metí en la cama.

Al despertar el dia siguiente conocí que era tarde. Admiréme de que Ambrosio no me hubiese despertado habiéndoselo mandado, pero dixé entre mí: Ambrosio, mi fiel Ambrosio, estará en alguna iglesia, ó le habrá hoy cogido la pereza. Mas tardé poco en perder el buen concepto que habia hecho de él, por dar lugar á otro menos favorable, aunque mas justo y verdadero; porque habiéndome levantado, y no hallando mi maleta en todo el quarto, sospeché que me la habia robado por la noche. Para confirmar ó deponer mi sospecha, abrí la puerta, y comencé á llamar al hipócrita repetidas veces, y con voz muy esforzada. A mis gritos acudió un viejo, y me dixo: ¿á quien llama vmd., señor? toda su gente salió de mi casa antes de amanecer. ¿Que es eso de mi casa? le

repliqué yo. Pues qué ; no es esta la de don Rafael ? Yo no sé quien es ese caballero , respondió el huesped : solo sé que esta casa es una posada , que yo soy su dueño , y que una hora antes que vmd. llegase , aquella señora con quien cenó anoche , vino á pedirme un quarto para un caballero principal que viajaba incógnito : yo la di este , habiéndomelo pagado adelantado.

Caí entónces en la cuenta , conocí lo que debia pensar de doña Camila y de don Rafael , y comprehendí que mi criado , instruído á fondo de todos mis negocios , me habia vendido á aquellos dos grandísimos bribones. En vez de echarme á mí solo la culpa de tan pesados sucesos , y de conocer que no me hubiera acaecido á no haber tenido la ligereza é indiscrecion de descubrirme á Majuelo sin la menor necesidad , me volví contra la inocente fortuna , y maldixé mil veces mi suerte. El posadero , á quien conté mi aventura (de la qual quizá el bellaco estaria mejor informado que yo) mostró acompañarme en mi sentimiento. Compadeciéndose de mí , y protestó lo mucho que sentia que este lance hubiese sucedido en su casa ; pero yo creo , á pesar de

todas sus protestas , que él tuvo tanta parte en él como el mesonero de Burgos , á quien siempre atribuí el honor de la invencion de esta picardia.

CAPITULO XVII.

PARTIDO QUE TOMÓ GIL BLAS DE RESULTAS DEL TRISTE SUCESO DE LA POSADA.

Despues de haber llorado bien , pero en vano , mi desgracia , comencé á hacer reflexiones , y saqué de ellas que en lugar de rendirme á la desesperacion y desaliento , debia animarme á luchar contra mi mala suerte. Volví pues á despertar mi valor , y me decia á mí mismo mientras me estaba vistiendo : aun doy gracias á mi fortuna de que aquellos malvados no se llevasen tambien mis vestidos , y algunos ducados que tengo en las faltriqueras , y les agradecia el haber andado tan comedidos , pues habian tenido tambien la generosidad de dexarme los botines , los que vendí al posadero por la tercera parte de lo que me habian costado. En fin salí de la posada , sin tener necesidad , gracias á Dios , de quien me

llevase el hatillo. Lo primero que hice fué ir al meson donde me habia apeado el dia antecedente , á ver si mis mulas se habian librado de la borrasca , aunque á la verdad juzgaba que Ambrosio no las habria olvidado ; y ojalá que siempre hubiera juzgado de él con tanto acierto , pues supe que aquella misma noche habia tenido buen cuidado de sacarlas. Con que dando por supuesto que ya no las volveria á ver , como tampoco mi maleta , caminaba triste y sin destino por las calles, pensando en el rumbo que habia de tomar. Ofrecióseme la idea de volver á Burgos para recurrir segunda vez á doña Mencía ; pero considerando que esto seria abusar de su bondad , y que ademas me tendria por un simple , deseché este pensamiento. Juré sí guardarme bien en adelante de mugeres ; y por entónces no me fiaria ni aun de la casta Susana. De quando en quando ponía los ojos en mi sortija ; mas acordándome que habia sido regalo de Camila , suspiraba de rabia y de dolor. ¡ Ah ! decia entre mí : nada entiendo de rubíes ; pero bien entiendo y conozco á la gentecilla que hace estos cambios. No me parece preciso ir á

un platero para conocer que soy un pobre mentecato.

Con todo, no quise dexar de ir á saber lo que valia la sortija, la que vista por un lapidario, la tasó en tres ducados. Al oír semejante tasa di á todos los diablos la sobrina del gobernador de Filipinas, ó por mejor decir, solo les renové el don que mil veces les habia hecho de ella. Al salir de casa del lapidario encontré un mozo que se paró á mirarme. No pude caer tan de pronto en quien era, aunque en otro tiempo le habia conocido muy bien. ¿ Como qué, Gil Blas? me dixo: ¿ finges acaso no conocerme? ¿ Es posible que en dos años me haya mudado tanto, que no conozcas al hijo del barbero Nuñez? Acuérdate de Fabricio tu paysano y tu condiscípulo de lógica, y de quantas veces argüimos los dos en casa del doctor Godinez sobre los universales y grados metafísicos.

Antes que acabase de hablar, habia yo venido en conocimiento de quien era. Abrazámonos estrechamente, con mil demostraciones de admiracion y de alegría. ¡ Ah querido amigo, prosiguió Fabricio, y qué encuentro tan feliz, y cuánto me alegro de volverte á ver!

¿Pero en qué equipage te veo? ¡A la verdad que estás vestido como un Príncipe! Bella espada, medias de seda, calzon y vestido de terciopelo, con bordado de plata. Fuego! Esto me huele á un fortunon deshecho. Apuesto á que alguna vieja liberal te hizo dueño de su bolsillo. Te engañas, le respondí: mi fortuna no ha sido tan feliz como imaginas. A otro perro con ese hueso, replicó él. Tú quieres hacer el reservado; ¡pero á mí, que las vendo! Dime por vida tuya: ese bellísimo rubí que tanto brilla en ese dedo, ¿de quien le hubiste? De una grandísima bribona, le respondí. Fabricio, mi querido Fabricio, sabe que en vez de ser el adonis de las mugeres de Valladolid, he sido su dominoguillo.

Pronuncié estas palabras en tono tan lastimoso, que Fabricio conoció muy bien que me habian jugado alguna burla. Apuróme para que le dixese por qué razon estaba tan quejoso del bello sexô. Tuve poco que hacer en resolverme á satisfacer su curiosidad; pero como la relacion era algo larga, y no queríamos separarnos tan presto, entramos en un fi-

gon para discurrir con mas comodidad y sosiego. Allí nos desayunamos, y mientras tanto le di menuda cuenta de quanto me habia sucedido desde mi salida de Oviedo. Convino en que mis aventuras eran muy extrañas; y despues de asegurarme lo mucho que sentia verme en el estado en que me hallaba, me dixo: amigo, es menester consolarnos y animarnos en todas las desgracias de la vida. Eso es lo que distingue un pecho generoso de un corazon apocado. ¿Vese un hombre de entendimiento reducido á la miseria? espera con valor y paciencia otro tiempo mas feliz. *Nunca* (dice Ciceron) *nunca debe un hombre abatirse tanto, que llegue á olvidarse de que es hombre.* Yo por mí soy de este carácter. Las desventuras no me acobardan; sé superarlas, y sé resistir á los golpes de la mala fortuna. Por exemplo, amaba en Oviedo á la hija de un vecino honrado, y ella me amaba á mí. Pedíla á su padre, negómela como era regular. Otro qualquiera se hubiera muerto de pesadumbre; pero yo (admira la fuerza de mi talento) de acuerdo con la misma muchacha, la robé de

casa de sus padres. Era viva, atolondrada, y alegre sobre manera, por consiguiente pudo mas con ella el placer que la obligacion. Anduvimos seis meses paseándonos por Galicia; y llegó á tal punto su deseo de viajar, que quiso irse á Portugal, pero tomó otro compañero de viage, y me dexó plantado. Si no fuera el que soy, me hubiera desesperado, y abatido con el peso de esta nueva desgracia, pero no cometí tal disparate. Mas prudente y sufrido que Menelao, en lugar de armarme contra el Páris que me habia robado mi Helena, me alegré mucho de verme libre de ella. No queriendo despues volver á Asturias por evitar contiendas con la justicia, me interné en el reyno de Leon, donde anduve de lugar en lugar gastando el dinero que me habia quedado del rapto de mi ninfa; pues en aquella ocasion ámbos nos proveimos suficientemente de dinero y ropa. Al fin me hallé al llegar á Palencia, con solo un ducado, con el qual tuve que comprar un par de zapatos: y el resto duró pocos dias. Víme perplexo en aquella situacion. Comenzaba yo á guardar dieta;

y era indispensable tomar algun partido. Resolví , pues, ponerme á servir. Acomodéme desde luego con un mercader de paños que tenia un hijo dado á todos los vicios. En su casa encontré un seguro asilo contra la abstinencia ; pero al mismo tiempo un grande obstáculo. Mandóme el padre que espíase al hijo , y suplicóme el hijo le ayudase á engañar al padre. Era preciso optar : preferí la súplica al precepto , y esta preferencia me costó el ser despedido. Pasé despues á servir á un pintor ya hombre viejo , el qual queria enseñarme por caridad los principios de su arte ; pero al mismo tiempo me dexaba morir de hambre ; y esto me disgustó de la pintura , y de la mansion en Palencia. Víneme á Valladolid , donde por la mayor fortuna del mundo me acomodé con un administrador del hospital. Con él estoy todavia , y cada instante mas contento. El señor Manuel Ordoñez , mi amo , es el hombre mas virtuoso del mundo , pues siempre va con los ojos baxos , y un rosario de cuentas gordas en la mano. Dicen que desde mozo solo tuvo puesta la mira en el bien de los po-

bres , y le mira con mucho amor , empleando á este fin un zelo infatigable. Esto no se ha quedado sin recompensa : todo ha prosperado en sus manos. ¡Que bendicion del cielo! El se ha hecho rico cuidando de la hacienda de los pobres.

Luego que acabó Fabricio su discurso , le dixé : por cierto me alegro de verte tan contento con tu suerte ; pero hablando en confianza , páreceme que podias hacer otro papel en el mundo. Un mozo de tu talento debia pensar mas alto. Te engañas mucho , Gil Blas , me respondió : has de saber , que para un hombre de mi humor no puede haber mejor situacion que la mia. Confieso que el oficio de criado es penoso para un mentecato ; mas para un mozo despejado tiene grandes atractivos. Un ingenio superior , que se pone á servir , no sirve materialmente como un pobre bobo : entra menos á servir que á mandar en la casa. Su primer cuidado es estudiar bien el genio y las inclinaciones del amo. Alhaga sus defectos , lisonjea sus pasiones , sírvele en ellas , se grangea su confianza , y étele que ya le tiene agarrado por la

nariz. De esta manera me he gobernado con mi administrador. Desde luego conocí de qué pie coxeaba. Advertí que todo su deseo era le tuviesen por santo. Fingí creerlo, porque esto nada cuesta, y aun hice mas, procuré imitarle representando ante él el mismo papel que él representaba delante de los demas: engañé al engañador, y poco á poco vine á ser su todo, y como su primer ministro. Baxo sus auspicios, y en su escuela espero que algun dia estarán á mi cargo los asuntos de los pobres. ¿Y quien sabe si por este camino llegaré tambien á hacer igual ó mayor fortuna?

¡Bellas y alegres esperanzas! querido Fabricio, le repliqué: doyte mil parabienes por ellas: me intereso tanto por su bien como mi amo. Mas por lo que toca á mí, vuélvome á mis primeros pensamientos. Voy á trocar mi vestido bordado por unas bayetas, iréme á Salamanca, matricularéme en la Universidad, y me pondré á preceptor. ¡Gran proyecto! repuso Fabricio: ¡graciosa idea! ¿puede haber mayor locura que meterte á pedante en lo mejor de tu vida? sabes

bien pobrete en lo que te empeñas abrazando ese partido? luego que halles conveniencia te observará toda la casa. Exâminarán escrupulosamente tus mas mínimas acciones. Será preciso que estés fingiendo y venciéndote continuamente, que afectes un exterior hipócrita, y que parezcas un hombre adornado de todas las virtudes. No tendrás un instante por tuyo para divertirte. Censor eterno de tu discípulo, todo el día se te irá en enseñarle el latin, y en reprehenderle y corregirle quando diga ó haga alguna cosa contra la buena crianza. Y al cabo de tanto trabajo y sujecion ¿que premio te espera? si el muchacho sale travieso y mal inclinado, á tí te echarán la culpa, diciendo que le criaste mal, y sus padres te despedirán sin recompensa, y aun quizá sin pagarte. Asi, pues, no me hables del tal oficio de preceptor, porque es un beneficio con carga de almas. Háblame del empleo de criado, que es beneficio simple que á nada obliga. ¿Está el amo lleno de vicios? pues el talento superior del criado los sabe li-sonjear, convirtiéndolos á veces en propia utilidad. Un criado de este jaez

vive con mucha paz en una buena casa. Come y bebe á su gusto , por la noche se va á la cama , y como un hijo de familia duerme tranquilamente , sin tener que pensar en el carnicero , ni en el panadero.

Amigo Gil Blas , prosiguió Fabricio , nunca acabaria si te hubiera de contar todas las ventajas que se encuentran en la no muy lucida , pero muy provechosa carrera de criado. Creeme , desecha para siempre el pensamiento de ser preceptor , y sigue mi exemplo. Sea así , Fabricio , le respondí ; pero no todos los dias se hallan administradores como el que tú has hallado ; y si yo me determinara á servir , quisiera á lo menos encontrar con un buen amo. O , repuso él , en eso tienes razon. Yo tomo por mi cuenta el buscartele , y lo haré , aunque no sea mas que por contribuir á que no se vayan á enterrar en una universidad los talentos de un hombre como tú.

La próxima miseria que me amenazaba , la resolucion y seguridad con que Fabricio me habló , aun mas que sus razones , me persuadieron finalmente á que me pusiese á servir. To-

mada esta determinacion salimos del figon, y Fabricio me dixo: ahora mismo quiero conducirte en derechura á casa de un hombre á quien recurre la mayor parte de los que buscan amo. Tiene emisarios que le informan de quanto pasa en todas las familias, sabe las que necesitan criados, y en un registro muy exácto lleva razon no solo de las plazas vacantes, sino tambien de las buenas ó malas calidades de los amos: en fin, él fué quien me acomodó con el administrador.

Fuimos hablando de esta especie de despacho y oficina pública tan singular, quando llegamos á una callejuela, y en un rincon de ella á una casa baxa, donde el hijo del barbero Nuñez me hizo entrar. Encontrámonos con un hombre de cincuenta años, que estaba escribiendo. Saludámosle cortesana y aun respetuosamente; pero fuese por ser de genio naturalmente soberbio y grosero, ó bien porque estando acostumbrado á no tratar sino con lacayos y cocheros, lo estaba tambien á recibir las visitas asaz descortesmente, no se levantó, ni aun casi se dignó de mirarnos, contentándose con hacer una ligera inclinacion

de cabeza. Con todo, poco despues me miró con atencion. Conocí muy bien se admiraba de que un mozo con un vestido bordado quisiese ponerse á servir de criado, quando podia pensar que iba yo á buscar uno. Duró-le poco esta duda, porque Fabricio le dixo al punto: señor Arias de Londoña, aqui le presento á vmd. el mayor amigo mio. Es un hijo de buena familia, y sus desgracias le han reducido á la necesidad de servir. Proporciónele vmd. una buena conveniencia, contando seguramente con su correspondiente agradecimiento. Señores, respondió Arias, esa es la cantinela general de todos ustedes: antes de acomodarse prometen mucho; pero despues de bien acomodados, servitor, amigo, y de todo se olvidan. Cómo qué replicó Fabricio: ¿está vmd. quejoso de mí? ¿no me he portado bien? mejor pudieras haberte portado. Tu conveniencia equivale á la de primer oficial de qualquier oficina, y has correspondido como si te hubiese acomodado con un autorcillo. Tomé yo entónces la palabra, y para que conociese el señor Arias que no servia á un ingrato, quise que el agradecimien-

to precediese al favor. Púsele en la mano dos ducados, prometiéndole que no se limitaría á tan poca cosa mi reconocimiento como me colocase en una buena casa.

Mostróse contento de mi proceder, diciendo: así gusto yo de que se trate conmigo. Hay vacantes excelentes puestos: leerélos, y vmd. escogerá el que mejor le pareciere. Al decir esto, calóse los anteojos, tomó su registro, abrióle, revolvió algunas hojas, y comenzó así. Necesita laca- yo el capitan Torbellino, hombre colérico, extravagante y feroz; gruñe sin cesar, blasfema, da de golpes, y muy á menudo estropea á los criados. Pase vmd. adelante, dixé yo prontamente: no me gusta el señor capitan. Sonrióse Arias de mi viveza, y prosigió leyendo. Doña Manuela de Sandoval, viuda, ya entrada en edad, impertinente y caprichosa, se halla sin criado. Por lo comun no tiene mas que uno, y ese apenas la puede aguantar un dia entero. Diez años ha que solo hay en su casa una librea, y sirve para todos los criados que recibe, sean flacos ó gordos, altos ó pequeños. Se puede decir que no ha-

cen mas que probarsela , y asi todavia está nueva , aunque se la han puesto dos mil. Falta un criado al doctor Alvaro Fañez , médico químico. Trata bien á sus criados , dales bien de comer , y un gran salario ; pero hace en ellos la experiencia de sus remedios , y se observa que en casa de este químico hay siempre vacantes plazas de criados.

No lo dudo , interrumpió Fabricio , dando una carcajada ; pero vamos claros , que nos va vmd. proponiendo admirables conveniencias. Ten un poco de paciencia , replicó Arias de Londoña , todavia no las he leído todas , y puede haber alguna que te contente. Diciendo esto , prosiguió su lectura de esta manera. Tres semanas ha que está sin criado doña Alfonsa de Solís : es una señora anciana y devota , que pasa en la iglesia las tres partes del dia , y quiere tener siempre junto á si al criado. Otro : ayer despidió al suyo el licenciado Sedillo , hombre ya viejo , y canónigo de este cabildo. Alto ahí , señor Arias de Londoña , interrumpió Fabricio : á este puesto nos atenemos : el canónigo Sedillo es grande amigo de mi amo,

y yo le conozco mucho ; sé que gobierna su casa en clase de ama una vieja beata que se llama la señora Jacinta , y es la que todo lo manda. Es una de las mejores casas de Valladolid , porque en ella se vive con gran paz , y se come grandemente. Fuera de eso , el Canónigo es un señor enfermizo , gotoso inveterado , que tardará poco en hacer testamento , y se puede esperar algun legadillo : ¡ gran esperanza para un criado ! Gil Blas , continuó Fabricio volviéndose hácia mí , no perdamos tiempo. Vámonos derechos á casa del Licenciado : yo mismo te quiero presentar , y salir por fiador tuyo. Habiendo dicho esto , por no malograr la ocasion , nos despedimos con priesa del señor Arias , quien me ofreció por mi dinero , que si no lograba aquella conveniencia , me encontraria otra tan buena , y aun quizá mejor.

AVENTURAS
DE
GIL BLAS DE SANTILLANA.
LIBRO SEGUNDO.

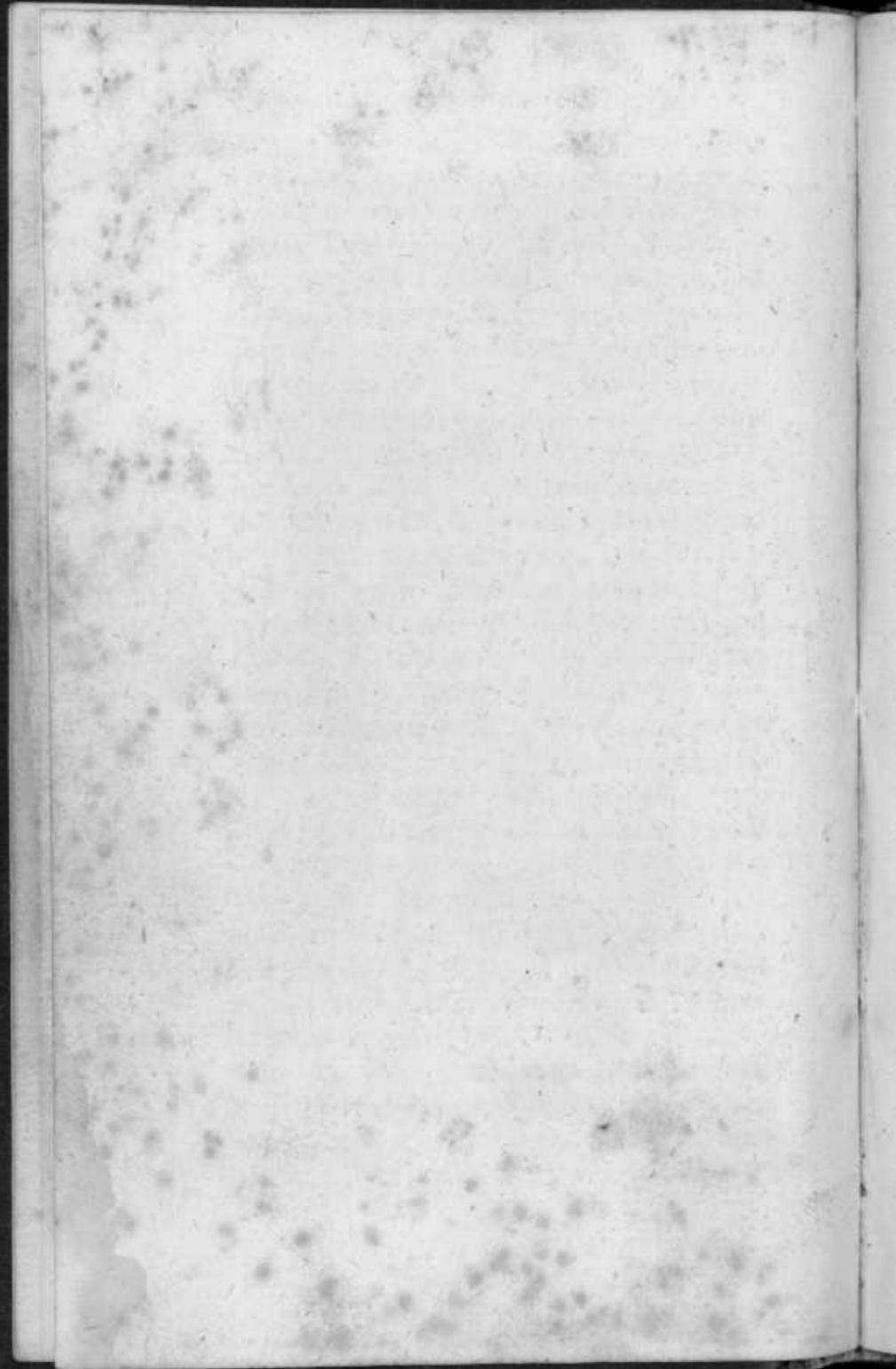
CAPITULO PRIMERO.

ENTRA GIL BLAS POR CRIADO DEL
LICENCIADO SEDILLO ; ESTADO EN
QUE ESTÉ SE HALLABA , Y RETRATO
DE SU AMA.

Por miedo de no llegar tarde nos pusimos de un brinco en casa del Licenciado. Estaba cerrada la puerta, llamamos, y baxó á abrir una niña como de diez años, á quien el ama llamaba sobrina, aunque malas lenguas suponian entre las dos parentesco mas estrecho. Preguntámosla si se podria hablar al señor Canónigo, quando se dexó ver la señora Jacinta. Era una muger entrada ya en la edad de discrecion, pero todavia de buen parecer, y sobre todo de un color fresco y hermoso. Venia vestida con una especie de túnica de tela burda, que



*Presenta Fabricio a Gil Blas al
ama del Canónigo, quien le recibe por
criado.*



ceñía con una ancha correa de cuero, de la qual pendia por un lado un manajo de llaves, y por otro un gran rosario de cuentas gordas. Saludámosla con mucho respeto; y ella nos correspondió con igual cortesanía, pero con un ayre devoto, y los ojos baxos.

He sabido (la dixo mi camarada) que el señor licenciado Sedillo necesita un mozo honrado que le sirva, y vengo á presentarle este, que espero le dará gusto. Alzó entónces la vista el ama, miróme atentamente, y no acertando á componer mi vestido bordado con el discurso de Fabricio, preguntó si era yo el que pretendia entrar á servir. Si señora, respondió el hijo de Nuñez, el mismo es; porque tal como vmd. le vé, le han sucedido desgracias que le precisan á ello. Consolaráse en sus infortunios si tiene la dicha de colocarse en esta casa, y vivir en compañía de la virtuosa señora Jacinta, la qual es digna de ser ama de un Patriarca. Al oír esto la buena de la beata, apartó los ojos de mí por volverlos al que la hablaba con tanta gracia, y quedó como sorprendida al ver un rostro que no le parecía desconocido. Tengo al-

guna idea , le dixo , de haber visto ya esa cara , y estimaria que vmd. ayudase á mi memoria. Casta señora Jacinta , la respondió Fabricio , es y ha sido grande honor mio , haber merecido la atencion de vmd. Dos veces he venido á esta casa acompañando á mi amo el señor Manuel Ordoñez , administrador del hospital. Justamente, replicó entónces el ama ; acuérdome muy bien , ya caygo en la cuenta. Basta decir que está en casa del señor Manuel Ordoñez para saber que será vmd. un hombre muy de bien. Su empleo es su mayor elogio , y no era fácil que este mozo encontrase mejor fiador. Venga vmd. conmigo , y hablará al señor Sedillo , que sin duda tendrá gran gusto de recibir un criado venido por tal mano.

Seguimos al ama del Canónigo , el qual vivia en un quarto baxo , compuesto de cinco piezas á un mismo piso , todas muy decentes. Díxonos esperásemos un instante en la primera , miéntras iba á avisar al señor Canónigo , que estaba en la segunda. Después de haberse detenido algun tiempo , sin duda para informarle y prevenirle de todo , volvió á nosotros,

y nos dixo que podíamos entrar. Vimos al viejo gotoso sepultado en una silla poltrona, con una almohada de tras de la cabeza, descansando los brazos en unas almohadillas, y apoyando las piernas en un almohadon de pluma. Acercámonos á él, sin escasear las reverencias; y tomando Fabricio la palabra, no se contentó con repetirle lo que ya habia dicho de mí á la señora Jacinta, sino que se puso á hacer un panegírico de mi mérito, extendiéndose principalmente sobre el grande honor que me habia grangeado baxo el magisterio del doctor Godinez en las disputas de filosofía, como si fuera necesario ser gran filósofo para servir á un Canónigo. Sin embargo, no dexó de alucinarle el bello elogio que hizo Fabricio de mí; y conociendo por otra parte que yo no desagradaba á la señora Jacinta: amigo, respondió á mi fiador, desde luego recibo á este mozo; basta que tú me le presentes. No me disgusta su traza, y juzgo bien de sus costumbres, supuesto me le propone un criado del señor Manuel Ordoñez.

Luego que Fabricio me vió admitido, hizo una gran reverencia al Ca-

nónigo , otra mas profunda á la señora Jacinta , y se despidió diciéndome al oido que me quedase alli , y que ya nos veriamos. Apenas habia salido de la sala , quando el Licenciado me preguntó cómo me llamaba , y por qué habia salido de mi tierra , obligándome con sus preguntas á contarle toda la historia de mi vida en presencia de la señora Jacinta. Divertílos á entrambos , sobre todo con la relacion de mi última aventura. Doña Camila , y don Rafael les hicieron reir tan fuertemente , que le hubo de costar la vida al pobre gotoso ; pues la risa le excitó una tos tan violenta , que temí fuese llegada su hora : aun no habia hecho testamento : considérese cuánto se turbaria la buena ama. Víla toda trémula y azogada correr de aqui para alli por socorrer al buen viejo , haciendo con él lo que se hace con los niños quando tosen con violencia , estregarle la frente , y darle golpecitos en las espaldas ; pero al fin todo fué un puro miedo. Cesó de toser el Licenciado , y el ama de atormentarle. Quiése entónces proseguir mi relacion ; mas no me lo permitió la señora Jacinta , temerosa de que le repitiese la tos.

Llevóme al guarda-ropa, donde entre otros vestidos estaba el de mi predecesor. Hízomele poner, y guardó el mio, lo que no me disgustó, porque deseaba conservarle, con esperanza de que todavía podría servirme. Desde el guarda-ropa pasamos los dos á disponer la comida.

No me mostré novicio en el oficio de cocinero. Habia hecho mi aprendizaje baxo la disciplina de la señora Leonarda, que podia pasar por buena maestra de cocina, bien que no comparable con la señora Jacinta, la qual merecía ser cocinera de un Arzobispo. Sobresalia en todo género de guisos y platos. Sazonaba delicadamente un gigote, la chanfayna, y en general toda especie de picadillo; de manera que eran sumamente gratos al paladar. Quando estuvo dispuesta la comida, volvimos al quarto del Canónigo, donde mientras yo ponía los manteles en una mesilla inmediata á su silla poltrona, el ama le ponía la servilleta, prendiéndosela por detras con alfileres. Se le sirvió una sopa que se podia presentar á un corregidor de Madrid, y una fritada, que podia avivar el apetito de un Virey, si el

ama de propósito no hubiera escaseado las especias, por no irritar la gota del Canónigo. A vista de tan delicados manjares mi buen viejo, que yo creia estaba baldado de todos sus miembros, dió pruebas de que aun no habia perdido del todo el uso de los brazos. Sirvióse de ellos para ayudar á que le desembarazasen de la almohada, y demas impedimentos, disponiéndose á comer alegremente. Las manos tampoco se negaron á servirle. Aunque trémulas iban y venian con bastante ligereza adonde era menester, bien que derramando en la servilleta, y en los manteles la mitad de lo que llevaba á la boca. Quando vi que ya no queria mas del frito, le puse delante una perdiz rodeada de algunas codornices asadas, que la señora Jacinta le trinchó con el mayor aseó y pulidez. Dé quando en quando le hacia beber grandes tragos de vino mezclado con un poco de agua en una taza de plata bastantemente ancha y profunda, aplicándosela ella misma á la boca, y teniéndola con las manos, como si fuera á un niño de quince meses. Se comió las pechugas, las piernas, sin dexar los alones. Siguié-

ronse los postres ; y quando acabó de comer, el ama le quitó la servilleta, volvióle á poner la almohada, y dexándole dormir tranquilamente la siesta, nos retiramos nosotros á comer.

Esta era la comida diaria de nuestro Canónigo, acaso el mayor tragon de todo el cabildo ; pero la cena era mas parca. Contentábase con un pollo, y con algun cubilete de fruta. En su casa, por lo que toca á la comida, estaba yo bien, y lo pasaba alegremente ; solo tenia un trabajo, no poco pesado para mí. Era preciso estar despierto una gran parte de la noche velando al amo. Padecia este una retencion de orina, que le obligaba á pedir el orinal diez veces cada hora. Además sudaba mucho, y era menester mudarle de camisa con frecuencia. Gil Blas, me dixo la segunda noche, tú eres mañoso y diligente, y veo que me acomodarás mucho tu modo de servir. Solamente te encargo, que des tambien gusto á la señora Jacinta, complaciéndola y obedeciéndola en todo como si yo lo mandase, y guardes con ella la mayor armonía. Quince años ha que me sirve con un zelo, y amor particular. Tiene tanto cuidado de mí,

que no sé como pagárselo : y confié-
sote que por esto la estimo mas que
á toda mi familia. Por ella despedí de
mi casa á un sobrino carnal , hijo de
mi propia hermana. No podia ver á
esta pobre muger , y lejos de agrade-
cerla lo que hacia conmigo , continua-
mente la estaba insultando , burlán-
dose de su virtud , y tratándola de
embustera , porque á la gente moza
de hoy todo lo que suena á recogimien-
to y devocion le parece hipocresía ;
pero ya me libré de tan buena alhaja ,
porque soy hombre que prefiero á todos
los respetos de la sangre el amor que
me tienen , y el bien que me hacen.
Vmd. , señor , tiene muchísima razon ,
le respondí ; el agradecimiento debe
siempre poder mas que las leyes de la
naturaleza. Sin duda , replicó él ; y
en mi testamento haré ver el poco caso
que hago de mis parientes. El ama tendrá
buena parte en él , y no me olvidaré de
tí , como prosigas sirviéndome segun
has comenzado. El criado que despedí
ayer , perdió una buena manda por su
mal modo ; si no me hubiera visto pre-
cisado á despedirle , porque ya no le
podia aguantar , yo solo le habria he-

cho rico ; pero era un soberbio , que no tenia el mas leve respeto á la señora Jacinta , y era muy holgazan. No le gustaba acompañarme de noche , y se le hacia intolerable el estar despierto para asistirme en lo que podia ocurrir. ¡ Que bribon ! exclamé yo , como si el espíritu de Fabricio se hubiera pasado al mio. No merecia por cierto estar al lado de un amo tan bueno como su merced. El que logra esta fortuna debe ser de un zelo infatigable. Ha de complacerse en su trabajo , y ha de creer que nada hace , aun quando sude sangre por serviros.

Conocí que le habian gustado mucho al Canónigo estas últimas palabras , y no le gustó menos la que le dí de estar siempre pronto y obediente á las órdenes de la señora Jacinta. Queriendo , pues , pasar por un criado que no temia trabajo , ni fatiga , procuré servir en todo con el mayor zelo , y con el mejor modo que me era posible. Nunca me quejé de que pasaba sin dormir todas las noches , sin embargo de que se me hacia esto muy cuesta arriba. A no ser por la esperanza del legado , presto me hubiera cansado de una vida tan penosa. A la

verdad ; descansaba y dormia algunas horas entre dia. El ama (á la qual debo hacer esta justicia) cuidaba mucho de mí ; lo que debo atribuir al esmero con que procuraba yo grangearme su voluntad con todo género de modales atentos y respetuosos. Quando comiamos juntos ella y su sobrina, que se llamaba Inesilla , estaba yo pronto á mudarlas de platos, de servir las de beber , y en fin hacer con ellas lo que haria el mas fiel y mas leal criado. Por estos medios llegué á conseguir su amistad. Un dia que la señora Jacinta habia salido á hacer no sé qué compras , hallándome solo con Inesilla , comencé á darla conversacion ; y la pregunté si vivian todavia sus padres. ¡ O ! no ; me respondió la niña : mucho tiempo ha que murieron , segun me lo ha dicho mi tia , porque yo nunca los conocí. Creíla piadosamente , aunque su respuesta no fué muy categórica , y la fuí poniendo en tanta gana de hablar , que poco á poco me dixo mas de lo que yo queria saber. Descubrióme , ó por mejor decir descubrí yo mediante su sencillez , que la señora tia tenia un amigo que estaba en casa de un antiguo Canónigo,

en calidad de mayordomo , y que tenían ajustado entre los dos aprovecharse de la herencia de sus amos , y gozarla en paz por medio de un casamiento , cuyos privilegios disfrutaban de antemano. Ya dexo dicho que la señora Jacinta , aunque algo entrada en años , se mantenía de muy buen parecer. Es verdad que ningún medio perdonaba para conservarse bien. Por otra parte dormía con sosiego , mientras yo estaba en pie velando al amo. Pero sobre todo lo que mas contribuía á mantener en ella aquel color vivo y fresco era (segun me dixo Inesilla) una fuente que tenía en cada pierna.

CAPITULO II.

QUE REMEDIOS SUMINISTRARON AL CANÓNIGO HABIENDO EMPEORADO EN SU ENFERMEDAD ; LO QUE RESULTÓ, Y QUE DEXÓ A GIL BLAS EN SU TESTAMENTO.

Serví tres meses al señor licenciado Sedillo sin quejarme de las malas noches que me daba. Cayó malo al cabo de este tiempo ; entróle ca-

lentura, y con ella se le irritó la gota. Recurrió á los médicos, siendo la primera vez que lo hacia en toda su vida, aunque habia sido larga. Llamó determinadamente al doctor Sangrado, á quien tenian en Valladolid por otro Hipócrates. La señora Jacinta hubiera querido mas que el Canónigo ante todas cosas comenzase por hacer testamento, y aun le dixo algo en el asunto; pero ademas de que no le parecia á él que estaba de tanto peligro, en ciertas materias era un poco caprichoso y testarudo. Fuí, pues, á buscar al doctor Sangrado, y condúxele á casa. Era un hombre alto, seco y macilento, que por espacio de quarenta años á lo menos tenia continuamente empleada la tixerera de las parcas. Su exterior era grave, serio, con un si es no es de desdeñoso; su voz gutural, sonora y ahuecada; pronunciaba las palabras con un tantico de recalcamiento, lo que á su parecer daba mayor nobleza á las expresiones. Parecia que medía sus discursos geoméricamente, y era singular en sus opiniones.

Despues de haber observado al enfermo, comenzó á hablar así en tono ma-

gístral. Trátase aquí de suplir el defecto de la transpiracion escasa, dificultosa y detenida. Otros médicos ordenarian sin duda en este caso remedios salinos, urinosos y volátiles, que por la mayor parte tienen algo de azufre y mercurio; pero los purgantes y los sudoríficos son drogas perniciosas inventadas por curanderos. Todas las preparaciones químicas me parecen invenciones para arruinar la naturaleza; yo echo mano de medicamentos mas simples y seguros. ¿Que es lo que vmd. acostumbra comer? preguntó al enfermo. Cubiletes y manjares jugosos, respondió el Canónigo. ¡Cubiletes y manjares jugosos! exclamó suspenso y admirado el doctor. Ya no me maravillo de que vmd. haya enfermado. Los manjares deliciosos son gustos emponzoñados, lazos que la sensualidad arma á los hombres para destruirlos con mayor seguridad. Es preciso que vmd. renuncie á todo alimento de buen gusto: los mas desabridos son los mas propios para la salud. Como la sangre es insípida, está pidiendo alimentos análogos á su naturaleza. ¿Y bebe vmd. vino? le volvió á preguntar. Si señor, pero

aguado, respondió el enfermo. ¡Que dice vmd. aguado! exclamó el doctor. ¡Que desórden! ¡que desarreglo espantoso! Debía vmd. haberse muerto cien años ha. ¡Y que edad es la de vmd.? Voy á entrar en sesenta y nueve años, repuso el Licenciado. Justamente, continuó el médico, la vejez anticipada siempre es fruto de la intemperancia. Si vmd. hubiera bebido solo agua clara toda su vida, y usado de alimentos simples, como manzanas cocidas, por exemplo, no se vería ahora atormentado de la gota, y todos sus miembros ejercerían todavía fácilmente sus respectivas funciones. Con todo no desconfío de restablecerle, como se entregue ciega-mente á quanto yo ordenáre. El Canonigo, aunque gustaba de buenos bocados, ofreció obedecerle en todo y por todo.

Entónces me dixo fuese prontamente á llamar á un cirujano, que él mismo me nombró, y le hizo sacar á mi amo seis escudillas completas de sangre para suplir la falta de traspiracion. Despues dixo al cirujano: maestro Martin Oñez, dentro de tres horas volved á sacarle otras seis, y

mañana repetiréis lo mismo. Es error creer que la sangre sea necesaria para la conservacion de la vida: por mucha que se le saque á un enfermo, nunca será demasiada. Como en tal estado apenas tiene que hacer movimiento ni ejercicio, sino el preciso para no morir, no necesita mas sangre para vivir, que la que ha menester un hombre dormido. En uno y otro la vida solo consiste en el pulso, y en la respiracion. No creyendo mi buen amo que un tan gran médico pudiese hacer falsos silogismos, convino en dexarse sangrar. Despues que el doctor ordenó frecuentes y copiosas sangrias, añadió era preciso tambien dar de beber al enfermo agua caliente á cada paso, asegurando que el agua en abundancia era el mayor específico contra todas las enfermedades. Con esto concluyó su visita, y se fué diciéndonos á la señora Jacinta y á mí, que él salia por fiador de la salud del señor Canónigo, con tal que se observase á la letra todo lo que acababa de prescribir. El ama, que quizá juzgaba todo lo contrario de lo que él se prometia de su método, le dió palabra de que se observaria con

la mas escrupulosa exâctitud. Con efecto , inmediatamente pusimos á calentar agua ; y como el doctor nos habia encargado tanto que fuésemos liberales de ella , luego le hicimos beber cinco ó seis quartillos : una hora despues repetimos lo mismo , y de tiempo en tiempo volvíamos á ello ; de manera que en el espacio de pocas horas le metimos un rio de agua en la barriga. Ayudándonos por otra parte el cirujano con la cantidad de sangre que le sacaba , en menos de dos dias pusimos al pobre Canónigo á las puertas de la muerte.

Ya no podia mas el buen eclesiástico , y presentándole yo un gran vaso del soberano específico para que le bebiese : detente amigo Gil Blas, me dixo con voz desmayada , ya no puedo beber mas. Conozco que me es preciso morir á pesar de la grande virtud del agua , y que no me siento mejor , aunque apenas me ha quedado en el cuerpo una gota de sangre : prueba clara de que el médico mas hábil y mas sabio del mundo no es capaz de prolongarnos un instante la vida quando llegó el término fatal. Anda , pues , y traeme aqui un escri-

bano, que quiero hacer testamento. Quando oí estas palabras, que ciertamente no me disgustaron, fingí entristecerme muchísimo; y disimulando la gana que tenia de executar quanto antes el encargo que me acababa de dar, como hace en tales casos todo heredero: ¡ó! señor, le respondí, dando un profundo suspiro, no está su merced tan malo, por la misericordia de Dios, que todavia no pueda esperar levantarse. No, no, hijo mio; esto ya se acabó. Estoy viendo que sube la gota, y que la muerte se va acercando: ve, pues, y haz quanto antes lo que te he mandado. Conocí efectivamente que se le mudaba el semblante, y que iba perdiendo terreno por instantes; por lo que persuadido á que el asunto estrechaba, marché volando á executar lo que se me habia ordenado, dexando con el enfermo á la señora Jacinta, la qual temia aun mas que yo que nuestro Canónigo se nos muriese sin testar. Entréme en casa del primer escribano que encontré: señor, le dije, mi amo, el licenciado Sedillo, está acabando; quiere hacer su última disposicion, y no hay que perder

tiempo. Era el escribano un hombre rechoncho y pequeñito, de genio alegre, y amigo de bufonearse. ¿Que médico le asiste? me preguntó. El doctor Sangrado, le respondí. Pues vamos, vamos á priesa, repuso él cogiendo la capa, porque ese doctor es tan expeditivo, que no da lugar á los enfermos para llamar á los escribanos. Es un hombre que me ha hecho perder muchos testamentos.

Diciendo esto salimos juntos, andando aceleradamente para llegar antes que el enfermo entrase en agonía; y yo dixé en el camino al escribano: ya sabe vmd. que á un pobre testador quando está enfermo, suele faltarle la memoria, por lo que suplico á vmd. que si es menester, le haga alguna de mi lealtad y de mi zelo. Yo te lo prometo, me respondió, y fiate de mi palabra, pues es justo que un amo recompense á un criado que le ha servido bien; y así por poco que le vea inclinado á pagar tus servicios, le exhortaré á que te dexé alguna buena manda. Quando llegamos á casa hallamos todavia al enfermo despejado, y con todos sus sentidos. Estaba junto á él la señora Jacinta, bañado el ros-

tro en lágrimas. Acababa de hacer bien su papel, disponiendo al Canónigo á que la dexase lo mejor que tenia. Quedó el escribano solo con el amo; y los dos nos salimos á la antesala, donde encontramos al cirujano que venia á hacerle la última sangría. Deténgase, maestro Martin, le dixo el ama, ahora no puede entrar, porque está su merced haciendo testamento. Le sangraremos á vuestro placer luego que acabe.

Estábamos con gran temor la beata y yo de que muriese en el mismo acto de testar; pero por fortuna se formalizó el instrumento que nos ocasionaba aquella inquietud. Vimos salir al escribano, que encontrándome al paso, dándome una palmadita en el hombro, y sonriéndose, me dixo: *no ha sido echado en olvido Gil Blas*: palabras que me llenaron de alborozo, y agradecí tanto la memoria que mi amo habia hecho de mí, que ofrecí encomendarle muy de verás á Dios despues de su muerte, lá que tardó poco en suceder; porque habiéndole sangrado otra vez el cirujano, el pobre viejo, que ya estaba casi exán-güe, espiró en el mismo momento.

Apenas acababa de exhalar el último suspiro , quando entró el médico , que se quedó cortado y mudo , no obstante de estar tan acostumbrado á despachar quanto antes á sus enfermos: con todo eso , lejos de atribuir su muerte á tanta agua , y á tantas sangrias , volvió las espaldas diciendo con frialdad que habia muerto porque le habian sangrado poco , y no dádole bastante agua caliente. El executor de la medicina , quiero decir , el cirujano , viendo que ya no era necesario su ministerio , se marchó tambien siguiendo al doctor Sangrado.

Luego que vimos muerto á nuestro amo , la señora Jacinta , Inesilla y yo comenzamos una música de fúnebres alaridos , y tales que se oyó en toda la vecindad. La beata sobre todo , que tenia mayor motivo para estar alegre , levantaba el grito con lamentos tan funestos , que parecia la muger mas afligida del mundo. En un instante se llenó la casa de gente , atraida mas de curiosidad que de compasion. Los parientes del difunto se presentaron tambien muy pronto , y hallaron tan desconsolada á la beata , que se persuadieron á que el Canónigo habia

muerto *ab intestato*. Pero tardó poco en abrirse á presencia de todos el testamento dispuesto con todas las formalidades necesarias ; y quando vieron que el testador dexaba las mejores alhajas á la señora Jacinta y á la niña , pronunciaron una oracion fúnebre del Canónigo poco decorosa á su memoria , motejando al mismo tiempo á la beata , y dándome á mí algunas alabanzas , que verdaderamente no merecia. El Licenciado , en paz sea su alma , para obligarme á que no me olvidase de él en toda mi vida , se explicaba así en el artículo del testamento que hablaba conmigo : *item , por quanto Gil Blas es un mozo que tiene algun baño de literatura , para que acabe de perficionarse , y se haga hombre sabio , le dexo mi librería con todos los libros y manuscritos , sin excepcion de alguno.*

No sabia yo donde podia estar la tal soñada librería , porque en ninguna parte de la casa la habia visto jamas. Solo habia sobre una tabla en el quarto del Canónigo cinco ó seis libros con algun legajo de papeles : y los tales libros no podian servirme para nada. Uno se intitulaba el *Cocinero*

perfecto; otro trataba de la *indigestion*, y del modo de curarla. Los demas eran las quatro partes del breviarío, algo roídas de ratones, mugrientas y llenas de sudor. En quanto á los manuscritos, los mas curiosos eran todos los autos de un pleyto que habia seguido el Canónigo para conseguir la prebenda. Despues que examiné mi legado con mayor atencion de la que él se merecia, se lo cedí á los parientes del difunto, que tanto me le habian envidiado. Entreguéles tambien el vestido que tenia áuestas, y volví á tomar el mio, contentándome con que me pagasen mi salario, y fuime á buscar otra conveniencia. Por lo que toca á la señora Jacinta, ademas del dinero y alhajas que el Canónigo la habia dexado, se levantó con otras muchas cosas que ocultamente habia depositado en su buen amigo, durante la enfermedad del difunto.

CAPITULO III.

ENTRA GIL BLAS A SERVIR AL DOCTOR SANGRADO, Y SE HACE FAMOSO MEDICO.

Resolví ir á buscar al señor Arias de Londoña , para escoger en su registro otra casa donde servir ; pero quando estaba muy cerca del rincon donde vivia , me encontré con el doctor Sangrado , á quien no habia visto desde la muerte de mi amo , y me atreví á saludarle. Conocióme inmediatamente , aunque estaba en otro traje , y mostrando particular gusto de verme: hijo mio , me dixo , ahora mismo iba pensando en tí. He menester un criado , y tú eres el que me conviene , con tal que sepas leer y escribir. Como vmd. no pida mas , délo todo por hecho. Pues siendo asi , replicó , vente conmigo , porque tú eres el hombre que yo busco. En mi casa lo pasarás alegremente , te trataré con distincion ; no te señalaré salario , pero nada te faltará. Cuidaré de vestirte con decencia , te enseñaré el gran secreto de curar todo género de enferme-

dades; y en una palabra, mas serás discípulo mio que criado.

Armóme el plan, y acepté la proposicion del doctor, con la esperanza de salir un ilustre médico, baxo la disciplina de tan gran maestro. Llegóme luego á su casa pára instruirme en el ministerio á que me destinaba. Reduciase este á escribir el nombre, la calle y casa donde vivian los enfermos que le llamaban mientras él visitaba á otros parroquianos. Para este fin tenia un libro en que asentaba todo lo dicho una criada vieja, á la qual se reducía toda su familia; pero sobre no saber palabra de ortografía, escribia tan mal, que por lo comun no se podia entender lo que escribia. Encargóme, pues, á mí este registro, que se podia intitular con razon *registro mortuorio*, ó *libro de difuntos*, porque morian casi todos aquellos, cuyos nombres se apuntaban en él. Escribia, por decirlo asi, los nombres de los que querian partir de este mundo, ni mas ni menos que en las casas de posta se apuntan los nombres de los que piden carruage ó caballos. Estaba casi siempre con la pluma en la mano, porque en aquel tiem-

po el doctor Sangrado era el médico mas acreditado de todo Valladolid, debiendo su reputacion á una locuela especiosa, sostenida de cierto ayre grave, y al mismo tiempo apacible, junto con algunas afortunadas curas, que fuéron celebradas mas de lo que merecian.

Practicaba mucho la facultad, y por consiguiente le fructificaba bien. No por eso el trato de su casa era el mejor. En ella se vivia muy frugalmente. Garbanzos, habas y manzanas cocidas, ó queso, era nuestra comida ordinaria. Decia que estos alimentos eran los mas convenientes al estómago, por ser mas dóciles á la trituracion. Con todo eso, aunque los consideraba muy fáciles de digerir, no queria que nos hartásemos de ellos, en lo que tenia mucha razon. Pero si á la criada y á mí nos prohibia comer mucho, en recompensa nos permitia beber agua sin tasa. Lejos de andar en esto con escasez, nos decia muchas veces: bebed, hijos míos. La salud consiste en que todas las partes de nuestra máquina se conserven flexibles, ágiles y húmedas. Bebed agua en abundancia, porque es el disolven-

te universal que precipita todas las sales. ¿Está acaso detenido y lento el curso de la sangre? ella lo acelera. ¿Está rápido y precipitado? lo detiene. Estaba el buen doctor tan persuadido á esto, que aun él mismo no bebía mas que agua, sin embargo de hallarse ya en edad muy avanzada. Definía la vejez diciendo era una *thisis* natural, que nos deseca y consume. Fundado en esta definicion deploraba la ignorancia de los que llaman al vino *la leche de los viejos*. Sostenía que antes bien los desgasta, y los destruye, diciendo muy elegantemente que este licor, así para los viejos, como para todos los demas, era un amigo traidor, y un gusto muy engañoso.

A pesar de tan bellos raciocinios, á los ocho dias que estuve en aquella casa, padecí una diarrea, acompañada de crueles dolores de estómago, lo que tuve la temeridad de atribuir al *disolvente universal*, y á la mala calidad de los alimentos que comía. Quejéme de esto al nuevo amo, esperando que al cabo vendria á condescender, y á darme algun poco de vino en las comidas; pero era muy ene-

migo de este licor para tener semejante condescendencia. Si te disgusta mucho el agua pura , me dixo , hay mil arbitrios inocentes para corregir el desabrimiento de las bebidas acuosas. La salvia y la betónica las comunica un gusto delicioso ; y si quieres que lo sea mucho mas , mezcla un poco de flor de romero , de clavel , ó de amapola.

— Por mas que ponderase las excelencias del agua , y por mas que me enseñase el modo de componer bebidas exquisitas (sin que para nada fuese necesario el vino) la bebia yo con tanta moderacion , que advirtiéndolo él , me dixo un dia : ya no me admiro , Gil Blas , de que no goces una perfecta salud. Tú , amigo mio , no bebes bastante. El agua bebida en poca cantidad , solo sirve para remover la porcion de la bilis , y darla mayor vigor y actividad , quando es necesario anegarla en algun líquido diluyente. No temas , hijo , que la abundancia del agua te debilite , ni enfrie demasiado el estómago. Lejos de tí ese terror pánico con que miras la frecuencia de tan saludable bebida. Yo salgo por fiador de su buen efecto , y si no

te satisface mi fianza, el divino Celso saldrá á abonarla. Este oráculo latino hace un admirable elogio del agua, y añade en términos expresos, que los que por beber vino se excusan con la debilidad del estómago, levantan un falso testimonio á esta entraña, para encubrir su sensualidad.

Como hubiera sido cosa fea dar pruebas de indócil, quando daba principio á la carrera de la medicina, mostré que me hacia fuerza la razon, y aun confieso que efectivamente la creí. Proseguí, pues, en beber agua, baxo la fe de Celso; ó por mejor decir, comencé á anegar la bilis, bebiendo en gran copia aquel licor; y aunque cada dia me sentia mas desazonado, pudo mas la preocupacion que la experiencia. Tenia, como se vé, una admirable disposicion para ser médico. Sin embargo, no pudiendo resistir mas á la violencia de los males, que me atormentaban, tomé la resolucion de dexar la casa del doctor Sangrado; pero este me honró con un nuevo empleo, el qual me hizo mudar de parecer. Mira, hijo, me dixo un dia, yo no soy de aquellos amos ingratos y duros, que dexan envejecer á los cria-

dos , sin pasarles por el pensamiento el recompensar sus servicios. Estoy contento contigo , te quiero ; y sin aguardar á que me hayas servido mas tiempo , es mi ánimo hacerte dichoso. Ahora mismo te voy á descubrir lo mas sutil del saludable arte que profeso tantos años ha. Los demas médicos piensan consiste en el estudio penoso de mil ciencias tan inútiles como dificultosas : yo intento abreviar un camino tan largo , y ahorrarte el trabajo de estudiar la física , la farmácia , la botánica y la anatomía. Sábete , amigo , que para curar todo género de males no es menester mas que sangrar y beber agua caliente. Este es el gran secreto para curar todas las enfermedades del mundo. Si : este maravilloso secreto que yo te comunico , y la naturaleza no ha podido ocultar á mis profundas observaciones , manteniéndose impenetrable á mis hermanos y compañeros , se reduce á solos dos puntos : sangrias y agua caliente , uno y otro en abundancia. No tengo mas que enseñarte. Ya sabes de raiz toda la medicina , y si te aprovechas de mis largas experiencias , serás tan gran médico como yo. Al presente me pue-

des aliviar mucho. Por las mañanas te estarás en casa á tener cuenta del registro , y por las tardes irás á visitar mis enfermos. Yo asistiré á la nobleza y al clero : tú visitarás á los del estado general que me llamáren , y despues de haber exercido algun tiempo, haré te incorporen en nuestro gremio. He aqui , Gil Blas , que ya eres sabio sin ser médico , quando otros por muchos años , y la mayor parte toda la vida , son médicos antes de ser sabios.

Di gracias al doctor por haberme puesto en estado en tan poco tiempo de ser substituto suyo ; y en señal de mi agradecimiento le ofrecí que toda la vida seguiria á ciegas sus opiniones , aunque fuesen contrarias á las del mismo Hipócrates. Pero esta palabra no era del todo sincera , porque no podia conformarme con su opinion acerca del agua , y en mi corazon determiné beber vino siempre que fuese á visitar mis enfermos. Segunda vez me desnudé de mi vestido , y tomé otro de mi amo para presentarme en traje de médico. Hecho esto me dispuse á practicar la medicina á costa de los pobres que cayesen en mis manos. Tocóme dar principio por un

alguacil que adolecia de un dolor de costado. Dispuse le sangrasen sin piedad, y que no se negasen á darle de beber agua caliente con abundancia. Entré despues en casa de un pastelero, á quien la gota le hacia poner los gritos en el cielo. No tuve compasion de su sangre, y fuí con él muy liberal en darle agua caliente como lo habia hecho con el alguacil. Valiéronme doce reales las dos visitas, y quedé tan contento con el nuevo exercicio, que solo deseaba cosecha de enfermos y achacosos.

Al salir de casa del pastelero me encontré con Fabricio, á quien no habia visto desde la muerte del licenciado Sedillo. Miróme atento y atónito por algun tiempo, y despues dió una carcajada tan grande, que parecia iba á reventar de risa. No dexaba de tener razon: llevaba yo una capa tan larga, que me llegaba á los talones; la chupa y el calzon eran tan anchos, que sobaban mucho para dos cuerpos como el mio. En fin, mi figura podia pasar por grotesca. Dexéle desahogar, y aun yo mismo le hubiera acompañado, si no me contuviera el decoro de la calle, y la representacion de médico,

que no es un animal risible. Si mi ridículo trage habia movido á risa á Fabricio , mi mas ridícula y afectada seriedad se la aumentó , y despues que se rió quanto quiso : ¡ por cierto , Gil Blas , exclamó , que estás magníficamente puesto ! ¿ quien diablos te ha disfrazado asi ? poco á poco , Fabricio , poco á poco , y trata con todo respeto á un nuevo Hipócrates. Sábeta que soy substituto del doctor Sangrado , médico el mas famoso de Valladolid. Tres semanas ha que estoy en su casa , y en este breve tiempo me ha enseñado radicalmente la medicina , de manera , que visito parte de sus enfermos por aliviarle. El visita á la gente principal , y yo á la plebe. ¡ Bellamente ! replicó Fabricio : eso en buen romance quiere decir que te ha cedido la sangre plebeya , y él se ha guardado la ilustré. Doyte el parabien de la parte que te ha tocado , que en mi concepto es la mejor , porque á un médico le conviene mas exercer su facultad con la gente pobre que con la opulenta. ¡ Vivan los médicos de aldea y de arrabal ! sus yerros son menos sabidos , y no meten tanta bulla sus asesinatos. Si , amigo : tu suerte me parece la mas

envidiable, y (por hablar á manera de Alexandro) si yo no fuera Fabricio, querria ser Gil Blas.

Para que el hijo del barbero Nuñez conociese que no exâgeraba ni mentia en alabar tanto mi presente condicion, le mostré los doce reales del alguacil y del pastelero, y despues nos entramos los dos en una taberna para beber á costa de ellos. Presentáronnos un vino bueno, el qual me pareció mucho mejor de lo que era por la gran gana que tenia de beberlo. Echéme al cuerpo valientes tragos, y (con licencia del oráculo latino) al paso que iba bebiendo, conocí que el estómago no se quejaba de las injusticias que le habia hecho. Detuvímonos bastante tiempo Fabricio y yo en la taberna, y nos burlamos largamente de nuestros amos, como es uso y costumbre entre todos los criados. Viendo que se acercaba la noche, nos retiramos, quedando apalabrados de volvernos á ver la tarde siguiente en el mismo parage.

CAPITULO IV.

PROSIGUE GIL BLAS EXERCIENDO LA MEDICINA CON TANTO ACIERTO COMO CAPACIDAD. AVENTURA DE LA SORTIJA PERDIDA, Y DESPUES RECOBRADA.

No bien habia yo entrado en casa, quando tambien volvió á ella el doctor Sangrado. Informéle de los enfermos que habia visitado, y le puse en la mano ocho reales que restaron de los doce que me habian valido mis recetas. Ocho reales, me dixo, por dos visitas son poca cosa; pero al fin es preciso recibir lo que nos dieren. Tomólos, y embolsándose los seis, me dió solo dos. Toma, Gil Blas, prosiguió, ahí te doy para que empieces á juntar un capital, pues desde luego te cedo la quarta parte de lo que me toca. Presto serás rico, amigo mio, porque este año, queriendo Dios, habrá muchas enfermedades.

Contentéme, y con razon, pues habiendo resuelto quedarme con la quarta parte de lo que recibia, y cediéndome el doctor la otra quarta par-

te de lo que yo le entregaba, venia á tocarme, si no me engaña mi aritmética, la mitad de lo que realmente percibia. Esto me dió nuevo aliento para aplicarme á la medicina. Al dia siguiente luego que comí, volví á echarme acuestas el hábito de substituto, y salí á campaña. Visité muchos enfermos de los que yo mismo habia sentado en el libro, y á todos les receté los mismos medicamentos, aunque padecian diferentes enfermedades. Hasta aqui las cosas iban viento en popa, y ninguno, gracias al cielo, se habia alborotado contra mis recetas. Pero nunca faltan censores del método de un médico, por excelente que sea. Entré en casa de un droguero que tenia un hijo hidrópico, y me encontré con cierto mediquillo de color amulatado, que se llamaba el doctor Cuchillo, llevado allí por un pariente del mercader. Hice profundas cortesias á todos los circunstantes, pero particularmente al tal figurilla, que me persuadí habia sido llamado para consultar sobre la enfermedad que teniamos entre manos. Saludóme con mucha gravedad; y despues de haberme mirado atentamen-

te: señor doctor, me dixo, yo conozco á todos los médicos de Valladolid, hermanos y compañeros míos; pero confieso que la cara de vmd. es para mí enteramente nueva, por lo que es preciso que vmd. haya venido á establecerse en esta ciudad de muy poco tiempo á esta parte. Yo, señor, le respondí, soy un jóven pasante que exerzo á la sombra, y baxo los auspicios del doctor Sangrado, tan conocido en este pueblo y en toda la comarca. Doy á vmd. la enhorabuena, me replicó cortesmente, de que haya adoptado el método de un hombre tan grande. No dudo que será vmd. habilísimo, aunque tan mozo todavia. Dixo esto con tanta naturalidad, que no pude discernir si hablaba de veras, ó si se burlaba de mí. Estaba pensando en lo que habia de replicar, quando el droguero tomó la palabra, y nos dixo: señores, tengo por cierto que vmds. saben uno y otro perfectamente la medicina, y así les suplico que, si gustan, se sirvan consultar entre los dos qué es lo que debo hacer para lograr el consuelo de ver bueno á mi hijo.

Oyendo esto el doctorcillo, comen-

zó á observar al enfermo , y habiéndome hecho notar todos los síntomas que descubrian la naturaleza de la enfermedad , me preguntó de qué manera pensaba yo curarla. Mi parecer es , le respondí , que se le sangre todos los días , y que se le dé á beber agua caliente en abundancia. Al oír esto el mediquin , me preguntó sonriéndose con ayre socarron: ¿y cree vmd. que con esos excelentes remedios se le salvará la vida al enfermo? y como que lo creo , respondí con espíritu ; sin duda se conseguirá ese efecto, pues son unos específicos contra todo género de males ; y sino , que lo diga el doctor Sangrado. Segun eso , replicó el doctor Cuchillo , se engaña mucho Celso , y escribió un gran disparate , asegurando que para facilitar la curacion de un hidrópico es conveniente dexarle padecer hambre y sed. ¡O! le respondí : yo no tengo á Celso por oráculo. Engañóse , como se engañaron otros , y algunas veces me complazco en ir contra sus opiniones. Conozco por la explicacion de vmd., repuso Cuchillo , la práctica segura y buena que el doctor Sangrado quiere inspirar á todos los jóvenes profesores.

La sangría y la bebida es su medicamento universal; por lo que no me admiro ya de que tantos hombres honrados perezcan en sus manos... Dexémonos de invectivas, le interrumpí yo con sequedad. No está bien en un hombre de la profesion de vmd. tocar esa tecla. Sin sacar sangre, y sin dexarlos beber, se han enviado muchos hombres á la sepultura; y quizá vmd. habrá despachado á ella mas que otros. Si vmd. tiene algo contra el señor Sangrado, escriba contra él, que el señor Sangrado responderá, y entónçes veremos quien es el que queda burlado. Por Santiago, prorumpió lleno de cólera el doctorcillo, que vmd. no conoce al doctor Cuchillo. Sepa, pues, amigo mio, que tengo garras y colmillos, y que de ningun modo me causa miedo Sangrado, el qual, mal que le pese á su vanidad y presuncion, en suma no es mas que un original sin copia. La figura del mediquillo me hizo despreciar su cólera. Respondíle con enfado; correspondióme con el mismo; y en breve venimos á las manos. Dimonos algunas puñadas, y nos arrancamos uno á otro porcion de pelo, antes que el droguero y su pa-

riente nos pudiesen separar. Luego que lo hubieron conseguido , pagáronme la visita , é hicieron quedar á mi antagonista , que verosímilmente les pareció mas hábil que yo.

Despues de esta aventura , faltó poco para que me sucediese otra. Fuí á visitar á cierto sochantre , que estaba con calentura. Apenas me oyó hablar de agua caliente quando se mostró tan rebelde á este remedio , que comenzó á echar votos. Díxome mil desvergüenzas , y aun me amenazó de que me echaria por la ventana. Salí de aquella casa mas de priesa de lo que habia entrado. No quise visitar mas enfermos aquel dia , y me fuí derecho á la taberna de lo caro , donde lá víspera habiamos quedado apalabrados Fabricio y yo. Como ambos teniamos buenas ganas de beber , lo hicimos perfectamente , y despues nos retiramos cada uno á casa , ambos en buen estado , quiero decir , moros van , moros vienen. No conoció el doctor Sangrado el achaque de que yo adolecia ; porque le conté con tanta viveza lo que me habia sucedido con el doctorcillo , que atribuyó mis descompasadas acciones y mis palabras mal articuladas

al enojo y cólera que me habia causado el lance que le referia. Fuera de eso, como él era interesado en el hecho, se alteró algo contra el doctor Cuchillo; y así me dixo: hiciste muy bien, Gil Blas, en volver por el honor de nuestros remedios contra aquel aborto, ó por mejor decir, embrión de nuestra facultad. Pues qué, ¿piensa el grandísimo ignorante que no se deben administrar á los hidrópicos bebidas aquosas? ¡pobre mentecato! pues yo defenderé delante de todo el mundo que con el agua se puede curar todo género de hidropesías, y que es un específico igualmente adaptado para estas, como para los reumatismos, y opilaciones. Es tambien muy propia para aquel género de calenturas que por una parte abrasan al enfermo, y por otra le yelan; y es maravilloso remedio para todas aquellas enfermedades que se atribuyen á humores frios, serosos, flemáticos y pituitosos. Esta opinion solo parece extraña á los principiantes, qual es Cuchillo, incapaces de discurrir como filósofos; pero es muy probable en buena medicina; y si ellos fueran capaces de penetrar la razon en que se funda, en vez de

desacreditarme, llegarían á ser mis mayores apasionados.

Tanta era su cólera, que ni aun le pasó siquiera por el pensamiento que yo hubiese bebido; pues por irritarle mas adredemente habia yo añadido algunas circunstancias de mi pegujal ó de mi fecunda inventiva. Con todo eso, aunque estaba tan ocupado en lo que le acababa de contar, no dexó de advertir que aquella noche habia yo bebido mas agua de la que acostumbraba, porque con efecto el vino me habia dado muchísima sed. Otro que no fuese el doctor Sangrado, habria maliciado un poco de aquella grande sed que me aquejaba, y de los sentidos vasos de agua que bebía; pero él creyó buenamente que yo iba aficionándome á las bebidas aquosas; y así me dixo sonriéndose: amigo Gil, á lo que veo, ya parece que no tienes tanta enemistad con el agua. Por vida mía que la bebes como pudieras el mas delicioso néctar. No me admiro de eso, porque ya sabia yo que con el tiempo te acostumbrarias á este soberano licor. Señor, le respondí, dice bien aquel refran: *cada cosa á su tiempo, y los nabos en adviento*. Lo

que es ahora , crea su merced que daría yo una cuba entera de vino por una sola azumbre de agua. Quedó tan encantado el doctor con esta respuesta , que tomó de ella ocasión para ponderar las excelencias de aquella bebida. Hizo nuevamente su panegírico , no ya como panegirista frío , sino como un orador entusiasmado. Mil , y aún mil millones de veces , exclamó , eran mas estimables , y mas inocentes que las tabernas de nuestros tiempos , las termópolis de los siglos pasados , donde no se iba á malgastar vergonzosamente la hacienda y la vida , anegándose en el vino , sino que concurrían allí á divertirse honestamente , y á beber agua caliente en abundancia. Nunca se admirará bastantemente la sabia providencia de los antiguos gobernadores de la vida civil , que instituyeron lugares públicos donde cada uno pudiese libremente acudir á beber agua á su satisfacción , haciendo encerrar el vino en las cuevas de los boticarios , con severa prohibicion de que ninguno le pudiese beber sino lo recetaba el médico. ¡O que rasgo de prudencia! sin duda , añadió , que por una reliquia de la antigua frugalidad ,

dignâ del siglo de oro , se conservan aun el dia de hoy algunas pocas personas que, como tú y como yo, solamente beben agua, persuadidas á que evitarán ó curarán todos los males bebiendo agua caliente, que no haya herbido, porque tengo observado que la herbida es mas pesada, y no la abraza tan bien el estómago como la que sin herbir llega solo á calentarse. Mas de una vez temí reventar de risa mientras mi amo discurría en el asunto con tanta elocuencia. Con todo eso me mantuve sério, y aun hice mas, pues mostré ser del mismo sentir que el doctor Sangrado; abominé del uso del vino, y me compadecí de los hombres que tenían la desgracia de pagarse de una bebida tan perniciosa. Después de esto, como todavia me sentia con sobrada sed, llené de agua caliente una gran taza, y de una asentada me la eché toda al cuerpo. Vamos, señor, dixé á mi amo, hartémonos de este benéfico licor, y resucitemos en esta casa aquellas antiguas termópolis, de cuya falta tanto se lamenta vmd. Celebró mucho estas palabras, y por mas de una hora entera me estuvo exhortando á que bebiese siempre agua.

Prometíle que la beberia toda la vida; y para cumplir mejor mi palabra, me acosté con firme propósito de ir todos los dias á la taberna.

El lance pesado que habia tenido en casa del droguero, no me quitó el gusto de ir á recetar el dia siguiente sangrías y agua caliente. Al salir de la casa de un poeta, que estaba frenético, me encontré con una vieja, la qual se llegó á mí, y me preguntó si era médico. Respondíla que sí, y ella me suplicó con mucha humildad me sirviese acompañarla á su casa, donde estaba indispuesta su sobrina, que se sentia mala desde el dia anterior, ignorando qual fuese su enfermedad. Seguila, y guiándome á su casa, me hizo entrar en un quarto adornado de muebles muy decentes, donde vi una muger en cama. Acerquéme á ella para observarla. Desde luego me dió golpe su traza; y despues de haberla mirado con alguna mayor atencion por algunos momentos, reconocí, sin quedarme género de duda, que era aquella misma aventurera que habia hecho tan perfectamente el papel de Camila. Por lo que toca á ella, me pareció no me habia conoci-

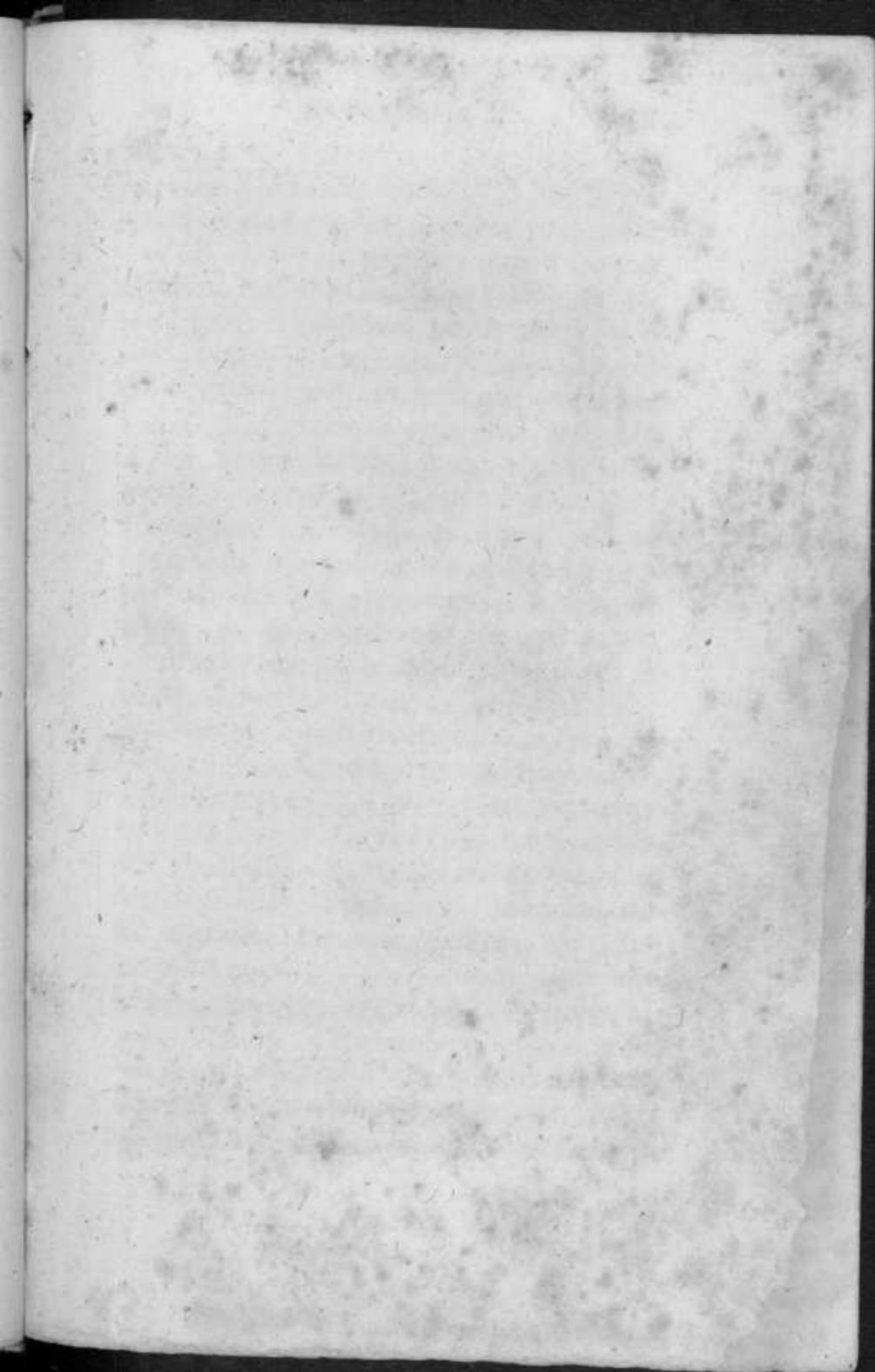
do, ya fuese por tenerla abatida el mal, ó ya por el traje de médico en que me veía. Toméla el pulso, y vi que tenia puesta mi sortija. Sentí una terrible comocion al reconocer una alhaja, á la qual tenia yo tanto derecho, y estuve fuertemente tentado á quitársela por fuerza; pero sabiendo que las mugeres luego comienzan á gritar, y temiendo acudiese á su defensa el dicho don Rafael, ó algun otro de tantos protectores, como tiene siempre el bello sexô para acudir á sus gritos, resistí á la tentacion. Parecióme seria mejor disimular por entónces hasta consultar el caso con Fabricio. Abracé, pues, este último partido. Mientras tanto la vieja me apuraba para que declarase el mal de que adolecia su postiza, ó su verdadera sobrina. No fuí tan mentecato que quisiese confesar que no le conocia; antes bien haciendo de hombre sabio, dixé con mucha gravedad que todo dependia de falta de traspiracion, y por consiguiente que era menester sangrarla inmediatamente, y humedecerla bien, haciéndola beber agua caliente en cantidad, para curarla segun el debido método.

Abrevié la visita quanto pude, y fuíme derecho á buscar al hijo de Nuñez, á quien tardé poco en encontrar, porque iba á cierta diligencia de su amo. Contéle mi nueva aventura, y le pregunté si le parecía conveniente que me valiese de algunos alguaciles para recobrar mi alhaja, prendiendo á Camila. No por cierto, me respondió: no pienses en tal disparate: ese seria el medio mas seguro para que nunca vieses en tu mano la sortija. Esa gente no es muy inclinada á hacer restituciones. Acuérdate de lo que te sucedió en Astorga. Tu caballo, tu dinero, y hasta tu propio vestido, todo quedó en sus uñas. Es necesario, pues, apelar á nuestra industria, si quieres volver á juntarte con tu desgraciado diamante. Déxamelo pensar á mí mientras voy á dar un recado de mi amo al proveedor del hospital; espérame en la taberna de que somos parroquianos, y ten un poco de paciencia, que presto nos verémos.

Mas de tres horas habia que le estaba esperando quando al cabo pareció. Al principio no le conocí. Habia mudado de trage: traía el pelo trenzado, y unos vigotes postizos, que

le tapaban la mitad de la cara: del cinto le colgaba una espada larga, cuya cazoleta tenia, por lo menos, tres pies de circunferencia; y marchaba al frente de cinco hombres, todos con las cabezas erguidas, y con semblantes determinados, ni mas ni menos que él, todos con sus bigotes retorcidos, y largas espadas. Servitor, señor Gil Blas, me dixo, acercándose á mí con resolucion y despejo. Aquí tiene vmd. un alguacil de nuevo cuño, y en esta honrada gente que me acompaña, unos corchetes del mismo temple. Solo queda á cargo de vmd. el guiarnos á casa de la muger que le robó el diamante; y le empeño mi palabra de que le recobrará. Abracé á Fabricio luego que le oí este discurso, conociendo por él el estratagemá que habia inventado por favorecerme, aprobando mucho semejante arbitrio. Saludé tambien á los fingidos ministriles, los quales eran tres criados y dos mancebos de barbero, todos amigos suyos, á quienes habia metido en que hiciesen aquel papel. Mandé traxesen vino para que refrescase la ronda, y á la entrada de la noche nos encaminamos á casa de Camila. Llamamos á la puerta, que

ya encontramos cerrada. Vino á abrirla la vieja , y creyendo que eran ministros de justicia los que venian conmigo , y que no iban á su casa sin algun mal fin , se llenó la pobre de miedo. No se turbe , madre , la dixo Fabricio , que no venimos por mal , sino á un negocio de poca importancia , que presto se évacuará. Diciendo esto nos fuimos introduciendo hasta el quarto de la enferma , guiándonos la vieja , que iba delante alumbrando con una vela en un candelero de plata. Tomé el candelero , y acercándome á la cama de Camila , aplicando la luz á mi cara para que me viese mejor : infame , la dixe , ¿conoces ahora á aquel crédulo Gil Blas , á quien tan villanamente engañaste? En fin , ya te encontré , malvada. El Corregidor dió oidos á mi querella , y orden á estos señores de arrestarte y encerrarte en un calabozo. Ea , pues , señor alguacil , dixe á Fabricio , cumpla con lo que le han mandado , y haga lo que le toca. No necesito , respondió con voz bronca y desabrida , que ninguno me acuerde mi obligacion. Ya tengo noticia de esta buena alhaja , pues tiempo ha que está escrita y registra-





*Artid de que se vale Gil Blas
para recobrar la sortija perdida.*

T. L. Engraver de fr.

da en mi libro de memoria. Levántese, reyna mia, y vístase pronto, que yo tendré la fortuna de ir la sirviendo de escudero, si lo lleva á bien, hasta la carcel pública de esta ciudad.

Al oír esto Camila, aunque parecia tan postrada, advirtiéndole que dos ministriles se disponian á sacarla por fuerza de la cama, se sentó en ella, y juntas las manos, en tono de suplicante, mirándome con ojos en que se veía pintados el desconsuelo y el terror: señor Gil Blas, me dixo, apiádese vmd. de mí: esto se lo pido por aquella su casta madre, que le dió á luz despues de haberle tenido nueve meses en sus maternales entrañas. Aunque confieso mi culpa, todavia fué mas desgraciada que delincuente. Voy á restituirle su diamante, y por amor de Dios no me pierda. Diciendo esto se sacó la sortija, y me la puso en la mano. Pero yo la respondí que no me contentaba con solo el diamante, sino que tambien queria se me restituyesen los mil ducados que me habia robado en la posada. Señor, replicó ella, los mil ducados no me los pida vmd. á mí; pídaselos al traidor de

don Rafael, á quien no he visto desde entónces acá, que aquella misma noche se los llevó. ¡ Ah bribona! interrumpió Fabricio, ¿pues que no hay mas que decir, que no tuviste arte ni parte en ello, para darte por legítimamente disculpada? Basta que hayas sido cómplice del don Rafael, para que se te pida estrecha cuenta de toda tu vida. Sin duda que tendrás archivadas en la conciencia bellas cosas. Ven, ven á la carcel, donde harás una buena confesion general. Tambien quiero llevar en tu compañía á esta buena vieja, á quien juzgo impuesta en una infinidad de lances curiosos, que al señor Corregidor no le pesará saber.

Al oír esto las dos mugeres, no omitieron medio alguno para movernos á piedad. Alborotaron la casa á gritos, llantos y lamentos. Mientras la vieja puesta de hinojos, ya delante del alguacil, ya delante de los ministros, procuraba excitar su compasion, Camila del modo mas tierno y patético del mundo, me suplicaba y conjuraba la librase de manos de la justicia. Fingí ablandarme, y dixé al hijo de Nuñez: señor alguacil, puesto

que ya he recobrado mi diamante, se me da poco de lo demas. No deseo se aflija á esta pobre muger, porque no quiero la muerte del pecador. ¡ Bueno por cierto! me respondió, vmd. es muy compasivo, y no valia un pepino para alguacil. Yo no puedo menos de cumplir con mi obligacion; y el señor Corregidor expresamente me mandó prendiese á estas mugeres, porque quiere su señoría hacer con ellas un exemplar que sirva de escarmiento. Hágame vmd. el favor, le repliqué, de hacer por mí alguna cosa, y suavizar un tantico el rigor de la orden, en favor del regalo que estas damas le quieren hacer en corta demostracion de su reconocimiento. O, señor doctor, repuso Fabricio, ese es otro cantar. No puedo resistir á esa figura retórica usada tan á tiempo. Ea, pues, veámos lo que me quieren regalar. Daréle á vmd., dixo Camila, un collar de perlas, y unos pendientes de piedras que valen buen dinero. Sí, respondió Fabricio taymadamente, con tal que no sean de las que te envié tu tio el gobernador de Filipinas, porque esas no las quiero. Respondo que son finas, dixo Camila; y al mismo

tiempo mandó á la vieja traxese una caxita donde estaban el collar y los pendientes , que ella misma puso en manos del señor alguacil; y aunque este era tan diestro lapidario como yo, no dexó de conocer , sin quedarle alguna duda , que eran finas asi las piedras de los pendientes , como las perlas del collar. Estas alhajas, dixo despues de haberlas mirado atentamente, me parecen de buena ley , y si se añade á ellas el candelero que el señor Gil Blas tiene en la mano , no respondo ya de mi obediencia al señor Corregidor. No creo , dixe entónces á Camila, que por semejante friolera quiera vmd. deshacer un convenio que la tiene tanta cuenta. Diciendo y haciendo quité la vela del candelero , se la entregué á la vieja , y alargué este á Fabricio , que contentándose con ello, quizá porque no vió en la sala ninguna otra cosa de precio que se pudiese llevar fácilmente , dixo á las dos mugeres : á Dios , reynas mias , y pierdan cuidado , que voy á hablar al señor Corregidor , y á dexarlas con él mas puras y mas blancas que la misma nieve. Nosotros le sabemos pintar las cosas como queremos, y nun-

ca le hacemos relacion que no sea verdadera, sino quando tenemos algun poderoso motivo que nos obligue á desfigurar un poco la verdad.

CAPITULO V.

PROSIGUE LA AVENTURA DE LA SORTIJA; DEXA GIL BLAS LA MEDICINA, Y SE AUSENTA DE VALLADOLID.

Executado tan felizmente el admirable proyecto de Fabricio, salimos de casa de Camila alabándonos de un suceso que habia superado nuestras esperanzas, porque solo habiamos ido á recobrar una sortija, y nos llevamos lo demas sin ceremonia ni el menor remordimiento. Lejos de hacer escúpulo de haber robado á dos mugeres del partido, creíamos haber hecho un acto meritorio. Señores, dixo Fabricio luego que estuvimos en la calle, soy de parecer que para coronar esta bella hazaña, vayamos á nuestra taberna de lo caro, donde pasaremos alegremente la noche. Mañana venderemos el collar, los pendientes y el candelero; haremos nuestras cuentas, y repartiremos el dinero como her-

manos. Hecho esto cada uno se irá á su casa, y discurrirá lo que mejor le pareciere para excusarse de haber pasado la noche fuera de ella. Tuvimos por muy prudente y juicioso el pensamiento del señor alguacil. Volvimos, pues, todos á nuestra taberna, pareciéndoles á unos que fácilmente encontrarían algún buen pretexto para disculpar el haber dormido fuera, y no dándoseles á otros un pito de que los despidiesen sus amos.

Dióse orden de que se nos dispusiese una buena cena, y nos sentamos á la mesa con tanto apetito como alegría. Durante la cena se suscitaron especies graciosísimas; sobre todo Fabricio, que era fecundísimo, y hombre de gran talento para mantener siempre viva la conversacion, y divertir á toda la compañía. Ocurriéronle mil dichos llenos de sal española, que nada debe á la sal ática; pero estando en lo mejor de la diversion y de la risa, turbó nuestra alegría un lance inesperado, y sumamente desagradable. Entró en el quarto donde estábamos un hombre bastante bien plantado, á quien acompañaban otros dos de muy mala catadura. Tras estos

entraron otros tres ; y en fin de tres en tres fuéron entrando hasta doce, todos con espadas , carabinas y bayonetas. Conocimos que eran ministros verdaderos de justicia , y fácilmente penetramos su intencion. Al principio pensamos en defendernos , pero en un instante nos rodearon , y nos contuvieron , así por su mayor número como por el respeto que tuvimos á las armas de fuego. “Señores , nos dixo el „comandante con cierto ayrecillo bur„lon , tengo noticia de la ingeniosa in„vencion con que vmds. han recobra„do de manos de cierta aventurera no „sé qué preciosa sortija. El estratage„ma fué ingenioso y excelente , tanto „que merece ser públicamente premia„do : recompensa que no se les puede á „vmds. negar. La justicia , que tiene „destinado á vmds. digno alojamiento „en su misma casa , no dexará cierta„mente de premiar un esfuerzo tan ra„ro de ingenio.„ Turbáronse á estas palabras todas las personas á quienes se dirigian , y mudamos todos de tono y de semblante , llegándonos la vez de experimentar el mismo terror que habíamos causado en casa de Camila. Sin embargo , Fabricio , aunque pálido y

casi muerto, intentó disculparnos. Señor, dixo todo trémulo, nuestra intencion fué sin duda buena, y en gracia de ella se nos puede perdonar aquella inocente superchería. ¿Que diablos? replicó el comandante con viveza, ¿á esa llamas tú superchería inocente? ¿Ignoras por ventura que huele á cáñamo, ó quando menos á baquera, esa inocentísima superchería? Fuera de que á ninguno le es lícito hacerse justicia á sí mismo por su propia mano, os llevásteis además de la sortija, un collar de perlas, un candelero de plata, y unos pendientes de diamantes. Lo peor de todo es que para hacer este robo os fingisteis ministros de justicia. ¿Unos hombres miserables suponerse gente honrada para hacer tal villania, y cometer semejante maldad! ¿Os parece esta una culpa venial que se lava con agua bendita? Sereis muy dichosos si solo se echa mano de la penca para borrarla y castigarla. Quando llegamos á comprehender que la cosa era mas seria de lo que nosotros habíamos imaginado, nos echamos todos á sus pies, y le suplicamos con lágrimas que se apiadase de nosotros

y de nuestra inconsiderada juventud; pero todos nuestros clamores fueron inútiles. Despreció con indignacion la propuesta que le hicimos de cederle el collar, los pendientes y el candelero. Tampoco quiso admitir la sortija que verdaderamente era mia, quizá porque se la ofrecia á presencia de tantos testigos. En fin estuvo inexorable. Hizo desarmar á mis compañeros, y nos llevó á todos á la carcel. En el camino me contó uno de los alguaciles, que habiendo sospechado la vieja que vivia con Camila, que no eramos gente de justicia, nos habia seguido á lo lejos hasta la taberna, y que teniendo modo de ocultarse y confirmar sus sospechas, dió prontamente parte de todo á una ronda.

En la carcel nos registraron á todos hasta la camisa. Quitáronnos el collar, los pendientes y el candelero, como tambien á mí aquella sortija de rubíes de las Filipinas, que por desgracia habia metido en un bolsillo, sin dexarme siquiera los pocos reales que aquel dia me habian valido mis recetas, por donde conocí que los ministros de Valladolid sabian tan bien su oficio como los de Astorga, y que

toda aquella gentecilla vestía el mismo funiorme, y tenían unas mismísimas modales. Mientras nos despojaban de dichas alhajas y de lo demas que encontraron, el cabo de ronda referia nuestra aventura á los executores del espolio. Parecióles el negocio de tanta gravedad, que algunos nos pronosticaban iríamos á la horca sin remedio, y otros menos severos decían que la cosa se podría componer con doscientos azotes, y algunos años de servicio en las galeras. Mientras resolvía sobre esto el Corregidor, nos encerraron en un obscuro calabozo, donde dormimos sobre paja extendida ni más ni menos que se extiende para que duerman los caballos. Hubiera quizá durado esto largo tiempo, y no habríamos salido de allí sino para ir á galeras, si al siguiente día, habiendo oído el señor Manuel Ordoñez lo que habia sucedido, no hubiese tomado á su cargo hacer todo lo posible por sacar á Fabricio de la carcel, lo que no podia ser sin que á todos nos diesen libertad. Era un hombre que estaba muy bien quisto en todo Valladolid; é hizo tantos empeños, y revolvio tanto, que al cabo de tres dias

nos vimos todos libres, bien que no salimos de la prision como habíamos entrado. El collar, los pendientes, el candelero, y hasta mi pobre rubí, todo se quedó allá. Esto me traxo á la memoria aquello de Virgilio: *Sic vos non vobis*, &c.

Luego que nos vimos fuera de la carcel, nos fuimos todos á buscar nuestros amos. Recibióme muy bien el doctor Sangrado, y me dixo: mi pobre Gil Blas, no supe tu desgracia hasta esta mañana, y estaba pensando en empeñarme fuertemente por tí. Es menester, amigo, no desconsolarte ni acobardarte por este accidente; antes bien ahora mas que nunca te has de aplicar á la medicina. Respondíle que este era mi ánimo, y con efecto me apliqué enteramente á ella. Lejos de faltarme que trabajar, nunca hubo mas enfermos, como me lo habia pronosticado mi amo. Acometieron fiebres epidémicas en la ciudad y arrabales. Teníamos que visitar cada uno todos los dias ocho ó diez enfermos, por lo que se dexa conocer que se beberia mucha agua, y que se derramaria gran porcion de sangre. Mas yo no sé como era esto: todos se nos morian, ó porque noso-

tros los curábamos mal (lo qual claro está que no podia ser) ó porque eran incurables las enfermedades. A raro enfermo hacíamos tercera visita, porque á la segunda nos venian á decir que ya le habian enterrado, ó á lo menos que estaba agonizando. Como todavia era yo un médico nuevo, poco acostumbrado á los homicidios, me afligia mucho de los sucesos funestos que me podian imputar. Señor, dixé un dia al doctor Sangrado, protesto al cielo y á la tierra, que observo exâctamente el método de vmd., pero con todo mis enfermos se van al otro mundo. Parece que ellos mismos adredeamente se quieren morir, no mas que por tener el gusto de desacreditar nuestros remedios. Hoy mismo encontré dos que llevaban á enterrar. Hijo, me respondió, poco mas, poco menos, lo propio me sucede á mí. Pocas veces logro la satisfaccion de que sanen los enfermos que caen en mis manos: y si no estuviera tan seguro de los principios que sigo, creeria que mis medicamentos eran enteramente contrarios á las enfermedades. Señor, le repliqué, si vmd. quisiera creerme, seria yo de sentir

que mudásemos de método. Probedmos por curiosidad el usar en nuestras recetas de preparaciones químicas; lo peor que nos podrá suceder será lo mismo que experimentamos con nuestra agua y con nuestras sangrias. De buena gana, me respondió, haría yo esa prueba si no fuera por un inconveniente. Acabo de publicar un libro en que ensalzo hasta las nubes el frecuente uso de la sangria y del agua; ¿y ahora quieres tú que yo mismo desacredite mi obra? ¡O! repuse yo; siendo así, no es razón conceder ese triunfo á sus enemigos. Dirían que vmd. se habia desengañado, y le quitarían el crédito. Perezca antes el pueblo, nobleza y clero, y llevemos nosotros adelante nuestra tema. Al cabo nuestros compañeros, á pesar de lo mal que están con la lanceta, no veo que hagan mas milagros que nosotros, y creo que sus drogas valen tanto como nuestros específicos.

Fuimos, pues, continuando con nuestro método favorito, y en pocas semanas dexamos mas viudas y huérfanos que el famoso sitio de Troya. Parecia que habia entrado la peste en Valladolid: tantos eran los entierros

que se veian. Todos los dias se presentaba en nuestra casa un padre que nos pedia un hijo, á quien habiamos echado á la sepultura, ó un tio que se quejaba de que hubiesemos muerto á su sobrino; pero nunca veiamos á ningun sobrino, ó hijo que viniese á darnos las gracias, porque con nuestros remedios habiamos dado la salud á su padre, ó á su tio. Por lo que toca á los maridos, tambien eran prudentes; pues ninguno vino á lamentarse de nosotros porque hubiese perdido á su muger. Con todo eso algunas personas verdaderamente afligidas venian tal vez á desahogar con nosotros su pena. Tratábannos de ignorantes, de asesinos, de verdugos, sin perdonar los términos y voces mas descompuestas, mas rústicas y mas ignominiosas. Irritábanme sus epitetos groseros; pero mi maestro, que estaba muy acostumbrado á ellos, los oía con la mayor frescura y serenidad de animo. Acaso me hubiera yo tambien hecho con el tiempo á oírlos con igual serenidad si el cielo, quizá por librar de este azote mas á los enfermos de Valladolid, no hubiera suscitado un accidente que desterró en mí la inclinacion

á la medicina, que exercia con tan infeliz suceso.

Habia cerca de casa un juego de pelota, adonde concurría diariamente toda la gente ociosa del pueblo, entre ella uno de aquellos valentones y perdona-vidas de profesion, que se erigen en maestros, y deciden definitivamente todas las dudas que ocurren en semejantes parages. Era Vizcayno, y hacia que le llamasen don Rodrigo de Mondragon. Parecia como de treinta años, hombre de estatura ordinaria, seco y nervioso. Sus ojos eran pequeños y centelleantes, que parecia daban vueltas, y que amenazaban á todos los que le miraban; una nariz muy chata le caia sobre unos bigotes retorcidos, que en forma de media luna le subian hasta las sienas. Su voz era tan áspera y desabrida, que bastaba oirla para cobrar terror. Este guapo se levantó con el mando del juego de pelota. Resolvía soberana y definitivamente todas las disputas que ocurrían entre los jugadores. No admitia mas apelacion de sus sentencias que la espada ó la pistola: el que no se conformaba con ellas tenia seguro al dia siguiente un desafio. Este señor

don Rodrigo, tal qual le acabo de pintar, y sin que el don que siempre iba delante de su nombre, le quitase el ser plebeyo, hizo una tierna impresion en el corazon de la dueña del juego. Tenia esta quarenta años, era rica, bastante bien parecida, y habia quince meses que estaba viuda. No sé qué diablos la pudo enamorar de aquel hombre. Seguramente que no se enamoró de él por su hermosura. Seria sin duda por aquel *no sé qué* de que todos hablan, y ninguno sabe explicar. Como quiera que sea, el hecho es que ella se enamoró de aquella rara figura, y determinó darle su mano. Quando estaba ya para concluirse el tratado cayó gravemente enferma, y por su desgracia me tocó á mí el ser su médico. Aunque su enfermedad no hubiera sido de suyo tan maligna, bastarian mis remedios para hacerla peligrosa. Al cabo de quatro dias llené de luto el juego de pelota, porque envié á la dueña del juego adonde enviaba á mis enfermos, y sus parientes se apoderaron de quanto dexó. Don Rodrigo, desesperado de haber perdido su novia, ó por mejor decir, la esperanza de un matrimonio tan ventajoso

so, no satisfecho con vomitar fuego y llamas contra mí, juró que me atravesaria de parte á parte con la espada la primera vez que me viese. Dióme noticia de este juramento un vecino mio caritativo, y me aconsejó no saliese de casa por no encontrarme con aquel diablo de hombre. Este aviso, que me pareció no era de despreciar, me llenó de miedo y turbacion. Continuamente me imaginaba que veía entrar en casa al furioso Vizcayno; y este pensamiento no me dexaba sosegar. Obligóme en fin á dexar la medicina, y á buscar modo de librarme de semejante sobresalto. Volví á coger mi vestido bordado; despedíme de mi amo, que por mas que hizo no me pudo contener, y al amanecer del dia siguiente salí de la ciudad, temiendo siempre encontrar á don Rodrigo de Mondragon en el camino.

CAPITULO VI.

ADÓNDE SE ENCAMINÓ GIL BLAS DES-
PUÉS QUE SALIÓ DE VALLADOLID , Y
QUE ESPECIE DE HOMBRE SE INCOR-
PORÓ CON EL.

Caminaba muy apriesa , y de quando en quando volvía á mirar atrás por ver si me seguía el formidable Vizcayno. Teníale tan presente en la imaginacion , que cada bulto y cada árbol me parecia que era él. A todo instante me estaba dando saltos el corazón ; pero despues que anduve una buena legua , me sosegué , y proseguí mi viage con mayor quietud , dirigiéndome á Madrid , adonde habia hecho ánimo de ir. No sentí dexar á Valladolid , y solo sí el haberme separado de Fabricio , mi amado Pílates , sin haber podido despedirme de él. No me pesaba el haber abandonado la medicina , antes bien pedia perdon á Dios de haberla exercido. Con todo no dexé de contar el dinero que llevaba , aunque era el salario de mis homicidios , y de mis asesinatos : semejante á las mugeres públicas , que

despues de arrepentidas de su mala vida, no por eso dexan de contar con gusto el dinero que las ha valido. Halléme con unos cinco ducados, lo que me pareció bastante para llegar á Madrid, donde creia hacer fortuna. Ademas tenia gran gana de ver aquella Corte, que me habian pintado como el compendio de todas las maravillas del mundo.

Mientras iba pensando en lo que habia oido decir de ella, y recreándome anticipadamente en las diversiones y gustos que me imaginaba habia de gozar, oi la voz de un hombre, que venia cantando tras de mí á gaxnate tendido. Traia acuestas una maleta, en la mano una guitarra, y al lado una larguísima espada. Caminaba con tanto brio, que muy presto me alcanzó. Era uno de aquellos dos aprendices de barbero que habian estado presos conmigo por la aventura de la sortija. Desde luego nos conocimos los dos, aunque uno y otro estábamos en tan diferente trage, y quedamos igualmente admirados de vernos juntos en aquel parage. Si yo me mostré alegre por ir en su compañía durante el viage, él no mani-

festó menos alborozo por haberme encontrado. Contéle brevemente la causa de haber dexado á Valladolid; y él me correspondió diciéndome que habia tenido una pelotera con su maestro, de cuya resulta uno y otro se habian despedido para siempre. Si hubiera querido mantenerme aun en Valladolid, añadió, habria encontrado diez tiendas por una, porque sin vanidad me atreveré á decir que acaso no se encontrará en toda España quien sepa rasurar mejor á pelo y contrapelo, ni levantar mejor unos bigotes; pero no pude resistir á la vehemente gana de volver á ver mi patria, de la que ha diez años que falto. Quiero respirar algun tiempo el ayre nativo, y saber cómo están mis parientes. Pasado mañana espero verme entre ellos, porque residen en Olmedo, villa muy conocida, mas acá de Segovia.

Me determiné á ir en compañía del barbero hasta su lugar, y desde alli pasar á Segovia, con esperanza de encontrar alguna mayor comodidad para llegar á Madrid. Comenzamos á hablar de cosas indiferentes para divertir la molestia del camino. Era el mozuelo de buen humor, y de muy

grata conversacion. Al cabo de una hora me preguntó si tenia apetito. En llegando al meson lo veremos, le respondí. ¿Pero no se puede tomar antes alguna parva? me replicó; yo traigo en la alforja algo que almorzar. Quando camino siempre tengo cuidado de llevar para la bucólica, y no gusto de cargar con vestidos, ropa blanca, ni otros trapos inútiles, metiendo solo en la alforja municiones de boca, mis navajas, y un poco de xabon, y colgando la vacía del cinto. Alabé su providencia, y convine en que tomásemos el refrigerio que me proponia. Me sentia con hambre, y consentí en gozar de un grande almuerzo á vista de lo que me acababa de decir. Desviámonos un poco del camino para sentarnos en un prado, donde sacó su provision el barberillo, que toda consistia en media docena de cebollas, algunos mendrugos de pan, y unos bocados de queso; pero lo que presentó, como lo mejor y mas precioso de la alforja, fué una botita llena de vino que aseguró ser muy exquisito y sabroso. Aunque los manjares no eran los mas delicados, como á los dos nos apretaba el ham-

bre , nos supieron muy bien , y no los desayramos. Vaciamos tambien toda la bota , que hacia dos azumbres, de un vino que á mi parecer no merecia que el barberillo lo hubiese alabado tanto. Concluida nuestra frugal refaccion nos volvimos á poner en camino y á continuar nuestro viage con mas vigor y con mayor alegría. El barberillo , á quien Fabricio habia dicho que mi vida estaba llena de aventuras muy singulares , me suplicó se las contase , para poder decir que las habia oido de mi propia boca. Parecióme que nada podia negar á un hombre que acababa de regalarme con tan espléndido almuerzo. Díle el gusto que deseaba , y en correspondencia le dije era menester me refiriese tambien él su vida. Por lo que toca á mi historia , no merece cierto ser contada, porque toda ella se reduce á hechos sencillos ; pero sin embargo , añadió, ya que no tenemos cosa mejor en que entretenernos , se la referiré á vmd. tal qual ella ha sido ; y diciendo y haciendo comenzó á referirla poco mas ó menos en los términos siguientes.

CAPITULO VII.

HISTORIA DEL MANCEBILLO
BARBERO.

Fernando Perez de la Fuente, mi abuelo (porque me gusta tomar las cosas muy de atrás) despues de haber seguido el oficio de barbero en la noble villa de Olmedo por espacio de cincuenta años, murió dexando quatro hijos. El primogénito, por nombre Nicolás, heredó la tienda, y siguió la misma profesion. Beltran, que fué el segundo, se metió en la cabeza el ser mercader, y trató en mercería. El tercero, llamado Tomás, se dedicó á maestro de escuela. El quarto, que se llamaba Pedro, sintiéndose inclinado á estudiar, vendió su legítima, y se fué á Madrid, donde esperaba darse con el tiempo á conocer por su erudicion y su ingenio. Los otros tres hermanos nunca se separaron, manteniéndose en Olmedo, y allí se casaron todos tres con hijas de labradores, que traxeron en matrimonio poca dote, pero en recompensa de ella una gran fecundidad. Parece habian apostado á qual habia de parir

mas. Mi madre , que era la muger del barbero , parió seis en los cinco años primeros de casada , siendo yo uno de ellos. Mi padre , luego que tuve fuerzas , me puso á su oficio , y apenas cumplí quince años , quando un dia me echó acuesta la alforja que veis , y ciéndome esta misma espada: ea , Diego , me dixo , ya puedes ganar la vida , vete á correr mundo. Estás algo basto , y te conviene viajar para limarte , como tambien para perficionarte en tu oficio. Vete , pues , y no vuelvas á Olmedo hasta haber andado toda España ; no quiero oir hablar de tí hasta que hayas hecho todo esto. Dióme un paternal abrazo , cogióme de la mano , y bonitamente me conduxo hasta ponerme de patillas en la calle.

Esta fué la tierna despedida de mi padre ; pero mi madre , que era de genio menos áspero , se mostró mas sentida de mi marcha. Echó algunas lágrimas , y aun me metió á escondidas en la mano un ducado. Salí , pues , de Olmedo en esta conformidad , y tomé el camino de Segovia. No bien habia andado doscientos pasos , quando exâminé la alforja , picándome la

curiosidad de saber lo que llevaba. Encontréme un estuche hendido y abierto por todas partes, dentro del qual habia dos navajas de afeytar, tan mohosas, gastadas y mugrientas, que parecian haber servido á diez generaciones, con una tira de cuero para suavizarlas, y un pedazo de xabon. Además de eso hallé una camisa nueva de cáñamo, un par de zapatos viejos de mi padre, y lo que sobre todo me alegró fuéron unos veinte reales que encontré envueltos en un trapo. A esto se reducía todo mi haber. Por aquí podrá vmd. conocer lo mucho que fiaba mi padre en mi habilidad, quando me echó de su casa con tan poco ajuar. Sin embargo, la posesion de un ducado y veinte reales mas no dexó de deslumbrar á un muchacho que en toda su vida habia visto tanto dinero junto. Consideréme con un caudal inagotable; y lleno de alegría proseguí mi camino mirando de quando en quando el puño de mi tizona, cuya hoja se me enredaba entre las piernas, me molestaba, é impedia caminar.

Hácia el anochecer llegué al reducido lugar de Ataquines, con una

hambre que ya no podia sufrir. Entré en el meson , y como si me sobrase mucho para el gasto , mandé en voz alta me traxesen de cenar. El mesonero me estuvo mirando con atencion algun tiempo , y conociendo lo que podia ser yo : sí , me dixo con mucha dulzura , sí caballerito mio , vmd. será servido como un príncipe. Condúxome á una pieza pequeña , y un quarto de hora despues me sirvió un encebollado de gato , que comí con tanto apetito como si fuera de liebre ó de conejo. Acompañó este exquisito guisado con un vino , que , segun él decia , el Rey no le bebia mejor. Y aunque conocí muy bien que ya era un vino embrion de vinagre , sin embargo le hice tanto honor como habia hecho al gato. Despues era menester , para ser tratado en todo como un príncipe , que me dispusiesen una cama , mas propia para despertar á una piedra , que para dormir. Figúrese vmd. una tarima tan corta , que , aun siendo yo pequeño , no podia extender las piernas sin que saliesen fuera la mitad. Fuera de eso , el colchon de pluma se reducía á una especie de xergon ético y estrujado ,

cubierto de una sábana doblada , que despues de su última lavadura habria servido quizá á cien pasajeros. Con todo eso , en la cama que fielmente acabo de pintar , con la barriga llena de gato y de aquel precioso vino que ántes describí , gracias á mis pocos años y á mi natural robustez , dormí profundamente , y pasé la noche sin la mas leve indigestion.

Al dia siguiente , luego que hube almorzado , y pagado bien la buena comida que me habian servido , me puse de una tirada en Segovia. Así que llegué tuve la fortuna de que me recibiesen en una tienda , dándome solo de comer y vestir ; pero no paré allí mas que seis meses , porque otro mancebo barbero con quien habia trabado amistad y queria ir á Madrid , me levantó de cascos , y me marché con él á esta villa. Acomodéme luego fácilmente sobre el mismo pie que en Segovia , en una tienda de las mas concurridas , pues su vecindad al corral del Príncipe atraia á ella tanta multitud de parroquianos , que el maestro , dos mancebos y yo no bastábamos á dar abasto á todos. Allí iban personas de todas clases , pe-

ro entre otras, autores y comediantes. Una vez se juntaron dos de la primera clase. Pusiéronse á hablar de los poetas y las poesias del tiempo, y les oí pronunciar el nombre de mi tío. Entónces me apliqué á oírlos con mayor atencion. Don Juan de Zavalta, dixo uno, es un autor de quien me parece que el público no debe estar muy satisfecho. Es un hombre frio, sin fuego y sin inventiva. La última comedia suya le desacreditó furiosamente. ¿Y Luis Velez de Guevara, dixo el otro, no acaba de regalarnos con una bellísima obra? ¿Puede haber cosa mas miserable? Nombraron no sé á quantos otros poetas, cuyos nombres no tengo presentes, pero me acuerdo bien de que hablaron de ellos muy mal. De mi tío hicieron ámbos mas honorífica mencion. Sí, dixo uno de ellos, don Pedro de la Fuente es un grande autor; sus escritos están llenos de una gracia y de una erudicion, que al mismo tiempo instruyen y deleytan por su delicada sal. No me admiro de que sea tan estimado de la Corte y del pueblo, ni de que muchos señores le hayan señalado pensiones. Ha muchos años que goza una

gruesa renta. El duque de Medinaceli le da casa y mesa; por lo que nada gasta, y así es preciso que esté muy bien y tenga dinero.

No perdí palabra de todo lo que dixerón de mi tío aquellos poetas. Ya sabíamos en la familia que hacia mucho ruido en Madrid con motivo de sus obras. Algunas personas al pasar por Olmedo, nos habían informado de lo bien admitido que estaba; pero como nunca nos había escrito, y parecía haberse extrañado mucho de nosotros, oíamos todas aquellas noticias con la mayor indiferencia. No obstante, como la buena sangre no puede mentir, luego que oí decir que lo pasaba tan bien, y me informé de las señas de su casa, tuve tentación de ir á verle y darme á conocer con él. Solo me detenía el haber oído á los poetas llamarle *don Pedro*. Aquel *don* me hacia titubear, rezelando fuese otro del mismo nombre y apellido de mi tío. Con todo eso vencí al cabo este temor, pareciéndome que así como había sabido hacerse sabio, podía también haber sabido hacerse noble y caballero, y así resolví presentarme á él. Para esto al día siguiente

con licencia de mi maestro me vestí lo mas decentemente que pude , y salí á la calle no poco vanaglorioso y cuelli-erguido de verme sobrino de un hombre , cuyo ingenio metia en la Corte tanta bulla. Sabido es que los barberos no son la gente del mundo menos sujeta á la vanidad. Comencé , pues , á tenerme en gran opinion , y caminando con orgullosa gravedad , pregunté por la casa del duque de Medinaceli. Enseñáronmela , y entrando en ella supliqué al portero me dixese qual era el quarto del señor don Pedro de la Fuente. Suba vmd. , me dixo , por aquella escalerilla , mostrándome una que estaba al fin de un patio , y lláme á la primera puerta que encuentre á mano derecha. Hícelo asi ; llamé á la puerta , y salió á abrir un mozito , á quien pregunté si vivia allí el señor don Pedro de la Fuente. Sí señor , me respondió , pero ahora no se le puede entrar recado. Lo siento mucho , repliqué , pues verdaderamente le quisiera hablar , porque le traigo noticias de su familia. Aunque se las traxera del Padre Santo de Roma no le haria yo á vmd. entrar en este momento , pues está actualmente

componiendo , y mientras trabaja no quiere que ninguno éntre á interrumpirle y distraerle. De nadie se dexa ver hasta medio dia , y asi puede vmd. ir á dar una vuelta , y volver entónces.

Salíme , pues , y me fuí á pasear por Madrid toda la mañana , pensando siempre en el modo con que mi tío me recibiria. Sin duda , decia yo para mí , que tendrá grandísimo gusto de verme y conocerme , porque medía su corazon por el mio ; asi contaba con que seria muy tierno el acto de vernos y reconocernos. Al fin volví con toda diligencia á la hora señalada. Viene vmd. muy á tiempo , me dixo el page : presto saldrá mi amo , espere vmd. aqui , que voy á avisarle. Volvió dentro de un instante , y me hizo entrar donde estaba mi tío , cuya vista me dió golpe , porque luego observé en su cara el ayre de nuestra familia. Era tan parecido á mi tío Tomás que le hubiera tenido por él mismo , á no haberle visto en aquel trage , y en aquel estado. Saludéle con profundo respeto , y le dixé que era hijo de Nicolás de la Fuente , el barbero de Olmedo , y hermano de su se-

ñoría, y que habia tres semanas que estaba en Madrid siguiendo el mismo oficio de mi padre, en calidad de mancebo, con ánimo de andar la España para perfeccionarme en la facultad. Mientras le estaba hablando advertí que mi tío estaba distraído y pensativo, dudando á la cuenta si me conoceria ó no por sobrino, ó discurriendo algun arbitrio para eximirse de mí con arte y con destreza. Tomó este segundo partido, y afectando un cierto ayre jovial y risueño, me dixo: y bien, amigo, ¿como están de salud tu padre y tus tios? ¿en que estado se hallan las cosas de la familia? Comencé á informarle de su fecunda propagacion: fuíle nombrando uno por uno todos los hijos varones y hembras, comprendiendo en la relacion hasta los nombres de sus padrinos y madrinas. Parecióme que no se interesaba infinitamente en tan menuda explicacion; y queriendo conseguir su intencion, ahora bien, querido Diego, me dixo, apruebo mucho el que pienses correr mundo para perfeccionarte en tu oficio, y te aconsejo no te detengas mucho tiempo en Madrid. Este es un lugar muy pernicioso para la juventud, y

tú te perderías en él. Mucho mejor harás en recorrer otras ciudades del reyno, donde no están tan estragadas las costumbres. Vete, pues, y quando vayas á marchar, vuelve á verme, que te daré un doblon para ayuda del viage. Diciendo esto me fué llevando poco á poco hácia la puerta de la sala, y me despidió con buenas palabras.

No conocí, por mi poca malicia, que solo buscaba pretextos para alejarme de sí. Volví á la tienda, y di cuenta á mi amo de la visita que acababa de hacer. El buen hombre, que no penetró más que yo la verdadera intencion del señor don Pedro, me dixo: yo no soy del parecer de tu tio. En lugar de exhortarte á correr mundo, me parece debia aconsejarte que permanecieses en Madrid. El trata con tantas personas de distincion, que fácilmente puede colocarte en una casa grande, donde en breve tiempo podrias hacer gran fortuna. Pagado de estas palabras, que excitaron en mi imaginacion grandiosas esperanzas, dentro de dos dias volví á casa de mi señor tio, y le propuse que podia emplear su valimiento para acomodarme

con algun personage de la Corte. Disgustóle mucho la proposicion. A un hombre vano, que entraba francamente en casa de los grandes, y se sentaba con ellos á la mesa, no le agradaba mucho que un sobrino suyo comiese con los criados, mientras él estuviese comiendo con los amos, pues en tal caso el Dieguillo llenaria de vergüenza al señor don Pedro. Este, pues, se irritó furiosamente, y lleno de cólera me dixo: ¡como bribonzuelo, quieres abandonar tu oficio! anda, ve-te, que yo te dexo en manos de los que te dan tan malos consejos. Sal de mi quarto, repito, y no vuelvas á poner los pies en él si no quieres que te haga castigar como mereces. Quedé aturdido al oir estas palabras, y mucho mas me espantó la bronca y des-templada voz con que las pronunció. Retiréme llorando, y muy apesadumbrado de la aspereza con que me habia tratado mi tio. Con todo eso, como siempre he sido de natural vivo y activo, presto se me enjugó el llanto; pasé por la contraria, del sentimiento á la indignacion, y resolví no hacer caso de un mal pariente, sin el qual habia vivido hasta alli, y espe-

raba vivir sin necesitarle para nada.

No pensé entónces mas que en cultivar mi talento, y en aplicarme al trabajo. Rasuraba todo el dia, y por la noche aprendia á tocar la guitarra, siendo mi maestro un viejo escudero, á quien yo afeytaba. Llamábase *Marcos de Obregon*, y me enseñaba la música que sabia perfectamente, porque habia sido cantor en una iglesia. Era hombre cuerdo, de tanta capacidad como experiencia, y me queria como si fuera hijo suyo. Servia de escudero á la muger de un médico, que vivia á treinta pasos de nuestra casa. Ibale yo á ver todos los dias al anochecer, quando no habia que hacer en la tienda; y sentados los dos en el umbral de la puerta, tocábamos algunas sonatas que no desagradaban á la vecindad. Nuestras voces no eran muy gratas; pero dando á la guitarra, y cantando cada uno metódicamente la parte que le tocaba, gustabamos á las gentes que nos oian. Divertíase particularmente con nuestra música doña Marcelina, que asi se llamaba la muger del médico. Baxaba algunas veces á oirnos al portal, y nos hacia repetir las tonadillas que mas la agradaban. Su ma-

rido no la impedía esta diversion; pues aunque extremeño y viejo, no era zeloso. Por otra parte, su profesion le tenia empleado todo el dia; y quando se retiraba á casa por la noche, iba tan cansado de visitar enfermos, que se acostaba muy temprano, y ninguna aprehension le causaba el gusto que su muger tenia de oír nuestras músicas, quizá por juzgar que no eran capaces de excitar en ella perniciosas impresiones. A esto se añadía que aunque su muger era á la verdad jóven y linda, no le daba motivo alguno para el mas mínimo rezelo, siendo de una virtud tan rústica y tan agreste, que no podia sufrir que los hombres ni aun siquiera la mirasen. Y así no llevaba á mal tuviese aquel honesto é inocente pasatiempo, y nos dexaba cantar todo el tiempo que queríamos.

Una noche que fuí á la puerta del médico para divertirme, como acostumbraba, encontré al viejo escudero, que me estaba esperando. Tómome por la mano, y me dixo que sería nos fuésemos los dos á pasear un poco, antes de principiar la música. Así que nos vimos en una calle excusada y solitaria, adonde me fué

llevando, y donde conoció que me podia hablar con libertad; querido Diego, me dixo con semblante triste, y con voz afligida, tengo que comunicarte reservadamente una cosa. Temo mucho, hijo mio, que uno y otro nos hemos de arrepentir de esta música que damos á la puerta de mi amo. No puedes dudar lo mucho que te quiero, y he tenido mucho gusto en enseñarte á tocar la guitarra y á cantar; pero si hubiera previsto la desgracia que nos amenaza, te aseguro de veras que hubiera escogido otro sitio para darte las lecciones. Sobresaltóme esta relacion, y supliqué al escudero que se explicase mas claro, diciéndome francamente qué era lo que podíamos temer, porque yo no era hombre que quisiese hacer frente al peligro, y que todavia no habia dado la vuelta por España. Voy, me respondió, á decirte lo que debes saber para conocer el riesgo en que nos hallamos.

Quando un año ha entré á servir al médico, me llevó una mañana al quarto de su muger, y presentándome á ella me dixo: Marcos, esta señora es tu ama, y siempre la has de acompañar á qualquier parte que vaya.

Quedé admirado al ver á doña Marcelina. Encontréme con una dama jóven, y en extremo hermosa, gustándome sobre todo lo ayroso de su talle, y lo apacible de su semblante. Señor, respondí al amo, me tengo por muy dichoso en servir á una señora tan amable. Desagradó tanto á doña Marcelina mi respuesta, que con semblante ayrado me dixo: *Oiga el impertinente, el atrevido. ¿Quién le ha enseñado á tomarse esas libertades? Sepa desde luego que no gusto de lisonjas, ni aguantando requiebros.* Sorprehendiéronme extrañamente unas palabras tan ásperas pronunciadas por aquella boca, y tan ajenas de lo que prometia su apacible rostro. No acertaba yo á componer aquel modo de hablar rústico, grosero y desabrido, con todo lo demas que veía en una muger de presencia tan grata. El marido acostumbrado ya á ello, lejos de enfadarse, se tenía por muy afortunado en que le hubiese tocado una muger de aquel extraño carácter, tanto que me dixo: Marcos, mi muger es un prodigio de virtud; y viendo que se ponía el manto para ir á misa, me mandó que la fuese acompañando á

la iglesia. Apenas salimos á la calle, quando encontramos dos mozalvetes, que, admirados del ayre y garvo de doña Marcelina, la dixeron al paso algunas cosas muy lisongeras; pero ella les respondió con tal despego, y les dixo tantas necedades, que los pobres quedaron corridos y suspensos, sin poder comprehender cómo podia haber en el mundo una muger que llevase á mal el ser alabada y aplaudida. ¡Eh! señora, la dixen: haga vmd. que no oye, y pase adelante sin contestar á lo que la dicen: menos malo es callar que responder con grosería y con desabrimiento. Eso no, replicó ella: quiero enseñar á esos insolentes que yo no soy muger que sufro me pierdan el respeto. En fin, profirió tantos desatinos, que no pude menos de decirle todo mi sentir, aunque fuese á peligro de disgustarla. Representéla del mejor modo que me fué posible, que hacia injuria á la naturaleza, y echaba á perder tantas bellas prendas de que la habia dotado, malográndolas todas con aquel su humor desabrido, rústico y uraño; que una muger de genio afable, y de modales atentos, graciosos y cortesanos,

se hacia querer de todos sin el socorro de la hermosura, quando por el contrario, la mas hermosa si no era apacible y agasajadora, era el objeto del desprecio de todos. A este discurso añadí otros, dirigidos á la correccion de sus costumbres. Despues de haber moralizado á mi satisfaccion, temí me costase caro mi zelo y fidelidad, excitando la cólera del ama, y produciendo algun efecto que me fuese de poco gusto: mas no sucedió asi. No se enfadó de mi representacion, contentándose con no seguirla; y el mismo efecto produxeron las que tuve la tonteria de hacerla los dias siguientes.

Canséme de advertirla en vano sus defectos, y abandonéla á la aspereza de su genio. Pero ¿quien lo creyera? Este natural tan agreste, esta muger tan orgullosa de dos meses á esta parte ha mudado enteramente de condicion. Hoy es atenta con todos, y á todos trata con muy cariñosos modales. Ya no es aquella Marcelina, que no respondia sino necedades á los hombres que la elogiaban, y ya oye con agrado sus lisonjas. Gusta la digan que es hermosa, y que ningun hombre la

puede mirar sin cobrarla aficion. Son muy de su gusto los requiebros, y en suma ya es como otra qualquier muger. Esta mudanza apenas es comprehensible; pero lo que mas te ha de admirar es el saber, que tú mismo has obrado este gran milagro. Si querido Diego, tú has sido el autor de una transformacion tan extraña: tú quien has convertido aquel tigre feroz en una mansísima oveja; en una palabra: tú has merecido su atencion, como lo he observado mas de una vez; y yo conozco mal á las mugeres, ó mi ama se abrasa por tí en un veheméntísimo amor. Esta es, hijo mio, la triste noticia que tenia que darte, y esta la desgraciada situacion en que los dos nos hallamos.

Yo no veo, respondí al viejo, gran motivo de affigirnos en todo lo que vmd. me ha dicho, ni mucho menos que sea desgracia mia el que me ame una muger hermosa. ¡Ah Diego! me replicó; bien se conoce que discurras como mozo. Solo miras el cebo, y no temes el anzuelo. Te paras solo en el placer, pero yo, como viejo y experimentado, preveo los disgustos que causa despues, porque no hay cosa

que tarde ó temprano no se descubra. Si prosigues en venir á cantar á nuestra puerta , con tu vista se encenderá cada dia mas la pasión de doña Marcelina , y olvidada de todo recato llegará á conocerlo el doctor Oloroso su marido , el qual se ha mostrado tan condescendiente hasta aqui , porque no tiene el mas leve motivo para tener zelos ; pero despues se pondrá furioso , se vengará de su muger , y podrá hacernos á tí y á mí un flaco servicio. Pues bien , señor Marcos , le repliqué , me rindo á vuestras razones , y me pongo enteramente en vuestras manos. Digame vmd. qué debo hacer , y cómo me he de portar para evitar todo siniestro accidente. Dexando los dos nuestras músicas , me respondió , y no volviendo tú á parecer delante de mi señora. Una vez que no te vea , poco á poco se la irá entibiando la pasión , y recobrará su tranquilidad. Espérame en casa del maestro , que yo te iré á buscar , y allá tocarémos y cantarémos sin peligro. Ofrecílo asi ; y con efecto hice propósito de no ir mas á la puerta del médico , y estarme encerrado en mi tienda , pues era un hombre que no podia ser vis-

to sin perjuicio de las mugeres. Mientras tanto el buen Marcos, á pesar de su prudencia, experimentó dentro de pocos dias que el medio discurrido, y aconsejado por él, no servia para templar el fuego de doña Marcelina, antes bien producia un efecto enteramente contrario. Esta señora á la segunda noche que no nos oyó cantar, le preguntó por qué razon habiamos suspendido nuestra música, y cuál era la causa de que yo me hubiese retirado. RespondiÓla que me habian ocurrido tantas ocupaciones, que no me dexaban un instante para divertirme. MostrÓse satisfecha de esta excusa, y por tres dias sufrió mi ausencia con valor y disimulo, mas al cabo perdió la paciencia, y le dixo á su escudero: Marcos, tú me engañas: aqui se encierra algun misterio, que absolutamente quiero descubrir. Habla, y no me ocultes nada, que asi te lo mando. Señora, respondió él pagándola con otra mentira, ya que vmd. quiere saber las cosas como son, sepa que al pobre Diego le ha sucedido muchas veces volverse á su casa despues de nuestras músicas, y encontrarse ya sin cena. ¡Como sin

cena! exclamó ella lastimada. ¿Por que no me lo has dicho antes? ¡pobre mozo! Anda al instante, y traémele contigo, asegurándole que nunca volverá á su casa sin cenar, porque yo daré orden que se le guarde aqui siempre algun plato.

¡Que es lo que oigo! exclamó el escudero, admirado de oirla hablar de aquella suerte. ¿Sois vos, señora, la que proferis tales palabras? ¿Pues de quando acá os habeis hecho tan compasiva y piadosa? Desde que tú veniste á esta casa, me respondió enojada, ó por mejor decir, desde que comenzaste á predicarme contra mis desdenes, y á exhortarme á que me enmendase de mi soberbia, que llamabas rusticidad. Mas ¡ay de mí! prosiguió ella, que sin saber cómo, he pasado de un extremo á otro. De altanera é insensible que era, me he vuelto sobrado mansa y cariñosa. Amo á tu amigo Diego sin poderlo remediar, y su ausencia muy lejos de templar mi amor le inflama mas y mas. ¿Es posible señora, replicó el viejo, que un mozo que nada tiene de lindo ni garboso haya excitado en vos una pasion tan viva? Yo disculparia acaso

vuestra inclinacion si os la hubiera inspirado algun caballero jóven y de gran mérito. ¡ Ah Marcos ! replicó Marcelina , ó yo no me parezco en nada á las otras mugeres , ó tú , no obstante tu larga experiencia , todavia no las conoces bien , si te persuades á que el mérito es quien las mueve para elegir á un sugeto. Si he de juzgar á las demas por mí , nunca reflexionan para enamorarse. El amor es un desorden de la razon , que á pesar nuestro nos arrastra tras del objeto amado. Es una enfermedad que nace en nosotras , y nos atormenta como la rabia á los perros. No te canses , pues , en representarme que Diego no es digno de mi amor ; basta que le ame para figurarme en él mil prendas que no descubres tú , y que quizá tampoco él tendrá. En vano te empeñas en persuadirme á que ni su talle ni su figura tienen cosa que pueda llevarme la atencion : á mí me parece un dibujo y mas hermoso que el sol , fuera de que tiene una voz que me encanta , y toca la guitarra con una gracia y primor particular. Pero , señora , replicó Marcos , ¿ habeis pensado bien lo que es el tal Diego ? Su baxa y hu-

milde condicion. . . Yo no soy mejor que él, me interrumpió, pero aun quando fuera una muger de la primera distincion, nunca repararia en eso.

La resulta de esta conferencia fué, que desesperanzado el viejo escudero de adelantar cosa alguna con su ama en este punto, la dexó en su capricho, y se retiró como cede un diestro piloto á la tormenta, que le desvia del puerto quanto mas forceja por desembarcar en él. Aun hizo mas por dar gusto á su ama: me vino á buscar, y despues de haberme contado todo lo sucedido entre ella y él: bien ves, Diego, me dixo, que no podemos excusarnos de continuar nuestras músicas á la puerta de Marcelina. Es necesario absolutamente que esta señora te vuelva á ver, porque de otra manera nos exponemos á que haga alguna locura que perjudique á su reputacion. No me hice de rogar, y respondíle que iria á su casa asi que anochebiese, y que podia llevar á su ama esta buena noticia. Hízolo asi, y dió á la apasionada amante la mas alegre y gustosa nueva que podia desear, con la esperanza de verme, y oirme aquella noche.

Pero faltó poco para que un lance pesado la hubiese frustrado esta esperanza. No pude salir de casa hasta despues de muy anohecido, y por mis pecados era la noche muy obscura. Caminaba á tientas por la calle, y quizá llevaba andado ya la mitad del camino, quando de una ventana me regalaron de pies á cabeza con cierto agua va, que lisonjeaba poco el sentido del olfato. Viéndome en tal estado no sabia qué partido tomar. Volverme á casa era exponerme á las pesadas zumbas y molestas carcaxadas de los otros mancebos compañeros míos: ir á la de Marcelina en aquel magnífico equipage no me lo permitia la vergüenza. Resolvíme no obstante á ir á casa del médico, persuadido á que encontraria á Marcos á la puerta, y que todo se remediaria, antes de presentarme en aquel estado á Marcelina. Con efecto fué así: encontréle esperándome á la puerta, y luego que me vió me dixo que el doctor Oloroso acababa de recogerse, y que aquella noche nos podiamos divertir á nuestro sabor. Respondíle que ante todas cosas era menester limpiarme el vestido, y le conté lo que me

habia pasado. Mostróse muy condolido de ello , y me hizo entrar en donde me estaba esperando su ama. Apenas oyó esta señora mi sucia aventura , y me vió en el triste estado en que me hallaba , prorumpió en expresiones del mayor dolor , como si me hubieran sucedido las mas funestas desgracias ; y despues como si hablase con la puerca , que me habia puesto de aquella manera , se desfogó echándola mil maldiciones. Señora , la dixo Marcos , moderad esos impulsos , considerad que todo fué un puro efecto de la casualidad , y no conviene mostrar tan fuerte enojo. ¿ Como quieres , respondió ella , que no sienta vivamente la ofensa que se ha hecho á este inocente cordero , á esta paloma sin hiel , que ni siquiera se queja del ultraje que ha recibido ? ¡ oxalá fuera yo hombre en esta ocasion para vengarle por mis propias manos !

Otras mil cosas dixo , pruebas todas de su ciego amor , que igualmente acreditó con las acciones , porque mientras Marcos me estaba limpiando , Marcelina fué corriendo á su quarto , traxo una caxita llena de todo género de perfumes , quemó cantidad

de estos , sahumó todos mis vestidos, y los roció con espíritus olorosos en abundancia. Concluido el sahumero y aspersorio , la caritativa señora fué en persona á la cocina , y me traxo pan , vino y algunos pedazos de carnero asado , que habia apartado en la mesa para mí. Obligóme á comer , y teniendo gusto en servirme ella misma , ya me hacia plato , y ya me echaba de beber , á pesar de quanto Marcos y yo podíamos hacer y decir para que no se humillase á semejantes demostraciones. Acabada la cena , templaron los músicos los instrumentos , y arreglaron sus voces para dar principio á nuestro concierto. Marcelina quedó embelesada de oírnos , bien es verdad que escogí de propósito ciertos cantares patéticos , y ciertas letrillas amorosas que alhagaban su corazón ; y debo confesar que mientras cantábamos , lanzaba yo de quando en quando hácia ella unas ojeadas tiernas que pegaban fuego á las estopas , porque el juego me iba ya gustando. No me cansaba el concierto , aunque ya habia mucho que duraba. Por lo que toca á la señora , las horas la parecían instantes , y de buena gana hu-

biera estado oyendonos toda la noche, si su escudero, á quien los instantes se le hacian semanas, no la hubiera avisado que era ya tarde. Dióle el trabajo de decirselo mas de diez veces; pero daba con un hombre infatigable en este punto, que no la dexó respirar hasta que yo me ausenté. Como era cuerdo y prudente, y veia á su ama tan locamente apasionada, temia nos sucediese algun desastre. El tiempo verificó lo fundado de su temor, porque el médico, ya fuese porque comenzó á entrar en sospecha, y á dudar de algun enredo secreto, ó ya porque el diablillo de los zelos, que hasta entónces le habia respetado, quiso inquietarle, comenzó á reprehender nuestras músicas, y aun hizo mas prohibiéndonoslas en tono de amo, que queria ser obedecido; y sin dar razon alguna de lo que mandaba, declaró no aguantaria mas se admitiese en su casa á ninguno de fuera. Notificóme Marcos esta resolucion, que hablaba tan particularmente conmigo, y no puedo negar que por entónces me desazonó muchísimo, porque sentia perder las esperanzas que habia concebido. Con todo eso, por no faltar á la

obligacion de fiel historiador, debo confesar que á corta reflexi6n me costó poco el conformarme, y llevar en paciencia aquel reves de la fortuna. No asi Marcelina, cuya afici6n cobró mayor fuerza. Querido Marcos, dixo al escudero, de tí solo espero algun consuelo; haz te pido todo lo posible para que tenga el gusto de ver secretamente á mi Diego. ¿Que es lo que vmd. me pide, señora, la respondió colérico? demasiada contemplacion he tenido con vmd. No, no quiera Dios que por fomentar una loca pasion contribuya yo á deshonar á mi amo, á la pérdida de vuestra reputacion, y á mancharme á mí mismo con el borron de tal infamia, despues de haber pasado toda la vida por hombre muy de bien, por criado fiel, y de una conducta irreprehensible. Antes dexaré la casa que permanecer en ella para hacer un papel tan indecente y vergonzoso. ¡Ah Marcos, replicó la señora, asustada de estas últimas palabras, me atraviesas de parte á parte el corazón quando hablas de marcharte. ¡Pues que! ¡piensas, cruel, dexarme despues que me has reducido al lastimoso estado en que me veol

Restitúyeme primero aquel orgullo, y aquella tranquila altivez que tu mismo me quitaste. ¡O, y quien tuviera ahora aquellos felicísimos defectos! gozaria de gran paz mi corazon en lugar del tumulto que le agita, gracias á tus imprudentes reconvenciones. Tú, tú fuiste quien estragaste mis costumbres quando quisiste enmendarlas... Pero ¡que es lo que digo, desdichada de mí! ¡á que fin darte en cara con tan injustas quejas! no, amado padre, no fuiste tú el autor de mi infortunio; mi mala suerte fué la única que me preparó mi desgracia. No hagas caso, te pido, de las necias palabras que profiero. Mi pasion me ha trastornado el juicio; compadécote de mi flaqueza. Tú eres mi único consuelo, y si aprecias mi vida, no me niegues tu asistencia.

Al decir estas palabras creció su llanto de manera que no pudo continuar. Sacó el pañuelo, cubrióse con él el rostro, y se dexó caer en una silla, como una persona que se rinde al peso de su afliccion. El buen Marcos, que era de la mejor pasta de escuderos que jamas se ha visto, no pudo resistir á un espectáculo tan lastimo-

so. Sintióse vivamente penetrado, y mezcló sus compasivas lágrimas con las de su afligida ama, diciéndola lleno de ternura: ¡Ah, señora, y que atractivo es el vuestro! no tengo fuerzas para combatir vuestra pena. No me admiro ya de que el amor haya tenido poder para haceros olvidar de vuestro deber, quando la compasion la ha tenido para no acordarme yo del mio. De manera que el pobre escudero, á pesar de su irreprehensible conducta, se sacrificó buenamente á la pasion de Marcelina. A la mañana siguiente vino á contarme todo lo sucedido, y me dixo tenia ya pensado el modo de proporcionarme una conversacion secreta con su ama. Con esto animó mi esperanza; pero dos horas despues llegó á mis oidos una noticia tan triste como no esperada. El mancebo de una botica que habia en el barrio, y era uno de nuestros parroquianos, vino á hacerse la barba. Mientras me disponia á rasurarle me dixo: señor Diego, ¿como le va á vmd. con su amigo el viejo escudero Marcos de Obregon? ya sabrá vmd. que está para marcharse de casa del doctor Oloroso. No por cierto, le

respondí. Pues sépalo vmd. , me replicó , y no dudé que la cosa es cierta. Hoy sin falta le despedirán. Su amo y el mio acaban ahora de tener una conversacion , á que me hallé presente , en la qual dixo el primero al segundo : señor boticario , tengo que hacer á vmd. una súplica. No estoy contento con un viejo escudero que tengo en casa , y en su lugar quisiera una dueña fiel , severa y vigilante , que guardase á mi muger. Ya entiendo , respondió mi amo : vmd. necesitaria de la señora Melancia , que fué la que custodió á mi difunta esposa , que aunque ha seis semanas que enviudé , todavia la mantengo en casa. A la verdad me seria muy útil para gobernarla ; pero se la cedo á vmd. gustoso por lo mucho que me intereso en su honor. Bien puede descuidar con ella en punto á la seguridad de su casa , porque es la perla de las dueñas , y un verdadero dragon para guardar la castidad del sexó débil. En doce años enteros que estuvo al lado de mi muger , que como vmd. sabe , era moza y linda , no vi en mi casa ni aun la sombra de un galan ni pisa-verde. Sí por cierto , bonita era la

dueña para sufrirlo ; sobre ese punto no entendia de chanzas. Aun diré mas: mi muger á los principios gustaba mucho de conversaciones y galanteos; pero la señora Melancia supo fundirla tan de nuevo, que la inclinó enteramente á la virtud. En fin, es un tesoro para vuestra seguridad. Quedó el señor doctor muy satisfecho de unos informes tan á medida de su deseo, y ambos convinieron en que hoy mismo iria la dueña á ocupar el lugar del escudero.

Esta noticia que tuve por cierta, como en efecto lo era , deshizo las ideas de todos los buenos ratos que yo esperaba lograr ; y Marcos , que vino despues de comer , acabó de desvanecérmelas , confirmando todo lo que me habia dicho el mancebo. Amigo Diego , me dixo , estoy contentísimo con que el doctor Oloroso me haya despedido , porque me ha librado de molestísimos disgustos y cuidados. Ademas de haberme echado á cuestras, muy contra mi inclinacion , un villanísimo empleo , necesitaba andar continuamente ideando trazas y urdiendo enredos para que pudieses hablar secretamente á Marcelina. ¡Que em-

bro! Gracias al cielo me veo ya fuera de estos cuidados , y sobre todo de los remordimientos y peligros que los acompañaban. Por lo que toca á tí , hijo mio , tambien debes alegrarte de haber perdido algunos ratos de un placer momentáneo , á trueque de haberte librado de tantas pesadumbres, sustos y riesgos , ademas de la ofensa de Dios. Agradóme mucho la moral de Marcos, porque me pareció que ya nada podia esperar , y sin hacerme gran violencia determiné abandonar el campo. No era yo , lo confieso , de aquellos amantes porfiados que hacen vanidad de luchar contra todos los obstáculos; pero aun quando lo fuera , la señora Melancia dexaria bien burlado mi empeño y tenacidad. El genio riguroso que atribuían á aquella muger, era capaz de desesperar á los amantes mas pertinaces y atrevidos. Sin embargo de los colores con que me la habian pintado , no dexé de entender, dos ó tres dias despues , que la señora médica habia adormecido á aquel argos , y corrompido su fidelidad. Salia yo una mañana de casa á afeytar á un vecino nuestro , quando una buena vieja se llegó á mí , y me preguntó

si era yo Diego de la Fuente. Respondíla que sí, y ella me replicó, pues á vmd. venia yo buscando. Vaya su merced esta noche á la puerta de doña Marcelina, haga alguna señal, y luego le será abierta. Y bien, la repliqué yo: es preciso que quedemos de acuerdo sobre qué señal ha de ser. Yo sé remedar maravillosamente el maído del gato y mayaré dos ó tres veces. Basta eso, repuso la mensajera de amor: voy á dar parte de su respuesta á la señora. Servidora de vmd., señor Diego, el cielo le conserve. ¡Que galan sois! A fe que si yo fuera una niña de quince años no le buscaria para otra. Diciendo esto se desvió de mí aquella oficiosa vieja.

Agitóme terriblemente este mensaje, y toda la moral de Marcos se la llevó el ayre. Esperé con impaciencia la noche, y quando me pareció que ya estaria durmiendo el doctor Oloroso, me encaminé hácia su puerta. Allí di principio á mis maídos, que se oirian de lejos, y hacian mucho honor al maestro que me habia enseñado tan bello idioma. Hacíalo con tanta propiedad, que uno de los vecinos, que se retiraba á su casa, cre-

yendo que verdaderamente era yo uno de los animales que remedaba, cogió un guijarro que por casualidad halló á mano, y me le disparó con tanta fuerza, diciendo *maldito sea el gato*, que dándome en la cabeza quedé tan aturdido por el pronto, que faltó poco para que no cayese en tierra atolondrado. Esto bastó para que diese al diablo el galanteo, y perdiendo el amor juntamente con la sangre, me volví á casa, donde desperté é hice levantar á todos. El maestro reconoció la herida, que le pareció peligrosa; pero no tuvo malas resultas, y se cerró dentro de tres semanas. En todo este tiempo no oi hablar de Marcelina. Es natural que Melancia, para desprenderla de mí, la buscase otro conocimiento, de lo que no me informé porque nada me importaba; pues salí de Madrid para andar la España luego que me vi perfectamente curado.

CAPITULO VIII.

ENCUENTRO DE GIL BLAS Y SU COMPAÑERO CON UN HOMBRE QUE ESTABA MOJANDO MENDRUGOS DE PAN EN UNA FUENTE , Y CONVERSACION QUE CON EL TUVIERON.

Contóme el señor Diego de la Fuente otras aventuras que le sucedieron en adelante ; pero todas de tan poca importancia , que no merecen la pena de referirlas. Sin embargo , me vi precisado á oírse las , y en verdad que no fué breve la relación , pues duró hasta que llegamos á Puente Duero , donde nos detuvimos lo restante de aquel día. Hicimos en el meson que nos dispusiesen una buena sopa , y asasen una liebre , despues de cerciorarnos de que era verdaderamente tal. Al amanecer del día siguiente proseguimos nuestro camino , habiendo antes llenado la bota de un vino mediano , y metido en las mochilas algunos pedazos de pan , juntamente con la mitad de la liebre que nos habia sobrado de la cena.

Despues de haber caminado cerca

de dos leguas , nos sentimos con gana de almorzar , y habiendo visto como á doscientos pasos del camino muchos grandes árboles que hacian una sombra deliciosísima , escogimos aquel sitio , é hicimos alto en él. Allí encontramos á un hombre como de veinte y siete á veinte y ocho años , que estaba mojando en una fuente algunos zoquetes de pan. Tenia á su lado sobre la yerba una espada larga y una mochila. Pareciónos mal vestido , mas por otra parte , de buena traza , y bien plantado. Saludámosle cortesmente , y él nos correspondió con igual cortesanía. Presentónos luego sus mendrugos mojados , y con cierto ayre risueño y despejado nos preguntó si eramos servidos. Admitimos el convite en el mismo tono , mas con la condicion que habia de tener á bien que juntásemos los almuerzos para que fuesen mas abundantes. Vino en ello con mucho gusto , y nosotros sacamos nuestras provisiones , lo que ciertamente no le desagradó. O señores , exclamó enagenado de alegría , verdaderamente que vmds. vienen bien provistos de municiones de boca , y se conoce que son hombres prevenidos , y que miran

lo veridéro. Yo me fio demasiado en la fortuna. Sin embargo, no obstante el miserable estado en que vmds. me ven, les puedo asegurar que alguna vez hago una figura muy brillante. Sepan vmds. que no pocas me tratan de príncipe y estoy rodeado de guardias. Segun eso, dixo Diego, será vmd. comediante. Adivinólo vmd., respondió el desconocido; por lo menos ha quince años que no tengo otro oficio. Siendo niño representaba ya ciertos papeles cortos, esto es, que tuviesen poco que aprender. Hablemos francamente, replicó el barbero, meneando ladinamente la cabeza, tengo dificultad en creerlo porque conozco bien á los comediantes, y sé que estos señores no acostumbran caminar á pie, ni hacer almuerzos de san Anton; y me temo, me temo que si vmd. ha hecho algun papel no habrá sido otro que el de encender y apagar las lamparillas. Piense vmd. de mí lo que quisiere, respondió el histrion, lo cierto es, que hago los primeros papeles, y comunmente me hacen representar el de primer galan. Siendo así, repuso mi camarada, doy á vmd. la enhorabuena, y celebro mucho que el señor

Gil Blas y yo hayamos tenido la honra de desayunarnos en compañía de tan gran personage.

Comenzamos entónces á roer nuestros regojos y las preciosas reliquias de la liebre , alternando con tan frecuentes topetadas á la bota , que en poco tiempo la dexamos enteramente vacía , sin que en todo este tiempo desplegase los labios ninguno de los tres. Al cabo rompió el silencio el barberillo , diciendo al comediante : estoy admirado de ver á vmd. en estado tan lastimoso. No se puede dudar que es mucha pobreza para un heroe de teatro , y perdone vmd. si le hablo con esta claridad. Por cierto , replicó el actor , que se conocé no ha oido vmd. hablar del famoso comediante Melchor Zapata ; porque ha de saber vmd. que , por la misericordia de Dios , no soy de genio delicado. Me da vmd. mucho gusto en hablarme con tanta franqueza , porque tambien gusto yo de hablar con ella. Confieso de buena fe que no soy rico ; y sino miren vmds. esta ropilla. Diciendo esto nos mostró el forro de ella , que era todo de los carteles de comedia que se fixan en las esquinas. Este es todo mi abrigo , y

si todavía tienen curiosidad de ver lo que hay en mi guarda-ropa, contentaré á vmds. Hélo aqui: y al mismo tiempo sacó de la mochila un vestido entero, guarnecido de pasamanos viejos de plata falsa, una gorra muy raiada, con un penacho de viejísimas plumas, unas medias de seda con mas agujeros que un crivo ó una salvadera, y unos zapatos muy usados de badani-lla encarnada. Ya ven vmds. ahora que soy medianamente infeliz. Eso es lo que me admira, le replicó Diego. ¡Pues que! ¿no tiene vmd. muger, ni alguna hija bien parecida? Si señor, respondió Zapata, pero vea vmd. la desgracia de mi estrella: tengo muger moza, mas no por eso estoy mas adelantado. Caséme con una linda comedianta, esperando que no me dexaria morir de hambre; mas por mi poca fortuna di con una muger de juicio y de un recato incorruptible. ¡Quien diablos no se engañaria como yo! Una muger virtuosa que era del número de los cómicos de la legua, me habia forzosamente de tocar á mí en suerte. Seguramente es desgracia, dixo el barbero, pero ¿por que no se casó vmd. con alguna bonita comedianta de las

compañías de Madrid? Entónces sí que lograria su intento. Convengo en ello, respondió el farsante; pero á un pobre comediante de la legua no le es lícito elevar sus pensamientos á tan encumbradas heroínas. Eso solamente lo podrá hacer alguno de la compañía del corral del Príncipe, y aun en ella se ven algunos precisados á casarse con otras mugeres que no son de la profesion, y dichosamente para ellos Madrid es bueno, y se suele encontrar en él algunas que se las pueden apostar á las princesas de teatro.

¿Pero qué, le replicó mi compañero, nunca pensó vmd. entrar en alguna de las compañías de la Corte? ¿Acaso se necesita un mérito infinito para lograrlo? ¡Bravo! respondió Melchor, vmd. se burla con su mérito infinito. Veinte actores hay en cada compañía, pregunte vmd. al público lo que siente de ellos, y oirá cosas bellísimas. Mas de la mitad por lo menos merecian ir cargados como yo con la mochila, y en medio de eso no es tan fácil como se piensa ser recibido entre ellos; pues se necesita dinero ó grandes empeños que

suplan por la habilidad. Ninguno puede saberlo mejor que yo, porque ahora mismo acabo de representar en Madrid, y salgo mas aturdido de palmadas y silvidos que todos los diablos, sin embargo de que me prometia ser muy aplaudido, porque representaba gritando, manoteando, descoyuntándome, y torciendo el cuerpo hácia todas partes, con mil gesticulaciones y posturas, cien leguas distantes de todo lo natural, hasta llegar una vez casi á dar en la cara una puñada á mi dama mientras yo estaba declamando. En una palabra, representaba imitando la escuela que el vulgo celebra en los grandes actores; y en medio de eso lo que aplaudia tanto en otros no lo podía sufrir en mí. Vea vmd. quanto puede la preocupacion. En vista de ello, no acertando á dar gusto, y no teniendo medio para ser admitido en la compañía, á pesar de todos los silvidos de la mosqueteria, dexé á Madrid, y me vuelvo á mi Zamora, donde están mi muger y mis compañeros, que no hacen alli gran fortuna; y quiera Dios no nos veamos precisados á pedir limosna para poder pasar

á otra ciudad , como mas de una vez nos ha sucedido.

Diciendo esto nuestro príncipe dramático , se levantó , echóse acuestas la mochila , ciñóse la espada , y despidiéndose de nosotros : á Dios, nos dixo con mucha gravedad , quieran los Dioses inmortales derramar sobre vmds. dos á manos llenas sus favores. Y quieran los mismos , le respondió Diego en el propio tono , que halle vmd. en Zamora á su muger mudada y mejor establecida. Luego que el señor Zapata nos volvió la espalda , comenzó á gesticular y á representar caminando , y nosotros le comenzamos á silvar para que no se le olvidasen tan presto los silvidos de Madrid. Con efecto , creyó que todavia le sonaban en los oídos : y volviendo la cara , y viendo que nosotros nos divertiamos á su costa , lejos de darse por ofendido , él mismo ayudó á la zumba , y prosiguió su viage dando grandísimas carcajadas. Correspondimosle por nuestra parte con grande algazara , y cogiendo otra vez el camino real seguimos nuestra marcha.

CAPITULO IX.

ESTADO EN QUE ENCONTRÓ DIEGO A SUS PARIENTES ; Y COMO GIL BLAS SE SEPARÓ DE EL DESPUES DE HABER PARTICIPADO DE CIERTAS DIVERSIONES.

Fuimos aquel dia á dormir á un lugarcillo entre Mojados y Valpuesta, cuyo nombre se me ha olvidado, y al siguiente á las once de la mañana entramos en la llanada de Olmedo. Señor Gil Blas, me dixo mi camarada, aquel es el lugar de mi nacimiento. No le puedo volver á ver sin llenarme de júbilo: tan natural es en todos el amar su propia patria. Señor Diego, le respondí, un hombre como vmd. que tanto amor tiene á su tierra, parece debia haber hablado de ella con mayor estimacion. Vmd. me le pintó como si fuera un lugarcillo ó una aldea, y á mí se me presenta como una ciudad. Era razon que por lo menos la tratase vmd. de villa grande. Yo la pido perdon, respondió el barbero, pero diré que despues de haber visto á Madrid, To-

ledo, Zaragoza, y otras principales ciudades de España en la vuelta que he dado por ella, todo me parece aldea. Conforme íbamos adelantando en la llanura, y acercándonos á Olmedo, nos pareció ver junto al pueblo multitud de gente, y quando nos hallamos á distancia de poder discernir los objetos, tuvimos mucho en que divertir la vista.

Vimos tres pavellones ó tiendas de campaña, poco distantes una de otra, y al rededor de ellas muchedumbre de cocineros, y ayudantes de cocina, que estaban disponiendo una gran comida. Unos ponian unas mesas largas dentro de las tiendas: otros echaban vino en grandes vasijas de barro: estos atendian á que cociesen las ollas, y aquellos daban vueltas á luengos asadores, en que estaban espetadas viandas de todo género. Pero á mí nada me llevó tanto la atencion como un espacioso teatro que observé bastantemente elevado, que estaba adornado con algunos bastidores de carton pintado de diferentes colores, y lleno de dichos griegos y latinos. Luego que el barbero vió tanto griego y tanto latin, dixo: esto me hue-

le terriblemente á mi tío Tomás; apuesto algo á que ha andado aqui su mano , porque sabe de memoria una infinidad de libros de aula. Lo que me enfada es , que en las conversaciones encaxa sin cesar pasages enteros de los tales libros , cosa que no á todos agrada. Fuera de eso , ha traducido varios poetas griegos y latinos , y está instruido de la antigüedad , lo que se conoce por las notas con que los ha enriquecido , como v. gr. aquella de que *en Atenas lloraban los niños quando los azotaban*: cosa que si no fuera por su vasta y selecta erudicion , nosotros no la sabríamos.

Despues de haber visto mi camarada y yo todas las cosas que acabo de decir , nos dió gana de preguntar ; por qué y para qué se hacian todas aquellas prevenciones? Al tiempo que nos ibamos á informar se encontró Diego con un hombre , que conoció ser su tío el señor Tomás de la Fuente , y que al parecer mostraba era el director de la fiesta. Fuímonos á él apresuradamente ; mas este maestro de primeras letras tardó algo en conocer á su sobrino : tanta mudanza habia he-

cho, en aquel pobre mozo la ausencia de diez años. Conocido al fin, le abrazó estrechísimamente, y le dixo: ¡O querido sobrino Diego, con que al cabo has vuelto á ver á tus Dioses Penates, y el cielo te ha restituido sano y salvo á tu familia! ¡O dia tres y quatro veces beato! *albo dies notanda lapillo*. Muchas novedades encontrarás en la parentela. Tu tio Pedro, aquel ingenio espanta-Madrid, ya es víctima de Pluton: tres meses ha que murió. Hombre avariento, que toda su vida estuvo temiendo le habian de faltar siete pies de tierra para enterarse: *argenti pallebat amore*. Tenia muchas pensiones de los Grandes, y no gastaba diez doblones al año en comida y vestido. No daba de comer al único criado que le servia. Mas insensato que aquel griego Aristipo, el qual, caminando por los desiertos de Libia, hizo á sus esclavos que dexasen en ellos todas las grandes riquezas que llevaban, alegando que aquella carga les incomodaba en la marcha, amontonaba toda la plata y todo el oro que podia haber á las manes. Mas ¿para que? Para que lo gozasen sus herederos á quienes no podia

sufrir. Dexó á su muerte treinta mil ducados, que se repartieron entre tu padre, tu tio Beltran y yo. Todos nos hallamos en estado de pasarlo bien. Mi hermano Nicolás colocó ya á su hija Teresa, que acaba de casarse con el hijo de uno de nuestros alcaldes: *connubio junxit stabili, propriamque dicavit*. Este himenéo, concluido bajo los mas felices auspicios, es el que ahora celebramos con todo el aparato que ves. Hicimos levantar estas tiendas de campaña en esta llanura. Los tres herederos de Pedro tienen cada uno la suya; y por su turno costean la fiesta de un dia. Hubiera celebrado mucho hubieses llegado antes para que gozases de todas. Antes de ayer, dia en que se celebró la boda, corrió tu padre con el gasto, y dió una soberbia comida, y despues hubo parejas, y se corrió sortija. Tu tio el mercader tomó de su cuenta el dia de ayer, y nos divirtió con una bellissima fiesta pastoril. Vistió de pastores á los diez muchachos mas lindos y agraciados del lugar, y de pastoras á las diez muchachas mas pulidas y aseadas que habia en todo Olmedo, empleando en engalanarlas las cintas mas ricas y los

mas preciosos diges que se hallaron en su tienda. Toda aquella lucida juventud armó mil graciosísimas danzas, cantando despues otras tantas letrillas muy chuscas, tiernas y amorosas. Y aunque no parecia posible cosa mas divertida, con todo eso no dió gran golpe; sin duda porque en Castilla la Vieja hemos perdido el gusto á las diversiones pastoriles.

Hoy me toca á mí, y pienso divertir á los vecinos de Olmedo con un espectáculo todo de mi invencion: *finis coronabit opus*. Mandé alzar un teatro, en el qual, con la ayuda de Dios, haré representar por mis discípulos una de mis tragedias, intitulada: *Los pasatiempos de Mulei-Bugentuf, Rey de Marruecos*. Se executará con el mayor primor, porque entre los muchachos los hay que declaman como los mas célebres comediantes de Madrid. Son todos hijos de honradas familias de Peñafiel y Segovia, y les tengo en mi casa á pupilo. ¡Excelentes representantes! Verdad es que les he enseñado yo. Su declamacion está acuñada con cuño maestro, *ut ita dicam*. En quanto á la tragedia, no te quiero hablar de ella,

puesto que la has de oír , por no privarte del placer de la sorpresa ; y solo diré sencillamente que hará arquear las cejas á todos los espectadores. Es uno de aquellos sucesos trágicos que ponen toda el alma en conmocion , por las terribles imágenes de la muerte que ofrecen á la fantasía. Yo siempre he sido de la opinion de Aristóteles , que es necesario excitar el terror. ¡ Ah ! si yo me hubiera dedicado al teatro , nunca saldrian á él sino héroes sanguinarios y príncipes asesinos , y me bañaria siempre en sangre. En mis tragedias se verian morir no solo á los primeros personajes , sino hasta las mismas guardias. ¿ Que digo , *hasta las mismas guardias* ? Haria tambien degollar al apuntador. En fin , solo me agrada lo terrible : este es todo mi gusto. De esta manera los poemas de esta especie se levantan con el aplauso de la muchedumbre , mantienen el luxo de los comediantes , y hacen célebre el nombre de los autores.

Acababa de pronunciar estas palabras quando vimos salir del pueblo , y entrar en la llanura un gran gentio de uno y otro sexò. Eran los dos esposos , acompañados de sus amigos y

parientes, é iban precedidos de diez ó doce tocadores de instrumentos, que tañian todos á un tiempo, haciendo un concierto de ruidoso estruendo nada apacible. Salióles al encuentro Diego, y dióse á conocer. Inmediatamente resonaron por el campo los gritos de alegría con que fué recibido del acompañamiento, corriendo todos á abrazarle, y procurando cada uno ser el primero. No tuvo poco que hacer en corresponder á todas las demostraciones de amor y cumplimientos que le hicieron. Sofocábanle á abrazos todos los de la familia y quantos se hallaban presentes; y luego que se aquietó un poco aquel primer turbion, le dixo su padre: seas bien venido, amigo Diego, en verdad que durante tu ausencia han adelantado mucho tus parientes. ¿No es así? Por ahora no te digo mas; á su tiempo lo sabrás muy por menor. Mientras tanto todo el mundo se fué adelantando hácia la llanura, llegó á ella, entróse en las tiendas, y fuese sentando á las mesas, que ya estaban puestas y aderezadas. Yo no dexé á mi compañero; sentéme junto á él, y entrambos comimos con los dos novios, que me parecieron cor-

responder bien uno al otro. Duró mucho tiempo la comida, porque el preceptor ó maestro tuvo la vanidad de querer que tres veces se cubriese la mesa, por aventajarse á sus hermanos, que no habian dispuesto las cosas tan á la moda ni con tanta magnificencia.

Despues del banquete todos los convidados mostraron grande impaciencia por ver la representacion de la obra del señor Tomás, no dudando, decian, que una produccion de ingenio tan superior seria dignísima de oirse. Acercámonos, pues, al teatro, donde todos los músicos ocupaban ya el lugar de la orquesta para tocar en los intermedios. Esperaban todos con el mayor silencio á que se diese principio á la tragedia. Dexaronse ver los actores en la escena; y el autor con su obra en la mano estaba tras las cortinas en sitio donde pudiese apuntar, y ser oido de los que representaban. Con mucha razon nos habia prevenido que era trágico su drama, porque en el primer acto el rey de Marruecos mató por via de diversion cien esclavos á flechazos. En el segundo hizo degollar treinta oficiales Portugue-

ses, que uno de sus capitanes habia hecho prisioneros: finalmente, en el tercero aquel Monarca, zeloso de sus mugeres, pegó él mismo por su mano fuego á un palacio aislado, donde estaban encerradas, y juntamente con él las reduxo todas á ceniza. Los esclavos Moros, y los oficiales Portugueses estaban representados por unas figuras de paja hechas con algun primor, y el palacio, que era de carton, se aparentaba abrasado por un fuego artificial. Este incendio, acompañado de lastimosos gritos, que parecian salir de en medio de las llamas, dió fin á la tragedia, y cerró el teatro de una manera patética y divertida. Resonaron en toda la llanura los *vivas* y los aplausos con que fué celebrado un drama de tan ingeniosa invencion: lo que acreditó el buen gusto del poeta, y su singular acierto en la eleccion y oportunidad de los asuntos.

Creia yo que ya nada habia que ver despues de los *pasatiempos de Mulci-Bugentuf*; pero engañéme como hombre. Anunciáronnos un nuevo espectáculo los timbales y trompetas. Era este la distribucion de los premios, porque Tomás de la Fuente,

para mayor solemnidad de la fiesta, á todos sus discípulos, asi pupilos como los que no lo eran, les habia hecho trabajar varias composiciones, y en aquel dia se habian de repartir los premios á los mas sobresalientes, consistiendo aquellos en ciertos libros que el mismo preceptor á costa suya habia ido á comprar á Segovia. De repente, pues, se dexaron ver en el teatro, dos bancos largos de escuela, y un armario ó estante lleno de libros pequeños, encuadernados con asco. Entónces todos los actores se presentaron en la escena, y formaron un semicírculo delante del señor Tomás, el qual se dexaba ver con tanta gravedad y autoridad como pudiera un prefecto de colegio. Tenia en la mano la lista de los nombres de los que debian ser premiados. Entregósele al rey de Marruecos, quien se puso á leerla en alta voz, llamando uno por uno á los nombrados para recibir el premio. Cada qual iba con respeto á recibir un libro de la mano del pedante, inclinándose profundamente al ir y al volver, quando pasaban delante del monarca Marroquí. Juntamente con el libro se les coronaba á todos con una

guirnalda de laurel , y despues se iban sentando en uno de los dos bancos, para que fuesen vistos, aplaudidos y admirados de todos, pero particularmente de sus madres, amigos y parientes. Por mas cuidado que puso el preceptor en que todos quedasen contentos, no lo pudo conseguir, porque observándose que la mayor parte de los premios habia tocado á los pupilos, como regularmente se acostumbra, las madres de los otros discipulos lo llevaron muy á mal, se alborotaron , y acusaron al maestro de parcialidad ; y tanto, que una fiesta tan gloriosa y tan alegre hasta aquel punto , faltó poco para que no se acabase tan desgraciadamente como el banquete de los Lapithas.

AVENTURAS

DE

GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO TERCERO.

CAPITULO PRIMERO.

LLEGADA DE GIL BLAS A MADRID,
Y PRIMER AMO A QUIEN
SIRVIÓ ALLÍ.

Detúveme algunos días en casa del barbero, y juntéme despues con un mercader de Segovia que pasó por Olmedo. Habia ido á Valladolid con quatro mulas cargadas de varios géneros, y se volvía á su casa con todas ellas de vacio. Hízome montar en una, y tomamos tanta amistad en el camino, que quando llegamos á Segovia quiso absolutamente me hospedase en su casa. Dos dias descansé en ella, y quando me vió resuelto á marchar á Madrid, me dió una carta, encargándome mucho que la entregase yo mismo en mano propia, sin decirme que era una carta de recomen-

dacion. Hícelo así , poniéndola yo mismo en manos del señor Mateo Melendez. Era este un mercader de paños , que vivia en la puerta del Sol, esquina de la calle de los cofreros. Apenas abrió el pliego , y leyó su contenido , quando me dixo de un modo muy cordial y gracioso : señor Gil Blas , mi corresponsal Pedro Palacios me recomienda la persona de vmd. con tan vivas expresiones , que no puedo dexar de ofrecerle un quarto en mi casa. Ademas de esto me suplica le busque una buena conveniencia , cosa de que me encargo con gusto , y con esperanza de que no me será muy difícil colocar á vmd. ventajosamente.

Acepté la generosa oferta de Melendez con tanto mayor gusto quanto veia que mi dinero se iba por instantes acabando ; pero no le fuí gravoso largo tiempo. Pasados ocho dias me dixo acababa de proponerme á un caballero amigo suyo , que necesitaba de un ayuda de cámara , y que , segun todas las señas , no se me escaparia esta conveniencia. Con efecto , habiéndose dexado ver el tal caballero en aquel mismo momento : señor,

le dixo Melendez , tomándome por la mano , este es el mozo de quien hablamos poco ha , de cuyo proceder me constituyo por fiador , como pudiera del mio mismo. Miróme atentamente el caballero , y respondió que le gustaba mi fisonomía , y que desde luego me recibia en su servicio. Sígame , añadió , que yo le instruiré en lo que deberá hacer. Diciendo esto se despidió del mercader , y me llevó consigo á la calle mayor , frente por frente de san Felipe. Entramos en una casa muy buena , donde él ocupaba un quarto : subimos unos cinco ó seis escalones , y me introduxo en un quarto cerrado con dos buenas puertas , en la primera de las quales habia una rejilla de hierro para ver á los que llamaban. Pasamos despues á otra pieza donde tenia su cama con otros varios muebles mas aseados que preciosos.

Si mi nuevo amo me habia mirado bien en casa de Melendez , tambien yo le exâminé á él despues con particular atencion. Era un hombre de unos cincuenta años , de un aspecto frio y serio. Parecióme de buena indole , y no formé mal concepto de él. Hizome muchas preguntas

acerca de mi familia , y satisfecho de mis respuestas : Gil Blas , me dixo , yo contemplo que eres un mozo de mucho juicio , y me alegro mucho de que me sirvas ; y por tu parte espero estarás contento con tu acomodo . Te daré seis reales al dia para que comas y te vistas , sin perjuicio de algunos provechos que podrás tener conmigo . Yo no soy hombre que dé mucha molestia á los criados : nunca como en casa , sino siempre con mis amigos . Por la mañana no tienes otra cosa que hacer sino limpiarme bien los vestidos ; lo restante del dia te queda libre , y puedes hacer lo que quieras : basta que por la noche te retires á casa temprano , y me esperes á la puerta de mi quarto : esto es todo lo que exijo de tí . Despues de haberme dado esta instruccion sacó seis reales del bolsillo , y me los entregó para empezar á cumplir nuestro ajuste . Salimos los dos juntos , cerró él mismo las puertas , llevóse consigo la llave , y me dixo : no tienes que seguirme , y puedes irte adonde te diere la gana ; pero cuidado que te encuentre en la escalera quando vuelva á casa por la noche . Diciendo esto se marchó , y

me dexó que dispusiese de mí como mejor se me antojase.

Vamos claros, Gil Blas, me dixe entónces á mí mismo, que no te era posible encontrar amo mejor. Tú sirves á un hombre que por limpiar sus vestidos, hacerle la cama, y barrer su quarto por la mañana te da seis reales cada dia, y libertad de hacer despues lo que quisieres, ni mas ni menos que un estudiante en tiempo de vacaciones. A fe que no será fácil encontrar otra conveniencia igual. Ya no me admiro del hipo que tenia por venir á Madrid; sin duda era presagio de la fortuna que me esperaba. Pasé todo el dia en andar de calle en calle, viendo muchas cosas que me cogian de nuevo, y que no me daban poca ocupacion. Por la noche cené en una hosteria, poco distante de nuestra casa, y prontamente me retiré al sitio donde el amo me habia ordenado le esperase. Llegó tres quartos de hora despues, y se mostró contento de mi puntualidad. Muy bien, me dixo, eso me gusta, yo quiero criados que sean exáctos en hacer lo que les mando. Dicho esto, abrió las puertas del quarto, cerrólas, y como

nos hallábamos á obscuras, echó yes-cas y encendió un velon. Ayudéle despues á desnudar, y luego que se metió en la cama encendí por su orden un candil que habia en la chimeña, cogí el velon, y llevélo á la antesala, donde me acosté en un catre. Al dia siguiente se levantó entre nueve y diez de la mañana: acepillé sus vestidos, dióme mis seis reales, y despidióme hasta la noche. Salió fuera de casa, sin descuidarse de cerrar bien las dos puertas, y étele aqui que uno y otro nos separámos por todo lo restante del dia.

Tal era nuestra vida, que á mí me parecia muy dulce y acomodada. Lo mas gracioso de todo era, que yo no sabia aun como se llamaba mi amo, y Melendez lo ignoraba tambien. Solo conocia al tal caballero por uno de tantos como concurrían á su lonja á comprar géneros, y los vecinos tampoco pudieron satisfacer mi curiosidad. Aseguráronme todos que no sabian qué clase de hombre era mi amo, aunque habia dos años que vivia en aquel barrio. Dixéronme que no trataba con ninguno de los vecinos; y algunos, acostumbrados á juzgar te-

merariamente mal de todo, inferian de aquí que era un hombre de quien no se podía formar juicio alguno bueno. Con el tiempo se adelantó mas: sospechóse fuese una espía de Portugal; y alguno me advirtió en caridad que corría yo gran peligro de visitar los calabozos de Madrid, no mejores, según infero, que los demas. Mi inocencia no me podía asegurar, pues no bastaba esta para no tener miedo á la justicia. Habia probado dos ó tres veces que si la justicia no quitaba la vida á los inocentes, á lo menos no era la que mejor guardaba con ellos las leyes de la hospitalidad, y que siempre es gran desgracia hospedar-se en su casa, aunque sea por poco tiempo.

Consulté con Melendez lo que debia hacer en tan críticas y delicadas circunstancias; pero no supo qué consejo darme. No podia creer que mi amo fuese espía, mas tampoco tenia razon fuerte y positiva para negarlo. Tomé, pues, el partido medio de observar bien todos sus pasos, y si descubria que verdaderamente era un enemigo del Estado, abandonarle enteramente; pero al mismo tiempo me pa-

reció que la prudencia y lo bien hallado que estaba con él, pedían que caminase con el mayor tiento y circunspeccion en poner por obra lo que habia determinado, sin asegurarme antes de la verdad. Comencé, pues, á exâminar todas sus acciones y movimientos, y para sondearlos mejor: señor, le dixé una noche mientras le estaba desnudando, no sabe un hombre como ha de vivir para librarse de malas lenguas. El mundo está perdido, y nosotros tenemos unos vecinos que no valen un demonio. ¡Malditas bestias! No creerá su merced como hablan de nosotros. Y bien, Gil Blas, me respondió, ¿que es lo que pueden decir? Ah señor, repliqué, á la murmuracion nunca le falta asunto. Encuétralos ó los sueña hasta en la misma virtud. ¿No es bueno que nuestros vecinos tienen aliento para decir que nosotros somos gente peligrosa, y que la Corte nos observa con particular atencion? En una palabra, dicen que su merced es espía del rey de Portugal. Entónces alcé los ojos y le miré con cuidado, como Alexandro á su médico, para notar el efecto que producía lo que acababa de decirle.

Parecióme que se turbaba algun tanto, lo que confirmaba poderosamente lo que decia la vecindad ; y noté que poco despues se quedó pensativo y cabizbaxo , lo que tampoco interpreté muy favorablemente. Asi estuvo por un breve rato ; pero luego, como quien vuelve en sí , me dixo en un tono y con rostro muy tranquilo : Gil Blas, dexemos á los vecinos que digan lo que quisieren ; nuestra quietud no ha de depender de sus malignas expresiones. No hagamos caso de lo que dicen los hombres , mientras no demos motivo á que lo digan.

Acostóse despues con mucho sosiego , y yo hice lo mismo , sin saber qué pensar. Al dia siguiente, quando ibamos á salir de casa , oimos llamar recio á la puerta de la escalera. Acudió con prontitud el amo , y mirando por la rejilla , vió un hombre bien vestido , que le dixo : señor caballero , yo soy alguacil , y vengo de parte del señor Corregidor á decir á vmd. que su señoría desea hablarle dos palabras. ¿ Que me quiere el señor Corregidor ? respondió mi amo. Eso es lo que no sé , replicó el alguacil ; pero vaya vmd. á su casa , y

Presto lo sabrá. Yo le beso las manos al señor Corregidor, repuso su merced; yo no tengo nada que ver con su señoría. Diciendo estas palabras cerró enfadado la puerta, y comenzándose á pasear por el quarto en ademán de un hombre, segun lo que á mí me parecia, á quien habia dado mucho que discurrir el recado del alguacil, me puso en la mano mis seis reales, y me dixo: amigo Gil Blas, tú puedes irte á pasear adonde quieras, que yo no pienso salir de casa tan pronto, y en toda la mañana no te he menester. Persuadíme al oír esto á que tenia miedo de que le prendiesen, y que por eso no queria salir. Dexéle, pues; y para ver si me engañaba en mi sospecha me escondí en parage, de donde podia observar si salia ó no. Hubiera tenido paciencia para mantenerme allí toda la mañana, si él mismo no me hubiese aliviado de este trabajo; pues de allí á una hora le vi salir, y presentarse en la calle con un desembarazo y un ayre de confianza, que dexó confundida mi penetracion. Sin embargo, no me deslumbraron estas apariencias; antes bien me hicieron entrar en ma-

yor desconfianza. Parecióme que todo aquello podia muy bien ser con estudio, y aun casi llegué á creer que se habia detenido en casa aquel tiempo para recoger sus joyas y dinero, y que probablemente iba á ponerse en salvo huyendo. Perdí la esperanza de verle mas, y aun estuve perplexo en si iria aquella noche á esperarle á la puerta de la escalera: tan persuadido estaba á que saldria aquel dia de Madrid para libertarse del peligro que le amenazaba. Sin embargo no dexé de ir á esperarle, y quedé admirado de verle volver como acostumbraba. Acostóse sin la menor muestra de cuidado ni inquietud; y por la mañana se levantó y vistió con la mayor serenidad.

No bien acabó de vestirse quando llamaron de repente á la puerta. Fué él mismo á mirar por la rejilla quien llamaba. Vió que era el alguacil del dia antecedente; preguntóle qué se le ofrecia, y el alguacil respondió que abriese al señor Corregidor. Al oír esto se me heló toda la sangre. Habia yo cobrado un endiablado miedo y mas que pánico terror á toda esta casta de páxaros desde que tuve la des-

gracia de caer en sus manos , y en aquel momento hubiera querido hallarme cien leguas distante de Madrid; pero mi amo , que no era tan espantadizo ni tan medroso como yo , abrió la puerta con sosiego , y recibió al señor Corregidor con el debido respeto. Ya ve vmd. , dixo á mi amo , que no vengo á su casa con grande acompañamiento , porque nunca he gustado de hacer las cosas con estruendo. Sin hacer caso de los rumores poco favorables á vmd. que corren por el pueblo , me ha parecido que su persona era acreedora á que se la tratase con miramiento. Sírvase vmd. decirme cómo se llama , quién es , y qué hace en Madrid. Señor , le respondió mi amo , mi nombre es don Bernardo de Castelblanco , familia conocida en Castilla la nueva. Mi ocupacion en Madrid se reduce á pasearme , frecuentar los teatros , y divertirme con algunos pocos amigos , gente toda muy honrada , y de honesta y grata conversacion. Sin duda , dixo el juez , tendrá vmd. una gran renta. No señor , repuso mi amo , no tengo rentas ; ni tierras , y ni aun casa. ¿ Pues de que vive vmd. ? , le replicó el Corregidor.

De lo que voy á enseñar á V. S., respondió don Bernardo ; y al mismo tiempo alzó un tapiz , y abrió una puerta que estaba tras de él , sin que yo la hubiese observado , y luego otra que estaba despues de aquella , é hizo entrar al juez en un quartito , donde habia un gran cofre todo lleno de oro , que quiso viese con sus mismos ojos.

Ya sabe V. S. , le dixo entónces , que nosotros los castellanos somos por lo general poco amigos del trabajo ; mas por grande que sea la aversion con que otros le miran , puedo asegurar que ninguna se iguala con la mia. Soy naturalmente tan perezoso y holgazan que no valgo para ningun empleo ni ocupacion. Si quisiera canonizar mis vicios dándoles el nombre de virtudes , diria que mi pereza era una indolencia filosófica , un rasgo del espíritu , desengañado de lo que el mundo solicita y busca con tanto ardor ; pero debo confesar de buena fe , que soy aragan y perezoso de nacimiento , tanto que si me viera precisado á trabajar para comer , creo me dexaria morir de hambre. En este supuesto , á fin de pasar una vida que se acomodase con mi humor , por no

tener la molestia de cuidar de mi hacienda, y mucho mas por no haber de lidiar con administradores, ni mayordomos, convertí en dinero constante todo mi patrimonio, que consistia en muchas posesiones considerables. Cincuenta mil ducados en oro hay en este cofre, lo que basta y aun sobra, para lo que puedo vivir, aunque pase de un siglo, pues no llegan á mil los que gasto cada año, y cuento ya diez lustros de edad. No me da cuidado lo venidero, porque gracias al cielo, no adolezco de alguno de aquellos tres vicios, que comunmente arruinan á los hombres. Soy poco inclinado á comilonas y meriendas: juego poco, y por mera diversion; y estoy ya muy desengañado de las mugeres. No temo que en mi vejez me cuenten en el número de aquellos viejos lascivos, á quienes las mozelas venden sus mentidos é interesados favores á precio de oro.

¡O, y que dichoso es vmd.! exclamó el Corregidor. Teníale contra toda razon por una espía, personage que de ningun modo podia convenir á un hombre de su carácter. Prosiga vmd., don Bernardo, en vivir como

ha vivido hasta aqui. Tan lejos estaré de turbar sus dias tranquilos y serenos, que desde luego los envidio, y me declaro por su defensor. Pídole á vmd. su amistad, y yo le ofrezco la mia. ¡A señor! exclamó mi amo penetrado de tan atentas como apreciables palabras, admito el precioso don que V. S. me ofrece. Su amistad es la mayor de mis riquezas, y el último complemento de mi felicidad. Despues de esta conversacion, que el alguacil y yo oimos desde fuera, el Corregidor se despidio de mi amo, que no hallaba expresiones con que manifestarle su agradecimiento. Yo de mi parte, por imitar á mi amo, y ayudarle á hacer los honores de la casa, harté al alguacil de profundas cortesías, aunque en el corazon le miraba con aquel tedio con que todo hombre de bien mira á un alguacil.

CAPITULO II.

DE LA ADMIRACION QUE CAUSÓ A GILBLAS EL ENCUENTRO CON EL CAPITAN ROLANDO, Y DE LAS COSAS CURIOSAS QUE LE CONTÓ AQUEL VANDOLERO.

Luego que don Bernardo de Castelblanco hubo despedido al Corregidor acompañándole hasta la calle, volvió prontamente á cerrar el cofre, y todas las puertas que le aseguraban. Hecha esta diligencia salió de casa muy plentero por haberse grangeado tan importante amistad, y yo no menos alegre por ver asegurados ya mis seis reales. La gana que tenia de contar esta aventura á Melendez, me obligó á encaminarme á su casa; pero al estar ya cerca de ella me encontré con el capitan Rolando. No puedo explicar lo sorprendido que me quedé con este encuentro, ni pude menos de estremecerme y temblar á su vista. Conocióme desde luego, llegóse á mí gravemente, y conservando todavía su ayre de superioridad, me mandó le siguiese. Obedecí-

le temblando , y en el camino iba diciendo entre mí mismo : ¡pobre de mí! ahora querrá que le pague todo lo que le debo. ¿Adonde me llevará? puede ser tenga aquí alguna cueva oscura. No lo creo , pero si lo creyera , en este mismo punto le haria ver que no tengo gota en los pies. Con estos pensamientos iba andando tras de él , muy atento á observar el sitio donde paraba , con intento de huir de él á carrera tendida por poco sospechoso que me pareciese.

¡ Presto me sacó Rolando de este cuidado , y desvaneció todo mi temor. Entróse en una famosa taberna ; seguíle , mandó traer del mejor vino , y dispuso se hiciese comida para los dos. Mientras tanto nos metimos en un quarto , y así que Rolando se vió solo conmigo , me habló de esta suerte. Sin duda , Gil Blas , que estarás muy admirado de verte aquí con tu antiguo capitan; pero mas te admirarás quando hayas oido lo que te voy á contar. El dia que te dexé en la cueva , y marché con mis compañeros á Mansilla á vender las mulas y caballos que habiamos robado la noche anterior , encontramos al hijo del corregidor de

Leon, acompañado de quatro hombres á caballo, todos bien armados, que seguian su coche. Acometimoslos: dimos muerte á dos de ellos, y los otros dos huyeron. Temiendo el buen cochero hiciesemos lo mismo con su amo, nos suplicó con lágrimas que por amor de Dios tuviésemos piedad, y no quitásemos la vida al hijo único del señor corregidor de Leon. Estas palabras, en vez de enternecer á mis compañeros, les enardecio mucho mas. Señores, dixo uno, no dexémos escapar al hijo del enemigo mas mortal de los de nuestra profesion. ¿A quantos de estos no ha hecho ajusticiar su padre? Venguémoslos, y sacrifiquemos esta víctima á sus cenizas. Todos los demas aplaudieron tan inhumano consejo; y hasta mi teniente iba ya á ser el gran sacerdote de aquel sangriento sacrificio, si yo no le hubiera detenido el brazo. Detente, le dixé, ¿á que fin derramar sangre sin necesidad? Contentémonos con el bolsillo de este pobre mozo, y pues no hace resistencia, sería una barbaridad matarle; el hijo no es responsable de las acciones de su padre, ni aun el padre en condenarnos á muerte hace mas que

cumplir con la obligacion de su officio, asi como nosotros cumplimos con la del nuestro en robar á los caminantes.

Intercedí, pues, por el hijo del Corregidor, y no le fué inútil mi intercesion. Cogímosle todo el dinero, y juntamente nos apoderamos de los caballos de los dos hombres que habian muerto en la refriega, y vendímoslos en Mansilla con los demas que conduciamos. Volvímonos despues á nuestro soterraneo, adonde llegamos el dia siguiente poco antes de amanecer. No quedamos poco atónitos de ver levantada la trampa, y muchas de encontrar á Leonarda amarrada fuertemente en la cocina. Contónos en dos palabras todo lo acaecido, y nos admiramos mucho de que hubieses podido engañarnos; pero te perdonamos la burla á causa de la invencion. Luego que desatamos á la cocinera, la di orden de que nos compusiese de comer. Entre tanto fuimos á la caballeriza á cuidar de los caballos, y encontramos casi espirando al viejo Negro, que en veinte y quatro horas no habia probado bocado, ni visto persona alguna que le socorriese.

Deseábamos darle algun alivio , pero habia perdido ya del todo el conocimiento , y nos pareció un caso tan desesperado el suyo , que , á pesar de nuestra buena voluntad , desamparamos á aquel pobre diablo que estaba entre la vida y la muerte. No por eso dexamos de sentarnos á la mesa; y despues de haber almorzado grandemente nos retiramos á nuestros quartos, donde estuvimos durmiendo ó descansando todo el dia. Quando despertamos nos dixo Leonarda que ya habia muerto Domingo. Llevamos el cadáver á la covacha donde te acordarás que dormias , y alli le hicimos el funeral , como si hubiera sido uno de nuestros compañeros.

Al cabo de cinco ó seis dias sucedió que habiendo hecho una salida , encontramos muy de mañana á la entrada del bosque tres quadrillas de la santa Hermandad , que al parecer nos estaban esperando para dar sobre nosotros. Al pronto no descubrimos mas que una. No la temimos ; y aunque superior en número á nuestra tropa , la atacamos ; pero al tiempo que estábamos peleando con ella , las otras dos , que habian hallado modo de

mantenerse emboscadas , se echaron de repente sobre nosotros y nos rodearon de manera , que de nada nos sirvió nuestro valor. Fué nos necesario ceder al número de los enemigos. Nuestro teniente, y dos de nuestros camaradas murieron en la funcion. Los otros dos y yo , cercados por todas partes , nos vimos precisados á rendirnos ; y mientras las dos quadrillas nos llevaban presos á Leon , la tercera fué á cegar y destruir la cueva , que fué descubierta de este modo. Atravesando el bosque un labrador de las inmediaciones volviendo á su casa , vió por casualidad alzada la trampa de la cueva , que dexaste abierta el mismo dia que te escapaste con la señora , y sospechó que aquella era nuestra habitacion , y no teniendo valor para entrar en ella , se contentó con observar bien sus contornos ; y para acertar mejor con el sitio descortezó ligeramente algunos árboles vecinos , y otros mas de trecho en trecho , hasta estar fuera del bosque. Pasó despues á Leon , dió parte de aquel descubrimiento al Corregidor , cuyo gozo fué mucho mayor , por quanto estaba informado de que su hijo habia sido

robado por nuestra compañía. El Corregidor hizo juntar las tres cuadrillas, y las dió por guia al labrador que habia descubierto el soterraneo.

... Mi llegada á la ciudad de León fué un grande espectáculo para todos sus vecinos. Aunque yo hubiera sido un general enemigo hecho prisionero de guerra, no habria sido mayor la curiosidad con que todos corrian y se atropellaban por verme. Aquel es, decian, aquel es el capitán, y el terror de toda esta tierra. Merecia ser atenazeado, y no menos sus dos compañeros. Presentáronnos al Corregidor, que desde luego comenzó á insultarme. Ya lo ves, malvado, me dijo; el cielo cansado de tus delitos te ha entregado á mi justicia. Señor, le respondí, es cierto que he cometido muchos; pero á lo menos no tengo que acusarme del de haber quitado la vida al hijo de V. S. Si vive, á mí me lo debe; y me parece que este servicio es acreedor á algun reconocimiento. ¡Ah infame! replicó, sin duda que estaria bien empleado un proceder generoso con hombres de tu carácter. Y aun quando yo te quisiera perdonar, ¿me lo permitiria por ventura la obli-

gación de mi empleo? Dicho esto nos mandó meter en un calabozo ; donde no dexó podrir á mis compañeros. Sallieron de él al cabo de tres dias para representar un papel un poco trágico en medio de la plaza. Por lo que toca á mí , estuve tres semanas enteras en la carcel. Tuve por cierto que se dilataba mi suplicio para que fuese mas terrible ; y en fin , cada dia estaba esperando un nuevo género de muerte , quando al cabo mandó el Corregidor que me llevasen á su presencia , y estando en ella me dixo : oye tu sentencia. Quedas libre : Si no fuera por tí , mi hijo hubiera sido asesinado en medio de un camino. Como padre deseaba agradecerte este gran servicio ; pero no pudiendo absolverte como juez , escribí á la Corte en tu favor. Pedí al Rey el perdon de tus delitos , y le conseguí. Vete adonde quieras ; pero creeme , añadió , aprovechate de tan feliz como no esperado suceso. Entra en tí , y abandona para siempre esa desastrada vida.

Atravesado el corazon con estas últimas palabras , tomé el camino de Madrid , con propósito de vivir con sosiego en esta villa. Encontré ya

muertos á mis padres, y su herencia en manos de un viejo pariente nuestro, que me dió aquella cuenta fiel que acostumbra los tutores. Solo pude lograr tres mil ducados, que acaso no componian la quarta parte de lo que debia heredar. ¿Pero qué habia de hacer? Nada adelantaria con ponerle pleyto, sino tener de menos todo lo que gastase en él. Por huir la ociosidad compré una vara de alguacil; y segun cumpla con mi empleo, parece que no he tenido otro en toda mi vida. Mis nuevos compañeros se habrian opuesto á mi admision si hubieran sabido mi historia; pero por fortuna mia la ignoraban, ó (lo que viene á ser lo mismo) afectaron ignorarla, porque en este honrado cuerpo todo el mundo interesa mucho en que no se sepan sus hechos, sus virtudes y milagros. Por la misericordia de Dios ninguno tiene nada que echar en cara á los demas, porque el mejor es un diablo. Con todo eso, amigo mio, continuó Rolando, yo quiero descubrirte mi corazon. No me gusta el oficio que he tomado. Pide una conducta demasiadamente delicada y misteriosa, que solo da lugar á sutile-

zas y raposerías. ¡O, y quanto echo de menos mi antigua y noble profesión! Confieso que es mas segura la nueva, pero es mas gustosa y divertida la otra, y yo soy amante de la alegría y de la libertad. Voy viendo que tengo traza de exônerarme de este empleo, y desaparecer una mañanita muy temprano para retirarme á las montañas que están en el nacimiento del tajo. Sé que hay alli cierta madriguera, habitada por una valerosa tropa, llena de Catalanes determinados, cuyo nombre solo es su mayor elogio. Si me quieres seguir, iremos á aumentar el número de aquellos grandes hombres. Me brindan con el empleo de segundo capitan de tan ilustre compañía; y haré que te reciban en ella, asegurándoles que diez veces te he visto combatir á mi lado, y ensalzaré hasta las nubes tu valor. Hablaré de tí como informa un general de un oficial quando le quiere adelantar; pero me guardaré bien de tomar en boca la pieza que nos jugaste, porque esto te haria sospechoso, y asi no diré palabra de la aventura consabida. Ahora bien, añadió, ¿estás pronto á seguirme? Espero tu respuesta.

Cada uno tiene sus inclinaciones, respondí á Rolando. Vmd. es inclinado á las empresas árdas y peligrosas; y yo á una vida tranquila y sosegada. Ya te entiendo, me interrumpió, aquella señora, cuyo amor te hizo hacer lo que emprendiste, la tienes todavia muy dentro del corazon; y sin duda que en su amable compañía gozas aquella vida cómoda y gustosa á que te llama tu inclinacion. Confiesa con sinceridad que después de haberla restituido sus muebles, estais comiendo juntos los doblones que recogisteis y robasteis de la cueva. Respondíle que estaba muy equivocado, y para desengañarle, en pocas palabras le conté toda la historia de la señora, con todo lo demas que me habia sucedido desde que me escapé de su compañía. Al fin de la comida me volvió á hablar de los señores catalanes, y me confesó que estaba resuelto á ir á juntarse con ellos, volviéndome á dar otro tiento para persuadirme á que abrazase aquel partido. Pero viendo que no lo podia conseguir, me miró con un ayre fiero, y me dixo con cierta seriedad feroz: ya que tienes un corazon tan

vil, y baxo, que prefieres tu servit
condicion al honor de entrar en la
compañia de unos hombres valerosos,
te abandono á la villania de tus ruines
inclinaciones; mas escucha bien las pa-
labras que voy á decirte, y grábalas
profundamente en tu memoria. Olvi-
da enteramente que me volviste á en-
contrar hoy, y jamas me tomes en
boca con persona viviente de este
mundo; porque si llego á saber que
alguna vez has hablado de mí. . . Ya
me conoces, y no te digo mas. Al
decir esto llamó al tabernero, pagó
la comida, y nos levantamos de la
mesa para ir cada qual por su camino.

CAPITULO III.

DEXA GIL BLAS A DON BERNARDO DE
CASTELBLANCO, Y ENTRA A SERVIR
A UN PETIMETRE.

Salimos de la taberna, y quando
nós estábamos despidiendo uno de otro,
pasaba mi amo por la calle. Vióme, y
observé que mas de una vez se volvió
á mirar con cuidado al capitan. Pa-
recióme que le habia sorprendido el
verme en compañía de semejante su-

geto. A la verdad, la traza de Rolando no excitaba ideas muy favorables de sus costumbres. Era un hombre muy alto, carilargo, y con una nariz de papagayo; y aunque no era desgraciada la figura, tenia no sé que trazas de un grandísimo bribon.

No me engañé en mi sospecha. Quando don Bernardo se retiró á casa por la noche, le hallé enteramente preocupado contra la catadura del capitán, y muy dispuesto á creer todas las cosas que yo le pudiera contar, si me hubiera atrevido á confesarlas. Gil Blas, me dixo, ¿quien era aquel paxarraco con quien te vi salir de la taberna? Respondíle que era un alguacil, y me imaginé que quedaria satisfecho con esta respuesta; pero me hizo otras muchas preguntas, y como me viese perplexo en las respuestas, porque me acordaba de las amenazas de Rolando, cortó de repente la conversacion, y metióse en la cama. La mañana siguiente, luego que acabé de hacer las haciendas ordinarias, me entregó seis ducados en lugar de seis reales, y me dixo: toma, amigo, estos ducados por lo que me has servido hasta aqui, y vete á servir á otra ca-

sa, que yo no me puedo acomodar con un criado que cultiva tan honradas amistades. De pronto no me ocurrió otra cosa que decirle sino que habia conocido en Valladolid á aquel alguacil, con motivo de haberle asistido en cierta enfermedad quando exercia yo la medicina. ¡Bellamente! No se puede negar que es ingeniosa la salida; mas ¿por que no respondiste anoche lo mismo en vez de turbarte y tragar saliva? Señor, le dixé, no me atreví á decirlo por prudencia, y esta es la verdad. Ciertamente, me replicó, dándome cariñosas palmaditas en el hombro, que eso es ser prudente hasta lo sumo, y en verdad que yo no te tenia por tanto. Anda, hijo mio, vete en paz, y date por despedido. Un criado que trata con alguaciles no es lo que me acomoda.

Partíme inmediatamente, y fuíme en derechura á dar esta noticia á mi protector Melendez, el qual me dixo por consolarme que estaba haciendo diligencias para acomodarme en otra casa mejor. Con efecto, pocos dias despues me dixo, amigo Gil Blas, muy lejos estarás tú de pensar en la fortuna que ahora voy á anunciarte. Ten-

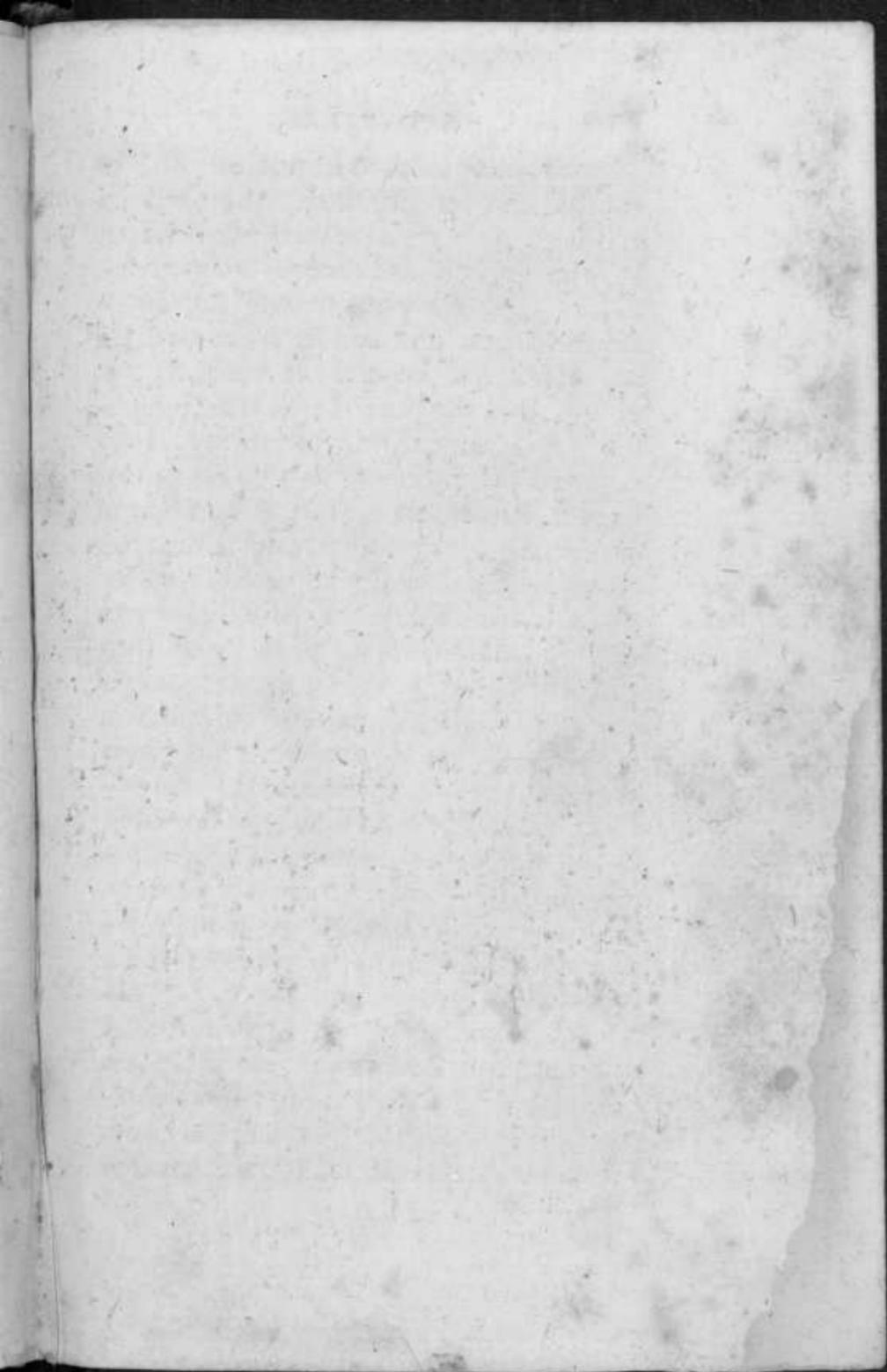
drás el mejor puesto del mundo. Sá-
bete que te he acomodado con don
Matias de Silva. Es un señor de la pri-
mera distincion , y uno de aquellos
señoritos mozos que se llaman *petime-
tres*. Tengo la honra de ser su merca-
der. Acudirá mi tienda por todo quan-
to se le ofrece : es verdad que todo
va á fiado ; pero nada se va á perder
nunca con estos señores. Comunmente
se casan con herederas ricas, que pa-
gan todas sus deudas ; y quando esto
no , se les cargan los géneros á tan
subido precio , que aunque no se co-
bre más que la quarta parte de las par-
tidas , siempre queda ganancioso el
mercader que sabe su oficio. El ma-
yordomo de don Matias es amigo mio:
vamos á buscarle , que él es quien te
ha de presentar á su amo , y puedes
estar seguro de que por respeto mio
hará de tí particular estimacion.

Mientras ibamos caminando á casa
de don Matias , me dixo el mercader:
páreceme muy conveniente que estés
informado del carácter del mayordo-
mo. Llámase Gregorio Rodriguez , y
aquí para entre los dos , es un hombre
nacido del polvo de la tierra , y sintién-
dose con talento para el manejo , eco-

nómico, siguió su inclinacion, y se ha enriquecido arruinando dos casas, cuyas rentas manejó. Te prevengo que es hombre muy vano, y gusta mucho de que los demas criados se le humillen. A él han de acudir todos los que pretenden alguna gracia del amo. Si alguno consigue algo sin su participacion, siempre tiene prontos mil artificios para hacer que se revoque la gracia, ó que le sea enteramente inútil. Ten esto presente para tu gobierno. Haz tu corte al señor Rodriguez, aun mas que á tu mismo amo, y no perdones diligencia alguna para conservarte siempre en su favor. Su amistad te será de gran provecho, te pagará puntualmente tu salario, y si logras merecer su confianza no se contentará con esto, porque tiene muchos arbitrios para dar en que ganar. Don Matias es un mozo que solo piensa en divertirse, y nada cuida de los intereses de su casa. Mira ahora si puede haberla mejor para tal mayor-domo.

Luego que llegamos á la casa preguntamos si podiamos hablar al señor Rodriguez. Respondiéronnos que sí, y que le encontraríamos en su quarto.

Efectivamente le hallamos en él, y estaba con un labrador, que tenia en la mano un talego de terliz, lleno, á lo que parecia, de dinero. El mayordomo, que me pareció mas pálido y amarillo que una doncella cansada de su estado, se levantó apresurado, y corrió con los brazos abiertos á recibir á Melendez. El mercader abrió tambien los suyos, y se abrazaron estrechísimamente, en cuyas demostraciones de amor habia por lo menos tanto artificio como verdad. Despues de esto se trató de mí. Rodriguez me examinó de pies á cabeza, y me dixo con afabilidad y buena gracia que yo era el mismísimo que convenia á don Matias, y que él tomaba á su cargo presentarme á este señor. Le significó el mercader lo mucho que se interesaba por mí, y suplicó al mayordomo que me tomase baxo su proteccion, y dexándome con él se retiró, despidiéndose con muchos cumplimientos. Luego que salió, me dixo Rodriguez: yo te presentaré al amo despues que haya despachado á este pobre labrador. Acercóse al payzano, y tomándole el talego le dixo: veámos si están aqui los quinientos do-





Entra Gil Blas á servir á D.
Matias, quien le recibe por su
ayuda de cámara.

blones. Contólos por su misma mano, y hallándolos justos, dió su recibo al labrador, y le despidió. Guardó luego los doblones en el talego, y vuelto á mí: ahora podemos ir, me dixo, á ver al amo, que se estará vistiendo, porque no se levanta hasta medio día, y ya es cerca de la una.

Con efecto, acababa entónces de levantarse don Matias. Estaba en bata, repantigado en una silla poltrona, con una pierna sobre un brazo de la silla, y era su ocupacion estar pican-do un cigarro. Hablaba con un lacayo que hacia oficio de ayuda de cámara interinamente. Señor, le dixo el mayordomo, aqui está este mocito, que tengo el gusto de presentar á V. S. para reemplazar al criado que se sirvió despedir antes de ayer. Su fiador es Melendez el mercader de V. S.: asegura que es un mozo de mérito, y yo creo que V. S. estará contento con él, y se dará por bien servido. Basta que tú me le presentes, respondió su señoría, para que yo le reciba: yo le declaro desde luego mi ayuda de cámara, y queda ya evacuado este negocio. Rodriguez, hablemos de otra cosa, pues has venido quando iba á

mandar que te llamasen. Te voy á dar una mala nueva, mi amado Rodriguez. Anoche estuve muy desgraciado en el juego ; perdí cien doblones que llevaba en el bolsillo , y otros doscientos sobre mi palabra. Ya sabes lo necesario que es á personas de mi condicion pagar quanto antes este género de deudas. Estas son propiamente las que el honor nos obliga á satisfacer con puntualidad: las otras basta que se paguen quando se pueda. Es preciso , pues, que me busques en el dia doscientos doblones , y se los envíes á la condesa de Pedrosa. Señor , respondió el mayordomo , mas fácil es decirlo que ejecutarlo. ¿ Donde quiere V. S. que encuentre yo tanto dinero ? No puedo cobrar un maravedí de sus arrendadores por mas amenazas que les hago ; me es indispensable mantener la casa y la familia con toda la decencia que conviene ; me cuesta sudores de sangre el hallar modo para soportar tanto gasto. Es verdad que hasta aqui , por la misericordia de Dios , le he podido sobrellevar ; pero no sé ya á qué santo encomendarme , y me veo reducido al último apuro. Quanto estás hablando es inútil , respondió don Matias , y

todas esas noticias solo sirven de enfadarme. Rodriguez, no tienes que esperar que yo mude de conducta, ni que quiera tomar á mi cargo el gobierno de mi hacienda. Por cierto que seria muy buena diversion para un hombre como yo. ¡Paciencia! replicó el mayordomo: en tal caso estoy persuadido á que presto se veria V. S. libre de ese cuidado. Ya me cansas, y me matas con tanta bachillería, repuso enfadado el señorito. Déxame arruinar sin que me lo recuerdes. Es menester, te digo, que busques esos doscientos doblones; vuelvo á decir que es menester, y quiero absolutamente que los busques y los halles. Voy, pues, dixo Rodriguez, á ver si los quiere dar aquel viejo que otras veces ha prestado dinero á V. S., aunque á crecida usura. Ve, y recurre aunque sea al mismo diablo, respondió don Matias: como yo tenga los doscientos doblones, todo lo demás no me importa un bledo.

No bien acababa de decir estas palabras colérico y enojado, quando al irse el mayordomo, entró en su quarto otro señorito mozo, llamado don Antonio Centelles. ¿Que tienes, amigo? preguntó este á mi amo: parece

que estás de mal humor ; veo en tu semblante un cierto no sé qué , que me lo hace sospechar. Sin duda que te ha puesto así el bruto que acaba de salir de aquí. Es cierto , respondió don Matias : es mi mayordomo , y siempre que viene á mi quarto me da un mal rato : no sabe hablar sino de mis negocios , y repite mil veces que me como mis rentas , y me engullo el capital ; ¡ gran bestia ! como si fuera él quien lo perdiese. Amigo , respondió don Antonio , en el mismo caso me hallo yo. Mi mayordomo no es mas mirado que el tuyo. Quando el grandísimo ganapan en fuerza de mis repetidas órdenes me trae algun dinero , no parece sino que me da lo que es suyo : me dice que me pierdo , y que todas mis rentas están embargadas. Véome precisado á tomar la palabra para cortar la conversacion. Pero lo peor de todo es , dixo don Matias , que no podemos vivir sin estas gentes , y que para nosotros es este un mal necesario. Convengo en eso , respondió Centelles... pero aguarda un poco , prosiguió reventando de risa , que ahora , ahora me ocurre un pensamiento muy gracioso y nunca imaginado. Podemos hacer cómicas las es-

cenas serias que cada dia representá-
mos con estos hombres , y que nos sir-
va de diversion lo mismo que nos da tan-
to enfado. Hagámoslo de este modo.
Yo pediré á tu mayordomo el dinero
que hayas menester , y tú pedirás al
mio el que yo necesite. Dexarémos-
les decir todo lo que quieran , y no-
sotros los oirémos con oídos de mer-
cader. Al cabo del año tu mayordo-
mo me presentará sus cuentas , y el
mio te dará las tuyas. De esta mane-
ra yo solo oiré hablar de tus gastos:
tú solo tendrás noticia de los mios ; y
verás como nos divertiremos.

A esta ingeniosa invencion se si-
guieron mil chistosas agudezas , que
alegraron á los dos señoritos , y uno
y otro las llevaron adelante con mu-
cho alborozo. Interrumpió Gregorio
Rodriguez su alegre conversacion, en-
trando en la sala acompañado de un
vejete tan calvo , que apenas se le
descubria un cabello. Quiso despedir-
se don Antonio , y dixo : á Dios , don
Matias , que presto nos volveremos á
ver. Quiero dexarte con estos señores,
con quienes quizá tendrás que tratar
negocios serios. No , no , respondió mi
amo : estate aqui , que tú en nada nos
estorbas. Este buen viejo que ves , es

un hombre muy de bien, que me presta dinero á un veinte por ciento. ¿Como á un veinte por ciento? replicó Centelles como admirado. A fe que has sido afortunado en caer en tan buenas manos, yo compro el dinero á peso de oro, porque ninguno me le quiere prestar menos de á treinta y tres por ciento. ¡Que usura! exclamó entónces el usurerísimo viejo, ¿tienen alma esos bribones? ¿creen por ventura que hay otro mundo? Ya no extraño que se declame tanto contra las personas que prestan á interes. El exórbitante precio á que venden sus empréstitos es lo que nos desacredita á todos, quitándonos la honra y la reputacion: yo á lo menos solo presto puramente por servir á los que se valen de mí; y si todos mis compañeros siguieran mi exemplo no estaríamos tan desacreditados. ¡Ah! si los tiempos presentes fueran tan felices como los pasados, tendria el mayor gusto en abrir mi bolsa, y ofrecérsela á V. S. sin el mas mínimo interes, pues aun en medio de mi pobreza casi tengo escrúpulo de prestar mi dinero á un miserable veinte por ciento. ¡Mas, ó Dios! parece que el dinero se ha vuelto á enterrar en las entrañas de la tierra: ya no se

encuentra un ochavo, y su escasez me obliga á ensanchar un poco las estrechas reglas de moral, que he procurado aprender para quietud de mi conciencia.

¿Quanto dinero ha menester V. S.? preguntó, volviéndose hácia mi amo. Doscientos dóblones, respondió este. Quatrocientos traigo en un talego, dixo el usurero, contaré la mitad, y se la entregaré á V. S. Al mismo tiempo sacó de debaxo de la capa un talego de terliz, que me pareció ser el mismo que aquel labrador acababa de dexar con quinientos doblones en el quarto de Rodriguez. Luego me ocurrió lo que debia pensar de aquella maniobra, y vi por experiencia la mucha razon con que Melendez me habia ponderado lo diestro que era el mayordomo en hacer su negocio. El viejo abrió el talego, vació los doblones sobre una mesa, y púsose á contarlos. La vista de toda aquella cantidad encendió la codicia de mi amo. Señor Dímas, dixo al usurero, ahora mismo me ocurre una reflexion, que me parece cuerda. Verdaderamente yo era un pobre mentecato, quando solo pedí á vmd. el dinero que precisamente habia menester para desem-

peñar mi honor y mi palabra , no acordándome de que me quedaba sin un ochavo para el gasto preciso de mi casa , y que mañana me veria precisado á recurrir á vmd. Tomaré , pues , esos quatrocientos doblones sobre el mismo pie , para excusarle el trabajo de hacer otro viage á mi casa. Señor , respondió el viejo , es cierto que tenia destinada una parte de este dinero para un buen licenciado , heredero de grandes posesiones , que emplea quanto tiene en retirar del mundo á muchas pobres mugeres , que peligraban en él , manteniéndolas despues en su retiro ; mas una vez que V. S. necesita de esta cantidad , ahí la tiene toda á su disposicion. Basta que V. S. se digne señalar hipotecas suficientes y libres para asegurar el capital , y los réditos. ¡O! por lo que toca á la seguridad , interrumpió Rodriguez sacando del bolsillo un pliego de papel , la tendrá vmd. aun mayor de la que pudiera desear , solo con que el señor don Matias se digne echar su firma en este papel. En virtud de él libra á vuestro favor quinientos doblones contra Talegon , arrendador de los estados de Mondejar. Me contento con él , replicó el usurero , porque

no soy hombre que me haga de rogar. Entónces el mayordomo presentó una pluma á mi amo, que inmediatamente firmó, silvando mientras firmaba, sin haber siquiera leído, ni permitido le leyesen el papel.

Concluido este negocio, se despidió el viejo de don Matias, y este le dió un estrecho abrazo, diciéndole: hasta la vista, señor Dímas, soy todo de vmd. No sé cierto por qué son tenidos por bribones todos los de su oficio. Yo por mí juzgo que son unos entes muy necesarios al estado; el consuelo de mil hijos de familia, y el recurso de todos los señores que gastan mas de lo que permiten sus rentas. Tienes razon, dixó entónces Centelles, los usureros son unos hombres de bien, que merecen ser muy estimados y honrados; y yo quiero abrazar tambien á este, que se contenta con un veinte por ciento. Diciendo esto se acercó al viejo para abrazarle, y los dos petimetres para divertirse se lo enviaban recíprocamente uno al otro, como si fuera una pelota. Despues de haberle bien zarandeado, le dexaron ir con el mayordomo, que merecia mejor aquellos zarandeos y aun alguna cosa mas.

Luego que salió Rodríguez con el testafarro de sus maldades envió don Matias á la condesa de Pedrosa la mitad de aquel dinero por mano de un lacayo que estaba conmigo en la antesala, y la otra mitad la metió en un bolsillo de seda y oro, que llevaba ordinariamente en la faltriguera. Contentísimo de verse con tanto dinero, dixo muy alegre á don Antonio: y bien, ¿en que hemos de pasar el dia de hoy? Pensémoslo un poco, y tengamos entre los dos consejo privado. Que me place, respondió Centelles, que eso es ser hombre de juicio. Confe-renciemos pues. Quando iban á tratar de lo que habian de hacer, entraron otros dos señoritos, poco mas ó menos de la misma edad, uno de los cuales se llamaba don Alexo Seguiet, y el otro don Fernando de Gamboa. Luego que se vieron juntos los quatro, comenzaron á darse tantos abrazos como si en diez años no se hubieran visto. Despues de esta ceremonia, don Fernando, que era de genio muy alegre, dirigiendo la palabra á don Matias y á don Antonio: y bien señores, ¿donde pensais comer hoy? Si no estais convidados os quiero llevar á una casita de los cielos, donde beberéis un

vinito de los dioses. Anoche cené en ella, y no salí hasta las cinco ó seis de la mañana. Oxalá hubiese yo tenido la misma prudencia, exclamó mi amo, pues así no hubiera perdido mi dinero.

Yo, dixo Centelles, quise tener anoche una nueva diversion, porque la variedad es madre del gusto. Llevo-me un amigo á casa de uno de aquellos ricotes que hacen su negocio manejando los del estado; un asentista. En el adorno de la casa se veia magnificencia y eleccion de muebles exquisitos; la mesa bien cubierta y servida; pero descubrí en los amos de la casa cierta ridiculez, que me divirtió infinitamente. El dueño, aunque de nacimiento baxo y de educacion grosera, afectaba modales á lo grande. Su muger, aunque era fea de gana, creia ser una venus, y ademas decia mil necesidades, sazoadas con un acento vizcayno que las daba un gran realce. Fuera de eso, estaban sentados á la mesa quatro ó cinco niños con su ayo. Considerad ahora quanto me divertiria aquella cena casera.

Pues yo, señores, dixo don Alexo Seguíer, cené con una comedianta, con Arsenia. Eramos seis de mesa: Arsenia, Florimunda, una niña amiga

suya, maja de profesion, el marques de Zenete, don Juan Moncada, y vuestro servidor. Pasamos la noche en beber, y en decir equivoquillos galantes. ¡Pero que noche! Es verdad que Arsenia y Florimunda no son grandes ingenios, ni de las mas agudas; pero ¿que importa? Su desembarazo y desenvoltura valen bien las mas delicadas agudezas. Son dos criaturas alegrísimas, vivacísimas y loquísimas; y estas me gustan mas que las juiciosas modestas, y mas discretas del mundo.

CAPITULO IV.

HACE AMISTAD GIL BLAS CON LOS CRIADOS DE LOS PETIMETRES; SECRETO QUE ESTOS LE ENSEÑARON PARA LOGRAR A POCA COSTA LA FAMA DE HOMBRE AGUDO; Y SINGULAR JURAMENTO QUE A INSTANCIA DE ELLOS HIZO EN UNA CENA.

Prosiguieron aquellos señoritos en divertirse de esta manera hasta que don Matias, á quien yo ayudaba á vestir, se halló en disposicion de poder salir de casa. Díxome entónces que le siguiese; y todos los quatro

petimetres tomaron juntos el camino de la casa adonde habia ofrecido llevarlos don Fernando de Gamboa. Comencé, pues, á marchar detras de ellos, juntamente con los otros tres criados, porque cada uno de los caballeros llevaba el suyo. Observé con admiracion que los tales criados procuraban remedar en todo á sus amos, imitando su ayre y movimiento. Saludélos á todos, como un nuevo camarada suyo. Correspondiéronme de la misma manera, y uno de ellos, despues de haberme mirado atentamente por un breve rato, me dixo: hermano, conozco por toda tu traza que nunca has servido á ningun caballero de esta especie. Es verdad, le respondí, porque ha muy poco tiempo que llegué á Madrid. Así me lo parece á mí tambien, replicó él; todavia hueles á lugar, porque te veo tímido, atado, y observo en tu modo de manejar un no sé qué de aldeanismo, rusticidad y encogimiento. Pero no importa: yo te prometo sobre mi palabra que presto te desbastaremos y te puliremos. Esa es lisonja, le repliqué. Nada de eso, me respondió. Está cierto y muy cierto que no hay hombre tan desaliñado y tan selvático

á quien no sepamos acepillar y pulir. No necesitó decirme mas para que yo conociese que estaba en la cofradía y en la hermandad de buena gente, no dudando ya que en breve tiempo harian de mí un mozo de provecho. Quando llegamos á la tal casa hallamos ya preparada la mesa, y dispuesta la comida, que don Fernando habia tenido cuidado de encargarse de por la mañana. Sentáronse á la mesa nuestros amos, y nosotros nos dispusimos á servirles. Comenzaron á comer y á charlar con mucha alegría, y era para mí grandísima diversion el verlos y oirlos. Su carácter, sus pensamientos y sus expresiones me divertian infinitamente. ¡Que viveza! ¡que chistes! ¡que agudezas! me parecian unos hombres de diferente especie. Quando se sirvieron los postres les pusimos muchas botellas de los mejores vinos extrangeros, y levantados los manteles nos retiramos los criados á otro quarto, donde habia mesa para nosotros.

Tardé poco en conocer que los caballeros criados de mi cuadrilla eran hombres de mucho mayor mérito de lo que yo me habia imaginado. No se contentaban con imitar los modales de

sus amos ; afectaban tambien hablar el mismo language , y los bellacos lo hacian tan á la perfeccion , que á la reserva de un cierto ayrecillo de nobleza , que no sabian remedar , en todo lo demas parecian los mismos. Admirábame su desenvoltura y desembarazo , pero mucho mas me admiraba su prontitud y la agudeza de sus dichos , tanto que absolutamente desesperé de llegar nunca á parecerme á ellos. El criado de don Fernando , en atencion á que su amo era el que regalaba á los nuestros , hacia los honores del banquete , y llamando al dueño de la casa , le dixo : maestro Andres Mantuano , traednos diez botellas del vino mas generoso de España que tengais , y segun lo acostumbrado , cargadlas en la partida del que bebieron nuestros amos. Con mucho gusto , respondió él , pero señor Gaspar , ya sabe vmd. que el señor don Fernando me está debiendo muchas comidas ; si por medio de vmd. pudiera cobrar algun dinerillo... ¡O! respondió el criado , no paseis cuidado por lo que se os debe. Yo salgo por fiador de que las deudas de mi amo son como plata quebrada. Es verdad que algunos acreedores han hecho embargar nuestras rentas ; pero ma-

ñana haremos que se levante el seqüestro , y seréis pagado de todo el importe de la cuenta sin exâminarla. Tráxonos el vino , no embargante el seqüestro , y bebimos poderosamente mientras llegaba el dia de que este se alzase. Eran de ver los brindis que continuamente nos hacíamos unos á otros, llamándonos recíprocamente por los nombres de nuestros amos. El criado de don Antonio llamaba *Gamboa* al de don Fernando , y el de don Fernando llamaba *Centelles* al de don Antonio, y á mí me llamaban *Silva*. Poco á poco nos fuimos todos emborrachando baxo estos nombres postizos; ni mas ni menos como lo habian hecho nuestros señores amos baxo los suyos propios.

Aunque en la realidad no brillaba yo tanto como mis camaradas, sin embargo no dexaron de mostrarse bastante contentos conmigo. Amigo Silva, me dixo uno de los menos tartamudos , espero que haremos de tí algò bueno. Veo que tienes fondo é ingenio ; pero no sabes aprovecharte de él. El miedo de hablar mal te acobarda : no te atreves á hacerlo por temor de decir algun despropósito ; con todo eso , ¿ quantos pasan hoy en

el mundo por hombres agudos é ingeniosos , solo porque se arriesgan á decir quanto se les viene á la boca, aunque digan tal vez cien disparates? Calificaráse de una noble viveza de espíritu tu mismo atolondramiento. Aunque digas mil desatinos , como entre ellos se te escape algun dichico agudo , se olvidarán las otras necesidades , y solo se tendrá presente , y se celebrará la tal agudeza , haciéndose un concepto superior de tu singular mérito. Esto y no mas hacen nuestros amos , y esto y no mas debe hacer todo aquel que aspire á la reputacion de hombre de ingenio y chistoso.

Sobre que yo no aspiraba á otra cosa , el medio que me enseñaban para conseguirla , me pareció tan fácil y practicable , que juzgué no debia despreciarle. Comencé á probarle inmediatamente , y no ayudó poco el vino que habia bebido para que no me saliese mal aquella primera prueba. Quiero decir , que desde luego comencé á hablar á diestro y siniestro , y tuve la fortuna de mezclar entre mil extravagancias , algunas agudezas , que me grangearon grandes aplausos de toda la compañía. Llenóme de gran

confianza este primer ensayo. Aumenté con tragos la charlatanería para que me ocurriese algun conceptillo; y quiso la casualidad que no se malograsen mis esfuerzos.

Ahora bien, me dixo el que me habia dado la importantísima lección, ¿no conoces tú mismo que ya empiezas á civilizarte? Aun no ha dos horas que estás en nuestra compañía, y ya eres un hombre muy diferente del que eras. Cada día irás mejorando. Ya estás viendo y palpando qué cosa es esto de servir á caballeros y personas de distincion. Insensiblemente eleva y ennoblece el animo; efecto que no se experimenta sirviendo á gente baxa, ni aun á la de mediana condicion. Sin duda, le respondí, y por tanto de hoy en adelante quiero consagrar mis servicios á la nobleza. ¡Bravo, bravo! exclamó el criado de don Fernando, que estaba ya alumbrado. No es dado á la gente baxa el tener pensamientos altos, ni talentos superiores como nosotros. Ea, señores, añadió, alto todos, y hagámos juramento por la laguna Stigia de nunca servir á esa gentecilla de media braga. Reímonos mucho del pensamiento de Gaspar, celebrámosle, y con la bo-

tella en una mano , y el vaso en otra , hicimos todos aquel bufonesco juramento.

Mantuvimos sentados á la mesa hasta que plugó á nuestros amos retirarse , que fué á media noche , lo que á mis camaradas pareció un exceso de sobriedad. Verdad es que si los tales señoritos salieron de allí tan temprano , fué por ir á ver á una petimetra mala cabeza que vivia en el barrio de palacio , y tenia su casa abierta dia y noche á toda la gente del bronce. Era una muger de treinta y cinco á quarenta años , linda en extremo , todavia de singular atractivo , y tan diestra en el arte de agradar , (que segun se decia) vendia mas caros los rebuscos de su belleza que habia vendido las primicias. Vivian en la misma casa otras dos ó tres damas de la misma laya , que no contribuían poco al concurso de señores que en ella se veía. Poníanse á jugar despues de comer , cenaban allí , y pasaban la noche en beber y divertirse. Nuestros amos se detuvieron en la tal casa hasta el amanecer , y mientras ellos se divertian con las damas de buen humor , nosotros nos holgábamos con las criadas , que no eran menos joviales

que sus amas. En fin , nos separamos todos luego que se mostró la aurora, y cada uno se retiró á descansar.

Mi amo se levantó á medio dia como acostumbraba. Vistióse , salió, seguíle , y entramos en casa de don Antonio Centelles , donde encontramos á un tal don Alvaro de Acuña. Era un hombre ya entrado en años, y disoluto de profesion. Todos los mozelos que querian ser petimetres , se ponian en sus manos , y acudian á su escuela. Formábalos á su gusto , enseñándoles á lucir en el gran mundo, y á malgastar sus caudales. Don Antonio no necesitaba de esta leccion, porque ya se habia comido el suyo. Luego que se abrazáron los tres , dijo Centelles á mi amo : á fe , don Matias , que no podias haber llegado á mejor tiempo. Don Alvaro ha venido para llevarme á casa de un particular que ha convidado hoy á comer al marques de Zenete , y á don Juan de Moncada ; y yo quiero que tú seas del convite. Pero ¿ como se llama ese tal ? preguntó don Matias. Se llama Gregorio Noriega , respondió don Alvaro ; y en dos palabras te diré lo que es este mozo. Es hijo de un platero rico que ha ido á negociar en

pedrería á los países extrangeros , y al partir le ha dexado el goce de una gran renta. Gregorio es un pobre tonto , propenso á comer y gastar todo su dinero haciendo el petimetre , y que rebienta por parecer hombre ingenioso y agudo , á pesar de la naturaleza , que no le ha concedido esta gracia. Púsose en mis manos para que le dirigiese ; yo lo hago á mi modo , y en verdad que le llevo en buen estado , pues el fondo de su caudal está ya medio consumido. Eso es lo que yo no dudo , interrumpió Centelles , y espero verle presto en el hospital. Vamos don Matias , conozcamos á ese hombre , y ayudémosle á que acabe de arruinarse. Vengo en ello , dixo mi amo , porque tengo gran gusto en dar en tierra con la fortuna de esos señoritos plebeyos que quieren hombrearse y confundirse con nosotros. Como , por exemplo , nada he celebrado tanto como la ruina del hijo de aquel asentista , á quien el juego y la vanidad de querer figurar con los grandes , obligaron á vender su misma casa. ¡O! replicó don Antonio , ese tal no merece le tengan lástima , porque no es menos necio , ni menos presumido en su

miseria que lo era en su prosperidad.

Partieron, pues, mi amo, Centelles y don Alvaro á casa de Gregorio Noriega. Mogicon, criado de Centelles, y yo fuimos tambien tras de ellos, muy persuadidos los dos á que nos esperaba una gran bucólica, y ambos tambien muy contentos de cooperar por nuestra parte á la destruccion de aquel pobre mentecato. Al entrar en su casa vimos mucha gente ocupada en disponer la comida, y nos dió en las narices un olor de cocina, que anunciaba al olfato el recreo que tendria luego el paladar. Acababan de llegar el marques de Zenete, y don Juan de Moncada. Dexóse despues ver el dueño de la casa, que desde luego me pareció un solemnísimo majadero aforrado en lo mismo. Afectaba inútilmente el ayre y modales de los pe-timetres; pero era una feísima copia de aquellos hermosos originales, ó por mejor decir, un atolondrado que se esforzaba por ostentar despejo y desembarazo. Figurémonos un hombre de este carácter entre cinco bufones de profesion, empeñados únicamente en burlarse de él y en hacerle gastar quanto tenia. Señores, dixo don Alvaro, este es el señor Gregorio Noriega, que,

sobre mi palabra , presento á vmds. como uno de los mas cabales y perfectos caballeros. Posee mil bellas prendas , y es un jóven muy culto. Escojan vmds. lo que quisieren : es igualmente hábil en todas las facultades , desde la lógica mas alta y sutil , hasta la mas pura y delicada ortografía. O , señor , eso ya es demasiado , interrumpió Gregorio , sonriéndose sin ninguna gracia. Yo sí , señor don Alvaro , que podia decirselo á vmd. por que vmd. sí que es aquello que se llama un pozo de *ciencia*. Por cierto , replicó don Alvaro , que mi ánimo no fué buscarme una alabanza tan aguda y discreta ; pero en verdad , señores , que el nombre del señor Gregorio hará gran ruido en el mundo. Yo , dijo don Antonio , lo que admiro en él , aun mas que su ortografía , es el acierto en la eleccion de las personas con quienes trata. En lugar de buscar comerciantes , solo gusta de tratar con caballeros , sin dársele nada de lo mucho que esta comunicacion le ha de costar. Tiene unos pensamientos tan nobles y elevados , que me admiran. Esto es lo que se llama gastar con buen gusto y gran discernimiento.

A estos irónicos discursos se si-

guieron otros muchos en todo semejantes. Vistieron de pies á cabeza al buen señor; y de quando en quando, en tono de elogios, le lanzaban ciertas pullas que no conocia el pobre bobo; antes bien todo lo convertia en substancia tomando al pie de la letra quanto le decian, y se mostraba muy satisfecho de sus taimados huéspedes, creyendo le hacian mucho favor, siendo así que se burlaban de él. En fin, fué el hazme reir mientras la comida, y aun todo el resto del dia y de la noche, porque toda la pasaron los señores míos en aquella diversion. Nosotros bebimos á discrecion, ni mas ni menos que nuestros amos, y todos estabamos bien compuestos quando salimos de casa del señor Gregorio.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS

EN ESTE PRIMER TOMO.

LIBRO PRIMERO.

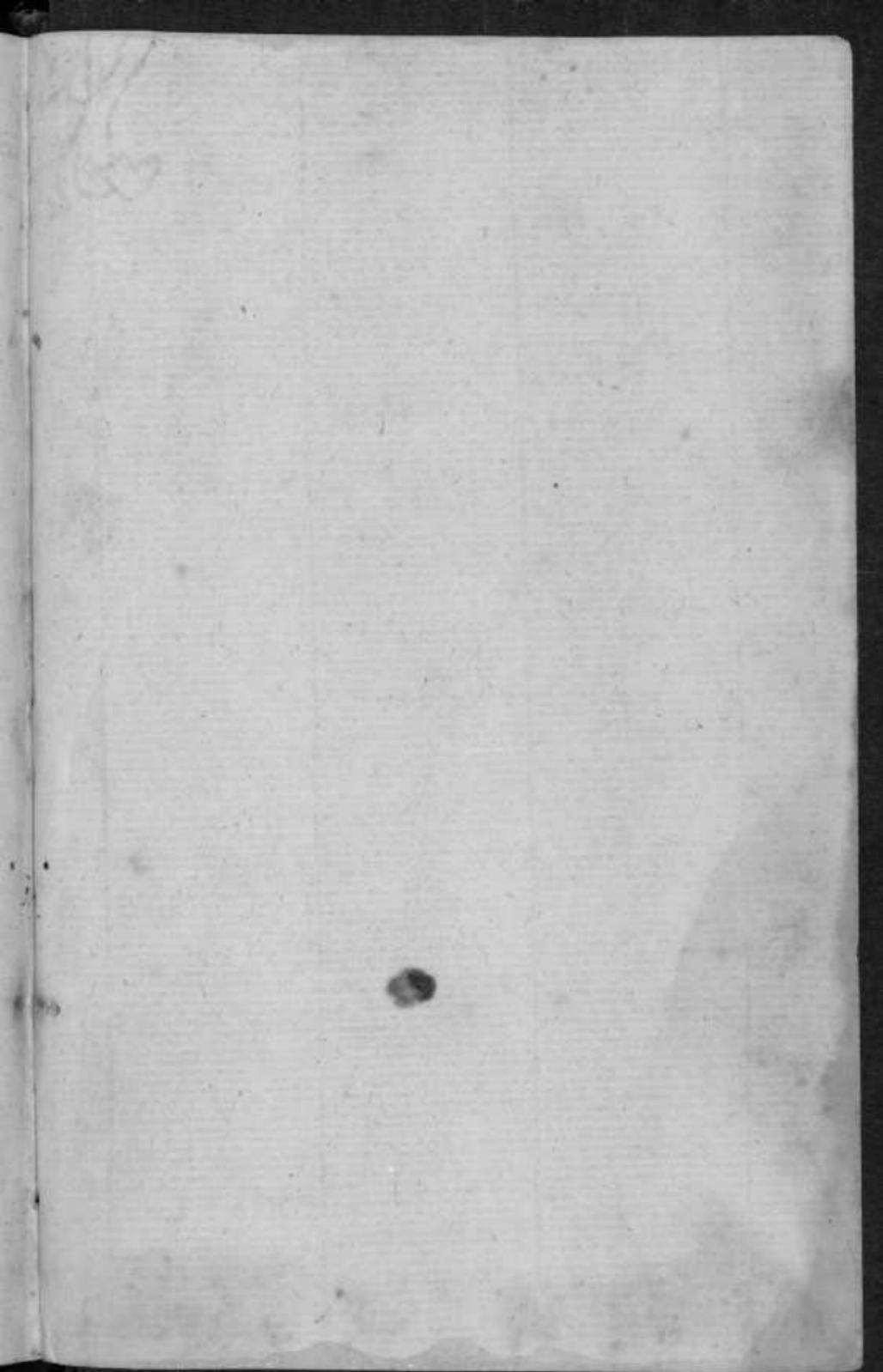
C AP. I. Nacimiento de Gil Blas, y su educación.	x.
C AP. II. De los sustos que tuvo Gil Blas en el camino de Peñafior, lo que hizo quando llegó allí, y lo que le sucedió con un hombre que cenó con él.	5.
C AP. III. De la tentacion que tuvo el arriero en el camino, en qué paró, y cómo Gil Blas se estre-lló contra Caribdis, queriendo evitar á Scila.	19.
C AP. IV. Descripcion de la cueva soterranea, y de lo que vió en ella Gil Blas.	25.
C AP. V. De la llegada de otros ladrones al soterraneo, y de la conversacion que tuvieron entre sí.	30.
C AP. VI. Del intento de escaparse Gil Blas, y sucesó de su tentativa.	44.
C AP. VII. De lo que hizo Gil Blas, no pudiendo hacer otra cosa.	49.
C AP. VIII. Acompaña Gil Blas á los ladrones; qué empresa acomete en los caminos reales.	53.
C AP. IX. Del serio lance que siguió á la aventura del frayle.	59.
C AP. X. De qué modo se portaron los vandoleros con la señora desmayada. Gran proyecto de Gil Blas, y sus resultas.	63.
C AP. XI. Historia de doña Mencía de Mosquera.	74.
C AP. XII. Del modo poco gustoso con que fué interrumpida la conversacion de la señora, y de Gil Blas.	88.
C AP. XIII. Por qué casualidad sale Gil Blas de la carcel, y adonde se encaminó despues.	95.
C AP. XIV. Recibimiento que le hizo en Burgos doña Mencía.	101.
C AP. XV. De qué modo se vistió Gil Blas, del nuevo regalo que le hizo la señora, y del equipage en que salió de Burgos.	108.
C AP. XVI. Donde se ve que ninguno debe fiarse mucho de la prosperidad.	117.
C AP. XVII. Partido que tomó Gil Blas de resultas del triste suceso de la posada.	128.

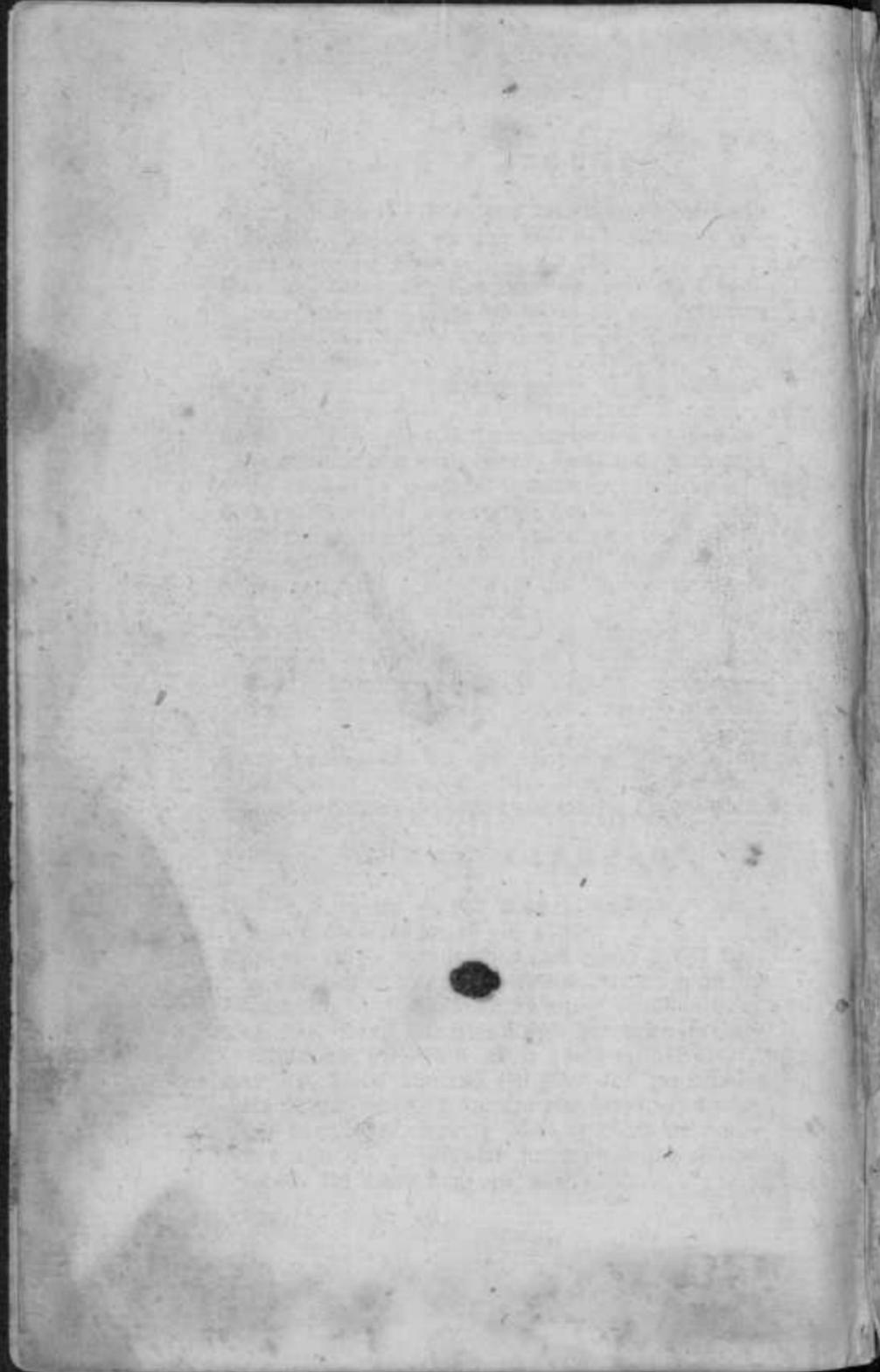
LIBRO SEGUNDO.

- CAP. I. Entra Gil Blas por criado del licenciado Sedillo; estado en que este se hallaba, y retrato de su ama. 144.
- CAP. II. Qué remedios suministraron al Canónigo habiendo empeorado en su enfermedad, lo que resultó, y que dexó á Gil Blas en su testamento. 155.
- CAP. III. Entra Gil Blas á servir al doctor Sanguado, y se hace famoso medico 167.
- CAP. IV. Prosigue Gil Blas exerciendo la medicina con tanto acierto como capacidad. Aventura de la sortija perdida y despues recobrada. . 178.
- CAP. V. Prosigue la aventura de la sortija. Dexa Gil Blas la medicina, y se ausenta de Valladolid. 197.
- CAP. VI. Adónde se encaminó Gil Blas despues que salió de Valladolid, y qué especie de hombre se incorporó con él. 210.
- CAP. VII. Historia del mancebillo barbero. 215.
- CAP. VIII. Encuentro de Gil Blas y su compañero con un hombre que estaba mojando mendrugos de pan en una fuente, y conversacion que con él tuvieron. 251.
- CAP. IX. Estado en que encontró Diego á sus parientes, y cómo Gil Blas se separó de él despues de haber participado de ciertas diversiones. 259.

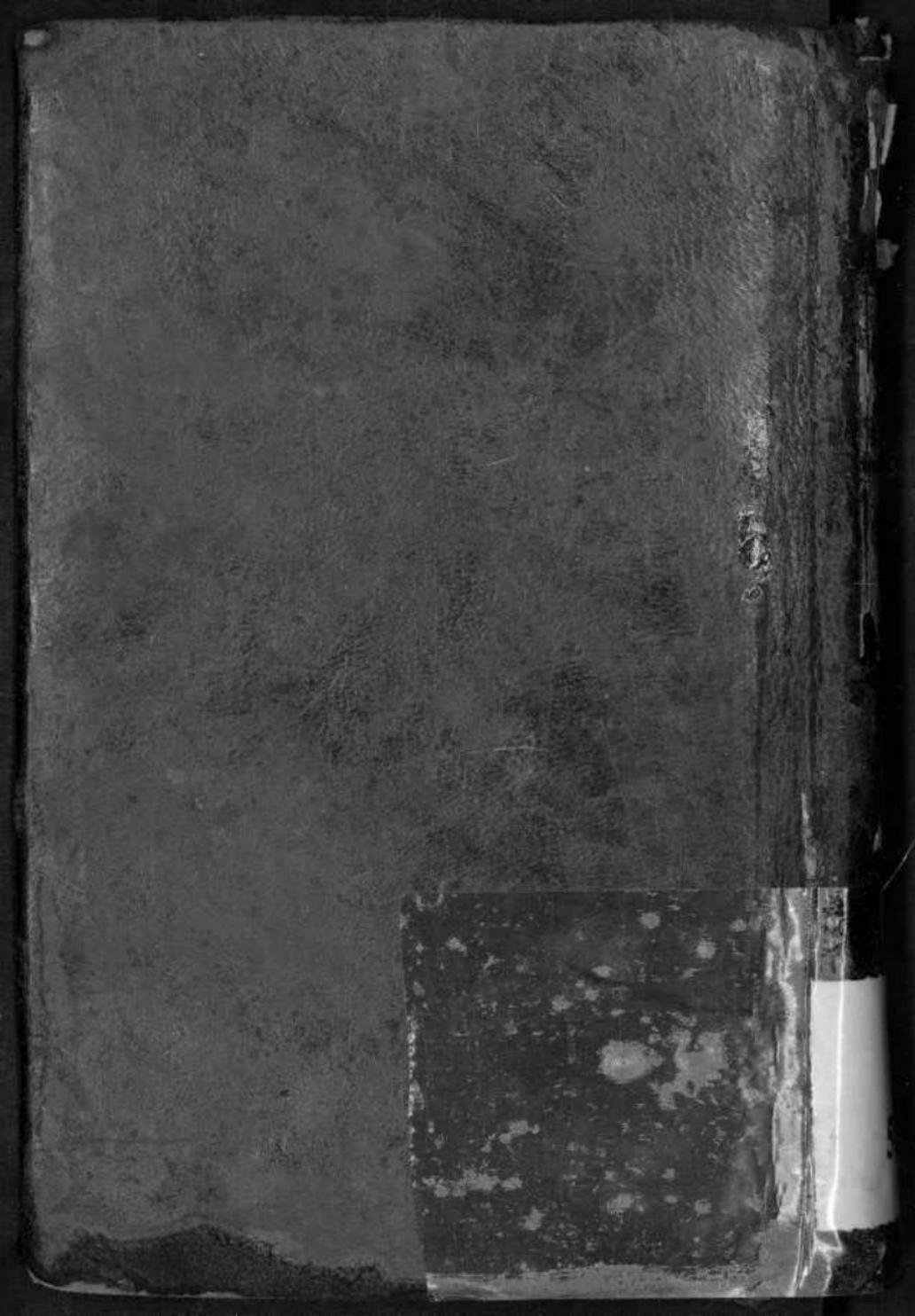
LIBRO TERCERO.

- CAP. I. Llegada de Gil Blas á Madrid, y primer amo á quien sirvió allí. 271.
- CAP. II. De la admiracion que causó á Gil Blas el encuentro con el capitan Rolando, y de las cosas curiosas que le contó aquel vandolero. . . 286.
- CAP. III. Dexa Gil Blas á don Bernardo de Castelblanco, y entra á servir á un petimetre. . . 297.
- CAP. IV. Hace amistad Gil Blas con los criados de los petimetres; secreto que estos le enseñaron para lograr á poca costa la fama de hombre agudo, y singular juramento que á instancia de ellos hizo en una cena. 314.









733

AVENTUR
D'É
IL BLAS

1

A

5087